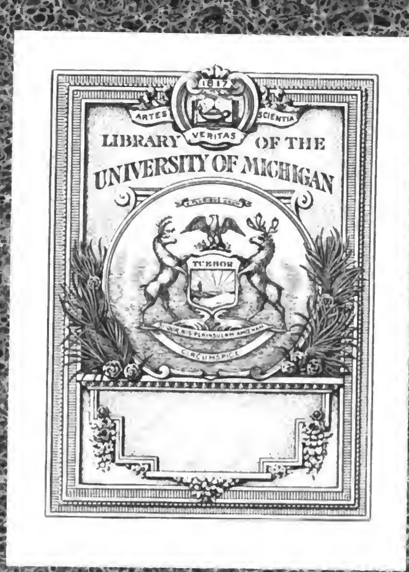
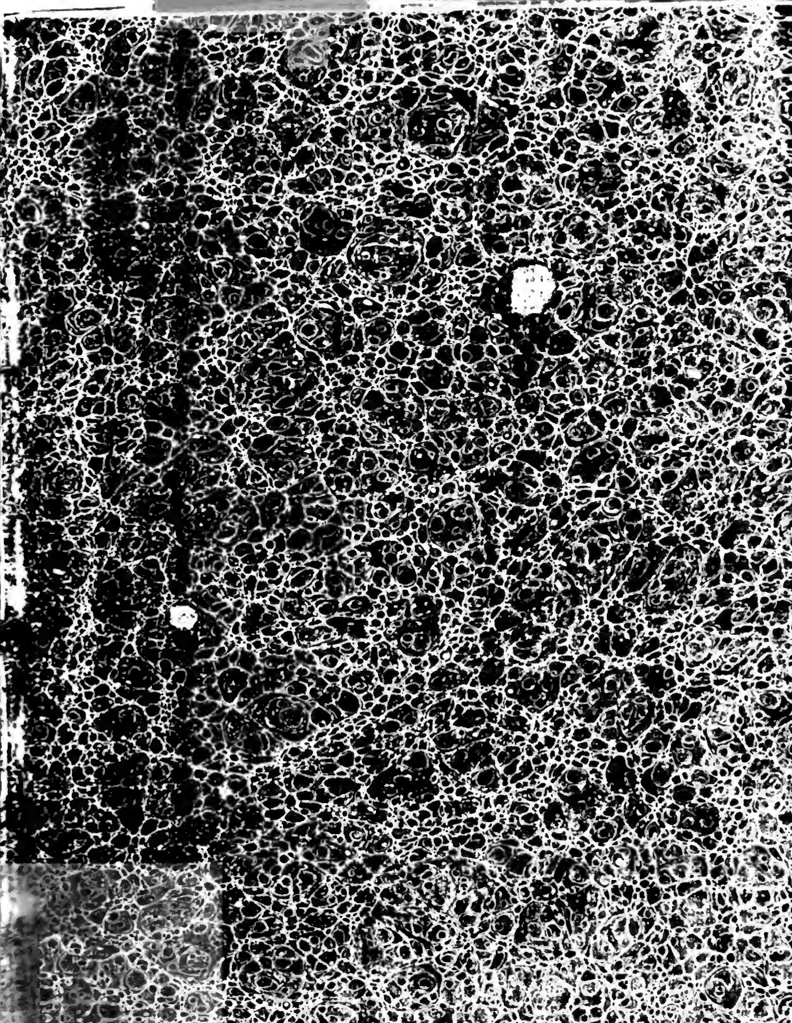

BUHR A
[redacted]
a39015 01814630 1b


1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE



HISTORIA

DE FELIPE II.

HISTORIA

DE FELIPE II,

REY DE ESPAÑA.

POR

D. EVARISTO SAN MIGUEL. y Valledor

TOMO SEGUNDO.

Madrid:

Imprenta y librerias de D. IGNACIO BOIX, editor,
calle de Carretas, num. 27.

1846.

ADVERTENCIA.

En el primer tomo de esta obra se hicieron varias llamadas á notas que se debian poner al fin, mas cuya insercion no tuvo efecto por causas que no estuvo en manos del autor el evitarlo. No son estas notas de grande interés; y como por otra parte importaban poco para la buena inteligencia del testo, no hay necesidad de insertarlas, hallándose ya fuera de su lugar correspondiente. Lo que contenian de alguna consideracion se embeberá, como se pueda, en los tomos sucesivos, y sobre todo tendrá lugar en los apéndices ó capítulos supletorios que pondrán término á la obra.

HISTORIA

DE

FELIPE II, REY DE ESPAÑA.

CAPITULO XXVII.

Estado de los Paises-Bajos.-Torcida política del Rey de España.-Descontento general.-La princesa gobernadora.-El cardenal Granvela.-El príncipe de Orange.-El conde de Egmont.-El conde de Horn.-Situacion de los partidos.-Conflictos.-Mensajes y cartas al Rey.-Acusaciones contra Granvela.-Salida de este de los Paises-Bajos.

1560 - 1565. (1).

Pasemos ahora á un pais cuya historia nos toca mas de cerca, donde no era menos viva la pugna de opiniones, ni menos pronunciado el conflicto de los intereses. Habia sin embargo en los Paises-Bajos una circunstancia particular que distinguia sus disensiones de las de Francia, Inglaterra y Escocia que acaban de ocuparnos. Estaba aquí encendida una guerra, propiamente civil, en que las partes contendientes pertenecian á una nacion misma. Cho-

(1) Strada, guerras de Flandes, Bentivoglio id-Thou ó Tunanus, historia sui temporis.—Vanderhammen, don Felipe el Prudente.—Terreras, Historia general de España.—Watson, historia de Felipe II y otros. Prescindiendo del diverso colorido que la diferencia de opiniones, de nacion ó de creencia, da á los hechos que refieren, el fondo del cuadro es casi el mismo.

caban escoceses contra escoceses, franceses contra franceses, divididos por opiniones, por rivalidades de mando, de poderío, ó de cualquiera otra influencia en los asuntos del gobierno. En los Paises-Bajos, al contrario, tenia la contienda el carácter de nacional, en que lucha un pais contra un príncipe extranjero, en que las clases altas y bajas, de todas condiciones, se unen á la larga bajo la bandera de su independencia.

Nacido don Felipe en España, español tan de corazon como de cuna, español en hábitos, en costumbres, en inclinaciones; era un extranjero en los Paises Bajos. Se consideraba en ellos su gobierno, no como nacional, formado y apoyado en las necesidades y simpatías del pais, sino en medios tan extraños al pueblo, como el monarca que de ellos se valia. Parece, pues, que aconsejaba la política al rey de España proporcionase en el pais algunos elementos de inclinacion ó de favor, adherirse á mas clases, aunque no fuese mas que para neutralizar la preponderancia de las otras, dividir en fin para reinar, ya que el dominio moral del todo era imposible. Mas la política de contemporizar, de halagar, de servir á unas pasiones con objeto de combatir las otras, estaba poco en la índole del rey de España. No conocia mas que un arte de gobierno, á saber, la dominacion, el ejercicio directo y abierto del poder, y una mano fuerte para reprimir á los que este poder desconocian. En nada se vió mas este carácter duro de Felipe que en el gobierno y administracion de los Paises-Bajos.

Comenzando por los grandes del pais, si bien los dejó gobernadores de las provincias, como ya se ha visto, estuvo muy lejos de tener miramiento á las pretensiones de algunos de ellos que á condicion mas alta se creian con derechos. Quedó mortificadísimo el príncipe de Orange de no haber recibido el mando de todos los Paises-Bajos; lo quedaron asimismo otros de no haber conseguido puestos mas altos que los que les asignaban. En tiempo del Emperador, que conocia mejor los hombres y las cosas,



gozaban estos grandes una parte de su favor y su confianza. Mas con Felipe II solamente merecian estas distinciones los de España. Los eclipsaba á todos el duque de Alba, cuya aversion á los flamencos se hacia sentir de un modo aún mas positivo que la del monarca. Apoyado este personaje en su favor, en sus grandes riquezas y en las ventajas debidas á su propio mérito, no disimulaba el sentimiento de superioridad con que á los otros contemplaba. Los grandes flamencos no eran por otra parte ricos: habia tenido la córte de España la política de hacerles incurrir en grandes gastos por medio de embajadas y otras comisiones honoríficas que los arruinaban. Los señores españoles gozaban de mas bienes de fortuna; y cuando se presentaban algunos en los Paises-Bajos, desplegaban una magnificencia y esplendor que no podian menos de humillar el amor propio de los naturales.

Era la princesa de Parma verdaderamente natural de los Paises-Bajos; mas aunque criada allí, no habia residido lo bastante para conocer, ni su índole, ni sus necesidades. Enlazada entonces con Octavio, duque de Parma, sin duda consideraba los Paises-Bajos como un pais extraño, donde sus intereses eran por precision de un órden transitorio. No estaba esta princesa bastante calculada para dominar moralmente y tener á raya si fuese necesario á los grandes del pais, que se creian con derechos y méritos superiores á los suyos. Conoció sin duda Felipe esta desigualdad cuando le puso por consejero y director á Antonio Perenot de Granvela, obispo de Arras, uno de los personajes que gozaban mas de su confianza; mas esta política no fué acertada, y el correctivo probó ser de peor condicion que la medida misma.

Era hombre de capacidad y de gobierno este prelado; conocia los negocios y los hombres; se habia educado en todos los pormenores y secretos de la administracion; era instruido, aplicado, laborioso, sagaz y entendido, firme y hábil, como lo habia acreditado ya en tiempo del emperador que le dejó á su hijo como uno

de los legados mas preciosos. Mas estas cualidades dañaron, mas que fueron útiles, á los verdaderos intereses de Felipe. Tan poca aficion tenia á los Paises-Bajos el ministro como el monarca; la misma inclinacion é índole abrigaba de dominar por medio del teson, de la energía y la dureza que predominaban en el gabinete de Felipe. Entre sus cualidades no dominaba la popularidad, el arte de neutralizar lo duro de la administracion con ciertas formas agradables, que si no satisfacen siempre, consuelan algo al amor propio.

Nombrado consejero de la Gobernadora, no podia menos de dirigir en grande los negocios y ser de hecho el verdadero gobernante. Deferia sin duda la princesa Margarita á sus consejos, cedia naturalmente á la superioridad del genio de su consejero, aunque debia de sentirse muchas veces humillada en la opinion pública al representar de hecho un papel subalterno y secundario: pero si este la privaba de aquella consideracion personal tan ansiada del que manda, amortiguaba al menos el sentimiento de desaprobacion y los tiros de la maledicencia que al ministro con particularidad se dirigian.

Aborrecian los grandes al prelado, algunos por agravios particulares, y todos por las formas duras é imperiosas de que su autoridad se revestia. Para el príncipe de Orange era objeto de singular antipatía. Sabia éste por sus emisarios la correspondencia directa en que estaba Granvela con el rey de España; que les ocultaba en el Consejo muchos negocios de importancia á él solo encomendados, y que en la mayor parte de las ocasiones eran solo consejeros nominales. Para aumentar su mortificacion envió al prelado la corte de Roma el capelo de Cardenal, sin duda por recomendacion y solicitud del rey de España; mas el obispo de Arras fué bastante cortesano para no revestirse de la púrpura hasta recibir la aprobacion de esta gracia, y aun el mandato de que usase de ella, de su soberano. Con esto se afirmó mas en el favor de este monarca, asi como la

púrpura redobló la odiosidad con que sus rivales le miraban.

Sabia muy bien el nuevo Cardenal la animadversion de que era objeto, mas no trató nunca de neutralizarla por aquellos medios directos ó indirectos que curan tantos odios. Severo, reservado y altanero cuanto podia, se mostraba con los grandes de los Paises-Bajos. Con el favor de su rey se creia bastante fuerte contra tantos enemigos, y como su política era el no ceder jamás, crecia su impopularidad á proporcion de su firmeza y energía.

En cuanto á las clases populares, propendian mas á la nobleza que á la córte, mirando en los primeros un apoyo, y un opresor extranjero en la segunda. Conocian demasiado los nobles su posicion para no cultivar estas disposiciones naturales y fomentar por todas las artes posibles una popularidad que tanto les servia. Encendido el pais con contiendas religiosas imitaban la conducta de tantos grandes de Francia, manifestándose indulgentes, si no partidarios, de las nuevas sectas. Era herir en lo mas vivo la política y las miras de los altos gobernantes. Hacian en efecto grandes progresos en los Paises-Bajos las nuevas doctrinas, cuya introduccion habia sido inevitable por las razones que hemos indicado en otra parte; y como este era el asunto principal, el que llamaba mas la atencion del rey de España, consiguiente era que la Gobernadora y su ministro se manifestasen duros é inflexibles contra innovaciones tan odiosas al monarca. Entraban en esta antipatía las ideas y sentimientos del nuevo Cardenal, no menos intolerante que su amo y no menos celoso que él en el establecimiento de los tribunales de la Inquisicion, único medio en su concepto, á lo menos el mas eficaz, para purgar el pais de la heregía. Pero cuanto mas objeto de inclinaciones y de simpatía era para los gobernantes la creacion de este tribunal, mas odioso é impopular se iba haciendo cada dia en los Paises-Bajos.

Por otra parte la formacion de los nuevos obispados, grande golpe de política con que Felipe II pensó curar los males del pais, contribuyó por su parte á hacer odioso y objeto de desconfianza su gobierno. Para dotar los nuevos obispos, se despojó de sus bienes á los abades seculares, lo que por precision excitó sus resentimientos, en que tomó parte el pueblo y hasta los mismos grandes, que con la introduccion de los nuevos obispos en los Estados vieron disminuida algun tanto su preponderancia. Para acabar de hacer odiosa la medida, se confirió al Cardenal el arzobispado de Malinas, ascenso que le presentó como un hombre interesado y egoista que recogia el fruto principal de una medida de que tan celoso y apasionado se mostraba. Con la indicacion de estos hechos no desmentidos por casi todos los historiadores, se tiene lo bastante para comprender muy bien que el gobierno de los Paises-Bajos no estaba calculado, ni para la fusion, ni amalgama de todos estos intereses, ni para neutralizarlos todos y apagar su voz por medios materiales. Faltaba para lo primero el poder de la opinion, palanca principal de los gobiernos; era imposible lo segundo, porque estos medios materiales no podian ser mas que extranjeros, y justamente era la salida de las tropas españolas del pais el objeto de los primeros clamores, de las primeras pretensiones de los Paises-Bajos. Todos tenian un interes vital en deshacerse de estos instrumentos que creian de opresion y servidumbre, y los grandes mas que nadie. Ya sobre esto hicieron sus esposiciones al rey mientras residia en los Paises-Bajos, manifestándole la necesidad de esta medida con un tono firme y resuelto, de que se enojó el rey, tan interesado en la quedada como los otros en la salida de las tropas. Tambien era contrario á la medida el Cardenal, que consideraba en estas tropas el apoyo principal de su gobierno. Mas el clamor popular era mas fuerte que todas estas consideraciones. Se mandó primero que estas tropas se reuniesen en la

provincia de Zelanda, y en esta misma disposicion se creyó ver un designio de servirse de ellas, haciéndoles caer de golpe en cualquier parte. Hubo en dicha provincia alborotos y cesó el trabajo en los diques y arsenales. Los huéspedes aborrecian naturalmente al pais en proporcion de lo que eran en él impopulares, y por lo mismo en lugar de curar esta llaga se irritaba cada dia. Al fin pudo la Gobernadora, á fuerza de súplicas y esposiciones á Felipe, hacerle ver lo indispensable, lo urgentísimo de la medida, y las tropas se embarcaron con direccion á España.

Trató la Gobernadora de dar nueva organizacion á las del pais, haciendo que los capitanes de los tercios dependiesen directamente de los Gobernadores de las provincias y castillos, en lugar de los maestres de Campo ó coroneles. Pero cuando mas ocupada estaba en este asunto, le ordenó Felipe que enviase á Francia dos mil hombres de á caballo que iban de refuerzo al ejército católico de aquel pais, donde ejercia tanta influencia el rey de España. Mas de esta multiplicidad de negocios y atenciones no podia menos de resentirse el régimen y bienestar de muchos puntos de la monarquía.

Contra esta medida reclamó muchísimo la Gobernadora, exponiendo el vacío que tan gran número de tropas iba á dejar en el pais; los grandes la resistieron igualmente, porque siendo todas ellas flamencas creian tenerlas á su devocion particular en caso de un conflicto. Mas aunque se mostró en un principio inflexible el rey de España, pudo parar el golpe la Gobernadora, enviando á Francia un auxilio pecuniario en lugar de la gente prometida.

Se planteaban con gran dificultad los nuevos obispados, medida impopular y cuya odiosidad agravaban los enemigos del gobierno. Miraban, en particular los de la provincia de Brabante, como un atentado á sus derechos, alegando que no se podia hacer variaciones en la parte administrativa y económica de la Iglesia sin el con-

sentimiento y cooperacion de los Estados. Repugnaban muchísimo, los de Malinas sobre todo, la exaltacion de Granvela á su silla arzobispal, debiendo observar de paso que fué esta elevacion uno de los principales motivos de la odiosidad con que se le miraba. Enviaron los de Brabante una secreta exposicion al Papa suplicándole la alteracion de la medida, ó á lo menos una rémora. Mas la Gobernadora, ó por mejor decir el Cardenal, que de todo tenia espías, envió por su parte á la córte de Roma una manifestacion secreta en contra de la de los de la provincia, haciéndole ver el espíritu de disidencia y animadversion hácia Roma que en aquellas provincias dominaba. Tambien reclamaron los de Amberes á Felipe, suplicándole no hiciese á su ciudad residencia de un obispo: á lo que les respondió el rey que se suspenderia la ejecucion de esta medida, hasta su próximo viaje á los Paises-Bajos.

Se negaron abiertamente algunas ciudades á la admision de sus obispos. No los quisieron en Deventer, Ruremonde y Lewarden. Otras, como Harlem, Utrecht, Saint-Omer y Middleburgo los admitieron sin ninguna repugnancia. En Malinas ningun grande asistió á la ceremonia de la solemne instalacion del arzobispo, habiéndose ya declarado una especie de ruptura abierta entre ellos y Granvela. Poco á poco fué tomando éste nuevos vuelos, hasta el punto de ser considerado de hecho como de derecho único y solo gobernante en los Paises-Bajos.

Al mismo tiempo se reforzaban los edictos y se tomaban cada vez medidas mas severas contra la heregía, pero con escasos resultados. Poco á poco se iba haciendo la religion del rey de España tan impopular como su gobierno mismo. La mayor parte de los grandes atizaban en secreto, si no se mostraban partidarios abiertos de las nuevas sectas que habian invadido los Paises-Bajos. Luteranos, calvinistas, anabaptistas, todos recorrian el pais y hacian prosélitos. Aunque no tenian todavía estas doc-

trinas lo que se llama culto público, la imprenta y la predicacion aumentaban cada dia el número de los sectarios. Hubo serias turbulencias en varios puntos con motivo de estos sermones, sobre todo en Tournay, Lilla y Valenciennes. Para el sosiego de los primeros se acudió muy pronto y con buen éxito, mas no sucedió lo mismo en la última ciudad, donde llevaron presos á la cárcel á Maillar y Taveano, principales misioneros que arrastraban tras sí la muchedumbre. Se trataba de conducirlos al cadalso, mas temian la efervescencia popular y escogitaban los medios de llevar adelante y sin riesgo sus designios. Escogieron para eso un dia en que gran parte del vecindario estaba fuera de la ciudad con motivo de una feria. Mas no dejó por eso de reunirse un número considerable que invadió la plaza de la ejecucion é impidió que se verificase aquel suplicio. Temieron los agentes de la autoridad y volvieron á la cárcel á los reos, seguidos de la muchedumbre que los llenó de aclamaciones entonando cánticos. Pasaron los alborotadores al momento al convento de Santo Domingo, que invadieron y saquearon; á poco despues cayeron sobre la cárcel poniendo en libertad á los dos reos, mas dejaron en ella los que estaban allí por otros crímenes.

Duró todavía algunos dias el tumulto; mas llegaron tropas de afuera que calmaron el desórden. Los dos reos fueron cogidos otra vez, conducidos á la cárcel y poco despues sacados al patíbulo, donde su muerte tuvo efecto, ejerciéndose ademas otras medidas de rigor con los principales cómplices.

Seguia mientras tanto la disidencia entre los grandes y Granvela. Dejaron los primeros de asistir al Consejo, bajo el pretexto de que no se les daba cuenta de los negocios principales, y que las reuniones eran meramente de aparato. Sabedor de ello el rey por la Gobernadora envió amonestaciones para que cambiasen de conducta. Mas hicieron poco efecto: primero, porque verdaderamente los grandes hacian poco papel en una reunion

donde no se presentaban mas que negocios de poca consecuencia; y segundo, porque en el estado en que las cosas se habian puesto, convenia á los grandes disidentes hacer ver los motivos de queja que les daban. La Gobernadora mandó celebrar entonces una asamblea extraordinaria de los caballeros del Toison de Oro, medida á que se apelaba cuando se trataba de calmar los ánimos y deslumbrar por medio de una pompa tan solemne. Se les dieron tres dias de término para hacer su presentacion en esta ceremonia, por haberse observado la poca prisa con que los grandes acudian á dicho llamamiento. De esta dilacion ó plazo se aprovechó el príncipe de Orange para reunir en su casa á los principales personajes, á quienes hizo ver los peligros que les rodeaban á ellos, los que amenazaban al pais á continuar un sistema de administracion tan mal entendido, con tantas imprudencias apoyado; que era imposible la tranquilidad en Flandes mientras á la cabeza de los negocios permaneciese un prelado de carácter tan inflexible y tan despótico, extraño á sus usos y costumbres. En nada se apartó en su arenga de los sentimientos de fidelidad y de respeto que debian al monarca, política hábil en el príncipe de Orange, tan reservado siempre en todas sus palabras, y que no descubria nunca todo el fondo de su alma.

La arenga hizo impresion, mas encontró disgusto en algunos y abierta repugnancia en otros. Le contradijo el conde de Barlamot, haciéndole ver que se avenia mal el respeto profesado al rey con la abierta resistencia que se hacia á las disposiciones de los ministros y agentes del monarca. Sin embargo, la mayoría de aquella reunion adoptó y tomó parte en los sentimientos del príncipe de Orange.

Á la Gobernadora, instruida de esta reunion, le pareció un espediente de necesidad dividir y excitar rivalidades entre personajes cuya union no podia menos de presentarle formidable. El rey de España le daba este consejo, considerándola una medida necesaria. Para llevarla á efec-

to, mandó de embajador á la Dieta, convocada para la eleccion del rey de los romanos, al conde de Arescot, rival del príncipe de Orange. Tambien se hicieron distinciones con el conde de Egmont, para ponerle en pugna con la misma persona á quien se mostraba tan adicto; mas los motivos que tenian estos grandes personajes de vivir unidos, eran superiores á todos los intereses que podia crear para ellos la política de la Gobernadora.

Aunque lo dicho hasta el presente, y lo que manifestemos en seguida de algunas personas influyentes de los Paises-Bajos, den bastantes luces sobre su carácter, indicaremos de ellos algunas particularidades que harán comprender mejor el papel que van á representar en estas turbulencias. Comenzaremos por el mas importante de ellos, á saber, el príncipe de Orange.

Habia nacido el príncipe de Orange el año de 1533, de un padre luterano, capitan entendido, que habia servido con distincion en los ejércitos de Cárlos V. Descendia de la ilustre familia de Nassau, cuyos condes, por su enlace con la heredera del principado de Orange, en el mediodía de Francia, tomaban este título de príncipes de Orange. Era príncipe del imperio, y poseia ademas cuantiosos bienes en los Paises-Bajos. Fué criado el príncipe en la religion católica y en el palacio de Cárlos V, de quien era paje, favorito, y hasta consejero en muchos casos, pues el emperador hacia aprecio de sus observaciones, y no se desdeñaba de tomar su parecer, á pesar de hallarse con tan pocos años. Siguió, pues, al emperador en todos sus viajes y campaña, gran teatro de observacion para un hombre de su carácter, y escuela práctica donde tomó lecciones que tanto le sirvieron en lo sucesivo. Para comprender mejor lo cerca que estaba siempre su persona de la de Cárlos V, basta recordar que en la gran ceremonia de la abdicacion, cuando se levantó el emperador para arengar á los Estados, se apoyó con la mano izquierda en el hombro del príncipe de Orange.

Era este personaje ambicioso, sin cuya cualidad no

hubiera hecho un papel tan distinguido. Aspiraba á la dominacion de los Paises-Bajos, aunque con el carácter de delegado de Felipe. No habiéndola obtenido, considerándose objeto de desconfianza, y lo era en efecto, para el rey de España, trató de hacer á su gobierno cuanta oposicion le era posible, y obtener por este medio lo que el favor le denegaba. No podian serle mas favorables las circunstancias, ni servir mejor á sus designios la política errada de Felipe. Tenia medios de satisfacer su ambicion, haciéndose apoyo de los oprimidos, mostrándose defensor de los privilegios del pais, respetados tan poco por el rey de España. Era el príncipe instruido, observador, gran conocedor de los negocios y los hombres, popular, magnífico, hasta pródigo: sabia conservar en el ruido, y hasta en el tumulto de un festin, sus verdaderos sentimientos, y no decir mas que lo que estaba en armonía con sus designios ó política. Era de una reserva proverbial, tan sério, tan avaro de palabras, que mereció el título de Taciturno. Aunque criado en la religion católica, se hizo siempre sospechoso por sus opiniones, y como para confirmar este concepto, acababa de casarse con una princesa luterana.

El conde de Egmont, otro de los personajes que hacen un gran papel en este drama, alcanzaba casi tanta fama como el príncipe de Orange; mas por medios diferentes. De algunos mas años que el primero, se habia distinguido como cortesano, como hombre de negocios, pues habia sido honrado con varias embajadas, y sobre todo como hombre de guerra, en cuyo teatro lucieron varias veces su capacidad y bizarría. Le hemos visto en la batalla de San Quintin derrotar la caballería francesa al frente de la de Felipe, comenzando de este modo una derrota que hizo tan famosa esta jornada. En la de Gravelines, mandó en jefe el ejército del rey de España. Reunida esta gloria personal á las riquezas, á su posicion en el pais, hacian del conde de Egmont uno de los principales personajes de aquel tiempo.



Era el conde de Egmont tan franco y abierto en sus maneras como reservado el príncipe de Orange; casi se puede decir que alcanzaba mas popularidad por esta misma circunstancia. Manifestaba sus quejas sin disfraz y sin rodeos; con sentimientos mas reales de adhesion y lealtad al rey de España, se expresaba acerca de él muchas veces sin ninguna consideracion, ni miramiento. No disimulaba su adversion al Cardenal Granvela, y con la princesa Gobernadora se mostraba franco consejero y no pocas veces censor bastante duro. Con el príncipe de Orange, á pesar de la poca armonía de carácter, llevaba relaciones de amistad; tan fuertes eran los vínculos con que la política del rey de España hacia unir á los principales personajes de los Paises-Bajos.

Citaremos tambien al conde de Horn, que aunque no de tanta nombradía como los otros dos, era personaje de importancia; de alguna mas edad que ninguno de ambos, militar tambien y de buen nombre, adicto de corazon al príncipe de Orange, que habia sabido ganársele por los medios que en él eran tan comunes.

La regente no pudo, pues, introducir la division entre estas tres personas. Era necesario otro resorte mas fuerte que el de una simple distincion ó gracia de la córte.

Acordaron los tres el escribir al rey de España, exponiéndole los males del pais, produciendo quejas contra la persona del ministro, cuya separacion le hacian ver que era del todo indispensable. Se extendió la carta con la anuencia de otros mas nobles, mas algunos se resistieron á firmar, y no fué suscrita mas que con los tres nombres indicados.

La Gobernadora, que por sus espías era sabedora de todos estos pasos, escribió por parte á su hermano, haciéndole ver la confabulacion en que se hallaban los grandes del pais, y lo fácil que era no le presentasen la verdad con sus colores verdaderos.

Recibió mal el mensaje el rey de España. Respon-

dió que no estaba acostumbrado á destituir á ninguno de sus servidores por las acusaciones de sus enemigos; que presentasen cargos positivos contra el Cardenal, y que si querian dar un carácter mas formal á dicha acusacion, viniese uno de ellos á producirla de palabra.

Constante siempre en su máxima de dividir á los que creia cabezas de la oposicion, escribió por parte al conde de Egmont en términos muy expresivos y afectuosos; mas fué en vano, pues volvieron á escribir los tres, diciendo al rey que no se presentaban como acusadores de nadie, sino como hombres que daban un consejo, cuya admision aconsejaba la política. A las amonestaciones del rey para que asistiesen al Consejo, respondieron que era un paso inútil, por cuanto en el Consejo no se trataban en público ningunos asuntos de importancia. El conde de Egmont respondió tambien por parte, diciendo que le era imposible presentarse en Madrid como el rey se lo insinuaba; que este paso, en lugar de ser útil á la causa del pais, arruinaria su reputacion, que podia ser tan útil á los intereses de su soberano.

Así quedaron por entonces los negocios. La mayor parte de los grandes salieron de Bruselas, y el Cardenal quedó, como siempre, omnipotente. Mas creciendo cada dia los odios y las animosidades de los grandes y del pueblo, volvió el conde de Egmont á exponer á la Regente los males que iba á acarrear á los Paises-Bajos la continuacion de este personaje en el gobierno. La princesa, ó bien convencida de esto mismo, ó tal vez disgustada interiormente de un hombre cuya preponderancia y verdadera autoridad hacia á la suya propia tanta sombra, se decidió por fin á escribir al rey, aconsejándole que tomase este asunto en consideracion, y se penetrase de que era ya necesaria la remocion de su ministro.

En cuanto á Granvela mismo, que no ignoraba ni estos pasos, ni las disposiciones de los ánimos, no tenia por prudente el insistir en conservar un puesto precario, que tantos disgustos le acarreaba. Tambien dió pa-

sos por su parte para su separacion, aunque tanto humillaba entonces su amor propio. Mas de todos modos el rey, á quien tantas quejas y amonestaciones hicieron por fin fuerza, consintió en un acto que le repugnaba como depresivo de su autoridad, y Granvela recibió la órden de ausentarse de los Paises-Bajos.

Preparado á este golpe el Cardenal, habia escrito con anticipacion al duque de Alba pidiéndole sus consejos y su proteccion para que le obtuviese un puesto en la córte de Felipe; mas no quiso comprometerse dicho personaje en dar este paso delicado, y aconsejó al Cardenal que se retirase por entonces á Borgoña ó al Franco Condado, pais de su naturaleza. Tomó Granvela su consejo, y salió de Bruselas, dirigiéndose á Besanzon, de donde tomó muy luego el camino para Roma.

Ya nos encontraremos mas adelante con este personaje, que apesar de su separacion de los Paises-Bajos, nunca perdió el favor del rey de España.

CAPITULO XXVIII.

Sigue la materia del anterior.-Edictos sobre la Inquisicion.-Sobre el concilio de Trento.-Confederacion de la nobleza.-Mendigos.-Excesos de los nuevos sectarios.-Represiones.--Medidas medias.-Entrada de tropas.-Recobra la Gobernadora el ascendiente.-Castigos de sectarios.-Disolucion de la confederacion.-Retirada del príncipe de Orange.-Resuelve el rey de España enviar al duque de Alba á los Paises-Bajos.

1565 - 1567. (1).

Fué la separacion del Cardenal Granvela de los Paises-Bajos una medida sin duda muy prudente; mas no estaba en esto la verdadera llaga, la verdadera causa de los disturbios que los molestaban. Tal cual Granvela se mostraba, no era mas que el verdadero agente de la po-

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

lítica del rey de España. No bastaba, pues, cambiar de brazo ó de instrumento, quedando él mismo el resorte, el alma principal que le movia. Con la política inflexible de Felipe, no podia haber paz ni amalgama entre tantos elementos de disidencia y de desórden. No queremos decir que con otra conducta no hubiese sucedido lo mismo en el conflicto á que habian llegado los intereses, las pasiones, las ideas. Un rompimiento era ya inminente, inevitable, y los pasos que daba el rey no hacian mas que acelerar esta declaracion de guerra abierta. Era ya imposible gobernar aquel pais segun sus máximas de administracion, y en cuanto á purgarle de la heregía, que fué el pensamiento favorito, dominante y exclusivo de Felipe, era verdaderamente una quimera. Todas las cartas del monarca á la Gobernadora se dirigian á que conservase la religion, á que se persiguiesen y castigasen los hereges, y no parecia sino que á proporcion que el rey se obstinaba en estirpar, se desarrollaban mas y mas las nuevas sectas. En varios puntos se manifestaron los desórdenes que hemos ya indicado, que entonces no eran mas que cosas aisladas, y no efecto de un pronunciamiento abierto. En Amberes tuvo el verdugo que matar á puñaladas á un famoso apóstata llamado Fabricio, á quien el pueblo trataba de arrancarle de la hoguera: en Rupelmonde llegó la desesperacion de un clérigo, tambien herege, á incendiar un archivo que se hallaba contiguo á la cárcel: en Brujas se alzó el populacho contra los inquisidores, y arrancaron de su mano un preso.

Las medidas que se tomaban en reprimir estos excesos, en vez de apagar el incendio, le daban nuevo pábulo.

La promulgacion del Concilio de Trento era uno de los objetos principales, quizá el mas interesante que ocupaba la atencion del rey de España. Hemos visto que en aquella asamblea, habiéndose disputado la precedencia entre los embajadores de España y de Francia, se decidió la cuestion por este último. La misma determinacion se



habia tomado por los cardenales en Roma, á quienes el Pontífice habia encomendado este negocio tan desagradable y espinoso. Al rey de España ofendió muchísimo una determinacion que tuvo por injusta y depresiva. Mas los que se imaginaban que esto habia de influir en la observancia y aceptacion del concilio, no conocian bastante los verdaderos sentimientos del monarca.

Se alegraron muchísimo en los Paises-Bajos, creyendo que semejante injusticia les eximiria de lo que llamaban el yugo del concilio; mas luego llegó órden de Felipe para que se publicase y se pusiese en observancia todos sus decretos y disposiciones. Pareció la medida algo violenta á la Gobernadora, y dudó mucho sobre la publicacion de algunos de ellos. El Consejo, á quien expuso sus dificultades, fué del mismo modo de pensar; mas el Rey se obstinó en que nada se omitiese.

Con esto se pone bien de claro que el rey de España procedia en estos asuntos como un hombre que despues de tomada una resolucion, no se detiene en la naturaleza de los medios de llevarla á cabo. Natural era que reflexionase que la Gobernadora y su Consejo estaban mas al cabo del estado del pais, y puesto que le indicaban los inconvenientes de la adopcion de la medida, accediese á sus miras y adoptase su política; mas era para él un asunto capital la admision en su totalidad de los decretos del concilio, y todo lo demas le parecia de un órden secundario. Repitió, pues, la órden de que se llevase adelante su decreto, y que nada se omitiese para reprimir y castigar con mano fuerte á los hereges. Mas no bastaba el mandar, pues los obstáculos insuperables que encontraba la Gobernadora eran superiores á estas órdenes. Volvieron á Madrid las representaciones de la Gobernadora y su Consejo. Para apoyarlas de palabra se envió á la córte de España al conde de Egmont, que, como hemos insinuado, no era en apariencia objeto de suspicacia para el rey católico.

Se verificaban mientras tanto las conferencias de Ba-

yona, de que hemos hecho mencion en su lugar correspondiente. Por mas que se quiso dar á esta entrevista un aire de familia, estaba persuadido todo el mundo de que se trataban en ella asuntos de gravísima importancia. Se hablaba de un plan de exterminio total de los hereges; y como en estos casos vuela tanto la imaginacion, así en los que esperan como en los que temen, no era extraño que las cosas se abultasen, aunque en realidad todos los historiadores de aquella época convienen en que el estado de la heregía en Francia y los medios de acabar con ella fueron el asunto principal de aquella reunion famosa. Si el rey de España no asistió personalmente á ella, fué, ó por no comprometerla dentro de un reino extraño, ó no dar mas campo á las sospechas; y sobre todo por no creer este paso necesario, habiendo dado instrucciones al duque de Alba, que en un todo le representaba. Circularon, pues, en los Paises-Bajos con este motivo rumores alarmantes que atizaron el fuego de descontento y aversion al gobierno español, aumentando los embarazos de la princesa Gobernadora y su Consejo.

Llegó á principios del año 1565 el conde de Egmont á Madrid, donde fué bien recibido del monarca. Su respuesta no fué otra que la que habia dado anteriormente; á saber, que se llevase adelante lo mandado, y que se reprimiese y castigase á los hereges. Para dar mayor solemnidad y peso á su determinacion, reunió un consejo de teólogos, á quienes sometió la gravedad de aquellas circunstancias. No todos los individuos de esta reunion aprobaron abiertamente sus sentimientos y medidas de severidad y de dureza. Algunos fueron de opinion de que debia cederse algo al estado de las opiniones y crítico de la situacion, y manifestando al rey su dictámen que podia usar de tolerancia, si este era un camino de conservar mas fieles adictos á la comunion romana. «No se trata de saber si puedo, respondió Felipe; la cuestion es si debo tolerar en mis dominios á enemigos de la Iglesia." Como los teólogos propendiesen á la afirmativa, si

tal era el estado del negocio, se arrodilló Felipe ante un Crucifijo, diciendo: »Señor, yo prometo no dar nunca leyes ni mandar en region alguna donde os desprecien."

Con estos datos podemos muy bien conjeturar la respuesta que enviaria á la princesa Gobernadora, aunque Egmont no fué el portador de todas las voluntades de Felipe. Le dió, sin embargo, una instruccion relativa al modo como se habian de conducir con los hereges, instituyendo una junta para ello. Le entregó asimismo 60,000 ducados de oro para la milicia, 200,000 para las guarniciones, 150,000 para gobernadores y magistrados, diciéndole que quisiera mandar mas, pero que tenia que atender á otras obligaciones igualmente perentorias. Tambien le entregó la persona de Alejandro, hijo de la Gobernadora, de diez y nueve años de edad, con lo que dejó á la madre altamente satisfecha. Poco despues se celebraron con gran solemnidad en Bruselas las bodas de este príncipe con la princesa María de Portugal, hija del príncipe don Eduardo ó don Duarte, hermano de don Juan III; mas estas grandes funciones y fiestas de familia no endulzaron la amarga situacion en que se hallaba la Gobernadora.

El conde de Egmont, á quien no se le fiaron todas las instrucciones que envió el rey por carta separada á la princesa, se quejó amargamente de una conducta que tan altamente comprometia su reputacion en el pais, pues se le supondria partícipe de medidas impopulares que fuertemente reprobaba. Apesar de que trabajó el rey en persuadirle de que no habia contradiccion alguna entre las instrucciones de que habia sido portador, y las que habian ido en cartas separadas, no se dieron órdenes menos severas para que se apoyase todo lo posible á los inquisidores, y se publicasen en su totalidad las decisiones del concilio. Se extendió en los términos mas severos el edicto en que esta obediencia y sumision se prescribia, y se distribuyó con profusion en todas las provincias.

Avivó este edicto la llama del descontento, y por to-

das partes fué blanco de invectivas y censura. En algunas provincias, sobre todo en Brabante, donde apenas pudo procederse á la publicacion del edicto, todas las clases del estado se le mostraron enemigas, sobre todo los nobles, y mas que nadie el príncipe de Orange, que continuaba aprovechándose de esta disposicion, tan favorable de los ánimos.

Se siguió á estos disgustos públicos, ó por mejor decir los inflamó de nuevo, una reunion de nobles que, en número de nueve, celebraron cierta especie de confederacion contra la promulgacion y observancia del edicto. Figuraban á la cabeza, Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange, Brederod conde de Utrecht, el conde Cárlos Mansfeld, hijo del otro de este nombre, el conde de Kuilenbourg, el conde de Tolosa, el conde de Santa Aldegundis Felipe de Marnix. En noviembre de 1565 extendieron con solemnidad la fórmula de su juramento. Decian en su manifiesto, que engañaban al rey los que le aconsejaban el establecimiento en los Paises-Bajos de la Inquisicion, tribunal de sangre, que ademas de sus crueldades, envilecia, degradaba y esclavizaba á los hombres, poniendo al bueno, al virtuoso, al honrado padre de familia á merced de infames delatores; que movidos de estos sentimientos, y mirando por la tranquilidad y seguridad de los ciudadanos, se declaraban contra el establecimiento de semejante tribunal, comprometiéndose con sus personas y sus vidas á llevar adelante su propósito, confederándose, prometiéndose ayuda mútua en favor de cualquiera individuo de la confederacion, que sufriese ó fuese perseguido por abrigar estos nobles sentimientos y trabajase por hacerlos efectivos. De la justicia de su causa, de la pureza de sus intenciones, ponian por testigo á Dios, y hacian á su pais la manifestacion mas formal y mas solemne. Se distribuyó esta fórmula, ó sea manifestacion, por miles de ejemplares, y fué recibida del pais con muchísimo entusiasmo.

Abrazaron la causa de los nobles los mercaderes y de-

mas clases populares, y muchos católicos no se manifestaron menos prontos á seguir esta bandera que los disidentes en materias religiosas. Es fácil de conocer que no llevaban unos y otros unas mismas miras; que algunos aspiraban solo á verse libres de la inquisicion, mientras otros trataban de conseguir una libertad completa de conciencia. De todos modos, se acrecentó muchísimo el número de los confederados, y á pocos dias de la primera reunion, ya pasaban de seiscientos. Se hallaban entre ellos, y los animaban sin duda en secreto, el príncipe de Orange, los condes de Egmont y de Horn; mas ninguno de estos tres se habia declarado abiertamente. Tampoco eran públicas, aunque ninguno las ponia en duda, las relaciones de los confederados con la reina de Inglaterra, los Hugonotes de Francia y los nobles luteranos de Alemania.

Nada de esto cogia desprevenida á la Regente, pues por todas partes tenia emisarios que le daban cuenta de la conducta de los disidentes. Trataba de neutralizar sus disposiciones, que ya rayaban en hostilidades, por medio de cartas secretas que enviaba á los Gobernadores para que llevasen á rigor las disposiciones de los edictos, inspeccionando castillos y fortalezas, poniéndose de inteligencia con la corte de Francia, á la que hacia saber cuanto pasaba; mas no estaba en el poder de la princesa ni en el de Felipe resistir por medio de decretos á un torrente que por todas partes desbordaba. Llegó en los nobles el ánimo y la resolucion hasta presentarse delante de Bruselas y pedir admision dentro de sus muros para entregar un memorial á la princesa. Celebrábase entonces en aquella capital una asamblea de caballeros del Toison de Oro. Con este motivo se deliberó en el Consejo sobre la peticion extraña de los confederados, sometiéndose á su decision si debian ó no ser admitidos. Opinaron por la afirmativa el Príncipe de Orange, el Conde de Egmont y sus amigos. Fueron de la opinion contraria entre otros el conde de Mansfed, y el de Barlamont, que se mostraba siempre contrario á la opinion del príncipe de

Orange. Manifestó éste que no podia haber inconveniente alguno en recibir la peticion de los confederados, y no dejó pasar la ocasion de censurar la conducta del rey, que tan mal recompensaba los servicios del pais y los sacrificios que en su obsequio hacia. En vano la Gobernadora les hizo ver lo vicioso de su pretension, manifestando que la inquisicion no era una institucion nueva en el pais, pues llevaba ya de fecha cuarenta años; mas la demostraron que habia mucha diferencia entre la inquisicion ejercida por los obispos del pais y la que se queria establecer ahora, dependiente en un todo de las voluntades del Pontífice.

El Consejo decidió, pues, la admision de los confederados, que entraron en 7 de abril del año 1566 con grande aparato y ceremonia rodeados de la muchedumbre. Fueron hospedados en casa de los demás nobles, y con esto se estrechó mas la liga, renovándose el juramento de que todos se declaraban mancomunados contra sus enemigos, ofreciéndose proteccion y auxilios mútuos. A los dos dias se presentaron en palacio con Breredod, á la cabeza, quien con todas las demostraciones de sumision y de respeto puso en manos de la Gobernadora una peticion reducida á tres artículos, solicitando la revocacion de los edictos sobre la inquisicion y obediencia á las decisiones del concilio. Al mismo tiempo se quejaron á la Gobernadora de las cartas que sus enemigos le habian escrito contra ella, pidiéndole que declarase los nombres de los delatores. Les respondió Margarita que tomaria el asunto en consideracion, que lo consultaria con el rey, y no les dió mas respuesta por entonces, con la cual se despidieron. Mas al dia siguiente se les devolvió la peticion con un decreto al márgen en que se les ofrecia mitigar los decretos relativos á la inquisicion y á otros puntos de litigio: con este motivo volvieron los comisionados á palacio y dieron gracias á la Gobernadora.

Se celebró aquel mismo dia un banquete á que asistieron la mayor parte de los confederados. En el calor de

la conversacion y del vino se discutió un punto que hasta entonces no se habia tratado, á saber: qué nombre se daria á su asociacion, pues hasta entonces no habia sido designada con ninguno. La decision que se adoptó en el particular fué verdaderamente propia de una sobre mesa. Parece que Barlamont ó algun otro de los principales consejeros de la Gobernadora, para indicar lo poco que valian los confederados, los habia designado con el nombre de *mendigos*. Fué esta especie la que con broma y algazara les hizo adoptar el nombre definitivo que se dieron. ¡Vivan los mendigos, vivan los mendigos! se vociferó en la mesa, por cuyos convidados circuló un vaso con unas alforjillas y una especie de taza ó de hortera llena de vino, en que brindaron todos. En el calor de aquella discusion llegaron el príncipe de Orange y el conde de Egmont, con lo que se renovaron los brindis y las aclamaciones.

Tal fué el orígen de los mendigos de los Paises-Bajos, que llevaban por divisa de su confederacion una taleguilla con una hortera al lado, y una medalla al cuello con una inscripcion de ser fieles al rey hasta la talega. Despues de algunos dias de permanencia en Bruselas se salieron del modo mas público, en número de mas de quinientos, recibiendo fuegos de saludo. Brederod se retiró á Amberes y los otros á Güeldres, desde cuyos puntos trataron de esparcir y aumentar la asociacion con toda la actividad posible. En vano envió la Regente un mensajero á Amberes para que se precaviesen de Brederod y espiasen su conducta. No fué por eso menos popular en la ciudad este jefe, y cuando supo la determinacion de la Gobernadora, salió á las ventanas de su casa con un vaso de vino en la mano y brindó á presencia de la muchedumbre contra una institucion tan aborrecida y detestada.

No le faltaban á la princesa Gobernadora buenos deseos y espíritu conciliador que templase las pasiones; mas se hallaba contrariada en su modo de pensar por las ór-

denes terminantes de Felipe, á quien procuraba complacer en todo. Convencida de lo imposible que era poner en planta los edictos venidos de Madrid, imaginó uno que conciliase en lo posible las ideas del monarca y las de los confederados, es decir, un término medio igualmente distante de los dos extremos. Habiendo propuesto en su Consejo si esta medida se llevaria á efecto ó no, se decidió por la afirmativa el príncipe de Orange, y en efecto se extendió y circuló el edicto. Pero Margarita no le dirigió á todas las provincias á la vez, sino de un modo sucesivo, comenzando por aquellas donde no se manifestaba tanto el espíritu de resistencia á los edictos anteriores. Adoptaron el decreto, que se llamó de moderacion, las provincias de Artois, Namur y Luxemburgo. Otras manifestaron que estaban prontas á recibirle con algunas modificaciones; otras abiertamente se negaron. En general fué de tan poca eficacia la medida y tan impopular, que en lugar de llamarle edicto de moderacion, se le dió el título de *moorderation*, que en aquella lengua significa asesinato. Y aun para la aprobacion de esta medida, que tan poco agradable se manifestaba, le era preciso el consentimiento del rey, para lo que le envió de mensajero á los condes de Montigny y de Berghen.

En el punto donde se habian puesto los negocios, era ya imposible á los hombres de cierta consideracion é influencia en el pais permanecer neutrales, tratándose de cosas que tanto se chocaban y se contradecian. Entre ellos se hallaba principalmente el príncipe de Orange, quien ni amaba al rey ni gustaba de su política n sus resoluciones, y que por otra parte no queria, ó por principios ó por otras miras ulteriores, manifestarse jefe y afiliado en el partido opuesto. Objeto de la suspicacia de Felipe, no se lisonjeaba de acertar nunca á complacerle, y por otra parte temia perder su popularidad mostrándose celoso servidor de aquel monarca. Hizo, pues, renuncia de sus cargos á la Gobernadora, diciéndola que no necesitaba el rey servidores que eran objeto de sus desconfianzas, y que

por lo mismo no podia ser de utilidad en puesto alguno. Siguieron su ejemplo los condes de Horn y de Egmont, marchándose este último á tomar los baños. Se quejó amargamente de esta conducta la Regente, diciéndoles que cómo la abandonaban en aquel conflicto, y quién podria en adelante apoyar su autoridad, abandonando sus puestos personas de su influencia y nombradía? Retiró el conde de Egmont su peticion y conservó sus cargos. Anduvo mas remiso en eso el príncipe de Orange, que rara vez era muy esplícito en sus pasos y en sus determinaciones. En cuanto al conde de Horn, se retiró definitivamente de la vida pública.

Mientras tanto se aumentaba cada dia en los Paises-Bajos el número de los sectarios. En todas partes hacian nuevas irupciones los luteranos, los calvinistas y los anabaptistas, sin que todas las medidas del mundo pudiesen impedirlo en un pais de tantas relaciones como Flandes con naciones donde dichas sectas pululaban. Por el norte se componia el mayor número de luteranos, como la religion de los príncipes del Imperio; por el mediodía eran especialmente calvinistas, como en estrecha relacion con los de Francia. Se entraban los misioneros con la apariencia y bajo el traje de comerciantes ó artesanos que esparcian en secreto sus doctrinas; pero por la impopularidad del nuevo edicto de la Gobernadora, cobraron mas aliento, y de privadas confabulaciones procedieron á predicar abiertamente en público. En Ondenarde, Gante y casi toda Flandes, se presentó como principal misionero un tal Fernando Striguer, ex-fraile franciscano, que arrastraba tras sí la muchedumbre entusiasmada con una elocuencia que hablaba á su imaginacion y á sus pasiones. Llevaban los mas atrevidos armas de fuego, picas y alabardas con que cercaban el campo donde predicaba el misionero. Con un carro le formaban una especie de púlpito con toldo, para defenderle del sol ó inclemencias de la atmósfera. Allí se predicaba, se cantaban salmos y se administraban sacramentos segun prescribia la doctrina de

Calvino. Lo mismo practicaba un tal Ambrosio Ville en Tournay, y Pedro Dathem en la Flandes del poniente. De Tournay, que se hallaba sin guarnicion, se apoderaron, poniendo en libertad á los presos por sus opiniones. Ligados los de esta ciudad con los de Valenciennes y Amberes, se reunieron de los tres puntos hasta mas de diez y seis mil con carros y armas para oir sermones y cantar sus salmos. No solo ponian en práctica el culto de las nuevas sectas, sino que hacian burla del de Roma por medio de farsas, en que se ponian en ridículo sus trajes y sus ceremonias.

Comenzaba este desórden á inspirar sérias inquietudes. De Amberes dieron parte de todo á la Gobernadora, instándola á que cuanto mas antes se pusiese en camino para dicho punto. No atreviéndose á ello Margarita, mandó en su lugar al conde de Mengel; mas su presencia en lugar de aplacar los desórdenes de Amberes, los hizo degenerar en tumulto abierto, prorumpiendo la muchedumbre en vociferaciones contra Mengel, á quien se acusaba de ser portador de órdenes secretas para plantear el tribunal de la inquisicion, objeto de tanta antipatía. Intimidado Mengel tuvo que salir de Amberes, y con este motivo volvieron los comisionados de esta ciudad con nuevas súplicas á la Gobernadora para que se pusiese inmediatamente en camino, si la queria ver salvada, y en caso de que no pudiese les mandase en su lugar al príncipe de Orange. Aceptó éste la comision que le dió para ello Margarita, apesar de sus resoluciones anteriores, y se dirigió á Amberes, de cuyo pueblo fué recibido con muchísimos aplausos. Participaron todas las clases de estos sentimientos, y los unos como los otros miraron como un salvador al príncipe de Orange. Sério éste, y circunspecto, aplacó poco á poco la efervescencia popular, y con su carácter conciliador, al mismo tiempo de hacer concesiones á los sectarios, protegió al culto católico contra las violencias de que estaba amenazado.

Mientras tanto la Gobernadora, siempre con descon-

fianza de unos y de otros, retiró el acto de indulgencia que habia concedido á los confederados. Con este motivo se reunieron estos con Brederod á su cabeza en Santron, y desde allí pidieron á la Gobernadora seguridad personal, manifestando pretensiones poco asequibles, pero con tono muy alto y decisivo. Fué portador de este mensaje el conde jóven de Mansfeld, y la Gobernadora envió á los confederados al príncipe de Orange y al conde de Egmont como sus plenipotenciarios. Preguntaron estos en nombre de Margarita qué pretensiones tenian y por qué se celebraba aquella reunion extraordinaria. Los confederados dijeron que no tenian ninguna seguridad, y que ademas se veian objetos de desconfianza y calumniados. No accedió la Regente á sus solicitudes. Destituida de consejo en aquella crisis, con gran falta de recursos, y desconfiando del príncipe y de Egmont, dijo á los confederados que esperasen la respuesta del rey otros veinte y cuatro dias.

Llegó el conde de Montigny á Madrid con el mensaje de la Regente, cuyas pretensiones eran, entre otras, la abolicion del decreto de la inquisicion, ó mas bien, el que se sustrajese de este lo que era tan odiado de aquellos habitantes. Tambien la convocacion de los Estados generales era una de las medidas urgentes que aquella princesa proponia.

Se hallaba entonces Felipe II en Valsain, cerca de Segovia, é inmediatamente mandó que se juntase el Consejo de Estado, compuesto del duque de Alba, de Gomez de Figueroa, del conde de Feria, de D. Antonio de Toledo, de D. Juan Manrique de Lara, de Rui-Gomez, príncipe de Eboly, de Luis Quijada, de Cárlos Tissenac, presidente del Consejo de Flandes. En el seno de esta reunion se trataron los negocios tan delicados de los Paises-Bajos; se examinó la conducta de los confederados, la irupcion de los innovadores y sus predicaciones públicas. Se debatió en el Consejo en pró y en contra, como sucede en tales casos, y una de las cuestiones mas importantes

fué la de si el rey en aquellas circunstancias debia dirigirse á los Paises-Bajos. Muchos opinaron por la afirmativa: otros alegaron los grandes riesgos á que se expondria el rey, haciéndose al mar en estacion tan avanzada, opinion que prevaleció en la mayoría del Consejo. Tambien hubo opiniones de que se retirasen los edictos y se confirmase el de indulgencia. Despues de oidos á unos y á otros no resolvió allí otra cosa el rey, mas que se hiciesen rogativas y procesiones para que Dios iluminase sus consejos.

Escribió el rey á la Regente que no creia necesaria la convocacion de los Estados, y que por lo mismo no podia acceder á la adopcion de esta medida. La mandó al mismo tiempo que estuviese preparada para la guerra, allegando tres mil caballos y dos mil infantes, mientras él arreglaba un regimiento de caballería. Escribió ademas á muchos grandes del pais y ciudades principales en los términos mas corteses, exhortándolos á que continuasen con su conducta, y los sentimientos de fidelidad y adhesion á su persona. En cuanto á los edictos, aflojó algun tanto de su rigor acostumbrado. Con estas respuestas se volvieron, pues, los mensajeros; mas antes de llegar á los Paises-Bajos habian ocurrido sucesos desagradables, de un órden sumamente desastroso.

Desechaban los nuevos sectarios el culto de las imágenes, que por todas partes eran objeto de su antipatía. Ya hemos visto cómo en Escocia, en Inglaterra, en Alemania, en Francia, fueron muchas veces invadidos los templos, robados los objetos del culto de algun valor, y quebradas las imágenes. De iguales violencias fueron teatro los Paises-Bajos. De las predicaciones en campo abierto, pasaron á hostilizar á los templos de sus antagonistas. Mas de trescientos foragidos se presentaron en las iglesias de la Flandes occidental en Saint-Omer, Yprés, Menin y Oudenarde. Con martillos, con palancas, con todos los instrumentos posibles de dilapidacion y destruccion, invadian los altares y cometian toda clase de destrozos.

Tambien quisieron cometer estos excesos en Amberes, y se hubieran realizado á no imponer su intercesion el príncipe de Orange. Mas restituido á Bruselas, á consecuencia de llamamiento de la Gobernadora, quedó la ciudad abandonada y continuó el tumulto, teniendo por blanco nada menos que la catedral de la ciudad, donde, entre otras imágenes, fué despedazada la de la Vírgen, objeto de gran devocion para aquellos habitantes. Los mismos excesos se cometieron en Gante, en Tournay, en Valenciennes. En Holanda y otras ciudades del norte de los Paises-Bajos, se vieron los magistrados en la necesidad de retirar de las iglesias los objetos del culto, á fin de que no fuesen víctima de la codicia y profanacion de los sectarios.

Alarmada la Gobernadora, y atemorizada ademas, quiso huirse de Bruselas. Mas se lo disuadieron sus consejeros, y entre ellos el famoso Viglio que estaba separado, hacia algun tiempo, de sus cargos. Accedió por fin Margarita á sus razones. Nombraron por gobernador de la ciudad al conde de Mansfeld, quien tomó medidas de defensa, aumentando la guarnicion, dando armas á los mismos criados y sirvientes de palacio.

Aconsejaron al mismo tiempo á la Gobernadora que se soltase de la cárcel á los aprehendidos por predicadores; que se diesen á conocer los nuevos edictos conciliadores que habian llegado de la córte de España; que no se hablase nada de castigos; que concediesen la seguridad personal que pedian los mendigos. El príncipe de Orange y el conde de Egmont se mostraron en buenos términos con la Gobernadora durante aquellas apuradas circunstancias, y despues de haberse dado promesas mútuas de sinceridad, se dirigieron el primero á Amberes y el segundo á Flandes.

Igual efecto hizo la presencia del príncipe de Orange en Amberes esta vez que la pasada. Restituyó á los católicos los edificios del culto, al mismo tiempo que concedió á los protestantes puntos donde pudiesen públicamente

celebrar el suyo, debiendo presentarse en estos actos sin espadas, sin ninguna clase de armas. Despues de pacificada Amberes, se dirigió el príncipe con el mismo objeto á Utrecht, á Holanda y á Zelanda, donde observó la misma conducta pacificando los ánimos y haciendo justicia á cada uno de los dos partidos.

Tambien en Bruselas trataron de hacerse con templos suyos los de las nuevas sectas; mas se negó á ello la Regente, cuya autoridad, apoyada en la energía del Gobernador y jefe de la guarnicion, fué entonces respetada.

En Tournay se suscitaron muchas disputas sobre la distribucion de lugares de culto. El Gobernador asignó á los protestantes los arrabales de la ciudad para construir sus templos; mas los nuevos sectarios se obstinaban en tenerles dentro, por hallarse allí el mayor número de sus co-religionarios; pero al fin se aplacaron, accediendo á lo que el Gobernador les proponia.

Fué en Valenciennes donde se suscitaron con estas disputas mas disturbios. Habian sido mas frecuentes en esta ciudad que en ninguna otra, sea porque hubiese mayor número de hereges, ó porque la vecindad á Francia los hiciese mas ardientes y atrevidos. Tenian entonces en su seno, un predicador de esta nacion, llamado Lagrange, que arrastraba á la muchedumbre con el poder de su elocuencia; llegando hasta amenazar á los magistrados con entregar la plaza á los hugonotes, si sus hermanos no entraban en goce del derecho de ejercer en público su culto, como lo hacian los demas cristianos. Se mostró muy celoso el conde de Egmont en Gante, capital de su gobierno, protegiendo á los católicos contra los ataques de los calvinistas, con la restitucion de los templos que les habian usurpado. Solo permitió á los nuevos sectarios uno de su culto fuera de los muros de la plaza.

Se conducian, como se ve, el príncipe de Orange y el conde de Egmont en el sentido del órden y el reposo público, mostrándose muy celosos por la autoridad de la Gobernadora y obsequiosos en servir los intereses del señor

de los Paises-Bajos. Mas no por eso se hicieron gratos á este monarca, que con tanta desconfianza los miraba y tan presentes tenia sus pasos anteriores. Ademas de esto, la contemporizacion en los sectarios que estos príncipes observaban como regla de conducta no podia ser del agrado de un rey, para quien el nombre de herege encerraba todas las maldades y crímenes posibles.

Mientras tanto le apretaba con sus cartas la Gobernadora para que cuanto mas antes se presentase en los Paises-Bajos. Lo mismo le decian el príncipe de Orange, el conde de Egmont y los otros grandes. Por su parte le proponia el emperador la necesidad de que aflojase algo de sus pretensiones, proponiéndose hasta por mediador si se consideraba este paso necesario.

Si algun pais podia reclamar con urgencia la presencia de su rey, era Flandes sin disputa. Basta lo poco que llevamos dicho para concebir la confusion y desórden en que estaba envuelto. Por una parte edictos para el establecimiento de la Inquisicion; por otra permisos á los sectarios para que erigiesen templos de su nuevo culto. Aquí pretensiones de gobierno absoluto; allí consentida una confederacion política que imponia condiciones. La Gobernadora no tenia fuerza: los grandes que la auxiliaban no eran siempre sinceros en su profesion de fé política: entre estos mismos existian diferencias muy marcadas de carácter, sobre todo de miras y segundas intenciones. El único punto al que todas las opiniones y partidos convergian era el disgusto hácia la dominacion del rey de España.

Se hallaba á la sazon en Segovia este monarca (1566), y todos estos puntos fueron sometidos en el momento á su Consejo. Se mostraron en él los parciales de Granvela muy contrarios á los de los grandes de los Paises-Bajos. A sus manejos, á sus intrigas, á sus pasos ocultos atribuian los primeros todos los disturbios de que aquella region era teatro. Dijeron que sin su conducta doble y política torcida no le hubieran inundado los hereges, ni

tenido lugar la confederacion de los mendigos, ni dádose el escándalo de las predicaciones en el campo, ni consumádose la iniquidad con el allanamiento de los templos y la destruccion de sus imágenes; que todos eran unos, pero que los grandes eran mas culpables que los chicos; por lo que convenia que sobre los primeros recayesen principalmente los castigos.

En este punto convinieron casi todos. Tambien se adoptó con únanimidad la idea de que el rey se presentase en Flandes. Mas sobre el modo de hacer el viaje y los que habian de acompañarle hubo diversidad de pareceres.

Opinó la parcialidad contraria al duque de Alba, y donde figuraba el príncipe de Eboli que el rey partiese sin ejército, haciendo ver el costo, los embarazos de la traslacion de tantas fuerzas á los Paises-Bajos, el aire de extranjero que daria al rey el presentarse en medio de sus pueblos rodeado de fuerzas extrañas al pais; lo gravoso que seria para este su manutencion, y que en lugar de aplacar los ánimos, este despliegue de fuerza y de violencia los enajenaria mas y mas del rey de España, etc.

Respondió á esto el duque de Alba que nunca eran mas necesarias las fuerzas que para imponer á un pais que recurria en su desobediencia á medios tan violentos. Que el viaje del rey era mas bien para reprimir que para conciliar los ánimos; que solo se podian aplacar con el respeto y temor de los castigos. Que todos habian pecado, y por lo mismo debian ser todos merecedores de castigos; que tal vez el rey se expondria á desaires personales, no viéndose rodeado de un ejército disciplinado que se mostrase instrumento ciego de sus disposiciones.

Prevaleció esta opinion como era de esperarse, y despues se trató de la ruta que seguiria el monarca. Por el mar Océano era imposible en aquella estacion hacer el viaje. Desembarcando en Italia se le ofrecian dos caminos, ó por Trento atravesando la Alemania, ó por los Alpes, Apeninos, Suiza y orillas del Rhin; mas ambas rutas

tenian el inconveniente de atravesar tierras de príncipes luteranos ó de calvinistas. Por otra parte, era preciso hacer venir de Italia las galeras en que debia de embarcarse el rey, lo que todavía era obra para algunos meses. No tenia el rey deseos de hacer el viaje de los Paises-Bajos. Jamás hijo en esta parte fué tan diferente de su padre. Tan activo como éste se mostraba para presentarse donde quiera que creia necesaria su presencia, tan opuesto era el otro á dejar su gabinete, creyendo tal vez que bastaban sus disposiciones para imprimir un gran impulso en los negocios. Sin embargo, se equivocó mucho en esta parte, y tal vez á su repugnancia en visitar aquel pais, se debieron una gran parte de todos sus disturbios.

Mientras se decidia y ponia en ejecucion este designio de viaje, escribió el rey á la Gobernadora una carta para presentar en el Consejo, y otra secreta en que le daba otras instrucciones que no se leian en aquella. En ambas se mostraba adverso á la convocacion de los Estados generales; lo que particularmente le encargaba era que tomase cuantas medidas pudiese para hacerse fuerte, allegando el mayor número posible de tropas.

Iba en progreso la fabricacion de los templos calvinistas, por las medidas de equidad y de moderacion adoptadas por los gobernadores; se dedicaron con el mayor ardor y celo á llevar adelante una obra en que tanto se interesaban sus creencias y amor propio. Grandes y pequeños sin distincion de clases, todos se apresuraban á poner los medios que cada uno tenia por su parte; haciendo donativos, llevando piedra y demas materiales, trabajando en cosas manuales cuando era necesario. Solamente el conde Hoogstraten en Amberes hizo la oferta de tres millones de escudos, cuya especie circuló impresa en miles de ejemplares, inflamando el ejemplo de muchos que tambien acudieron con sumas muy considerables.

Habia aflojado mucho el allanamiento de las iglesias, los vínculos de la confederacion donde entraban, como he



mos dicho, católicos y protestantes. Miraron los primeros con indignacion una conducta que tal vez atribuyeron á maquinaciones de los últimos. Con estas recriminaciones hubo desvíos y sospechas mútuas: muchos, sobre todo católicos, se separaron de una liga que se mostraba en parte tan contraria á sus propios sentimientos.

La Gobernadora que lo supo, pues de todo la informaban sus espías, trató de proseguir esta obra de desconfianza, desuniendo cuanto era posible los ánimos, indisponiéndolos unos contra otros. El rey, con quien consultó el negocio, le envió cartas escritas á muchos de ellos de una manera secreta, mas que no dejaba de ser pública. Naturalmente fué el designio del rey hacerlos objeto de suspicacia para los que no habian sido agraciados con esta deferencia.

Fué el conde de Egmont uno de los que recibieron estas cartas. Franco en todas sus acciones y palabras, este personaje se habia disculpado con el rey de algunas faltas suyas anteriores, y haciendo protestas de su adhesion y respeto á la persona del monarca. Le hizo contestar el rey por medio de su secretario, en términos de reprension, manifestándole que al Rey tocaba mandar y al vasallo obedecer ciegamente sus disposiciones: que el conde de Egmont no habia hecho todo lo posible para reprimir los excesos de los enemigos del monarca, mas al mismo tiempo le dió á entender que estaba siempre en su gracia, y que contaba en todo con su enmienda para en adelante.

Tambien recibió carta del rey el príncipe de Orange, mas su contenido era en tono muy diverso. Habia el príncipe, como hemos dicho, presentado á la Gobernadora la dimision de sus cargos, á lo que no accedió la princesa, manifestándole lo necesarios y gratos al rey que eran sus servicios. Lo mismo le dijo Felipe, haciéndole ver que merecia en todo su confianza; y para darle una muestra de la sinceridad de su conducta, le aconsejaba que se precaviese de su hermano, el conde de Nassau,

haciendo todo lo posible para que se alejase de los Paises-Bajos.

Al príncipe de Orange no seducian estas manifestaciones de Felipe. Sabia por sus espias cuanto pasaba en la córte de Madrid, y aun en los consejos reservados del monarca. No le era desconocido su viaje á los Paises-Bajos y las intenciones que tenia. Sabia el consejo que habia dado el duque de Alba; lo que los de Granvela habian dicho sobre la conducta de él y de los nobles. Recientemente habia caido en sus manos una carta, en que el embajador de España en Francia comunicaba esto mismo á la Gobernadora, y la hacia ver que habia llegado el tiempo de emplear medidas de rigor y de castigo. Con este motivo tuvo el príncipe de Orange una entrevista con su hermano Luis, con los condes de Egmont, de Horn y de Hoosgtraten, manifestándoles el estado de las cosas, la próxima venida del rey, las resoluciones que le animaban, y el gran peligro que corrian. Inmediatamente su hermano, el conde de Nassau, opinó que se tomasen las armas; que escribiesen á los suizos que impidiesen el paso al rey; que pidiesen auxilios á los hugonotes de Francia, á los príncipes luteranos de Alemania, y que declarasen la guerra los primeros, á fin de no encontrarse desapercibidos. Mas el príncipe se opuso á esta medida tan precipitada, haciendo ver que no habian llegado á este término las cosas; que debian esperar, siempre con toda precaucion, una coyuntura mas favorable para declararse; que era preciso que el rey les diese mas motivos, lo que segun sus temores no dejaria de realizarse prontamente.

En cuanto al conde de Egmont, se mostró incrédulo á las aserciones del príncipe de Orange. Le parecia imposible que viniese el rey con las intenciones que le atribuian: que él por su parte no vacilaba un momento en los sentimientos de adhesion y fidelidad que debia á este monarca: que algunas veces por su rara desconfianza habia obrado tal vez fuera de la línea que le trazaban

sus deberes; mas que para en adelante estaba decidido á cumplir en todo con la voluntad del rey, sin apartarse en nada de todas sus disposiciones.

Desbarató algo esta obstinacion del conde los planes del príncipe de Orange, á quien era imposible hacer nada sin ayuda del primero, por su gran popularidad, y sobre todo la influencia que tenia en el ejército.

Los amigos se separaron, y aunque todos tenian que presentarse en el Consejo, donde los aguardaba la Gobernadora, solo acudió el conde de Egmont, á quien Margarita, ya sabedora de la reunion, preguntó lo que habia pasado en ella; mas en lugar de decírselo, el conde la enseñó la carta del embajador de Francia, echándola en cara la doblez con que eran tratados, y la suerte que los aguardaba por parte del monarca. Se turbó algun tanto la Gobernadora; mas vuelta prontamente en sí, negó la autenticidad de dicho escrito. Sostuvo que era apócrifo y falsificado para seducirle y estraviarle con planes suversivos; que á ella no le faltaba carta alguna del embajador; que todas las habia recibido con sus propias fechas; y ademas que era tener poca idea de la prudencia que distinguia tanto al rey de España, suponiéndole capaz de fiar á su embajador secretos de tal grado de importancia.

No es fácil decir la impresion que hizo esta respuesta en el ánimo del conde; mas debió de ser favorable, habiendo éste permanecido en la situacion pasiva que á sus amigos habia manifestado.

Mientras tanto se tomaban disposiciones para una guerra próxima; se hacian venir tropas de Alemania y otras partes, y se distribuian á los gobernadores de las provincias respectivas. Por no excitar la desconfianza del príncipe de Orange, se confiaron tambien algunas á su mando; mas haciéndole vigilar por un oficial de toda confianza de la Gobernadora, á quien daba parte de todos sus pasos y conversaciones. Tambien las recibió el conde de Egmont en su gobierno.

Con la adopcion de estas medidas variaron el lenguaje y conducta de la Gobernadora. Se puso fin al tono de consideracion y de indulgencia; se revocaron las gracias concedidas á los protestantes para erigir templos; se castigó á los predicadores; se persiguió á los que se mantetian aún confederados; se habló en fin de rigor y de castigo, y que habia llegado el término de las condescendencias.

Valenciennes, donde con mas ardor y vehemencia se habian conducido siempre los nuevos sectarios, llamó principalmente la atencion de la Gobernadora, y envió al conde de Noircarmes al frente de tropas para guarnecerle. Al llegar á la ciudad salieron los magistrados á recibirle, suplicándole no pasase adelante con la tropa; mas él les dió á entender que no les quedaba mas alternativa que recibir la guarnicion ó sostener un sitio.

Los magistrados trataban de avenirse al recibimiento de la guarnicion, habiéndose estipulado antes el número de tropas que debian componerla; mas los calvinistas rígidos y el populacho, arrastrados por los discursos del predicador Lagrange, resolvieron defenderse hasta la última estremidad, supeditando la voluntad de los magistrados y de las personas mas pudientes. En vano volvió á intimar la rendicion el general; los de adentro se mantuvieron obstinados. Para privar á la plaza de todos los socorros, ocupó dicho jefe todos los pueblos de los alrededores, habiendo tenido la fortuna de derrotar á varios destacamentos que de algunos puntos les enviaban de refuerzo.

Mientras seguia el sitio de Valenciennes, se iban aflojando poco á poco los vínculos de los confederados. Temerosos los mas comprometidos, enviaron una diputacion á la Gobernadora pidiendo garantías y seguridades. La recibió la princesa con altivez y con desprecio, diciéndoles que para nada los reconocia; que si en algun tiempo habian abusado de las circunstancias para rebelarse contra las leyes, y creerse con derecho de imponer condiciones,

se habian cambiado ya los tiempos; que era preciso reconocer y respetar en todos puntos la autoridad y disposiciones del monarca, entregándose á discrecion, ó exponiéndose de otro modo á las consecuencias de su rebeldía.

No les quedó, pues, á los confederados otra alternativa que ceder y rendirse á discrecion ó levantar el estandarte de la guerra. Les pareció esto último un partido preferible, y la bandera de la insurreccion tremoló casi abiertamente en Amsterdan, Tournay y en otros puntos. La insurreccion y las hostilidades hubieran sido mas funestas á la Gobernadora, sin la rivalidad de los luteranos y los calvinistas, que no pudieron amalgamarse y convenirse. Es un hecho que cada una de estas dos sectas aborrecia mas á la otra que á la misma religion católica, que entrambas combatian.

Mientras tanto no estaba ocioso el príncipe de Orange. Todo lo observaba desde Amberes, y de todo llevaba cuenta en conformidad de sus planes ulteriores. Suponiendo que el rey de España iria á desembarcar en la isla de Valkren, hizo que Marninx, conde de Tolosa, se dirigiera á aquellos puntos, poniéndose de acuerdo é inteligencia con los de Fleseinga y Midd-burgo. Para ayudarle el príncipe sin dar sospecha á los magistrados de Amberes, hizo salir de la plaza á los extranjeros con pretexto de ser perjudiciales; y cuando los tuvo fuera de los muros, los hizo embarcar secretamente en el Escalda. Mas la operacion no tuvo efecto. Sabedora la Gobernadora de la expedicion de Marninx, envió á Bruselas en su busca á Felipe de Lannoy, quien le alcanzó, le derrotó y le hizo encerrarse en una casa fuerte. El conde de Tolosa prefirió ser presa de las llamas á entregarse.

Nadie era sabedor en Amberes de este desastre, á excepcion del príncipe de Orange, que se apoderó inmediatamente de las puertas de los puentes. A la mañana siguiente le avistaron desde los muros las reliquias de los fugitivos: á su vista se llenó el pueblo de indignacion y de lástima, mas al tratar de salir en su auxilio, se vieron

encerrados dentro de la plaza. Se marcharon en seguida á los puentes, donde los previno el príncipe de Orange. En vano les advirtió del peligro que iban á correr, pues detrás de los fugitivos se descubria el enemigo en fuerzas respetables. Pero la impaciencia de los habitantes pudo entonces mas que sus consejos. Al fin, no pudiendo contenerlos, entregó la llave á uno de los predicadores de entre ellos, que ejercia mas ascendiente, diciéndole que sobre su cabeza caeria la responsabilidad de cuantos males podian seguirse de su salida al campo. Con estas palabras firmes se aquietaron, y el predicador no se atrevió á hacer uso de la llave entregada por el príncipe.

Dos dias duró la confusion en Amberes, no entendiéndose apenas unos á otros, fluctuando todos entre el temor de los de afuera, y sus rivales ó enemigos de dentro: se mostraban los luteranos desconfiados de los calvinistas, y al contrario. El príncipe de Orange se hizo una guardia de estos últimos, que siendo extranjeros por la mayor parte, tenian mas circunspeccion y necesitaban vivir con dobles precauciones.

Seguia mientras tanto el sitio de Valenciennes, cuyo general habia recibido órden para no estrecharlo mucho, dando tiempo para que llegasen socorros prometidos por el rey de España. Mas aprovechándose los de adentro de esta flojedad, hacian hasta salidas, hostilizándole con cuantos medios estaban á su alcance. Pudo al fin Noircarmes conseguir de la Gobernadora que le dejase apretar el sitio todo lo posible; mas antes de proceder al último ataque volvió á intimar la rendicion, que aceptada por los magistrados, fué desechada por los calvinistas y sus predicantes.

Al fin, se dió el ataque decisivo: por treinta y seis horas se estuvo cañoneando á la plaza, y durante este tiempo se echaron sobre ella tres mil bombas. Abierta ya una gran brecha y prontos á dar el asalto, quisieron capitular los de dentro ó atenerse á las anteriores condiciones; mas el general sitiador respondió que ya era tarde y que no

tenian mas remedio que entregarse á discrecion, lo que en efecto hicieron. Fueron ahorcados el gobernador de la plaza, el predicador Lagrange y otros compañeros, con treinta y seis mas de los principales de la muchedumbre.

Fué un gran golpe la rendicion de Valenciennes para el partido de los insurgentes. A la toma de esta plaza se siguió la de Mestric, que se rindió sin condiciones. Lo mismo sucedió á casi todas las plazas fuertes, á excepcion de las de Holanda.

Hemos visto á la Gobernadora adoptar un lenguaje fuerte y decisivo, no acostumbrado anteriormente cuando tenia que contemporizar con los partidos. Apenas sabia entonces cuál de ellos era su apoyo, ó cuál contrario. Mas en el estado á que entonces se hallaban los negocios, vencedora de la confederacion, de los predicadores, de los allanadores de los templos, y de los que se mostraban contrarios ó no completamente adictos á la autoridad del rey, pensó trazar una línea divisoria que distinguiese las dos parcialidades; y con este fin mandó extender una fórmula de juramento de obedecer en un todo las disposiciones del monarca, de proteger la religion católica, de perseguir á los hereges, y estirpar todos los monumentos de su nuevo culto. Le prestaron el duque de Harescot, los condes de Egmont, de Mansfeld, de Meguen, de Barlamont. Le eludieron los de Hoosgtraten y Horn, y dejando á Bruselas, hicieron renuncia ó dimision de sus cargos respectivos.

En cuanto al príncipe de Orange, tenia por entonces otras miras; veia la tempestad que iba á descargar sobre el pais con la llegada del rey de España y de su ejército. Conocia la carencia de medios para contrarestar este poder, hallándose el poco ejército que habia en el pais á la devocion del conde de Egmont, partidario ya declarado del monarca. Convencido de esto, penetrado ademas del riesgo que corria su persona, blanco de la suspicácia y mala voluntad de la córte de Felipe, determinó ponerse en salvo y retirarse del pais, esperando tiempos mas

felices y mas á propósito para llevar adelante sus designios. A la prestacion del juramento que le pidió la Gobernadora, se negó alegando que como estaba reducido á una condicion privada, era su persona de ningun valor, y sobre todo que el juramento podia ponerle en pugna con el emperador, de quien era vasallo como príncipe del imperio, y hasta malquistarle con su propia mujer, nacida y educada en el luteranismo. A los cargos y explicaciones que quiso darle el secretario, se mantuvo inflexible. En seguida escribió á la Regente anunciándole su determinacion de pasar á sus estados de Alemania, protestando siempre sus sentimientos de adhesion á la persona de Felipe.

Antes de su salida de los Paises-Bajos, tuvo una conferencia con el conde de Egmont, consintiendo en ello la princesa Gobernadora. Reprobaron ambos la determinacion que mútuamente habían tomado. Quiso el príncipe llevar consigo á Egmont: manifestó éste al otro la imprudencia de su viaje. «Te costará tus bienes y posesiones en los Paises-Bajos,» le dijo. «Y á tí la vida,» contestó el primero. «¿Qué tengo que temer?» repuso Egmont. «No he servido fielmente al rey? ¿No me ha visto siempre en pugna con sus enemigos? ¿No he sido celoso en combatir á los autores de desórdenes, á los predicadores anarquistas, á los allanadores de los templos? ¿Por qué tengo de dudar del reconocimiento de mi Rey?» «No conoces bien su corte» le replicó el príncipe de Orange. «Le servirá tu persona de puente para la entrada de sus tropas. Conseguida esta, echará abajo el puente, y ténlo por seguro.» Asi se separaron los dos amigos para siempre, y el príncipe se marchó á Alemania. Se quedó con su ausencia el conde de Egmont el primer personaje del pais, y como era hombre sin doblez, amigo de brillar, arrastrado por las pompas y la magnificencia, se entregó todo á los encantos de su nueva posicion, celebrando fiestas y banquetes, en que no dejaba de tomar á veces parte la Gobernadora, para entre-

tener mas su seguridad y hacer que continuase en su celo por los intereses de Felipe.

Los vínculos de la confederacion quedaron totalmente rotos. Abandonadas desde un principio por los nobles, se sometiéron las clases populares al dominio del mas fuerte. Lo mismo hicieron los pueblos de Holanda de allí á muy poco tiempo. Siguió el ejemplo Amberes, donde entró la Gobernadora en triunfo, rodeada de esplendor y pompa. Fué su primer paso presentarse en la catedral, donde habian hecho tantos destrozos los allanadores de los templos. Se resarció el culto católico de todas las pérdidas y volvió á su esplendor acostumbrado. Se persiguió á los predicadores; se arrasaron los templos de los calvinistas; se revocaron todas las disposiciones que se habian dado favorables á esta secta, se reforzaron los edictos que habian dado lugar á tantas turbulencias.

Se habia, sin embargo, usado en Amberes y en otras partes del pais la indulgencia de permitir la salida á los que no quisiesen conformarse con aquella situacion, dándoles un mes de término para arreglar sus negocios y deshacerse de sus bienes. Con esto pasaron escenas de gran luto y duelo entre personas unidas por los vínculos de la sangre ó los de la amistad, reducidas á separarse acaso para siempre.

Quedó, pues, el pais pacificado y reducido á la obediencia, á lo menos aparentemente. Tal habia sido la buena estrella de la Gobernadora. Gozosa de su triunfo, y de la ocasion de comunicar por primera vez nuevas á su hermano, todas alegres y satisfactorias, se apresuró á darle cuenta de las ocurrencias. Le dijo, que hallándose el pais pacificado, era inútil ya la venida de un ejército; que las tropas que habian conseguido estas ventajas bastaban para confirmarlas y consolidarlas; que se presentase el rey como un padre en medio de sus súbditos, no como un príncipe extranjero que se proponia con sus tropas imprimir terror y hacer alarde de su preponderancia.

Mas el rey de España, en medio de lo satisfecho que le dejaron las nuevas de los Paises-Bajos, no fué de la misma opinion que la Gobernadora sobre lo innecesario de la ida del ejército. En el Consejo, á quien sometió este punto interesante, hubo, lo mismo que en el anterior, diversidad de pareceres. Volvieron á insistir los enemigos de la parcialidad del duque de Alba en que se presentase el rey en aquellos dominios sin ejército; mas los de Granvela apoyaron la resolucion contraria. Habló el duque de Alba, manifestando que la pacificacion de que gozaban por entonces los Paises-Bajos seria efímera mientras no estuviese apoyada en fuerzas imponentes que inspirasen un terror saludable, y contuviese á todos en la raya del deber y la obediencia. Que no se trataba precisamente de asuntos de estado; que iban en ello los intereses de la misma religion, que se habia visto tan amenazada; que habian sido demasiado escandalosos los excesos de sus enemigos y los atentados contra el culto, para que se descuidasen los medios de evitar en adelante estos excesos. Que si las tropas que se hallaban entonces en los Paises-Bajos parecian suficientes para consolidar aquella situacion, la llegada de otras nuevas daria doble seguridad y dejaria el ánimo del monarca mucho mas tranquilo.

Hizo el discurso del duque de Alba la impresion que debia suponerse, conociendo los sentimientos del rey, tan propenso á los rigores, tratándose sobre todo de enemigos de la religion católica. Sintiéndose por otra parte con mas repugnancia que nunca para hacer un viaje que trastornaba el plan y método de su vida ordinaria, y especialmente á un pais que no era objeto de su simpatía, adoptó la determinacion del Consejo, conforme en su mayoría con la opinion del duque de Alba, y dió las órdenes para que éste marchase con tropas á los Paises-Bajos.

CAPITULO XXIX.

Asuntos de Africa.--Proyecta Asam, dey de Argel, la conquista de Orán y de Mazalquivir. -- Sus preparativos. - Fuerzas de que dispone, - Sale la expedicion por tierra y llega cerca de los muros de ambas plazas.- Situacion de estas. - Comienza el sitio. - Toman los moros el fuerte de los Santos. - Sale de Argel la escuadra del dey. - Se bloquean las plazas sitiadas. - El Conde de Alcaudete en Orán. - Don Martin de Córdoba en Mazalquivir. - Se asedia esta última plaza. - Ataques al fuerte de San Miguel. - Le abandonan los nuestros. - Varios asaltos á la plaza de Mazalquivir. - Repelidos todos.- Avistan los sitiadores los socorros de España- - Levantan el sitio. (1)

1565.

No iban á la sazon muy favorables los asuntos de España en las costas de Africa por lo que hemos visto en el capítulo XXII de aquesta historia. Habian desaparecido muchas de nuestras conquistas sobre las potencias berberiscas, y el reinado de Felipe II no habia sido mas feliz en esta parte que el último período del de Cárlos V. Florecian ó por mejor decir se aumentaba la audacia de aquellos Estados tan poderosamente protegidos por Soliman II, enemigo formidable de la cristiandad, tanto en tierra como en el seno de los mares. Ya hemos visto el poder adquirido por el famoso corsario Barbaroja, y el que en aquel tiempo desplegaba Dragut, de su misma condicion y antecedentes. Se consideraba éste como uno de los principales capitanes de mar al servicio de la Puerta, y ya obrando bajo sus inmediatas órdenes, ó

(1) Cabrera, Herrera, Marmol, Carvajal. Ferreras y otros.

por sus propios intereses, habia conseguido establecerse en Trípoli como soberano, mas siempre bajo la independencia de los turcos. Habian sido infructuosos los esfuerzos del rey de España para recobrar esta importante posesion, siendo acompañado este revés con la derrota sufrida en los Gelves y la pérdida de esta fortaleza. Continuaba en toda su actividad la guerra entre los españoles y los Estados berberiscos, cuyas inteligencias con los moriscos de Granada y sobre todo con los que habitaban el reino de Valencia llamaron la atencion del gobierno, hasta el punto de espedirse una órden para desarmar y recoger las armas de todos los de esta última provincia. No descuidaba el rey católico, en medio de los graves y complicados negocios que en tantas partes le ocupaban, las costas de Africa; mas por mucho que fuese su poder, no siempre correspondian los medios á sus intenciones. Las dos plazas de Orán y de Mazalquivir, las solas que con el fuerte de la Goleta ocupábamos en aquellas costas, no se hallaban con bastante guarnicion, y con todos los pertrechos de guerra que necesitaban, en vista de tan activa y tan enconada hostilidad de los mahometanos, circunstancia que les dió aliento para emprender un sitio famoso que vamos á describir, aunque de un modo muy sucinto.

Gobernaba entonces en Argel Asam ó Hascem, hijo y heredero del famoso Barbaroja, que habiendo sido expelido de su trono, y vuelto á recobrarle con auxilio de los turcos, quiso señalar su nuevo poderío con una expedicion, que, agrandando sus dominios, le hiciese grato á sus poderosos protectores. Echó, pues, los ojos sobre las plazas de Orán y de Mazalquivir, tan próximas á su capital, y proyectó sériamente su conquista, pareciéndole la ocasion muy oportuna, tanto por el estado en que se hallaban, como porque sabia muy bien que el rey don Felipe estaba empeñado en negocios muy urgentes. No olvidemos que por aquel tiempo comenzaban á fermentar los disturbios en Flandes, y habia estallado la guerra civil en Francia entre los católicos y calvinistas:

siendo este movimiento casi de no menos interés para Felipe, que el estado de confusion en que se hallaban algunos de sus Estados propios.

Constante el dey de Argel en su propósito, y despues de tomar las medidas convenientes para darle término, comunicó sus ideas á los alcaides, xeques ó emires de los puntos inmediatos, de Tremecén, Túnez, Constantina y Miliana, proponiéndoles, en nombre del Gran Turco, que le auxiliasen á emprender una conquista de tanta gloria y provecho para los fieles sectarios de Mahoma. Oyeron con gusto dichos jefes la proposicion, y cada uno ofreció su persona y las fuerzas de que pudiese disponer para el logro de la empresa.

A mas de veinte y cuatro mil hombres de tierra ascendió el contingente que presentaron estos caudillos para el sitio proyectado. Abundaba el ejército en caballería, y no faltaban piezas de gruesa artillería de batir, con sus municiones y pertrechos necesarios.

Mientras tanto se preparaba en el puerto de Argel la escuadra que debia proteger y auxiliar aquella empresa. El punto destinado para la reunion de las tropas, fué el rio Cirite, cinco leguas distante de las dos plazas mencionadas.

Se hallan Orán y Mazalquivir muy próximas una á otra, como ya llevamos dicho, con muy fácil comunicacion entre las dos, sobre todo, por mar, siendo puertos ambas. Está la primera mas internada en el seno que allí forma el mar; y se puede decir que dependia su suerte de la que cupiese á la segunda, como punto avanzado sobre un promontorio. Así se vió bien claro en el curso del asedio. Era gobernador el conde de Alcaudete, quien al recibir avisos de la proyectada expedicion, dió parte al rey, pidiendo auxilios, tanto de gente, como de municiones y de víveres; no descuidándose por su parte de tomar todas las medidas, para poner las plazas en el mejor estado de defensa.

La mayor parte de las galeras del rey de España es-

taban entonces en Cerdeña, en Nápoles y en Sicilia. Solo habia disponibles algunas que se hallaban en Cartagena, Valencia y Barcelona. Escribió el rey á todos estos puntos, con órden de que se pusiesen inmediatamente en marcha para las plazas que iban á ser sitiadas, ó que lo estaban ya en efecto, llevando consigo cuantas municiones y pertrechos estuviesen en sus medios. Tambien escribió á los proveedores de Málaga, que enviasen inmediatamente víveres; y las mismas comunicaciones hizo á los vireyes de Sicilia y Nápoles, al gobernador de Milan, al Gran Maestre de Malta, á los duques de Florencia y Saboya, á las repúblicas de Génova y de Venecia; lo que prueba la grandísima importancia que daba á la defensa de estas plazas, y lo desprevenido que en cierto modo le cogia la grande intentona de los berberiscos.

A principios de abril de 1563, se movió de Argel Asam al frente de sus tropas. Quinientos genízaros, y otros tantos turcos ordinarios, le acompañaban como guardia de su persona. Se dirigió en seguida á Mostagan, y pasando despues á Mazagran, llegó al rio Cirite, punto general de reunion para todas las tropas llamadas al asedio.

Allí se reunieron en efecto todas, con sus xeques ó caudillos ya enunciados. Nada faltaba; ni piezas de batir, ni municiones, ni víveres, ni, sobre todo, entusiasmo y gran codicia de arrancar tan rica presa de las manos de los españoles. Despues de reunidos todos, y completar los preparativos necesarios, se movió el campo, y se situó en Aceñuelas, á una legua de las plazas.

Ofrecen los asedios de estas muy poca variedad en el relato de sus pormenores, ora sea la lucha floja, ó muy reñida y obstinada. En el primer caso dan lugar pocos incidentes; en el segundo, son cuadros repetidos de audacia, de arrojo, de obstinacion y ferocidad por ambas partes. No seremos por lo mismo difusos en esta narracion; mas en realidad, el sitio en que nos ocupamos actualmente, adquirió derechos de ser célebre.

Habia reparado y aumentado el conde de Alcaudete las fortificaciones de la plaza, encargando al mismo tiempo la defensa de Mazalquivir á su hermano don Martin de Córdoba. Eran bastante escasas las fuerzas de uno y otro, y estaban muy lejos de ser abundantes las municiones y los víveres. Ascendia la fuerza á mil y quinientos hombres, y el material á noventa piezas de artillería y quinientos quintales de pólvora, con sus correspondientes balas.

Antes de formalizarse el sitio, quiso hacer una salida el conde de Alcaudete, para embarazar al menos á los enemigos, é impedir que se acercasen; mas no hallándose con fuerzas suficientes, retrocedió á la plaza, sin emprender operacion alguna; dando con esto lugar á que Asam se arrimase con su gente á las murallas, y comenzase la obra del asedio. Fué la primera embestida de éste contra el fuerte llamado de Los Santos, algo separado de la plaza, con la que interceptó toda clase de comunicaciones. Se defendió el fuerte con obstinacion; mas no pudiendo resistir al escesivo número, tuvo que rendirse, quedando la gente prisionera.

Ya hemos hecho ver que Mazalquivir, como punto en cierto modo mas marítimo que Orán, le sirve de resguardo. Fué, pues, el principal objeto de Asam, para rendir la segunda, comenzar por la primera; y así, dejando al frente de Orán un cuerpo fuerte de observacion, pasó á ponerse delante de Mazalquivir, donde comenzaron las operaciones en grande, pues el fuerte de Los Santos, ya ganado, no era de grande consecuencia.

Para tomar á Mazalquivir, habia que comenzar por el fuerte de San Miguel, que la domina. Allí dirigió el de Argel sus ataques, pero con muy poco fruto. Dos asaltos resistieron los cristianos, con pérdida de doscientos genízaros y turcos, y veinte solos de los nuestros. Mas volvemos á recordar al lector la suma desconfianza con que deben recibirse el número de muertos, de heridos, de prisioneros, tratándose de guerras y batallas,

por las exageraciones á que da lugar el espíritu de partido ó la ignorancia. Tambien se debe tener presente que los historiadores de estas guerras son todos cristianos, es decir, gente de uno solo de los dos partidos.

Mientras estas operaciones, salió de Argel la escuadra de Asam, con direccion al teatro del sitio; mas habiendo experimentado vientos contrarios y una tempestad, tuvo que volver al puerto para rehacerse. Con esta dilacion, desmayaron algun tanto las operaciones de Asam, desprovisto de este auxilio. Por fin, habiéndose reparado las averías en Argel, salió otra vez la flota al mar, y llegó sin contratiempo á la vista del Mazalquivir, compuesta de veinte y seis buques, dos galeotes y cuatro navíos franceses, muy provista de artillería, municiones y víveres, y muchísima gente de refuerzo.

Teniendo así bloqueada á Mazalquivir por tierra y mar, volvieron á su vigor las operaciones de los sitiadores. Intimó Asam la rendicion al fuerte de San Miguel, ofreciendo á los sitiados las haciendas y las vidas. El parlamento fué recibido á balazos por los nuestros, con lo que dieron los argelinos otro asalto, mas funesto para ellos que los dos primeros, habiéndose incendiado las faginas en el foso, con lo que se aumentó el estrago de la pérdida. Otro asalto, y aun otro, dió Asam con igual poco fruto, habiendo quedado en el foso el alcaide de Constantina entre los muertos. Deseoso el dey de Argel de hacerse con el cadáver de este personaje, envió un parlamento á don Martin de Córdoba, pidiéndole permiso para retirarle, ofreciéndole en recompensa no renovar sus ataques sobre el fuerte. Accedió don Martin, y el cadáver del alcaide de Constantina fué recogido por los moros. Mas Asam no cumplió su palabra de suspender los ataques; pues á los dos dias se dió otro asalto, que no tuvo mejores resultados que los anteriores.

A pesar de tanta resistencia, ó por lo mismo de ser esta obstinada, se hallaba el fuerte de San Miguel en grande apuro. Comenzaban á faltar las municiones y los

víveres. Los reparos se hallaban en muy mal estado. Al principio del sitio habia mandado cuatrocientos hombres de refuerzo don Martin de Córdoba, mas no eran suficientes. Los moros tenian interceptado el fuerte del cuerpo de la plaza y hacian imposibles las comunicaciones. Otros cien hombres, mandados por don Francisco de Cárcarmo, pudieron llegar á duras penas. Mas el fuerte se hallaba en la estremidad, y á no recibir grandes socorros, no podia menos de rendirse. Ocho hombres que se pudieron descolgar por el muro para llevar la noticia á don Martin, fueron cogidos por los moros, á excepcion de uno que pudo llegar á su destino. Informado don Martin del estado de las cosas, envió órden á los del fuerte de que se retirasen. Mas ellos ya se habian anticipado á su disposicion, descolgándose de los muros cubiertos con las tinieblas de la noche. Así llegaron todos salvos á la plaza de Mazalquivir, donde los recibió el gobernador haciendo elogios de su bizarría

Ocupado el fuerte de San Miguel por las tropas de Asam, volvió éste sus ataques sobre el cuerpo de la plaza, creyéndola ya de poca resistencia con la expuguacion de un punto tan interesante. Mas don Martin de Córdoba estaba prevenido por su hermano, y se habia preparado para recibir á los contrarios.

Se acercaba mas y mas Asam á los muros de la plaza. Construyó sus baterías y abrió trincheras para ponerse á cubierto de los tiros de los sitiadores, mas estos le desmontaron dos piezas y comenzaron haciéndole gran daño, sin que Asam pudiese ofenderles, ocupado como estaba en sus preparativos.

Deseando venir á términos mas amistosos con los sitiados envió otro parlamento á don Martin, ofreciéndole las capitulaciones mas honrosas si le abrian las puertas de la plaza, al mismo tiempo que le hacia ver el mal estado en que se hallaba por falta de reparos y de artillería. Don Martin le contestó con entereza que aquella plaza del rey de España se defenderia por él y los suyos hasta terminar

la vida, y puesto que en tan mal estado se encontraba, viniesen los enemigos á asaltarla.

Dispuso al efecto Asam un asalto general, haciéndolo él por un lado con seis mil hombres y por el otro con el mismo número los alcaides de Sargel, Mostagan, Constantina y Bona. El asalto fué furioso; pero la obstinacion de la resistencia correspondió á la viveza del ataque. Mas de mil y quinientos enemigos quedaron en los fosos, precipitados la mayor parte en el acto de escalar los muros. En medio de lo mas vivo de la refriega, sobrevino una tempestad que aumentó los apuros de los sitiadores y los estragos de la retirada. Otros ataques siguieron con iguales desastres de los asaltadores.

Las pérdidas de los enemigos eran grandes, y aunque los historiadores exageren, se puede imaginar la mucha mortandad en vista de tantos asaltos infructuosos. Para que la gente no se inficionase, tuvo que recurrir Asam al espediente de quemar los muertos. Los víveres tampoco andaban muy abundantes en su campo. Comenzaban las tropas, unas á desmandarse, otras á perder las esperanzas del rico botin, con cuya idea habian venido tan entusiasmadas. Por otra parte no podia desconocer Asam, que noticioso el rey de España del sitio de las plazas de Orán y de Mazalquivir se apresuraria á socorrerlas con medios eficaces.

Era la esperanza de este próximo socorro la que alentaba al conde de Alcaudete y á su hermano don Martin en medio de los conflictos que los aquejaban. A pesar de la incomunicacion completa en que los sitiadores los tenian, no dejaban de recibir algunos avisos de que se estaban aprestando los refuerzos que habian tantas veces reclamado. Dos ó tres embarcaciones cargadas de víveres y armas habian podido escapar de la vigilancia y persecucion de los contrarios, llegando felizmente á su destino. Algunos renegados del campo contrario daban noticias á la plaza del mal estado de los sitiadores, escasos ya de víveres y con enfermedades debidas á la estacion calorosa

en que las operaciones se emprendian. Con estas esperanzas se mantenia firme en medio de tantos padecimientos el ánimo de los sitiados, mientras Asam se hallaba inquieto y hasta enfurecido con la dilacion del sitio, aumentándose sus inquietudes con las noticias que tenia de la próxima llegada del socorro.

No habian sido espedidas en vano las órdenes del rey de España, relativas á los preparativos del refuerzo. Para el mando de todas las galeras que se allegaban en España, nombró á don Francisco Mendoza, que desde Málaga pasó á Barcelona para disponer las cinco que allí se estaban fabricando, y de este punto á Cartagena, designado como el de reunion de todas las fuerzas navales de la empresa. En Italia muchos gobernadores se anticiparon á las órdenes del rey, tomando por sí disposiciones cuando tuvieron noticia del sitio de ambas plazas. Entre ellos el virey de Nápoles, duque de Alcalá, aprestó las cuatro galeras de aquel reino: envió aviso á Juan Andrés Doria, para que trajese de Génova las doce suyas; previno á Antonio Pascual Lomedin acudiese con sus cinco, y avisó al duque de Sesa, gobernador de Milan, para que alistase dos mil alemanes que debian embarcarse en ellas. Acudieron en efecto las galeras á Nápoles donde el virey hizo embarcar dos mil españoles al mando de don Pedro de Padilla, nombrando por general de todas las galeras á don Sancho de Leiva. Tomó este jefe con ellas la direccion de las costas de Génova; hizo embarcar en el puerto de Specia los dos mil alemanes que habia alistado el duque de Sesa, y se dió á la vela para Barcelona. Allí llegaron asimismo tres galeras equipadas y armadas por el duque de Medinaceli, virey de Sicilia, mandadas por don Fadrique de Carbajal: cinco que dió el gran maestre de Malta, mandadas por el prior de Barleta, y tres del duque de Saboya por el conde de Sofrasco. Pasó toda esta fuerza naval de Barcelona á Cartagena, donde se hallaba don Alvaro Bazán con cinco galeras, y el abad de Lupian con otra, hadiéndose reunido ademas en dicha

plaza muchos voluntarios de familias nobles de Castilla, Valencia y Aragon, deseosos de hacer parte de la empresa.

Mientras se disponia á hacerse á la vela este armamento respetable, sabedor ya el dey de Argel de la proximidad de su llegada, mandó dar otro asalto á la plaza de Mazalquivir, que tuvo por parte de los sitiadores el mismo resultado que los antecedentes.

Irritado con este desaire de sus armas y perplejo ademas sin saber ya el partido que tomar, convocó un consejo de guerra para que se deliberase si convenia abandonar el sitio, ó probar otra vez la suerte de otro asalto. Se inclinaron los mas á que se emprendiese una pronta retirada; mas algunos pocos que conocian el estado de ánimo de Asam, con quien querian congraciarse, opinaron porque se atacase de nuevo á la plaza, aprovechando oportunamente el poco tiempo que mediaba hasta la llegada del refuerzo.

Prevaleció esta última opinion, que era tan del gusto del dey de Argel, y para el 2 de junio de 1563 se dispuso otro asalto por tierra y por mar sobre la plaza de Mazalquivir, siendo esta ya la quinta embestida por parte de los turcos.

Se verificó efectivamente dicho ataque, en que Asam empleó por tierra y por mar toda la fuerza disponible. Don Martin de Córdoba, sabedor del asalto, habia tomado las disposiciones necesarias. Toda la gente se preparó para el combate, habiéndose confesado y comulgado antes segun práctica constante en estos lances durante la época que describimos. Recorrió don Martin de Córdoba las filas con un Crucifijo en la mano exhortandolos á que combatiesen con su valor acostumbrado, anunciándoles que segun todos los avisos de socorro iba á ser el último aquel esfuerzo de su valentía. Respondieron los soldados con aclamaciones á la arenga de don Martin, y todos se pusieron en actitud de aguardar á los enemigos, que ya empezaban á moverse, y llenaban los aires con clamores y el estruendo de sus atabales.

Fué el ataque, si cabe, mas furioso que los anteriores: peleaban los moros poseidos ya de rabia; mas los repelieron los nuestros con su denuedo y constancia acostumbrados.

Ya hemos hecho ver la dificultad de describir con fidelidad pormenores en estas luchas desordenadas, en que se cede solo al instinto de un furor ciego, de una sed rabiosa de carnicería y matanza. La mayor parte de las pinturas que se hacen en estos lances son infieles, y por la mayor parte creaciones de la imaginacion de los historiadores. Ateniéndonos á los resultados, bástenos decir que los esfuerzos de los moros fueron infructuosos y que pagaron mas caro su osadía que en los asaltos anteriores. Quedó cubierto el foso de cadáveres. Fueron muchos precipitados de encima de los mismos muros donde tenian ya enarbolado el estandarte victorioso. Fué enorme la perdida de los enemigos. Los historiadores avaluan la nuestra en solo quince hombres, exageracion poco digna de escritos serios de esta clase. Entre los heridos se contó á don Martin de una pedrada ó mas bien de un fragmento de muralla que le tocó ligeramente.

No fué este asalto el último; tan enfurecido estaba Asam y tan rabioso por tomar la plaza. En esta ocasion se puso al frente de las tropas del asalto armado de alfange y lanza con casco y con adarga. En vano echó en cara á los suyos su cobardía en los asaltos anteriores al dar principio á este que dirigia en persona. Igualmente fué desastroso que los anteriores. Duró cinco horas y siempre con los mismos resultados.

Otro asalto se dió el 6 de junio: otro tuvo efecto el 7. Mas el 8 cambió de repente el semblante de las cosas.

El 6 de junio se habia dado á la vela la escuadra desde Cartagena. Ocupaba el centro el general en jefe don Francisco de Mendoza. Mandaba el ala derecha don Alvaro Bazan, y Juan Andrés Doria el ala izquierda. En esta disposicion se dirigieron á las plazas sitiadas sin detenerse un punto, sabiendo el grandísimo apuro en que

Mazalquivir se hallaba. El conde de Alcaudete recibió aviso de la venida por un buque destacado de la escuadra y que pudo eludir la vigilancia de los turcos llegando felizmente al puerto. El conde de Alcaudete lo comunicó á su hermano, y la noticia cundió al instante por las guarniciones de ambas plazas.

En la mañana del 8 no dudó ya Asam de que estaba encima la escuadra castellana, habiendo visto veinte galeras turcas que venian fugitivas con objeto de guarecerse entre las suyas. Mandó inmediatamente retirar á sus tropas que se disponian para un nuevo asalto, y tomó todas las disposiciones para levantar el campo. Empezaron efectivamente las tropas sitiadoras á emprender la retirada, tomando la vanguardia los turcos como tropa mas experimentada y aguerrida. Mandó Asam inutilizar y destruir cuantos efectos no pudo llevar consigo por la rapidez indispensable de su movimiento, y para que los cristianos no se aprovechasen de sus piezas de artillería de batir, hizo dispararlas con tríple ó cuádruple carga á fin de que reventasen. Sin duda no se usaba todavía el espediente de clavar las piezas.

Se verificaba mientras tanto la llegada de la escuadra. Imagínese el lector los sentimientos de alegría y entusiasmo con que sería recibido en Orán y Mazalquivir un auxilio que llegaba tan á tiempo, y habia sido tan ardientemente deseado. Las dos guarniciones de Orán y Mazalquivir, que habian estado por tanto tiempo interceptadas, se saludaron con las demostraciones del mas vivo regocijo. Resonaron en aquellas playas salvas de artillería y de arcabucería, mezcladas al estruendo de los clarines, con que unos y otros se daban el parabien de aquella reunion tan vivamente deseada.

Inmediatamente que el conde de Alcaudete y don Martin de Córdoba se vieron libres en sus comunicaciones, salieron juntos al campo con toda la gente de caballería que pudieron reunir, en persecucion de los sitiadores que, como hemos dicho, habian levantado el campo. Tam-

bien se reunieron á esta expedicion algunas tropas y caballeros voluntarios, de los que venian en la armada. Mas los enemigos, desembarazados en su marcha de cuanto pudiera retardarla, les llevaban demasiada delantera para que se les diese fácilmente alcance. Así los cristianos, perdida ya la esperanza de conseguirlo, no se empeñaron infructuosamente, y tomaron la vuelta de la plaza.

El general don Francisco de Mendoza, despues de proveer á la reparacion de abastecimiento de Orán y de Mazalquivir con todos los medios que estaban á su disposicion, regresó con la escuadra á las costas de Levante de España, tomando disposiciones para que las galeras de distintas procedencias regresasen á sus puntos respectivos. Recompensó el rey de España con liberalidad á los que se habian distinguido en el sitio de las dos fortalezas mencionadas, particularmente á don Martin de Córdoba y á Francisco Vivero, gobernador del fuerte de San Miguel; dando otras muchas muestras de satisfaccion, en que le acompañó toda España, por la salvacion de aquellos dos puntos importantes.

CAPITULO XXX.

Expedicion sobre el Peñon de Velez de la Gomera.--Infructuosa.-- Segunda tentativa.-- Preparativos.-- Salida de la expedicion.--Llegan al Peñon.--Le toman.--Envia el rey á don Alonso Bazan á cegar el rio de Tetuan.--Y se efectúa (1).

1564.

A muy poco despues de los acontecimientos que dejamos referidos, se intentó una expedicion, que no fué seguida de buen éxito. Habia propuesto varias veces Pedro Venegas, gobernador de Melilla, al rey de Es-

(1) Las mismas autoridades.

paña, la expugnacion del Peñon de Velez de La Gomera, nido de piratas berberiscos, presentando la empresa como cosa fácil, segun noticias que tenia por dos renegados escapados de aquel punto fuerte. En vista de esto dió Felipe II órden al general don Francisco de Mendoza, para que con silencio y brevedad se dirigiese con sus galeras al Peñon, y se concertase con Francisco de Venegas sobre los medios de expugnarle. Don Francisco Mendoza se hallaba á la sazon enfermo, y no queriendo retardar la expedicion, la encomendó á don Sancho de Leiva, general de las galeras de Nápoles, quien se embarcó con su gente en este puerto, sin que ninguno supiese el objeto de la marcha. En la isla de Arbolan, á treinta leguas de la costa de Africa, dió fondo con su escuadra. Los principales jefes de la expedicion, á quienes comunicó entonces el objeto á que estaba destinada, tuvieron por imposible la toma del Peñon, á pesar de las seguridades que daban para ello el gobernador de Melilla, movido por las noticias de los renegados. Mas don Sancho de Leiva, no atreviéndose á contrariar las órdenes del rey, siguió adelante con su armada, y llegó con ella cerca de Melilla, para comenzar desde aquel punto sus operaciones.

Respondieron los efectos á lo que habian indicado algunos jefes de la expedicion, sobre lo inútil de la tentativa. Desembarcó don Alvaro Bazán, por órden de don Sancho, con sesenta hombres de reconocimiento sobre el Peñon de la Gomera, seguidos de otros sesenta, para dejar en el Peñon, en caso de ser tomado por sorpresa. Mas á pesar del secreto y precauciones de la expedicion, fueron descubiertos y acometidos por los moros, que les obligaron á retroceder con alguna pérdida. Desembarcó despues el mismo don Sancho con igual objeto, mas tambien fué sorprendido en su marcha, y obligado á recogerse en Velez, de cuyos habitantes fué recibido sin ninguna resistencia. No desistiendo, á pesar de las dificultades que encontraba, de la empresa, y careciendo de víveres su

campo, envió al conde Sofrasco, capitan de las galeras de Génova, con un grueso destacamento á la escuadra con objeto de traerlos. Fué esta fuerza acometida en su marcha por los moros; mas como se movian en buen órden, recibieron poco daño de los enemigos mientras duró el dia. A la llegada de la noche, cambió enteramente el semblante de las cosas. Los moros se acercaron mas, y acometiendo, y arrojándoles hasta peñascos desde las alturas, se desordenaron los nuestros al fin, con mucha pérdida, y tuvieron que tomar la vuelta de Velez, donde fueron recogidos por don Sancho.

Otro reconocimiento tuvo lugar, y con los mismos malos resultados; con lo cual, desengañado don Sancho de lo inútil de la tentativa, y que para la indicada expugnacion se necesitaban mas fuerzas que las suyas, volvió á embarcar su gente, y se dirigió en seguida á Málaga.

A esta tentativa infructuosa sobre el Peñon de Velez de la Gomera, se siguió otra por el mismo estilo de los mismos moros, sobre la plaza de Melilla. Por dos veces se presentaron delante de este punto, hallando las puertas abiertas por disposicion expresa del gobernador, á fin de que entrándose por ellas, pudiesen ser cogidos en las mismas calles. Se atribuye esta estratagema á las noticias que tenia el gobernador por sus espías, de que los moros estaban persuadidos por un alfaquí, Santon entre ellos, de que acometiendo en cierto dia, á cierta hora y con ciertas precauciones, se paralizaria de tal modo la accion de sus enemigos, que quedarian hasta inmóviles. Al ver, en efecto, los moros abiertas las puertas de Melilla; que la artillería no hacia fuego; que no se presentaban ni aun soldados en los muros, creyeron ciegamente en las palabras del alfaquí, y se precipitaron ciegos en la plaza, como queda dicho.

En el año siguiente de 1564 se proyectó otra expedicion sobre el mismo punto del Peñon, y que ejecutada con mayores medios, produjo muy diversos resultados. Se temia entonces una nueva bajada de la escuadra

turca, y con este motivo habia dado el rey de España órden para que se aprontasen todas las galeras disponibles. Estaban preparados todos para recibir la visita de los otomanos. Mas se desmintió la noticia de la expedicion; y el rey de España, no queriendo perder enteramente el fruto de aquel grande armamento, estimulado cada vez mas del deseo de acabar con un nido de piratas, dió órdenes, para que desarmándose algunas galeras que no parecian necesarias, continuasen en su estado de guerra las restantes, para marchar sobre el Peñon de la Gomera.

Por jefe de la expedicion fué nombrado don García de Toledo, virey de Cataluña. Se preparó la armada para hacerse cuanto antes á la vela, camino de las costas de Africa. Acudieron con sus galeras el virey de Sicilia, el de Nápoles, el gran duque de Toscana, el de Saboya, el gran maestre de Malta y don Juan Andrés Doria. Tambien el cardenal don Enrique, regente de Portugal, prometió, y aprestó un socorro. Al duque de Sesa, gobernador de Milan, se le dió órden para alistar dos mil alemanes, al mismo tiempo que se ponian sobre las armas seis mil soldados en España.

Noticioso el dey de Argel de la proyectada expedicion, tomó sus disposiciones, poniendo en estado de defensa las plazas de Argel, de Bujia, y otras que estaban á su devocion; mas cerciorado de que el movimiento tenia por solo objeto el Peñon de la Gomera, envió á esta plaza su alcaide Cara-Mustafá con cien turcos de refuerzo, y los víveres y municiones necesarios para un sitio de seis meses.

Pasó don García de Toledo al puerto de Palamós, en Cataluña, donde habiendo recogido las galeras de Juan Andrés Doria, se embarcó con ellas y las que él tenia, para Génova. Allí se le reunieron otras tres de la República, y siete que le enviaba el Papa, á las órdenes de Marco Antonio Colonna. En el puerto de Sabona embarcó mil y doscientos hombres, que habia alistado en Milan el duque de Sesa. Pasó en seguida á Liorna, donde

se le incorporaron siete galeras que le enviaba el gran duque de Toscana. Inmediatamente pasó á Nápoles, desde donde envió á Mesina á don Sancho de Leiva, para que le llevase las galeras de Sicilia, y despues de recogidas, tomó la vuelta de España, donde debia reunirse todo el armamento.

Habia dejado don García en las costas de Génova á Juan Andrés Doria y al marqués de Estepa para que en las galeras del primero se embarcasen otros dos mil alemanes que llegaron de allí á pocos dias con el conde de Anníbal Altemps á su frente. Embarcadas en Spezia pasaron á Niza con las galeras de los duques de Florencia y de Saboya y de allí á las costas de Cataluña, donde por entonces se hallaba don García. Desde aquí, despues de haber recogido de Barcelona la artillería gruesa de batir, se embarcaron todos para Málaga, de donde debia salir la expedicion de sitio.

Mientras tanto se embarcaba en Lisboa Francisco Barreto con las ocho galeras que mandaba de refuerzo el regente don Enrique. En el Cabo de San Vicente se encontró con dos galeras turcas que habia enviado el dey de Argel al reconocimiento de las costas de España; pero siendo mas veleras que las portuguesas, no pudieron estas darlas caza. Habiéndose dirigido Barreto á Cádiz, tuvo allí una entrevista con don García de Toledo, en la que arreglaron el plan de operaciones, debiendo dirigirse el primero á Tanger para recoger doscientos hombres de refuerzo, y de allí al Peñon, cuyo camino tomaria en derechura don García desde Málaga.

Al presentarse este general en este último puerto encontró muchísimos voluntarios pertenecientes á las familias mas nobles de España, que le estaban aguardando para acompañarle en su expedicion sobre el Peñon de la Gomera. Tambien se reforzó con cinco mil soldados que le enviaba el conde de Tendilla. Concluidos, pues, todos los preparativos, salió la expedicion el 28 de agosto de aquel año, compuesta de catorce galeras, de don García de

Toledo general en jefe; de ocho de Portugal mandadas por el general Francisco Barreto; de cinco de la Orden de Malta, á las órdenes de don Frey Juan Ejío; de trece de Nápoles, mandadas por don Sancho de Leiva; de diez de Sicilia por don Fadrique de Carvajal; de siete que mandaba don Alvaro Bazan; de siete de Marco Antonio Colonna; de doce de Andrés Doria; de diez del duque de Florencia, de tres del duque de Saboya que mandaba el conde de Sofrasco; de cuatro del marqués de Estepa; ascendiendo el número total á sesenta y nueve galeras. El de embarcaciones menores, como galeotas, fustas, jabeques, etc., pasaban de sesenta.

Se hizo la escuadra á la vela, y á las tres leguas del Peñon mandó hacer alto el general para conferenciar sobre el plan de operaciones con los principales jefes que de su órden se reunieron en la galera Capitana.

El fuerte del Peñon de la Gomera de los Velez está separado de la costa, lo que le constituye en una verdadera isla. A un lado, se encuentra un castillo llamado de Alcalá, y por el otro el pueblo de Velez que no es fortificado. La expugnacion del Peñon tenia pues que empezar por un bloqueo y por la posesion de dicho castillo y el pueblo de Velez para construir allí las baterías que debian expugnar la fortaleza.

Tal fué el plan del general en jefe, comenzando sus operaciones por el reconocimiento del castillo de Alcalá, de que se apoderaron con poca oposicion, habiendo sido abandonado por los moros. En este castillo estableció don García de Toledo su cuartel general, y colocó quinientos soldados que debian servir para su guardia.

El general portugués Francisco Barreto y el de Malta don Frey Juan Ejío, que habian ido á Marbella á recoger las galeras del primero, llegaron al Peñon de la Gomera despues del grueso de la expedicion que hallaron ya desembarcada. Los puso esto á los dos en grande enojo; al primero porque era una de las condiciones del auxilio del rey de Portugal, que habian de desembarcar las ga-

leras portuguesas al mismo tiempo que las españolas; al segundo, porque segun él á las galeras de Malta tocaba siempre desembarcar sus tropas las primeras, tratándose de expediciones contra infieles. Mas don García de Toledo apaciguó muy fácilmente á uno y á otro, haciéndoles ver que el desembarco habia sido un acto de necesidad por lo recio de los temporales.

Tomado el fuerte de Alcalá y asegurados los víveres y las municiones, determinó don García ocupar el pueblo de Velez, que aunque no fortificado servia de punto de reunion á las tropas enemigas que recorrian el campo para embarazar las operaciones de los sitiadores.

Se dividió el ejército en dos trozos, marchando delante como descubridor don Juan de Villaroel con los ginetes. Iban en el primer cuerpo don Sancho de Leiva, don Luis Osorio, don Frey Juan Ejío, Parissot, sobrino del gran maestre de Malta, y tres maestres de campo de la misma Orden, capitaneando la infantería de Nápoles, la de Malta y los arcabuceros, llevando adelante cuatro piezas de campaña. Se componia el segundo cuerpo de la gente de Sicilia, de Lombardía y de Portugal, de la Visoña de Castilla y de los dos mil alemanes mandados por el conde Annibal. El general en jefe don García y su maestre general Chiapino Vitelli, iban de una parte á otra como mejor les parecia.

La expedicion no era difícil. Muchos moros se dejaron ver en las alturas, y aunque hicieron amagos de atacar, retrocedieron al ser repelidos por los nuestros. Se apoderó el ejército del pueblo de Velez, que se encontró abandonado por la mayor parte de sus habitantes. Con esta ocupacion quedaba ya completamente bloqueado el Peñon de la Gomera; ya no se trataba mas que de batirle en brecha, porque no habia que pensar en asaltos ni en otro modo de tomarle á viva fuerza.

Mientras se construian las baterías y otras obras para resguardo de los sitiadores, no desaparecian de la vista tropas enemigas. El dey de Fez envió esploradores para

enterarse del estado de las cosas, y en seguida puso en movimiento fuerzas con objeto de impedir el sitio. Mas no se trabó batalla alguna entre los nuestros y los mahometanos, reduciéndose todo á escaramuzas.

Don García de Toledo, antes de empezar la batida del Peñon, le intimó que se rindiese; mas Feret su gobernador, puesto por el dey de Argel, respondió que siendo la plaza posesion del Gran Señor le cumplia matenérsele fiel hasta el último momento de su vida.

Comenzaron con esto á jugar las baterías. Respondieron á las nuestras los del fuerte; pero recibieron estos mas daño del que nos hicieron. Para aumentar el efecto de las suyas, mandó don García colocarlas mas arriba, sin que los de adentro pudiesen impedirlo.

Era fuerte el Peñon por su aislamiento, por lo escarpado de sus muros, mas no correspondia á estas ventajas lo sólido de los materiales. Los de adentro percibieron muy bien que bloqueados como estaban, aunque no pudiesen ser asaltados, no por eso dejaba de ser su ruina inevitable. Comenzó el miedo á apoderarse de sus ánimos, y no atreviéndose á proponer su rendicion, fueron abandonando poco á poco descolgándose de dos en dos, de tres en tres, hasta que la guarnicion quedó reducida al número de trece. Llevó un renegado esta noticia á don García de Toledo, quien apenas quiso darle crédito, hasta que se cercioró por la circunstancia de ofrecer su rendicion los trece que no habian abandonado el fuerte.

Así cayó en poder de nuestras armas el Peñon de la Gomera el 8 de setiembre del mismo año de 1564. El trabajo de la expugnacion no fué muy grande, como se deja ver; mas solo con aquellas fuerzas, con aquellos preparativos, se podia reducirle al aislamiento y estado de bloqueo que hacian su ruina inevitable.

Fué sobremanera agradable al rey de España la noticia de la toma del Peñon, y casi se puede decir al todo de la cristiandad; tan objeto de odio y de terror habian llegado á ser los berberiscos y los turcos. Regresó don

García con la espedicion triunfante á Málaga. El rey le recompensó nombrándolo virey de Sicilia, no olvidando en sus favores á los demas que le habian merecido. Regresaron las galeras á sus destinos respectivos, y el nuevo virey de Sicilia tomó aquella direccion con las de aquel pais y Nápoles. Los dos mil alemanes con el conde Annibal fueron conducidos en las de don Alvaro Bazan á las costas de Génova, donde desembarcaron y recibieron sus pagas en el acto del licenciamiento.

A don Alvaro Bazan, destinado á hacer un gran papel en nuestra historia, se le dió al año siguiente la comision de cegar la boca del rio Tetuan que servia de asilo y refugio á tantos piratas berberiscos. Se habia quedado este marino en un principio despues de la toma del Peñon con objeto de abastecer este punto fuerte de víveres y de municiones y de artillarle ademas; para cuyo efecto introdujo en él diez y ocho piezas de grueso calibre con los pertrechos necesarios. Despues se embarcó para Italia con el objeto que llevamos dicho. A su regreso se presentó en las costas de Andalucía, y con gran secreto preparó en la plaza de Gibraltar las piedras y el betun que necesitaba para la empresa que se le habia encomendado. Embarcó todo este material en nueve bergantines, y con ellos se dirigió á Ceuta, posesion entonces de los portugueses, para concertar con el gobernador su plan de operaciones. Se redujo este á que de la plaza de Ceuta saliesen tropas por tierra llamando la atencion de los moros por esta parte, mientras se dirigia don Alvaro por mar á la boca del rio, cuya obstruccion era el objeto de la empresa. Aunque don Alvaro en su primera tentativa sufrió una tempestad que le obligó á retroceder á Ceuta, no por eso desmayó en la operacion y procedió adelante. Salió por segunda vez al mar, y al mismo tiempo por la parte de tierra las tropas del gobernador, aumentándose su número con mujeres, con muchachos, con gente desarmada para darles la apariencia de un ejército. Alarmados los moros con este movimiento que les pareció tan sério, salieron

al encuentro de los cristianos con cuantas fuerzas les fué posible, creyendo solo el peligro de esta parte, mientras don Alvaro llegó con rapidez á la boca del rio, echando á pique sus bergantines cargados con la piedra que llevamos dicho.

Los moros que se vieron burlados, pues nuestras fuerzas de tierra habian retrocedido luego que calcularon que don Alvaro habia tenido bastante tiempo para concluir la operacion, trataron de torcer sus fuerzas en direccion de dicha boca, mas ya llegaron tarde. En su despecho hicieron fuego sobre los buques y tropas de don Alvaro, mas les correspondió este, sin que el tiroteo de una y otra parte produjese efectos de importancia. Los moros se retiraron viendo que nada conseguian, y don Alvaro tomó muy pronto la vuelta de Málaga.

En todos estos años que llevamos recorriendo, era contínua la guerra é interminables las hostilidades entre los berberiscos y turcos de un lado, y del otro los príncipes y potencias cristianas marítimas del Mediterráneo. Los berberiscos, bajo la proteccion de los turcos, poseian los puntos mas importantes de la costa de Africa, mientras los turcos, dueños de tantas islas del Archipiélago y puntos importantes de la Morea, se daban el aire de dominar exclusivamente en dichos mares. España, por sus posesiones en la Italia, por las costas orientales de la Península, por sus mismas plazas de Africa estaba en colision eterna con las fuerzas de la media luna. La Orden de Malta, que se hallaba entonces en todo su esplendor, no cesaba en sus correrias por aquellos mares. Génova y Venecia eran todavía preponderantes en aquella época. Cualquiera puede imaginarse pues á cuántos conflictos parciales, á cuántos desembarcos, á cuántas correrias y pillajes de costa habrá dado lugar aquella pugna de naciones á naciones, de creencias á creencias. Referirlas todas no seria posible, y ademas no corresponderia á nuestro objeto. Hasta ahora no hemos contentado con lo principal, con lo que nos toca

mas de cerca. Pero entre tantos choques y hazañas parciales ocurrió una que, aunque no nos dice relacion directamente, obtuvo una celebridad que no permite la condenemos al silencio. Será este hecho tan glorioso de armas asunto del capítulo siguiente.

CAPITULO XXXI.

SITIO DE MALTA.

Situacion de Malta.--Resúmen de su historia hasta la época de Càrlos V.--Cesion de la isla á los caballeros de San Juan.--Establecimiento en ella de la Orden.--Proyecta Soliman II el sitio de Malta.--Sale de Constantinopla la expedicion.--Desembarca en Malta.--Rivalidades entre los jefes de mar y tierra.--Sitian los turcos el fuerte de San Telmo.--Lo toman.--sitian la ciudad del Burgo.--Resistencia.--Varios asaltos.--Llegada del refuerzo de España.--Levantan el sitio los turcos. y se embarcan.--Pérdidas por entrambas partes.--Construccion de la ciudad y plaza llamada La Valette. -Muerte del gran maestre de este nombre. (1)

1565.

Hay puntos casi imperceptibles sobre la superficie de la tierra, que están sin embargo destinados á ocupar páginas muy importantes en la historia. Tal es Malta, pequeña isla del Mediterráneo, situada al Sur de Sicilia, siete á ocho leguas de circunferencia, llamada en la antigüedad *Melita*, por la miel abundante y buena que produce.

Aneja á esta isla de Malta y un poco al noroeste, hay

(1) Salazar, *España vencedora*; Bosio, *historia de Malta*; Cabrera, *historia de Felipe II*; Herrera, *historia General*; Ferrara, *historia de España*; Miege, (historiador de nuestros dias); Historia de Malta y otros.



otra mucho mas pequeña llamada Gozo, y en medio de las dos una especie de islote con el nombre de Cumin, designándose por lo regular el grupo de las tres con el general de Malta.

En todas épocas se dió mucha importancia á la ocupacion de la isla de Malta como punto avanzado, y centinela entre el Occidente y el Oriente. Sin haber formado nunca lo que se llama un estado, hizo en todos tiempos parte de las posesiones de Sicilia. Fueron dueños de ella en los tiempos antiguos los fenicios, los griegos, los cartagineses, los romanos, los godos, los vándalos, los emperadores griegos y los árabes; y en los de la edad media los normandos, los emperadores alemanes de la casa de Suavia, los reyes de Aragon desde Pedro II, que se apoderó de Sicilia á fines del siglo XIII, hasta Fernando el Católico, cuya herencia pasó toda á Carlos V. En todos estos tiempos gozó la isla de Malta de grandes privilegios, proporcionados á las ventajas que de ella sacaban sus señores.

Hemos visto (1) á los caballeros de San Juan arrojados en 1522 de la isla de Rodas por las armas de Soliman II, que se hizo dueño de ella despues de un sitio gloriosisimo para sus defensores. Se retiró á Sicilia el gran maestre L' isle Adam seguido de sus caballeros, y desde entonces pensó seriamente en la adquisicion de un punto fuerte del Mediterráneo donde establecer la Orden. El emperador Carlos V le hizo cesion de la isla de Malta; mas este acto no fué espontáneo, ni se verificó sin estipular condiciones que parecieron gravosas á los caballeros. Hubo negociaciones y no dejaron de suscitarse sus dificultades, siendo una de las principales la repugnancia de los malteses á la admision de una órden que acabaria por dominarlos. Los mismos caballeros estaban divididos sobre la conveniencia de la traslacion, y el gran maestre se mostraba remiso en la conclusion del negocio con las espe-

(1) Capítulo VI de esta historia.

ranzas de establecerse en otro punto mas favorable á los intereses de la Orden. En fin, despues de haberse allanado las dificultades y sometídose los malteses á la ley de la necesidad, se firmó el acta de cesion en que quedaban á salvo los derechos de soberania, de que no quiso nunca desprenderse Carlos V; y los caballeros de San Juan tomaron posesion de Malta el año 1530, con gran repugnancia de los habitantes, á cuyos privilegios no se tuvo consideracion en el tratado.

Establecida en Malta la Orden de San Juan, se aplicó su gran maestre, que todavia lo era L' isle Adam, á poner el pais en estado de defensa, pues no ignoraba el grande objeto de odio que era para el Sultan una órden militar que por instituto le hacia en todos tiempos cruda guerra. Habiéndola arrojado de Rodas, natural era que la persiguiese en Malta. Mas los caballeros, cuyas galeras iban casi siempre unidas con las de Carlos V y Felipe II, que estaban con frecuencia en guerra con los turcos, no vieron á estos tan pronto como era de temer delante de sus muros.

En su debido lugar hemos hablado de la cooperacion de los caballeros de San Juan en las expediciones sobre Túnez, Argel, sobre Patras, sobre Modon, sobre Corón, sobre la plaza fuerte de Africa, y en el reinado de Felipe II, sobre Trípoli, los Gelvez y últimamente sobre el Peñon de la Gomera. Irritados los berberiscos y los turcos de esta hostilidad contínua, trataron varias veces de acabar con Malta. Hizo en sus costas Dragut varios desembarcos, pero sin efecto, habiendo sufrido bastantes descalabros, sobre todo en el último verificado en Gozo, de donde tuvo que retirarse vergonzosamente. Por fin llegaron las cosas a tal punto, que Soliman II trató de poner formalmente un sitio á Malta.

Era entonces gran maestre de la Orden, Juan de La Valette, elegido en 1557 por su gran mérito, en atencion al riesgo inminente que corria. Hombre valiente y experimentado, de capacidad y de firmeza, se condujo

desde un principio como las circunstancias exigian. Ninguna ocasion perdió de hostilizar á los turcos, haciendo parte de la expedicion de Felipe II sobre Trípoli, seguida de las desgracias que hemos visto; forzando á Dragut á retirarse vergonzosamente de la isla de Gozo, donde habia hecho un desembarco; tomando parte con sus caballeros en la conquista de la Gomera de los Velez; intentando un golpe de mano sobre Malvasía; no perdiendo ocasion de acosar á los infieles por mar; libertando buques cristianos, haciendo numerosas presas, entre las que se contaba un rico galeon turco, cuyo cargamento pertenecia al jefe de los eunucos y á las odaliscas del serrallo. No era necesario tanto para provocar hasta el extremo la cólera de Soliman, quien fulminó al fin contra Malta el decreto de esterminio, que mas de cuarenta años antes habia arrojado á los caballeros de San Juan, de Rodas.

Hacia tiempo que veia el gran maestre aglomerarse la tempestad que á la isla amenazaba. En nada pensó mas desde que se vió elevado á la suprema dignidad, que en prepararse para recibir el golpe. Tomó Malta un aspecto en extremo belicoso; se aprontaron armas; se allegaron víveres y municiones; se impuso sobre los bienes de la Orden, ademas de las contribuciones ordinarias, un tributo de sesenta mil ducados; se concertaron con el virey de Sicilia los medios mas convenientes de socorro, y se hizo un llamamiento solemne de honor á los caballeros ausentes, para presentarse sin perder momento á la defensa de la Orden.

La plaza principal de la isla era el Borgo ó Burgo, llamada hoy la Ciudad Victoriosa, situada á la entrada del Puerto Grande, y flanqueada por el castillo de Sant-Angelo. En frente, y separada por el puerto de las Galeras, se halla la ciudad de La Sangle, entonces sin murallas, defendida por el fuerte de San Miguel, que con el castillo de Sant-Angelo forma la boca de este puerto. A pequeña distancia del Burgo se hallaba el fuerte de San Telmo, en la extremidad del pro-

montorio que separa el Puerto Grande del de Maria Mussel ó Marza Musel, y donde se construyó despues la ciudad de la Vallette, como lo haremos ver á su debido tiempo.— A distancia algo mas considerable del Burgo, se halla la Ciudad Notable ó Vieja, fortificada ya en aquella época. La Valette circunvaló la ciudad de La Sangle con murallas, hizo completar las fortalezas de San Miguel y San Telmo, fortificando y abasteciendo al mismo tiempo la isla de Gozo.

Era grande el peligro; pero fué mayor el entusiasmo y el valor que supo inspirar el gran maestre en el ánimo de los malteses. Enmudecieron á su voz todas las pasiones, y se sofocaron los resentimientos justos de los habitantes contra una Orden que los habia despojado de sus privilegios. Acudieron con prontitud los caballeros ausentes, y con ellos cuantos soldados, víveres y municiones pudieron procurarse. Se remitieron á Sicilia todos los habitantes que no tenian medios de subsistir, ni se hallaban en estado de tomar las armas; se levantó en masa la poblacion que se encontró apta para pelear, y se organizó bajo todos aspectos una defensa obstinada en toda regla.

Hé aquí el estado aproximativo de todas estas tropas en la revista general pasada el 6 de mayo de 1565 por el gran maestre.

61	caballeros	de la lengua de Provenza.
15	escuderos	
25	caballeros	de la de Auvernia.
14	escuderos	
57	caballeros	de la de Francia.
24	escuderos	
165	caballeros	de la de Italia.
5	escuderos	
88	caballeros	de la de Aragon.
1	caballero	de la de Inglaterra.
14	caballeros	de la de Alemania.

68	caballeros } de la de Castilla.
6	escuderos } de la de Castilla.
44	capellanes de diversas lenguas.
587	miembros de la Orden.
700	soldados y marinos de las galeras, malteses por la mayor parte.
500	malteses de la compañía del Burgo.
300	id. de Burmola y de La Sangle.
1500	id. de la Ciudad Notable.
560	malteses de la parroquia de Santa Catalina.
680	id. de la de Bircharcara.
560	id. de Kunni.
560	id. de Zorrick.
590	id. de Nasciar.
560	id. de Siggieri.
120	artilleros.
150	criados de caballeros, organizados en una compañía.
1625	extranjeros tomados á sueldo de la Orden.
8992	hombres en total.

Con esta escasa fuerza, compuesta de elementos tan heterogéneos, y la mayor parte escasa de experiencia, ó sin ninguna en el manejo de las armas, se dispuso el gran maestre á recibir el ejército formidable con que Soliman le amenazaba; y no hay que olvidar que la generalidad de estas tropas consistia en malteses, despojados de sus privilegios, abrumados de impuestos, tratados con desprecio por los caballeros de la Orden, heridos en lo que hay mas delicado y sensible para el hombre. Pero se trataba de defender el suelo de la patria, amenazado por los enemigos de la fé católica, á quienes se profesaba un odio inextinguible, y sobre todo, se obraba á la voz, y bajo el ascendiente de un grande hombre.

Habia sido presentado en pleno consejo por el Gran Señor su proyecto de invadir á Malta, y aplaudido, como era natural, con todas las demostraciones de entusiasmo, por todo su consejo. Mientras se hacian preparativos formidables, se enviaban emisarios secretos á la isla, para levantar planos y tomar reseñas de su posicion, fortificaciones, etc. No se omitió precaucion, ni se ahorró gasto alguno que llevase al objeto de añadir la isla de Malta á las brillantes conquistas de Soliman el Magnífico. Antes de partir las tropas, las arengó el Sultan, diciéndolas que la conquista de la sola isla de Malta era poca empresa para aquel armamento formidable.

Por fin, en 18 de mayo de 1565 se presentó delante de la isla de Malta la escuadra turca, compuesta de ciento treinta y una galeras, treinta galeones y doscientos buques de transporte, al mando de Piali-Bajá, con cuarenta mil hombres, á las órdenes de Mustafá-Bajá. Se hace ascender á sesenta mil el número de los turcos que abordaron á Malta, agregando á las tropas de tierra los marineros de la escuadra, y los individuos que no combatian incorporados á la marina y al ejército. Llevaban estas tropas víveres para seis meses, municiones en proporcion, y un tren completo de sitio, en el que se contaban sesenta y cuatro cañones de batir, con balas de hierro de ochenta libras, y dos morteros de siete piés de circunferencia, para lanzar piedras. Desembarcaron los turcos sin oposicion alguna, y su primera operacion fué talar los campos, quemar los pueblos y degollar á los infelices habitantes que no habian tenido tiempo de guarecerse en los muros de la plaza.—Hicieron los caballeros algunas salidas por órden del gran maestre, y aunque no llevaban lo peor en los encuentros, convencido la Valette de que esto debilitaba sus fuerzas sin utilidad, se encerró dentro de los muros, dejando á los turcos dueños absolutos de todo el terreno no fortificado de la isla.

Procedieron estos inmediatamente al sitio de los puntos fuertes; mas las operaciones adolecieron desde un

principio de la rivalidad que reinaba á la sazon entre Piali, general de la escuadra, y Mustafá, á quien se habia dado el mando de las tropas del asedio. Al llegar la escuadra á Navarino, leyó éste delante de los principales jefes de tierra y mar el pliego de instrucciones que le habia dado el Gran Señor, á su salida de Constantinopla. Por sus términos, estaba Mustafá revestido del mando general, tanto de las tropas, como de los buques, con cuya disposicion se ofendio Piali, antiguo general de mar, que con tanta gloria se habia distinguido en las campañas anteriores. No es pues estraño que se mostrase poco celoso en trabajar por la gloria de un rival, de mérito inferior, al que se veia postergado.

Se juntó un consejo de guerra en el campo turco inmediatamente que fué realizado el desembarco. Queria Mustafá acometer todos los fuertes á la vez, puesto que se hallaban con tropas bastante numerosas, ó á lo menos empezar el sitio por el Burgo y la ciudad Notable, atacando asi como en el corazon las fortificaciones de la plaza. Combatió Piali esta idea, alegando que el primer interés era proporcionar un puerto seguro para sus navíos, lo que no se podria conseguir sin comenzar el ataque por el fuerte de San Telmo, ganando el cual se colocaría la escuadra en el puerto de Muzel al abrigo de cualquier peligro.

Prevaleció en el consejo la opinion de Piali, y comenzaron en efecto las operaciones del sitio por el castillo de San Telmo, situado como se ha dicho á extremidad de un promontorio que divide el puerto de María Muzel del Puerto Grande. Mandaba la fortaleza el bailío de Negroponto, quien antes que los turcos embistiesen formalmente á la plaza, dispuso una salida al mando del capitan español don Juan de la Cerda y Frey Juan de las Guaras. Derrotaron estos á las tropas turcas; mas en vista de su número considerable tuvieron que retroceder y acogerse á los muros de la plaza.—Grande dificultad encontraron los sitiadores en comenzar los trabajos de si-

tio por lo duro del suelo, de roca por la mayor parte; mas suplieron esta falta con sacos de tierra, vigas y tablones que les sirvieron para la formacion de las trincheras, siéndoles imposible el uso de la azada. Asi pudieron acercarse á los muros de la plaza sin ser molestados por sus fuegos, y proceder sin pérdida de instantes á la construccion de las demas obras que para la expugnacion necesitaban.

No estaba desprovisto de buenas fortificaciones el castillo de San Telmo; pero era demasiado escaso el número de sus defensores, para hacer frente á tantas tropas empleadas en su asedio. Y como el gran maestre no podia desprenderse de muchas fuerzas, por la lentitud con que de los diferentes puntos de la cristiandad se procedia para enviarle los socorros que no dejaba de reclamar á cada instante, pareció al gobernador de San Telmo que seria oportuno abandonar la plaza y reunir su guarnicion á la del Burgo, para atender mejor á la defensa de este punto y de sus fuertes. Mas se hallaba el gran maestre demasiado convencido de la necesidad de conservar á toda costa el fuerte de san Telmo, y demasiado confiado en la próxima llegada de los socorros prometidos, para no dar órdenes terminantes al bailío de que defendiese el punto á toda costa. Aun pensó La Valette en trasladarse él mismo al castillo y ponerse á la cabeza de su guarnicion; mas le hicieron desistir de su designio las súplicas y aun las lágrimas de los caballeros y poblacion del Burgo, para que no los abandonase cuando les era necesaria mas que nunca su presencia.

Con la resolucion tan positiva y formal del gran maestre, se prepararon el bailío de Negroponto y caballeros del castillo de san Telmo á la mas vigorosa y obstinada resistencia. Atacaron por su parte los turcos con su ferocidad acostumbrada, llevando sus trabajos de sitio hasta el mismo pié de los muros de la plaza. Delante de la muralla principal se hallaba otra fortificacion cuya figura no aparece bien clara por el relato de los historiadores; un poco mas lejos, hácia el campo, se habia construido un re-

bellin cuya toma era necesaria para obtener la de la plaza. Hicieron los caballeros una salida en la que derrotaron á los turcos, y por el pronto les destruyeron una parte de sus trincheras y mas trabajos del asedio. Pero como luchaban siempre los cristianos contra una superioridad tan considerable, fué inútil este esfuerzo, pues los enemigos volvieron á la carga y repararon prontamente las obras destruidas. Para echar abajo el rebellin ya mencionado, construyeron una fuerte batería sobre una especie de plantaforma casi de su misma altura, desde donde sin interrupcion le cañonearon. Una circunstancia imprevista los hizo dueños de esta obra esterior mucho antes de lo que esperaban. Habiendo percibido una noche que estaban dormidos las centinelas, y en igual situacion la mayor parte de la tropa, escalaron los muros, y penetrando dos á dos por las mismas troneras, se hicieron dueños del rebellin, pasando á cuchillo á cuantos cristianos encontraron dentro. Trataron inmediatamente los vencedores de pasar á la otra obra exterior, mas ya entonces amanecia y los cristianos estaban vigilantes esperando el ataque de los turcos. Se trabó un combate obstinado en los mismos fosos que duró seis horas. Todos los fuegos de la plaza y de la batería de los turcos se cruzaban á la vez, y si estos estaban animados de una sed de destruccion, no era menos el arrojo con que los cristianos defendieron su terreno. Cedieron en fin los turcos, dejando cubiertos los fosos de cadáveres. Mas el rebellin quedó en sus manos, y les sirvió despues para colocar sus baterías contra el cuerpo de la plaza.

A pesar de que se resistia, como se vé, el fuerte de San Telmo, volvió el bailío á proponer al gran maestre su abandono, no queriendo sufrir los caballeros las consecuencias del asalto que los amenazaba, y al que, segun toda probabilidad no podrian oponer, por el escaso número de tropas, suficiente resistencia. Otra vez les respondió La Valette que era necesario mantener el puesto á toda costa, recordando al bailío y á los caballeros sus

compromisos, sus juramentos de morir en defensa de la religion en cuyas filas peleaban. Para animar su emulacion, ó desconfiando tal vez de su constancia, tomó disposiciones para el relevo de la guarnicion de San Telmo con tropa fresca que debia salir del Burgo. Mas los de San Telmo, avergonzados sin duda de la proposicion, pidieron al gran maestre no les hiciese la afrenta de dudar de su valor, y le prometieron que defenderian el punto á todo trance y verterian gustosos la última gota de su sangre por el honor y en defensa de una órden donde habian hecho votos de combatir siempre y en todo paraje con los enemigos de la fé de Cristo.

Llegó á la sazon al campo turco el famoso Dragut con trece galeras y mil y quinientos hombres, en compañía del renegado Alueh-Alí, que despues llegó á ser dey de Argel, con cuatro bajeles y seiscientos hombres. Fué este refuerzo muy agradable á Mustafá, sobre todo por la persona de Dragut, cuyo valor y capacidad conocia en todas las operaciones de la guerra. Desde el momento de su llegada se le encomendó la principal direccion de las obras de sitio, y con su actividad aumentó los apuros de sus defensores.

Todavia recibian estos de cuando en cuando algunos refuerzos y refrescos que les enviaba el gran maestre; mas convencido al fin Mustafá de la necesidad de cortarles toda comunicacion con los del Burgo, cerró completamente el paso, siendo Dragut el inventor y ejecutor de una especie de valla con tablones, vigas, piedras y fragmentos de barcos destrozados que echó en el mar, á fin de no dejar agua suficiente para el paso de los buques. Murió durante esta operacion el famoso corsario de una bala de cañon disparada desde la plaza, habiendo sido tan sentida su pérdida por los turcos, como objeto de regocijo para los cristianos. Reducidos así los del fuerte de San Telmo á sus propias fuerzas, sin esperanza de socorro ni auxilio de ninguna parte, tomaron la resolucion de hacer la mas obstinada resistencia, de vender caras sus vidas,

ya que se vieron en la imposibilidad de conservarlas. Apelaron pues los turcos al asalto, ó mas bien á los asaltos, pues les costó varios la toma de aquella fortaleza. Dieron el primero la noche del 8 de junio, del que fueron rechazados con pérdida de mil quinientos hombres. Perdieron los cristianos cincuenta caballeros, habiendo quedado herido el capitan la Cerda. Tuvo lugar el segundo asalto el 16 del mismo mes, en el que los turcos perdieron mil y setecientos hombres. Dejaron en el tercero, verificado el 22, dos mil hombres en los fosos y en la brecha; habiendo muerto por parte de los cristianos el capitan español Miranda, el bailío de Negroponto gobernador, el comendador Monserrate, el capitan Mazo y cincuenta mas caballeros de la Orden. No hay necesidad de indicar, pues se concibe fácilmente, el ardor, la ferocidad, la sed de sangre y destruccion que debieron de reinar en estos choques tan tremendos, en que unos combatian por la desesperacion de no poder salvarse, y los otros con el ansia de apoderarse de una presa tan apetecida. Los caballeros á quienes sus heridas no permitian moverse, se hacian conducir á la brecha, donde del modo que mejor podian, peleaban. Mas era inútil el valor contra tan encarnizada muchedumbre. Los defensores iban muy á menos, el término de la resistencia se acercaba, y cuando en virtud del último asalto, que duró cuatro horas, se hicieron los turcos dueños á viva fuerza de San Telmo, no encontraron mas que escombros y hombres moribundos, pues los cinco ó seis cristianos que aún quedaban sin lesion se salvaron, descolgándose como pudieron por los muros de la plaza.

Cometieron los turcos todo género de crueldades con los vencidos, que respiraban todavía. Las historias dicen que les arrancaban el corazon, y que para causar terror, y hacer al mismo tiempo mofa de los del Burgo, los clavaron en tablas en forma de cruz, poniendo este espectáculo atroz á vista de sus propios muros.

Costó la toma del castillo á los turcos mas de ocho

mil hombres. A mil y doscientos ascendió la pérdida de los sitiados, contándose entre ellos ciento veinte y dos caballeros de la Orden, que murieron todos en la brecha.

La pérdida mas fatal para los turcos fué la de cuarenta dias que emplearon en la toma de aquella fortaleza, falta grave que influyó, como veremos mas luego, en el resultado, desastroso para ellos, de aquella formidable empresa.

Volvió, pues, Mustafá sus operaciones contra el Burgo, y los dos fuertes que aumentaban su defensa. Antes de emprender el sitio, envió á La Valette un mensaje, intimándole la rendicion con no muy duras condiciones. Mas el gran maestre, á pesar de su amarga pesadumbre por la pérdida y fin lamentable de los defensores de San Telmo, respondió con indignacion á las proposiciones del general turco, é hizo que sus comisionados examinasen de cerca las fortificaciones de la plaza, diciéndoles que sus fosos eran la sola parte que cederia á los turcos, para que les pudiesen servir de sepultura.

Se preparó el gran maestre al recibimiento de los enemigos. Para aumentar la pequeña guarnicion de la plaza, hizo venir cuatro compañías de malteses que ocupaban la Ciudad Notable, y al mismo tiempo le trajo de Sicilia su sobrino Parissot La Valette un refuerzo de cuarenta y seis caballeros, treinta y seis personajes de distincion, y además quinientos noventa soldados al mando del maestre de campo Melchor Robles; refuerzo escaso, y que de ningun modo correspondia á las promesas hechas por los príncipes cristianos, y cuya pronta ejecucion reclamaba con voz tan sentida el gran maestre.

A ninguno de los reyes de Europa tocaba mas de cerca el interés de la conservacion de Malta, que al de España. Desde que supo los preparativos de los turcos contra la isla, dió órdenes á los vireyes de Nápoles y Sicilia, para que le auxiliasen con cuantas fuerzas estuviesen á su arbitrio. Animaba el Papa por su parte á los príncipes de Italia, para que concurriesen á la santa em-

presa de librar á la Orden de San Juan de las garras de los turcos. Se aprestaron en Génova algunas galeras, y el duque de Florencia ofreció auxilios. En cuanto al rey de Francia, no se atrevió hacer nada en defensa de la isla, por no irritar á Soliman, con quien tenia grandes relaciones de amistad, como ya llevamos dicho.

Del virey de Sicilia, don García de Toledo, como tan cercano, aguardaba los primeros y mas poderosos auxilios el gran maestre de la Orden. Mas sea porque la escuadra enemiga obstruyese el paso del mar, sea porque inspirase algun recelo el habérselas con tropa tan aguerrida y feroz como la turca, ó por otras dificultades que entorpecen operaciones de esta clase, no partieron los socorros con la oportuna presteza que era deseable. Historiadores hay que atribuyen esta lentitud á torcida política del rey de España, á su poca voluntad de socorrer la isla, ó tal vez á la intencion de aguardar que se hallase en los últimos apuros, para darse de este modo la importancia de su salvador; mas no es creible que se espusiese voluntariamente á tanto riesgo una Orden, que tan útiles servicios prestaba al rey de España. De todos modos es un hecho que don García se mostró en un principio muy remiso; que adolecieron sus operaciones de poca actividad, dando ocasion á quejas y desconfianzas, no solo de su buena fé, sino tambien de la del rey católico; y que á no haberse detenido tanto los turcos delante de San Telmo, á no haber desplegado en lo sucesivo tanta bizarría y heroicidad en la defensa del Burgo y de sus fuertes, hubiese llegado demasiado tarde un socorro con tantas instancias reclamado.

El 8 de mayo desembarcó en Malta don Juan de Cardona, comandante de las galeras de España, dos compañías de infantería española á las órdenes de los capitanes Juan Miranda y Juan de la Cerda. El 27 de junio llevó á Malta el mismo don Juan de Cardona otro socorro, enviado por don García, compuesto de dos compañías de infantería española, y cuarenta caballeros de la Orden.

Mas tuvo grandes dificultades en desembarcar, y despues de haber rodeado las costas de la isla, puso al abrigo de la noche sus tropas en tierra, junto al fuerte de San Miguel, cuando los turcos se habian apoderado ya del de San Telmo.

Mientras se aprestaba en Sicilia una gran expedicion, que aún tardó un mes en hacerse al mar, procedieron los turcos al sitio formal del Burgo y sus fuertes. Llegó á la sazon al campo el famoso Asam, dey de Argel, con veinte y ocho galeras y tres mil turcos, y fué recibido por Mustafá con grandes muestras de alegría. Pidió Asam al general en jefe, que se le encargase la expugnacion del fuerte de San Miguel, y Mustafá se lo concedió gustoso, dándole seis mil turcos, ademas de los tres mil que ya estaban á sus órdenes. Emprendió Asam la operacion por mar y tierra, encargando la primera á su segundo Candelisa, en quien depositaba su mayor confianza, y tomando á su cargo la segunda. Fueron ambos ataques tan impetuosos como valientemente rechazados. Por dos veces asaltaron las murallas; otras tantas quedaron los fosos cubiertos de cadáveres. Mientras tanto fueron desbaratadas las trincheras de los sitiadores por los comendadores Giou y Quinzi, enviados por el gran maestre. No desistieron los turcos del empeño, y dieron otro asalto cuando estaban ya las brechas mas practicables, y se iban desmoronando los muros del fuerte por las baterías enemigas. Por esta vez pareció mostrárseles mas favorable la fortuna, y casi ya plantaban sus medias lunas victoriosas encima de los muros; mas redobló el esfuerzo de los defensores, y los turcos cayeron precipitados por aquellas ruinas. Llegó á tanto la confusion y su pavor, que huyeron á sus buques con el mayor desórden, sin que les sirviese de nada un refuerzo de genízaros que les mandó Mustafá, y que fueron igualmente rechazados.

Se irritó el general turco con tanta resistencia, y creció su indignacion cuando llegó á sus oidos que se aprestaba en Sicilia una grande expedicion para auxiliar á los

cristianos. Resolvió, pues, atacar á un tiempo al Burgo y al fuerte de San Miguel, tomando á su cargo la primera expedicion, y encomendando á Piali la segunda. Fueron furiosos los ataques contra el Burgo. Los enemigos llevaban tablas, vergas, palos de sus buques, piedras y otras materias para cegar los fosos de la plaza. Las baterías hacian fuego sin cesar, y para aumentar los medios de destruccion, usaban los enemigos un proyectil, llamado carcassa, que era una especie de pipa ó barrica embreada, y rodeada de materias combustibles que lanzaban sobre los cristianos. Mas hubo muchos de estos tan arrojados, que discurrieron los medios de cogerlas en el aire, y lanzarlas en seguida sobre las filas enemigas. La furia y obstinacion eran recíprocas, y las escenas de destruccion y carnicería tan uniformes, que no ofrecen variedad, por mucho que se esfuerce la imaginacion en crearlas de pura fantasía.

Fué Mustafá muy desgraciado en sus ataques contra el Burgo. Pareció mostrarse mas favorable la fortuna á Piali en la expugnacion del fuerte. Llegaron sus baterías á destruir casi sus murallas. Erigió una especie de plataforma de una altura, superior á la de la misma plaza. Empleó el asalto, y cuando se creyó dueño del fuerte, se halló con un nuevo atrincheramiento, que los defensores habian construido durante la noche, con un foso adelante, que impedia el paso á las tropas del asalto.

Grande era como se vé el denuedo de los caballeros de San Juan, mas cada dia crecian sus apuros; y el socorro tan suspirado no llegaba. Los muros estaban medio derruidos: faltaban las municiones, y los víveres escaseaban hasta el punto de tener que cercenar la racion de agua. Estaban los hospitales y las casas llenas de heridos y de enfermos. Tan triste era el semblante de las cosas, que se propuso sériamente en el consejo abandonar el Burgo y fuerte de San Miguel, y reducir la defensa al fuerte de Sant-Angelo; pero el gran maestre, impertérrito en el seno del Capítulo como se mostraba en medio de los

combates, donde se corria mas riesgo, declaró su resolucion de ser fiel hasta el último suspiro al honor y la gloria de la Orden de San Juan, y de permanecer en el Burgo aunque le cupiese la suerte de quedar sepultado en los muros de la plaza. «A qué fin mas glorioso puede »aspirar, dijo á sus caballeros, un anciano de setenta y »tres años que ha peleado toda su vida en defensa de la »fé de Cristo? Traslademos al castillo de Sant-Angelo, »los ornamentos del culto, los vasos sagrados, los efectos »mas preciosos; mas abandonar estos muros, será lo mis»mo que entregar la isla de Malta á los infieles.» No se atrevieron los caballeros á ser de otra opinion que la del gran maestre, y se prepararon de nuevo á todos los azares de aquella lucha encarnizada.

No se hallaba al mismo tiempo en mucho mas feliz situacion el campo turco, escaso de víveres, lleno de enfermos, medio inficionado con tantos cadáveres y el calor tan propio de aquella estacion y de aquel clima. Se hallaba irritado Mustafá con tanta resistencia, con las pérdidas enormes que habia sufrido en los asaltos, y ademas le aquejaba á cada instante la idea del poderoso refuerzo que aguardaban los cristianos. Algunos de los suyos opinaron porque se levantase el sitio; mas el general en jefe que no ignoraba la resolucion y el carácter feroz de Soliman, declaró que primero pereceria delante de los muros que abandonar una expugnacion que su señor le habia ordenado.

Determinó pues probar de nuevo la fortuna, repitiendo los ataques á la plaza. El 7 de agosto dieron un asalto; pero cuando estaba en su estado mas recio la pelea, llegó á los turcos la noticia del desembarco del socorro. Percibieron los cristianos que sus enemigos aflojaban y al fin se retiraban del combate, mas aunque no sabian la causa, se aprovecharon de esta circunstancia, y los persiguieron hasta las trincheras.

No era cierta la noticia del desembarco de las tropas. Aprovechó este retardo Mustafá para renovar el asalto

que tuvo lugar el 13 de agosto. Ya sabia el gran maestre la salida de la expedicion de Sicilia, ó tal vez ignorándola, la comunicó á los caballeros á fin de que resistiesen denodados un asalto que probablemente seria el último. Duró la pelea cuatro horas con los mismos resultados que los anteriores. Ni el fuego de las baterías, ni la furia de tantas huestes como acudieron al asalto, pudieron contrastar al denuedo heróico de los defensores. Corrió la sangre como siempre, se llenaron los fosos de cadáveres. Al recogerse los turcos á su campo, supieron la noticia fatal para ellos, sin que les pudiese quedar la menor duda. Acababa de desembarcar la expedicion que enviaba de Sicilia don García.

Para hacer este refuerzo de mas eficacia, habia mandado construir el virey cien galeras y dispuesto que se cargasen las setenta mas ligeras de víveres y municiones. Embarcó en ellas doscientos cuarenta caballeros de la Orden de San Juan, doscientas personas de distincion de todas naciones, seis mil españoles, tres mil italianos, y mil quinientos aventureros, mandados todos por don Alvaro de Sande. Eran sus maestres de campo Ascanio de la Corgne, Vicente Vitelli, don Sancho de Londoño y don Alonso de Bracamonte. No quiso destino ninguno en la expedicion el marqués Chiapino Vitelli por estar nombrado maestre de campo general el primero de los cuatro ya dichos; mas fueron de mucha utilidad sus consejos por ser un jefe de capacidad y de experiencia.

Se habia dudado antes de salir la expedicion si seria mas conveniente atacar los turcos por mar, ó desembarcar la gente para que por tierra los buscasen. Prevaleció la segunda idea, pues de ese modo seria el auxilio de mucha mas eficacia para los sitiados. Tres dias estuvo en el mar la expedicion, no encontrando un sitio seguro para echar la gente á tierra sin ser molestados por la escuadra turca. Lo verificaron, en fin, al abrigo de la noche. El gran maestre sabedor ya de la salida de la expedicion, recibió la noticia de su desembarco con la

alegría que puede imaginarse. La guarnicion y habitantes la celebraron con gritos de entusiasmo, y ya ciertos de su salvacion, olvidaron sus padeceres y desastres.

Sobrecogidos los turcos con la llegada de las tropas auxiliares, levantaron el campo con precipitacion, y habiendo recogido las tropas que guarnecian á San Telmo, se refugiaron todos á la escuadra. Despues que estuvieron embarcados, celebró Mustafá otro consejo de guerra sobre el partido que se debia tomar en aquellas circunstancias. Opinaron algunos por el abandono de la isla y regreso á Constantinopla de la armada. Mas el general turco lleno de rabia y vergüenza, temblando á la idea de presentarse vencido ante los ojos del Sultan, determinó volver á desembarcar diez y seis mil hombres de sus mejores tropas, con las que marchó en busca de las españolas. Salieron estas animosas al encuentro; mas los turcos sobrecogidos de terror al primer choque, arrojaron las armas, volviendo en desórden á la escuadra que se dió á la vela el 18 de octubre, tomando el camino de Constantinopla.

Tal fué el desquite glorioso que la Orden de San Juan tomó de las calamidades y desgracias que Soliman II la hizo sufrir cuarenta y tres años antes, cuando la pérdida de Rodas. Despues de un sitio de cuatro meses con formidables fuerzas por tierra y mar, en que con tanta ferocidad pusieron en juego los turcos todas las artes de destruccion conocidas en la guerra; en que subieron tan frecuentemente y con tan rabiosa sed de destruccion á los asaltos, tuvieron que anunciar al Gran Señor que no era ya invencible. Falleció el Sultan el año siguiente, despues de uno de los reinados mas largos y gloriosos que se cuentan en los anales del imperio turco. De su muerte data la decadencia, tanto por tierra como por mar, de un estado que amenazaba la independencia de la cristiandad entera.

Ascendió á veinte mil hombres la pérdida de los turcos delante del Burgo, que tomó el nombre de ciudad vic-

toriosa, del castillo de Sant-Angelo y del fuerte de San Miguel. La de los sitiados consistió en doscientos caballeros, tres mil soldados casi todos malteses, y seis mil ancianos, mujeres y niños.

Para comprender esta última pérdida hay que tener presente que habia dispuesto el gran maestre fuesen conducidos á Sicilia los que no se hallasen en estado de llevar las armas, mas no pudo realizarse esta órden por la premura del tiempo, habiendo solo partido algunas familias que no quisieron arriesgarse. A la aparicion de los turcos, sobrecogidos los habitantes del campo de terror, huyeron con sus ganados y lo que tenian de mas precioso, buscando un refugio en el Burgo, La Sangle y la ciudad Notable; mas fueron degollados antes de llegar un número considerable. Otros que se refugiaron en cuevas, fueron descubiertos y tuvieron igual suerte. Los que pudieron llegar á dichos puntos en número de veinte y cuatro mil personas, sintieron muy pronto los rigores del hambre; mas el gran maestre acudió á su necesidad distribuyendo trigo al precio corriente á diez y siete mil fugitivos que podian pagarlo, y gratis á los siete mil restantes.

No puede la historia tributar bastantes elogios al gran maestre de la órden de San Juan, á sus valientes caballeros, á las tropas que combatieron á sus órdenes, á la decision y heroismo de la poblacion maltesa durante este asedio célebre. Tímidos estos al principio, poco familiarizados con el uso de las armas, se hicieron muy pronto á ellas, distinguiéndose no solo en las salidas, sino tambien en las murallas. Los ancianos, las mujeres y los niños, se empleaban con ardor en los trabajos de las fortificaciones, seguian á los combatientes á la brecha, retiraban los muertos, aliviaban y consolaban á los heridos, llevaban á todas partes refrescos, cargaban las armas, hacian llover sobre los enemigos un granizo de piedras, de materias inflamadas, y contribuian por cuantos medios les eran posibles al buen éxito de esta lucha memorable.

Fué celebrada en la cristiandad entera la defensa heróica de Malta, y sabida con regocijo y entusiasmo la retirada de los turcos. De todas partes recibió el gran maestre solemnes felicitaciones, distinguiéndose en esto el pontífice, y el rey de España. Presentó el embajador de este monarca una espada y una cimitarra con el puño de oro macizo guarnecido de diamantes, en testimonio de su amor y su veneracion, ofreciéndole pagar anualmente una cantidad para ayuda del reparo de las fortificaciones arruinadas. Para perpetuar el recuerdo de la salvacion de Malta, mandó el gran maestre que fuese celebrada todos los años en todas las iglesias de la isla el dia del nacimiento de la Vírgen; que despues del oficio divino, se leyese á los concurrentes la historia del sitio, y que se casasen y se dotasen seis muchachas pobres á cuenta de la Orden. La fiesta subsiste todavía, mas se suprimieron los dotes que eran de cincuenta escudos (400 reales.)

No perdia un momento La Valette de la idea, la posibilidad de ser atacado de nuevo por los turcos. Se asegura que para ponerse al abrigo de una nueva invasion fué autor del incendio del arsenal de Constantinopla que tuvo lugar en aquel tiempo; mas cualquiera que haya sido esta cooperacion, apeló La Valette á medios mas seguros y mas positivos. Apenas se alejaron los turcos, hizo destruir sus fortificaciones delante del Burgo, de San Miguel y de San Telmo, construir de nuevo las murallas de este último fuerte que estaban derribadas, y formar nuevos acopios de víveres y de municiones. Mas todos estos preparativos y aun el incendio del arsenal de Constantinopla hubiesen sido insuficientes contra la nueva tempestad que amenazaba, si no la hubiese conjurado de una vez y para siempre haciendo de Malta una plaza inexpugnable.

Ya desde el establecimiento en Malta de la Orden se habia pensado en construir una ciudad fortificada sobre el monte Sceberras que separa el Puerto Grande del de Maria Mussel. Se habia levantado y arreglado el plano por los ingenieros mas hábiles, bajo los diferentes grandes

maestres que se sucedieron; mas cupo lagloria de ponerle en ejecucion á Juan de La Valette. Agotado el tesoro, contrajo en Sicilia un empréstito de treinta mil escudos; hizo acuñar moneda de cobre, é impuso nuevas contribuciones sobre los malteses; mas nada de esto se encontraba suficiente. Se dirigió el gran maestre á todos los príncipes de la cristiandad, haciéndoles ver la importancia de la empresa, y de los mas, incluso el rey de Francia, recibió socorros muy considerables. Dió Felipe II noventa mil ducados; el rey de Portugal, don Sebastian, treinta mil cruzados, y la Sicilia envió veinte y dos mil ducados, habiendo impuesto un diezmo sobre los bienes eclesiásticos. El Papa envió ademas de dinero setecientos obreros pagados de su cuenta. La mayor parte de los miembros de la Orden se despojaron de sus bienes y hasta de los objetos de mas valor, cuyo importe entregaron al tesoro. Los habitantes todos de la isla, sin perdonar edad ni sexo, se emplearon voluntariamente en la construccion de una ciudad que iba á asegurar su defensa, aumentar su comercio, y llegar á ser el depósito de sus riquezas. Un año solo bastó para poner en estado de defensa la ciudad que tomó al principio el nombre de *Humillísima*, y despues el de La *Valette*, que conserva hoy dia. Mas el gran maestre no vió el fin de su trabajo, habiendo fallecido abrumado de fatigas y cuidados en agosto de 1568.

Juan de La Valette fué un grande hombre, y su memoria será célebre. Desde su defensa de Malta no cuenta la Orden de san Juan un hecho de armas tan glorioso. De este sitio data la decadencia de una institucion que cada dia se iba haciendo menos necesaria. Sin embargo conservó su brillo en el resto de aquel siglo, en el siguiente, y aun muy entrado ya el diez ocho. Lo que á la terminacion de este llegó á ser, no hay necesidad de indicarlo, recordando que en nuestros dias, aquella ciudad de La Valette, aquella primera fortificacion del mundo, cayó sin la mas pequeña resistencia en poder de Bonaparte,

cuando marchaba á la conquista del Egipto. Mas el nombre de Malta ha sobrevivido á la Orden de san Juan, y ocupa todavia en el mapa militar y político de Europa un puesto distinguido.

CAPITULO XXXII.

Guerra de los moriscos de Granada.--Capitulaciones cuando la toma de esta ciudad por los reyes católicos.--Primer arzobispo.--Conversiones.--Alborotos.--Decreto para que abracen la fé cristiana los moriscos.--Todos cristianos.--Acusaciones de su falta de sinceridad.--Nuevas exigencias de la corte.--Nuevos disgustos.--Reclamaciones de los moriscos.--Desoidas.--Tentativa para alzar á los del Albaycin.--Alzamiento de las taas de las Alpujarras.--Excesos y crueldades de los sublevados.--Nombran por su rey á Aben-Humeya.--Sale el marqués de Mondejar de Granada para combatir á los alzados.--Varios encuentros suyos con los moriscos, favorables á las armas castellanas.--Entra en las Alpujarras.--Se apodera de la torre de Orgiva.--Pasa el marqués de los Velez desde Murcia al reino de Granada.--Recibe autorizacion para ello del rey.--Varios encuentros suyos con los moriscos.--Los vence.--Sigue la guerra con sucesos varios.--Diversidad de pareceres entre el marqués de los Velez y el de Mondejar.--Resuelve el rey enviar por capitan general de Granada á su hermano D. Juan de Austria (1).

1568—1569.

Vamos á trazar el bosquejo de otra guerra, que si no de un carácter puramente religioso, se rozaba con hábitos, con costumbres, y en gran manera, con creencias. Parece fatalidad del siglo XVI, el que cuantas cuestiones se debatian con las armas en la mano, tuvieron, con po-

(1) Don Diego Hurtado de Mendoza y Luis Marmol Carvajal, son los historiadores principales de esta guerra, y los dignos de mas crédito, por haber sido ambos testigos oculares.—La produccion del primero, intitulada: *Guerra de Granada*, pasa por una de nuestras galas literarias. En la del segundo, conocida con el nombre de *Historia del rebelion, y castigo de los moriscos del reino de Granada*, hay mas abundancia de materias, aunque no presentadas con la gravedad elegante de Mendoza. Ambos han sido nuestros principales guias, tanto en este artículo, como en el siguiente.

cas escepciones, un carácter mixto de sagradas y profanas. Católicos contra protestantes; cristianos contra mahometanos; en todas figuraban, á par de los intereses de un príncipe ó nacion, los dogmas de su Iglesia.

La guerra de los moriscos de Granada, no fué menos fecunda que las otras en animosidad, en encarnizamiento, en efusion de sangre y todo género de horrores. Es uno de los episodios mas curiosos, al mismo tiempo que lamentables, de un reinado que tantos títulos ha adquirido de ser célebre.

Los términos de la capitulacion, por la que los reyes católicos tomaron posesion de la plaza de Granada, fueron todos honoríficos y humanos para los vencidos. Nada prueba tanto la resistencia tenaz que los moros opusieron, y sobre todo, el gran deseo que tenian los reyes de Castilla y de Aragon, de añadir á su corona tan magnífica conquista. Por uno de estos artículos, recibian los reyes por sus vasallos y súbditos naturales, y bajo de su palabra, «seguro y amparo real, desde el rey hasta el último habitante de Granada; de las fortalezas, villas y lugares de su tierra; dejándoles sus casas, haciendas, heredades, sin consentir que les hiciesen mal ni daño, ni quitándoles sus bienes, ni sus haciendas, ni parte de ello, antes bien acatándolos, honrándolos y respetándolos como por sus súbditos y vasallos, como lo eran todos los que vivian bajo su gobierno y mando.»

Por otro artículo prometian SS. AA. y sus sucesores, «dejar vivir para siempre al rey y á todos los demas grandes y chicos en su ley, sin consentir que les quitasen sus mezquitas ni sus torres, ni los almoedanes, ni les tocasen en los hábices y rentas que tenian para ellas, ni les perturbasen los usos y costumbres en que estaban.»

No es posible concebir un artículo en términos mas expresos y mas positivos. Sin embargo, fué su ejecucion origen de disturbios y calamidades, que duraron casi un siglo.

Erigieron los reyes católicos en Granada una Silla ar-

zobispal, y su primer prelado, don fray Hernando de Talavera, obispo de Avila, se distinguió mucho por su celo en convertir á los moros á la fé cristiana. Convienen los historiadores en elogiar el modo blando y suave que empleaba en este asunto, tan de suyo delicado, no adoptando mas medios que los de la persuasion y el ascendiente que le daban su edad, su alta categoría y sus virtudes; mas con el tiempo degeneró tanta indulgencia en maneras un poco mas duras, marcadas con el sello de la intolerancia. Era imposible que mezcladas en la ciudad dos religiones tan distintas, pues con la conquista se iba poblando mucho de cristianos, se dejase demostrar, por la parte de los vencedores, aquella aversion con que se miran los hombres que difieren en creencias. No faltó quien aconsejase á los reyes católicos que obligasen á los moros á recibir el bautismo, y de lo contrario expulsarlos de la tierra, haciéndoles ver que jamás serian buenos vasallos, mientras conservasen sus creencias, y se manifestasen adictos á sus ceremonias. Mas aquellos monarcas no quisieron infringir tan pronto un artículo tan expreso de los tratados, y se contentaron con que se llevase adelante la obra de la conversion, por cuantos medios se pudiese.

Para ayudar al arzobispo, se llamó al famoso de Toledo, Jimenez de Cisneros, cuyo carácter duro no se desmintió en esta mision tan delicada. Quiso usar de rigor, é irritado con la resistencia que algunos de ellos ponian á la conversion, trató de perseguirlos y castigarlos por su pertinacia. Comenzaron con esto los disgustos, los desórdenes, y hasta los motines. Indignados los moros de que se les quisiese violentar, se levantaron. Mas cedieron á la autoridad del arzobispo Talavera, á quien respetaban mucho, y estaban acostumbrados á ceder en todas ocasiones.

Sirvió este motin de pretexto para volver á la carga los que aconsejaban á los reyes que los obligase á todos á recibir el bautismo, ó á marcharse á Berbería; dándoles tiempo para arreglar sus negocios y vender sus bienes.

Entonces accedieron los dos reyes, y se dieron las órdenes necesarias, que aunque estuvieron suspendidas ocho meses, fueron llevadas á efecto con grande oposicion por parte do los nuevos convertidos.

De un cambio que llevaba visos de tan forzado y violento no podia esperarse mas resultado que redoblar la adhesion y apego á las creencias y ceremonias de que á los moriscos habian despojado. Estallaron al principio del siglo XVI revueltas, á que tuvo que acudir en persona el rey católico, cuyo celo se animaba á proporcion de tanta resistencia. Habiendo quedado vencedor, se creyó con dobles derechos para reducir de grado ó por fuerza á los moriscos á la religion cristiana. Así lo puso en práctica, y en medio de algunas llamaradas de motin y de alboroto, que no pudieron menos de encenderse algunas veces, todos los moros, unos tras de otros, tanto en la ciudad cono en las otras poblaciones, recibieron el agua del bautismo.

Los prelados celosos, y otras personas igualmente interesadas, percibieron que no habia bastante sinceridad en los nuevos convertidos, y que solo por temor de los castigos cumplian con los deberes y ceremonias que la nueva religion les imponia. Nada habia mas natural, conociendo los principales resortes de la conversion; mas esto mismo escandalizaba y encendia en furor á los que no solamente los querian cristianos, sino cristianos fervorosos. Los acusaban de celebrar en secreto y dentro de su casa, el rito prohibido; de lavar los niños que acababan de bautizarse, como para purgarlos de impurezas; de casarse clandestinamente con sus ceremonias; de celebrar los viernes, como dias festivos; de trabajar los domingos; en fin, de despreciar en secreto, lo que les era forzoso respetar en público.

En el año 1526, hallándose el emperador en Granada, reunió una junta de prelados, para arreglar un asunto que parecia tan espinoso y complicado. Muchos fueron de opinion que mientras los moriscos conservasen

el uso de su lengua, el de sus trajes, el de sus diversiones, nunca perderian el afecto á su antigua religion, ni serian súbditos fieles de la corona de Castilla. Por entonces no se dió ninguna provision, ni se trató mas de este asunto en todo el reinado de Cárlos I de España; mas en el de Felipe II, se celebró una junta en Madrid, con el objeto de tomar una providencia definitiva sobre el negocio de los moriscos, y en ella se extendieron los capítulos de lo que se habia de observar en adelante. Se reducian estos, á que dentro de tres años aprendiesen los moriscos la lengua castellana; que no usasen de la suya en ningun escrito público; que en adelante no se hiciesen vestidos á su usanza, y sí á la de los cristianos; que no empleasen en las bodas, ni ritos, ni ceremonias, ni aun fiestas ni regocijos, como tenian de costumbre; que tuviesen abiertas las puertas de sus casas los viernes y los dias de fiesta; que no usasen nombres moros; que renunciasen á los baños artificiales; que no tuviesen esclavos negros, á excepcion de aquellos á quienes les estuviese concedida la licencia.

Era imposible inventar unas disposiciones mas depresivas, mas vejatorias, que ajasen mas la susceptiblidad, el amor propio de pueblo alguno, por poco apego que tuviese á sus costumbres. Era atacar, herir al vivo lo que el hombre estima mas que todo, á saber, las costumbres y usos que adquirió desde la cuna. Mas tales eran las preocupaciones que animaban á muchos contra los moriscos; tales los hábitos de intolerancia en materias religiosas, que en 1568 se mandaron estos capítulos al presidente de la Audiencia real, don Pedro Deza, para que los pusiese en práctica.

En los moriscos causaron la impresion dolorosa que puede suponerse. Las razones que alegaban para alejar de ellos tan tremenda tempestad, no podian ser mas plausibles. En cuanto á la lengua castellana, expusieron la imposibilidad de que pudiesen dejar la suya, sobre todo, los viejos, que la babian usado en toda su vida, y

que de ningun modo podrian acostumbrarse á otra.

En cuanto á los trajes, que no indicaban creencias religiosas, y sí solo cosas de moda y de costumbre: que los cristianos en el Oriente iban vestidos como los habitantes del pais, y que entre los mismos mahometanos habia tanta diversidad de trajes como de pueblos y naciones.

Sobre mandar que las mujeres fuesen sin velo, era una dureza hacerlas renunciar á una costumbre que tenian como signo de honestidad: y que los baños que tan frecuentemente usaban eran meramente un punto de limpieza.

Acerca de los nombres cristianos que habian de sustituir á los antiguos, exponian que los nombres no constituian la esencia del cristianismo; que habia habido cristianos antes que santos; que el agua del bautismo era lo que los habia incorporado en el gremio de la Iglesia, y que el cambio de nombres no aumentaria por ningun estilo ni su firmeza en la fé, ni la adhesion á sus nuevos ritos religiosos.

No tenian estas razones una réplica racional y justa; pero se habia tomado ya un partido, y ademas el presidente de la Chancillería, don Pedro Deza, ante quien los moriscos por el órgano de sus diputados expusieron estas quejas, no podia alterar por sí, lo que en la córte se habia resuelto y decretado. Respondió, pues, á dichas reconvenciones lo mejor que supo y pudo; mas manifestando que era una cosa determinada por S. M., á que debian someterse como irrevocable. Que se les concederia el tiempo suficiente para que pudiesen deshacer sus ropas y darles nueva forma; que se les auxiliaria hasta con recursos pecuniarios á fin de que estos cambios no les sirviesen de perjuicio en sus haciendas y fortunas: que el término que se les señalaba para dejar su lengua nativa era suficiente para aprender la castellana; que sus fiestas y sus zambras eran demasiado escandalosas á los ojos de los buenos cristianos para que no tu-

viesen interés ellos mismos en abandonarlas, si lo eran en efecto; que no podria haber inconveniente ninguno en tener abiertas las puertas de sus casas los viernes, si verdaderamente no celebraban en ellas ningun culto religioso: que el cambio de los nombres tenia por objeto aumentar su devocion dándoles un santo por patrono, y en fin que todas las innovaciones mandadas por el rey de España, no se encaminaban á otro fin que á establecer la igualdad posible entre todos sus vasallos.

Desahuciados asi los moriscos del presidente de la Chancillería, recurrieron por medio de comisionados á Madrid pidiendo la suspension ó revocacion de una providencia que les era tan molesta; mas el Consejo desoyó sus súplicas y les hizo saber que no tenian mas remedio que atenerse á lo mandado.

Examinadas las cosas á la luz de la razon y de la imparcialidad, alma y condicion indispensable de este género de escritos, no parece muy difícil decidir de qué parte estaba la razon en esta pugna. No podian ser mas expresos los términos de la capitulacion, en la que se les dejaba el pleno y libre ejercicio de su culto religioso. Si por medio de la persuasion ó apelando á recursos compulsivos se habian convertido á la religion cristiana, no habia motivos para apelar á rigores y á formas que en realidad no atacaban la esencia de su nuevo culto. Ni los nombres, ni los trajes, ni sus fiestas, ni sus baños, ni sus usos domésticos tenian que ver en ningun sentido con el cristianismo. Obligarlos á renunciar á ellos por medios tan violentos; prohibirles hasta el uso de la lengua que habian mamado con la leche, se presenta intolerable, de muy difícil y hasta de imposible ejecucion para las personas entradas en edad que no habian aprendido ni podian aprender otra. Los cargos, pues, que hacian los moriscos, no podian ser desvanecidos sino usando del derecho del mas fuerte.

Que los moriscos no eran súbditos leales de la corona de Castilla, se puede presumir muy bien de un pue-

blo recien conquistado, que apenas se habia mezclado con sus vencedores. De sus sentimientos, por lo menos dudosos en su nueva fé, no podia menos de haber pruebas, conociendo los medios de exaccion empleados con los nuevos convertidos. Deseable era sin duda el que se hiciesen mas adictos de corazon al cristianismo: que desapareciesen de ellos todos los usos y demas recuerdos nacionales que los ponian en predicamento diferente del de los demas habitantes del pais; mas cualquier hombre imparcial podia conocer muy bien que no eran estos medios violentos los que producirian un objeto tan apetecido: que se podria conseguir mas empleando otros suaves é indirectos, sobre todo apelando á la merced del tiempo, bajo cuyo imperio todo se olvida, y las impresiones mas fuertes y poderosas se destruyen.

La providencia no pareció muy prudente á varias personas de rango y bien intencionadas de Granada, que veian graves males en su ejecucion demasiado rigorosa. El marqués de Mondejar, capitan general del pais, que se hallaba á la sazon en la córte, representó contra lo duro é impolítico de la medida, quejándose amargamente de que no se le hubiese consultado antes de dictarla; mas por toda respuesta se le previno que se restituyese cuanto antes á Granada para cuidar de la puntual ejecucion de lo mandado. El rey de España y su consejo no sabian lo que era contemporizar, tratándose de materias religiosas. Rigores, violencias, injusticias, todo parecia permitido cuando se trataba de promover los intereses de la fé católica.

A todas estas consideraciones hay que añadir otra de grandísima importancia, á saber: que los moriscos de Granada constituian entonces la gran mayoría de la poblacion de aquel pais recientemente conquistado. Si á la capital y á otras ciudades considerables habian acudido muchísimos cristianos de diversas partes de Castilla, no sucedia lo mismo con las poblaciones rurales, sobre todo de las Alpujarras, compuestas casi todas de moriscos. Se

podia pues temer el irritar hasta cierto punto á un pueblo casi dueño del pais, y que al abrigo de sus asperezas podian entregarse á toda especie de desórdenes: mas nada de esto se tuvo en consideracion, y en medio de los conflictos é inquietudes mútuas que producia el nuevo edicto, se acercaba poco á poco el dia fatal prefijado para su ejecucion definitiva. Comenzaron á agitarse los moriscos, perdida ya la esperanza de la revocacion de dicha providencia. Comenzaron á entablarse entre ellos relaciones y planes de alzamiento, poniéndose en contacto los de la ciudad con los de afuera, sobre todo de las Alpujarras, donde su número era mas considerable. Posible es que estos proyectos de insurreccion fuesen ya anteriores á la promulgacion de la pragmática, mas es muy probable tambien que solo hubiesen nacido de esta causa. No faltaban entre los moriscos hombres emprendedores, ambiciosos, que supieron inflamar los ánimos de la muchedumbre, preparándola al cambio que tanto halagaba sus pasiones. Los de la ciudad contaban con sus correligionarios de las Alpujarras, y á estos se les allanaban las dificultades de la empresa, haciéndoles ver que serian aquellos los primeros que se alzasen. Por la interceptacion de varias cartas, no quedó duda á las autoridades de la mala voluntad de los moriscos y planes de la insurreccion, á que se daba fomento con la circulacion de pronósticos de varios santones de su antigua secta, alusivos á los acontecimientos de los tiempos que alcanzaban. Que el plan era vasto y la insurreccion muy popular en aquellos habitantes, aparece de la simultaneidad de los alzamientos de que hablaremos luego. Antes de verificarse, ya se habian comenzado en cierto modo las hostilidades con el ataque de algunas partidas de tropa castellana por los salteadores del pais, conocidos con el nombre de *monfis*; con varios asesinatos de cristianos en quienes los moriscos ejercieron varios actos de crueldad y de venganza.

Se habia designado el Jueves Santo del año 1568

para el dia del alzamiento general; más no tuvo esto efecto por varias causas hasta el mes de diciembre del mismo año, ocupándose todo este tiempo en aumentar las relaciones, las comunicaciones mútuas entre unos y otros, tanto los de adentro como los de afuera, fraguándose planes para el asalto y toma de la Alhambra y ocupacion de los puntos principales de Granada.

No eran ignoradas estas maquinaciones por las autoridades del pais y la poblacion castellana de la capital; mas no se les daba toda la importancia que tenian, ni se creia que su ejecucion estuviese tan cercana. Los moriscos de la ciudad encubrian sus intentos, manifestando deseos de paz y sumision á las órdenes del rey, si bien quejándose siempre de la violencia que se les hacia. Los de las Alpujarras tampoco aparentaban el querer moverse, pudiendo atribuirse los desafueros y violencias que recientemente se habian cometido en los caminos, á excesos aislados de los *monfis,* de que no participaban los demas moriscos.

Cuando los de fuera creian ya preparados completamente á los de adentro, se puso en direccion de Granada uno de los principales instigadores de aquella rebelion, llamado Farax Aben-Farax, á la cabeza de unos doscientos monfis, con objeto de alentar con su presencia y su persona el pronunciamiento de aquellos habitantes. Llegó á la ciudad por la noche del 26 al 27 de diciembre de 1568, y habiendo penetrado por ella á favor de sus amigos, se presentó en el Albaycin, barrio donde vivian los moriscos, prorumpiendo en grandes gritos y algazara, tocando sus atabales y otros instrumentos á fin de inspirar á los vecinos la idea de que venia seguido de un número muy considerable. Mas ni esta algazara, ni las invitaciones que él y sus *monfis* hicieron en alta voz á los moriscos para que se alzasen, diciéndoles que habia llegado la hora de la redencion, surtieron el menor efecto. Los moriscos permanecieron quedos; ninguno abrió sus puertas, desconfiados sin duda de lo que les decia

Farax, ó arrepentidos tal vez de su determinacion en los momentos de llevarla á efecto.

Mientras tanto se esparció la alarma en la ciudad, se tocaron las campanas, se pusieron en pié las autoridads y vecinos, mas con la oscuridad de la noche y la incertidumbre de lo que realmente sucedia, todo era inquietud y confusiones. Era muy escasa la guarnicion que habia en Granada, lo que prueba lo poco preparados que se hallaban en caso de que el cumplimiento de los capítulos encontrase séria resistencia. Prohibió el marqués que nadie se pusiese en movimiento hasta que llegase el dia, temiendo alguna sorpresa envuelta en las tinieblas de la noche. Por otra parte, Aben-Farax y los suyos, desesperanzados de levantar el Albaicin, discurrian por la ciudad temerosos de dar en manos de la guarnicion, y no pensaron mas que en verificar su salida, que se llevó á efecto al amanecer sin que en la ciudad se tuviese todavía idea positiva de lo ocurrido durante aquella noche.

Luego que el marqués de Mondejar se penetró de la verdad del caso, salió de Granada con la gente que pudo allegar en persecucion de Aben-Farax y de sus *monfis*; mas como le llevaban estos una grande delantera, se volvió, temeroso de que la ausencia suya y de sus tropas envalentonase á los moriscos del Albaicin, de cuyas malas disposiciones ya no se podia tener la menor duda.

La cosa era ya muy séria y grave; el atrevimiento de Farax suponia planes de alzamiento en la ciudad, que por fortuna se paralizaron; mas si el resultado de aquella noche pudo tranquilizar los ánimos de las autoridades por entonces, la noticia de lo que habia ocurrido al mismo tiempo en las Alpujarras, redobló las inquietudes.

El 25 de diciembre por la tarde habia ocurrido la intentona de Aben-Farax sobre Granada. Tal era la confianza en que se hallaban todos del alzamiento de los del Albaicin, que en aquellos dias se sublevaron los principales distritos ó taas de las Alpujarras, haciéndolo al mismo tiempo las de Orgiva, Porqueyra, Ferreyra, Jubilés, los Ce-

heles, Uxijar, Verja, Andarax, Dalia, Luchar, Marchena, Boloduiy, Solobrena y otros distritos inmediatos, cundiendo la llama como fuego eléctrico en toda su extension, sin que del incendio quedase exento pueblo considerable alguno. El movimiento fue instantáneo, simultáneo, producto de un plan general fraguado con el mayor secreto, puesto en ejecucion con toda la energía de un pueblo agitado por sentimientos de odio y de venganza. ¿Cómo los de Albaicin, principales promotores del pronunciamiento, no le secundaron cuando las excitaciones para ello de Aben-Farax y de sus *monfis*? no se concibe facilmente. Se puede suponer que el silencio y tinieblas de la noche encadenaron sus ánimos y que temieron alguna sorpresa ó lazo armado por los de la ciudad, al ver á Farax seguido de tan pocos.

Las manifestaciones, las demostraciones, los excesos y desórdenes á que se abandonaron todas las poblaciones de las Alpujarras en el acto del pronunciamiento, fueron tan semejantes y uniformes, que no descenderemos á particularizarlas. En todas partes se proclamó el culto de Mahoma con demostraciones del mas ardiente desenfreno. En todas se allanaron las iglesias, se profanaron los altares, se quebraron las imágenes, se robaron los vasos sagrados y demas ornamentos, haciendo ludibrio de lo que antes practicaban, manifestando que habian obrado hasta entonces por coaccion y con violencia. En todas partes se cometieron atropellamientos y crueldades inauditas contra los cristianos y los sacerdotes en particular, atormentándolos de mil maneras, y dándoles en seguida la muerte que parecia debia serles mas amarga y dolorosa. La mayor parte de estos infelices se refugiaban en las iglesias y casas fuertes, de donde los hacian salir con promesas de perdonar sus vidas; mas inmediatamente caian víctimas del furor de los moriscos, sedientos de sangre y de venganza. Cuando los hombres se cansaban de saciar su saña en aquellos desgraciados, los entregaban al furor de las mujeres, que con sus agujas, sus tijeras y otros

instrumentos de la misma clase se cebaban en atormentarlos. La misma suerte tuvieron cuantos destacamentos cortos de fuerza armada, ignorantes de lo ocurrido, cayeron en sus manos. Sin duda los historiadores á que hemos aludido, como castellanos y católicos, habrán exagerado el cuadro; mas todo puede creerse de poblaciones bárbaras, impulsadas por su fanatismo que creian sacudir el yugo de sus opresores. Los mismos han dejado consignado que ninguno de cuantos cristianos tuvieron palabra de conservar sus vidas con tal que abrazasen la secta de Mahoma, quiso pasar por tan duras condiciones. Tambien esto se concibe y explica fácilmente.

Era pues la insurreccion séria con todos los caractéres de terrible. No ofrecia, pues, el aspecto de un pueblo que reclama la vindicacion de sus agravios, sino de unas gentes que rompian para siempre los vínculos que los unian con su rey, hollando sus leyes, y renunciando del modo mas violento al culto que se les habia prescrito. Para que no se dudase del carácter de la insurreccion, y lo que querian realmente los moriscos, no se contentaron con un caudillo, sino que quisieron tener un rey, alzándole con toda ceremonia y condecorándole con todas las insignias y carácter de monarca.

Se llamaba este nuevo rey de los moriscos don Fernando Valor, y se le creia descendiente de los Califas de Córdoba, de la familia de los Omeyas, que tanto poderío y esplendor habian desplegado en siglos anteriores. Los historiadores le pintan como un mozo de carácter violento y liviano, bastante desarreglado en sus costumbres. Era dueño de abundantes bienes, señor de una veinticuatría de Granada, y esto indica que pertenecia á una clase distinguida. Pero empeñado en mas gastos que sus facultades permitian, estaba preso por deudas en la cárcel de Granada, cuando se fraguaban los planes de alzamiento. En inteligencia con los jefes de la insurreccion, se fugó de la cárcel y escapó de la ciudad, casi al mismo tiempo que se alzaban los pueblos de las Alpu-

jarras. El dia 27 de diciembre llegó al pueblo de Benzar, donde le estaban aguardando sus parientes, y el dia siguiente, reunidos estos y los principales del pais, le alzaron por rey, levantando pendones con las ceremonias mas solemnes que supieron idear, y le saludaron con el nombre de Aben-Humeya, que manifestaba de un modo claro su ascendencia. No concurrió al acto Aben-Farax, y aun se dió por muy resentido, cuando aquel dia se presentó en Benzar de vuelta de su expedicion; mas se logró aplacarle, haciendo que el nuevo rey Aben-Humeya le nombrase su primer alguacil, nombre que entre ellos equivale al de teniente ó de segundo.

Tenia asi la insurreccion un jefe supremo, revestido con el título de rey; mas este rey, este jefe supremo, no se hallaba sin duda á la altura de su puesto. De una juventud disipada, sin haber tomado parte en el alzamiento mas que por despecho y lo embarazoso de sus circunstancias, sin tener mas títulos para su elevacion que la influencia de su familia, y la circunstancia casual de su prosapia, no estaba calculado para dirigir con acierto aquel movimiento que debia encontrar tan seria resistencia. Ademas de Aben-Humeya y el citado Aben-Farax, figuraba un tio del primero llamado don Fernando El-Zagüer, hombre diestro, sagaz, experimentado y muy rico, que no habia querido ser rey, contentándose con que lo fuese su sobrino. A excepcion de estas tres personas, ningun otro figuraba en primer término, ni se habia adquirido un nombre. La insurreccion fué obra de las masas resentidas por las ofensas que habian recibido, por las que les estaban aguardando. Mas la insurreccion, por terrible y unánime que fuese, no estaba suficientemente organizada; faltaba madurez de planes, de designios fijos; solo se obedecia á un sentimiento ciego, á un deseo de venganza, á estos odios de pueblo á pueblo, de secta á secta, que producen efectos instantáneos y terribles.

La falta de los moriscos del Albaycin que no se pronunciaron cuando los de la Alpujarra, fue un golpe muy

funesto para los alzados. Asegurada la capital del reino, libres en sus acciones las autoridades superiores del pais, tuvieron medios de adoptar todos las medidas necesarias para salir á sofocar la insurreccion que estaba fuera. Solo recibiendo los moriscos los socorros, en gente, en armas y en dinero, que de Berbería, y aun por parte de los turcos, aguardaban, pudieran haber hecho frente á los cristianos, ó á lo menos prolongar la contienda hasta que la fortuna se les pudiese mostrar algo favorable. Pero aislados, sin ningunas simpatías, entre los que no eran ni de su nacion ni de su secta, podian entregarse si se quiere á actos de desesperacion y de venganza, mas no luchar de igual á igual con sus numerosos adversarios. Sigamos el hilo de los acontecimientos.

Hemos visto que cuando el alzamiento de las Alpujarras, se hallaba todavía Aben-Humeya en la cárcel de Granada. Inmediatamente que fue alzado por rey, se trasladó á la sierra, donde hizo que se confirmase su eleccion, y tomó algunas providencias, entre ellas las de conferir cargos, nombrando á su tio don Fernando El-Zagüer, capitan general ó jefe de la guerra. Mas el monarca dejó pronto aquel pais, y se retiró á Cadiar, sin que le veamos dirigir en persona ninguna de las operaciones aisladas que entonces se emprendian.

Continuaban los moriscos alzándose sucesivamente en las diversas táas de todo aquel pais, hasta la tierra de Almería, cometiendo en todas partes los mismos desórdenes y excesos. Atacaron la torre de Orjiva, y no pudieron apoderarse de ella, por la tenaz resistencia de sus defensores. Tambien hicieron tentativas sobre la ciudad de Almería , que pensaron ganar por traicion y por sorpresa; mas fueron desbaratados sus planes, y Almería se mantuvo intacta. Ninguna de las ciudades grandes del pais tomó parte en aquella insurreccion. Málaga, Marvella y Ronda, no solamente resistieron á sus amenazas, sino que enviaron gente al campo para perseguirlos. Fué este otro de los grandes contratiempos del pronuncia-

miento; pues en estos pueblos encontraron grandes recursos para hacer la guerra, las principales autoridades de Granada.

Antes que estos jefes tomasen providencias sérias contra los insurreccionados, habian conseguido los moriscos algunas ventajas parciales contra partidas pequeñas armadas de cristianos que encontraron desapercibidos, ó les hicieron caer en los lazos que tan frecuentemente les armaban. Fué sorprendido en Tablate el capitan don Diego de Quesada, mandado por el marqués de Mondejar á dicho punto, con objeto de guarnecerle, para cuando él entrase en campaña, pues era el paso para trasladarse á la Alpujarra. Tambien mataron al capitan don Juan Zapata, con su gente, en el lugar de los Güajares. Por todas partes llevaban la ventaja que les daba el mayor número, pues la generalidad del pais era toda de su nacion y de su secta; mas un órden de cosas tan favorable para ellos, se acercaba ya á su término.

No estaban mientras tanto ociosas en Granada las autoridades, tanto civiles como militares. Fué su primera providencia asegurarse de los moriscos del Albaycin, á quienes con medidas rigorosas contuvieron en los límites de la obediencia. El marqués de Mondejar alistó gente y requirió auxilios de los principales pueblos del pais y de todos los demas de Andalucía. Una prueba de que anduvo diligente, y se hallaba penetrado de la gravedad de aquel negocio es que, habiendo comenzado la insurreccion el 24 de diciembre, salió el 3 de enero del año siguiente 1569, á la cabeza de 2000 infantes y 400 caballos, en busca de los revoltosos, dejando á su hijo el conde de Tendilla con el mando militar para atender á las cosas de la guerra, y enviarle á proporcion que llegasen los refuerzos que de varios puntos se aguardaban. (1)

(1) La fecha de la salida del marqués y el número de sus tropas, son las que asigna Mármol. Segun Hurtado de Mendoza, salió el dia 3 de febrero con solos 800 infantes y 200 de á caballo. No ol-

Acompañaban al marqués de Mondejar, su hijo don Francisco de Mendoza, don Alonso de Cárdenas su yerno, don Luis de Córdoba, don Alonso de Granada Venegas, don Juan de Villa-Roel y otros caballeros. Habia salido de Jaen al frente de la caballería don Pedro Ponce, y Valentin Quirós al de la infantería. Mandaba dos compañías de Antequera el corregidor de aquella ciudad Alvaro de Isla; y la gente de Loja, Juan de la Rivera, regidor; la de Alhama, Hernan Carrillo de Cuenca, y la de Alcalá la Real, Diego de Aranda. No ponemos todos los nombres de las personas de alguna nota que acompañaban al marqués; mas continuaremos en la idea de estampar en todas ocasiones el mayor número que sea posible y esté en armonía con la índole de nuestro escrito.

Como esta guerra de los moriscos de Granada se redujo á ataques de puestos fortificados, y correrías por sierras y parajes montañosos, no ofrece batallas campales, ni movimientos en que brille la estratégia. Las fuerzas de una y otra parte eran muy poco numerosas, y la gente que acompañaba al marqués no merecia el nombre de un ejército. Por la parte de los moros era suma la irregularidad y falta de organizacion, como se puede colegir de aquella gente pronunciada sin preparativos, y por llamaradas de resentimientos. Por esto y por la misma naturaleza de nuestra obra, que no puede descender á muchos pormenores, nos contentaremos con una reseña muy sucinta de los principales hechos de una contienda á todas luces tan funesta.

Pernoctó el marqués aquella noche en Padul, dos leguas cortas de Granada. En Durcal, á una legua de distancia de su posicion, se hallaba el capitan Lorenzo de Avi-

---

videmos que ambos historiadores eran contemporáneos, y pudieron ser testigos oculares de los hechos. El primero tenia un cargo en el ejército; el segundo se hallaba enlazado con el marqués por un parentesco muy estrecho. La discrepancia es de cuantía, y esto prueba con cuánta desconfianza se deben admitir muchos hechos que nos refieren las historias.

la, y el de igual clase Gonzalo de Alcántara, al frente este de cincuenta caballos, y el primero de un destacamento mas considerable de infantería. Trataron los moros de sorprenderlos aquella misma noche, interceptándolos de la gente de Mondejar, cuyo campo tambien era objeto de sus tentativas. Acometieron efectivamente á Durcal aquella misma noche, mas se hallaban los nuestros apercibidos, y lo mismo el marqués, que tuvo avisos por medio de un espía. Hubo tiros y escaramuzas efectivamente en las calles y plazas de Durcal, mientras una partida de los moriscos se acercaba al campo del marqués, con objeto de darle una embestida. Mas habiendo encontrado los primeros resistencia, y sintiéndose intimidados los segundos con la actitud que tomó el de Mondejar, se retiraron unos y otros aquella misma noche, temiendo ser atacados por la caballería. El marqués se trasladó al Durcal, donde se detuvo esperando refuerzos que se le iban reuniendo, con muy poca interrupcion, unos tras de otros.

Llegaron de Ubeda y Baeza, mandada la gente de la primera de estas dos ciudades por don Rodrigo de Vivero á la cabeza de trescientos infantes y ciento cincuenta caballos. Iban de Baeza novecientos ochenta infantes, divididos en cuatro compañías, y cuatro estandartes de treinta caballos cada uno. Eran los capitanes de esta tropa veinticuatros y regidores. Mandaban la infantería de Ubeda don Antonio Porcel, don Garci Fernandez Manrique y Francisco de Molina, y la caballería don Gil de Valencia y Francisco Vela de los Cobos. Eran capitanes de la infantería de Baeza Pedro Mejía de Benavides, Juan Ochoa de Navarrete, Antonio Flores de Benavides, y Baltasar de Aranda. Mandaban la caballería Juan de Carvajal, Rodrigo de Mendoza, Juan Galeote y Martin Noguera. Mas toda esta gente no acompañó la espedicion del marqués, pues volvieron á Granada las cuatro compañías de caballería de Baeza con objeto de guarnecer la ciudad, mientras llegaban nuevas tropas.

Comenzaron á conocer los moriscos el lance sério en que estaban empeñados. Sus hermanos de Granada estaban quedos: los de la Vega no osaban pronunciarse. La salida del marqués en busca suya, les anunciaba la alternativa de someterse, ó correr todos los lances de una guerra en que no podian llevar la mejor parte. Para tentar la primera via, estaban demasiado comprometidos por los excesos y atrocidades que habian acompañado el alzamiento. Para lo segundo, es decir, para seguir la guerra, se veian con pocos medios. Por una parte tenian encima al marqués de Mondejar; por la de Murcia, se aproximaba el de los Velez, de cuyos movimientos hablaremos luego. Sigamos por ahora los pasos de Mondejar.

Se movió éste de Durcal en direccion de Tablate, donde hemos dicho habia sido derrotado el capitan don Diego de Quesada, enviado allí por el marqués, como un punto muy importante para el paso de las Alpujarras. Le guardaban pues los moriscos con todos los medios que pudieron idear para estorbar la marcha del marqués. Mas éste se presentó en buen órden, y á pesar de haber los primeros desbaratado un puente, y tener otro medio roto con objeto de que las tropas al pasar por él se precipitasen á un profundo barranco donde estaba colocado, siguió adelante el marqués sin pérdida notable, habiendo desbaratado y puesto en huida á los moros, hasta Lanjaron, donde hizo alto aquella misma noche. Al dia siguiente pasó á socorrer la torre de Orjiva, sitiada y puesta en grande aprieto por los moriscos, hallándose ya sin víveres ni municiones, y próxima á rendirse.

Tan favorable se mostraba el semblante de las cosas, que el marqués de Mondejar no quiso que le mandasen mas refuerzos, por lo cual escribió al Asistente de Sevilla que no le enviase la gente de aquella ciudad, ni la de Gibraltar, Carmona, Utrera y Jeréz que se habian juntado para hacer dicha jornada.

Mientras tanto reunian los moriscos cuantas fuerzas

podian allegar para detener la marcha de Mondejar. Noticioso éste de que Aben-Humeya se queria hacer fuerte en la táa de Porqueira, se puso en esta direccion y ocupó el pais, á pesar de la resistencia tenaz que le opusieron. Forzó el marqués el puesto, sin que se atreviese Aben-Humeya á sostenerle. Pasó de allí á Pitres de Ferreyra, punto que tomó y defendió en seguida contra los moriscos que le acometieron de noche, causando algunas pérdidas á los nuestros cogidos de sorpresa. En seguida se trasladó al castillo de Jubiles, donde tambien consiguió derrotar á los moriscos que le opusieron resistencia.

Ocurrió en este punto un suceso lamentable. Dió el marqués el pueblo á saco, mas prohibiendo la matanza. Se recogió la gente, especialmente las mujeres, á la iglesia; mas no cabiendo toda, se salió una gran parte á una plazuela inmediata, donde pasaron la mayor parte de la noche. Acaeció en esto que un soldado trató de llevarse consigo una mora; y como esta opusiese resistencia, llamó la atencion de un jóven, que de mujer disfrazado la seguia, tal vez por deudo suyo ó por amante. Embistió el jóven al soldado con una almadara que llevaba debajo del vestido. Al ruido de la pelea que se trabó entre ambos acudieron otros, y fue esto bastante para que se esparciese entre los nuestros el rumor de que entre las moras se hallaban hombres armados vestidos de mujeres. No fué preciso mas para que acometiesen enfurecidos á la muchedumbre. La mortandad fué horrible, y solo tuvo fin cuando llegó la luz del dia.

Pasó el marqués desde Jubiles á Cadiar y á Ujijar, donde entró sin resistencia, habiendo registrado y apoderádose de varias cuevas y cavernas donde habian tomado asilo los moriscos. Todos quedaron cautivos en poder del de Mondejar.

Al punto de Ujijar se habia dirigido Aben Humeya con el designio de defenderle á toda costa, haciéndole base de sus operaciones militares. Varios amigos y allegados, entre ellos su suegro, le aconsejaron hacerlo asi;

representándole la importancia de Ujijar como punto fuerte, con la circunstancia de estar colocado en el centro de las Alpujarras. Mas otros deudos suyos le persuadieron que se retirase á Paterna, donde podia aguardar con mas ventaja á los cristianos. Andaban divididos á la sazon los moriscos sobre el partido que debian tomar en aquellas circunstancias. Los mas pacíficos y la gente de arraigo estaban penetrados de lo descabellado del alzamiento y de los terribles resultados que no podia menos de acarrearles. Los mas comprometidos, los principales instigadores de la empresa, los que mas se habian distinguido en las atrocidades de que fue acompañado el alzamiento, conocian que no habia para ellos ni perdon, ni avenencia de ninguna clase, y solo pensaban en los medios de llevar adelante á toda costa la contienda. De aquí la diversidad de pareceres entre los que rodeaban al nuevo rey Aben-Humeya. Los que aconsejaban la quedada en Ujijar, pasaban por aspirar á composicion con los cristianos, y realmente habian dado pasos al efecto. No fué pues difícil á sus contrarios mas feroces hacer creer á Aben-Humeya que los primeros le engañaban y trataban de venderle al enemigo. El rey en su furor hizo dar muerte á su suegro Miguel de Rojas, y á un cuñado suyo, repudiando á su mujer, para cortar cuantos lazos le podian unir á su familia. Tomó, pues, Aben-Humeya el camino de Paterna á la cabeza de sus tropas. Siguió sus huellas el marqués, mas no perdiendo de vista ciertos pasos y negociaciones que se habian entablado con Aben-Humeya á fin de reducirle á la obediencia. No parecia contrario este caudillo á entrar en términos de composicion: por lo menos asi se lo habia hecho creer al marqués una persona con quien estaba el morisco en relaciones. Seguia, pues, Mondejar las huellas de los enemigos, sin darse priesa á empeñar una batalla, aguardando el resultado de una carta que con su conocimiento acababa de escribir al rey morisco la persona con quien se entendia. Mas los arcabuceros que iban de vanguardia por

los dos lados de la sierra, se avanzaron demasiado y fueron causa de que se empeñase una accion con los moriscos, en que estos fueron derrotados. Creyéndose Aben-Humeya engañado por el marqués, se puso en salvo sin siquiera abrir la carta que acababan de entregarle, dejándola en el suelo, mientras que el segundo, confiando siempre en reducirle á la obediencia, no siguió el alcance de los vencidos, causando esto no pocas murmuraciones entre los soldados de su mismo campo.

Propendia el marqués de Mondejar á la blandura, y escogitaba cuantos medios le eran posibles para volver á los moriscos á la obediencia del rey, sin reducirlos á la desesperacion, que pudiera producir medidas de esterminio. Ya hemos visto que durante su residencia en la córte habia desaprobado la pragmática, orígen de aquellas turbulencias. Conocia la importancia de una gente activa y laboriosa como los moriscos, y daba oidos á cuantas proposiciones de acomodamiento le venian por parte de los sublevados. Activo en perseguir al enemigo, como los hechos lo atestiguan, no se mostró rigoroso en los castigos. Templó muchas veces el furor de sus soldados vencedores, y por eso fué objeto de murmuraciones por parte de su mismo ejército, donde se queria utilizar todo lo posible la victoria. Por otra parte, los moriscos que pensaban en pacificacion, veian desmentidos los sentimientos que se le atribuian al marqués con la conducta feroz y sanguinaria de los soldados que le acompañaban. Los *monfis* y demas instigadores de la insurreccion, se aprovechaban naturalmente de esta desconfianza de los moriscos inclinados á la paz, para tener siempre encendidas las teas de la guerra. Habia vencido el marqués á los moriscos en cuatro refriegas sucesivas.— Se habia apoderado de los principales puntos fuertes de las Alpujarras; entretenia esperanzas de pacificar el pais; creia muy próximo el momento de que se redujese á la obediencia; mas en Granada no se participaba de sus ilusiones. Se murmuraba allí mucho de su conducta en la

parte política, y muy pocos daban la lid por fenecida. El presidente Deza no era su amigo, y trataba de indisponerle hasta en la córte misma. Su hijo el conde de Tendilla trataba de salir con otra expedicion en busca de los enemigos; mas el marqués se opuso á esta medida, y hallándose en Ujijar de vuelta de la expedicion, trató de moverse hácia los Guajares, donde se habia encendido de nuevo la llama de la insurreccion; tan ansioso estaba de concluir por sí mismo aquella guerra, sobre todo de que tomase la menor parte posible en ella el marqués de Velez, cuya presencia en el pais le importunaba, y cuyos principios é ideas eran tambien diversas de las suyas. Tanto como Mondejar propendia á la indulgencia y á la consideracion, se inclinaba el otro á la dureza y á los malos tratamientos. Queria el primero conservar un pueblo útil sin reducirle á los términos de la desesperacion, mientras el otro no hablaba mas que de castigos y hasta de esterminio. De la cooperacion, pues, de dos jefes tan diversos que obraban independientes en una misma guerra, no podian menos de seguirse fatales consecuencias.

Hemos visto al marqués de los Velez, capitan general de Murcia y de Valencia, marchar sobre el reino de Granada cuando el principio de dichas turbulencias. Habia dado este paso á instancia y súplicas del presidente Deza, quien imploró sus auxilios, sea para oponer un rival al marqués de Mondejar, ó porque no confiase bastante en los esfuerzos y medidas de este último. Dió parte el presidente al rey de este paso con el de los Velez, y Felipe II aprobó la providencia, encargando al último la mayor actividad en sus operaciones.

Antes de llegar dicha órden del rey, y aun la súplica al marqués de los Velez por parte del presidente don Pedro Deza, habia tomado disposiciones militares cuando llegaron á su noticia los disturbios de Granada. Cumplíale, como capitan general de una provincia fronteriza, prepararse para en caso que llegase allí el incendio, y asimismo tomar una parte activa en el asunto, acudiendo

al castigo de los rebeldes por todos los medios que pudiese. De varios puntos del pais le llegaron tropas; de modo que cuando recibió la comunicacion se hallaba ya al frente de mas de cinco mil hombres de infantería, y una fuerza de caballos proporcionados á este número.

Habia reunido en su villa de Velez del Blanco quinientos infantes y trescientos caballos. Recibió de Lorca mil y quinientos hombres de á pié y ciento de á caballo, en muy buen órden, capitaneados por Juan Mateo de Guevara, Pedro Helises, Alonso del Castillo, Martin de Lorita y Luis Ponce. Le enviaron de Caravaca trescientos infantes y veinte caballos, mandados por Andrés de Mora, Fernando de Mora y Pedro Martinez: de Moratalla doscientos infantes y treinta caballos, á cargo de Juan Lopez: de Hellin ciento cincuenta infantes y quince caballos, capitaneados por Pablo Pinero: de Zhegui Francisco Fajardo con doscientos cincuenta infantes y veinte caballos: de Mula doscientos infantes al mando de Diego Melgarejo. Con esta gente escogida, por la mayor parte voluntaria, y la que sacó de otros pueblos, movió su campo el marqués el 5 de enero, es decir, casi al mismo tiempo que el de Mondejar salia de Granada en persecucion de los moriscos. Era la intencion del marqués de los Velez caer sobre Almería, que suponian en muy grande aprieto por parte de los moriscos; mas habiendo sabido en el camino la derrota de estos en Benahaduz, tomó la direccion del castillo de Xergal, y atravesando la sierra de Filabres, se estableció en el pueblo de Tabernas, donde se detuvo hasta el dia 13, mientras le llegaban la órden de S. M. y los refuerzos que en Murcia dejaba preparados.

Atribuyeron algunos esta precipitacion en el movimiento del marqués de los Velez, á su deseo de que le cogiese dicha órden ya dentro del territorio del reino de Granada, como sucedió en efecto. De este modo se vieron en aquel pais dos capitanes generales que obraban independientes, y cuyo modo de considerar aquella guer-

ra era tan diverso. De esta heterogeneidad no podian menos de seguirse grandes males. Sin embargo, la presencia del marqués de los Velez en el pais fué de grande utilidad, por el terror saludable que inspiró á los moriscos de las inmediaciones, próximos á imitar el ejemplo de los de la Alpujarra. Se movió el marqués de los Velez desde Tabernas, y pareciéndole ya inútil trasladarse á Almería, como el rey se lo habia prevenido, tomó la vuelta de Güecija, donde le esperaban los moriscos que fueron derrotados. De allí se movió á Filix, donde le esperaba un encuentro con los rebeldes que tambien trataban de disputarle el paso. Una circunstancia le proporcionó en aquel punto una victoria, que de otro modo no hubiese sido tan completa. Habiendo sabido en Almería don García de Villa Roel este movimiento del marqués, trató de ganarle por la mano, y con la gente que pudo allegar cayó sobre los moros, tomando la apariencia de ser la vanguardia del cuerpo del ejército que seguia sus huellas; mas los moros percibiendo el engaño salieron en busca de don García, quien intimidado al ver la muchedumbre de los enemigos, se retiró en direccion del campo del marqués, dándole parte de las buenas disposiciones que tomaban los moriscos, suponiendo que hubiesen recibido los refuerzos que esperaban de Africa. No titubeó sin embargo el de los Velez en acometerlos, y se movió con su campo, precediéndole la vanguardia acostumbrada. Creyendo los moros que era esta una nueva estratagema de Villa Roel, se hicieron firmes; lo que proporcionó al caudillo castellano la ventaja de derrotarlos, haciéndoles muchos muertos y cogiéndoles muchos prisioneros. Mencionamos esta circunstancia para hacer ver que en esta guerra, donde los caudillos obraban con independencia, se aspiraba á ganar lauros exclusivos con detrimento de la causa comun por la que estaba empeñada la contienda. Tambien es circunstancia digna de reparar, que los moros para hacer creer á Villa Roel que tenian mucha gente, formaron un escuadron de niños y mujeres

cubiertos con capas y trajes, que desde lejos parecian soldados. Igualmente hay que notar que en esta accion pelearon valerosamente algunas mujeres moriscas metiéndose por los caballos, arrojando piedras, y á falta de estas, echando polvo en los ojos de los castellanos. Se cogió un gran botin en la refriega, y esto le fué al marqués de mucho daño, pues muchos soldados cargados de despojos dejaron el campo y se volvieron á sus casas. Despues de algunos dias de permanencia en Filix, movió su campo hácia Andarax, y consiguió otra victoria de los moros que le esperaban en las sierras de Ohañez. Así habia conseguido sobre ellos tres victorias, haciéndoles muchos muertos y cogiéndoles un número mucho mas considerable de prisioneros. Mas el marqués de los Velez conocia muy bien que estas derrotas no ponian término á la guerra, y que en la fragosidad del pais y en lo encarnizado de la lucha, encontrarian obstáculos de mucha monta las armas castellanas, á pesar de que la fortuna se declaraba á su favor en casi todas las refriegas.

Mientras que el marqués permanecia en Filix, se movió de Almería D. Francisco de Córdoba sobre el castillo fuerte de Inox, situado en la sierra de este nombre, que tomó á viva fuerza, á pesar de la obstinada resistencia por parte de los moros. Fué la matanza grande, y el botin uno de los mas ricos que se habian hecho en el curso de toda aquella guerra.

Igualmente afortunado fué el marqués de Mondejar en su expedicion de las Guajaras, adonde se habia movido, como hemos dicho, desde Ujijar. La tierra es asperísima, y en el castillo del mismo nombre encontró el marqués tan grande resistencia, que á pesar de su carácter humano mandó pasar á cuchillo á cuantos moriscos se encontraron dentro. Desde allí se trasladó el marqués á Orjiba para terminar la reduccion de la Alpujarra. No hay que olvidar que se hacia la guerra en tierras ásperas y fragosísimas, en lo mas crudo y recio del invierno. La simple reseña de los hechos que vamos refiriendo, mani-

fiesta la grande actividad que desplegaba el de Mondejar. Mucho le aguijoneaba para terminar la lid la presencia del de los Velez en el territorio de su mando. Poseido siempre de su idea de reducir los alzados y no de destruirlos, publicó en la Alpujarra un bando prometiendo perdon y proteccion del rey á cuantos presentasen sus armas y banderas. Muchos lo ejecutaron, sin duda de carácter pacífico, y animados de buenas intenciones; pero otros muchos, y entre ellos los caudillos, sin duda desconfiaban de las promesas del marqués, ó viéndose demasiado comprometidos, se manifestaban resueltos á seguir la guerra. Aben-Humeya, que habia entrado en conferencias de acomodo, se manifestaba mas contrario que nunca á rendirse á merced del rey, pues otras capitulaciones no podia esperarlas. En los jefes reinaban desconfianzas y discordias, y nadie queria ser el primero en dar un paso tan aventurado. De Africa, donde tenian sus enviados, habian recibido algunos auxilios; y aunque hasta entonces en pequeño número, no perdian la esperanza de que las potencias berberiscas tomasen parte activa en la causa de sus hermanos en España.

Noticioso el marqués de Mondejar del punto donde se encontraban Aben-Humeya, El-Zagüer y varios personajes, envió una expedicion secreta con el objeto de prenderlos; mas aunque fueron sorprendidos, pudieron escaparse, dejando burlados á los que los creian ya seguros en sus manos. De este modo debió de perderse la esperanza de entrar en tratos y convenios con el rey de los moriscos y sus caudillos principales.

Visto lo inútil de esta tentativa, hizo otra el marqués de la misma especie y con igual objeto, enviando á los capitanes Alvaro Florez y Antonio de Avila á prender á Aben-Humeya y sus parciales, que estaban reunidos en el pueblo de Valor; y no habiéndolos encontrado allí, saquearon el pueblo, de cuyas resultas se alzaron los habitantes y mataron á cuanta gente acaudillaban los cristianos.

Con estos dos golpes dados tan en vago, se enconaron mas y mas Aben-Humeya y los caudillos que querian á toda costa la prolongacion de la contienda. Se hallaba por lo mismo muy lejos el marqués de satisfacer sus vivísimos deseos de ver pacificada la provincia. En la conducta de sus mismos soldados, codiciosos de botin, propensos á cometer todo género de excesos sobre los vencidos, encontraba asimismo obstáculos á sus designios. Muchos moriscos reducidos á la obediencia eran saqueados y maltratados violentamente, á pesar de su papel de salvaguardia por los castellanos. Los moriscos pacíficos tenian así sobrados motivos de recelo y desconfianza, mientras los partidarios de las hostilidades esplotaban con habilidad estos sentimientos que les eran favorables.

Mientras tanto los moriscos de Albaycin, que, como hemos dicho, malograron la ocasion de alzarse cuando fueron invitados para ello por Aben-Farax la noche del 25 de diciembre, experimentaban malos tratamientos por parte de las autoridades de Granada, y tuvieron motivos para arrepentirse de una inaccion que tuvo tanta influencia. El conde de Tendilla, encargado de los negocios de la guerra, hizo alojar en sus casas á las tropas que iban llegando poco á poco, sin hacer caso de sus representaciones, de sus quejas y de sus ofertas de surtirles de cuantos objetos para su acomodo fuesen necesarios. Las tropas alojadas no fueron parcas en abusar de su posicion, y los agravios que de ellos recibieron los moriscos, avivaron el fuego de su resentimiento. Mas se las habian con autoridades que tenian abundantes medios de oprimirlos, y se contentaban con hacer votos en secreto por la buena fortuna de sus compatriotas de las Alpujarras.

El encono de los cristianos contra los moriscos era una pasion nacional, aumentada por la diferencia de religion, y llevada á su mayor extremo por lo encarnizado de la lucha. Al principio de la insurreccion se habian puesto á muchos moriscos presos en las cárceles de la

Chancillería; unos que verdaderamente tenian delito para ello, y ótros en clase de rehenes que respondiesen de la conducta de los otros. Se esparció un dia en la ciudad la noticia de que venian los moriscos de afuera á libertar á sus hermanos de la cárcel; y sea que hubiese motivo para creerlo así, ó que fuese invencion de gente mal intencionada, se tomaron precauciones dentro de la cárcel, armando á los cristianos presos para evitar cualquier ataque á mano armada; mas esta que se adoptó como medida de precaucion, produjo el efecto de que viniesen á las manos unos contra otros los presos de la cárcel. Peleaban con armas los cristianos; los moriscos con piedras y ladrillos que arrancaban de las paredes de los calabozos. El resultado fue la muerte de estos últimos, que eran en número de ciento diez y siete, y la de cinco cristianos, que tambien tuvieron diez y siete heridos.

Tal era el aspecto que presentaba la insurreccion de los moriscos del reino de Granada. Habian sido derrotados en todos los encuentros y perdido todos los puntos fuertes, mas la lid no estaba concluida. No se pone con dos ó tres victorias término á una guerra cuyo teatro es áspero y fragoso como el de las Alpujarras; cuando no está vencido el ánimo de los combatientes; cuando hay caudillos ambiciosos resueltos á probar fortuna, resueltos á perder el todo por el todo, para quienes no queda ya esperanza ni de perdon, ni de avenencia. Estaban vencidos los moriscos, pero no domados. Por mucho que fuese el celo del marqués de Mondejar de traerlos á la obediencia, podian mas con ellos sus antiguos odios como nacion y como sectarios de otro culto. La rapacidad de los soldados cristianos, apagaba cuantos sentimientos podia haber en algunos en sentido de la pacificacion; y por estas causas reunidas estaba la guerra en víspera de ser encendida con mas furor que nunca. A esta mala situacion de cosas se agregaba la discordia entre las autoridades puestas por el rey; la variedad de pareceres sobre el valor de lo que se habia hecho, y las medidas que

en lo sucesivo debian de adoptarse. En la opinion del marqués de Mondejar, estaba la guerra casi concluida: para el de los Velez, no habia verdadera pacificacion en el pais sin la deportacion ó destruccion de todos los moriscos. Cada uno de los dos marqueses tenian en Granada su parcialidad, que defendia y acusaba segun el caudillo á quien pertenecia. Estaban penetrados todos los hombres imparciales de la falta grave que se cometia encomendando los negocios de la guerra y del pais á dos jefes de tan diverso carácter y modo de juzgar, que obraban del todo independientes. Para sujetar á entrambos á una autoridad comun, pareció á muchos un medio eficaz la ida del rey á Granada, pues era un asunto de bastante gravedad para hacer á lo menos muy útil su presencia. Asi se lo pidieron algunas personas de gran peso en Granada, y asi opinaron algunos miembros del Consejo. Mas Felipe II, tan activo y laborioso en su despacho, no era hombre que se ponia en movimiento fácilmente, y sobre todo tratándose de la agitacion y conflictos de una guerra. Repugnando, pues, al rey el viaje de Granada, le pareció un buen expediente enviar en su lugar á su hermano don Juan de Austria, que á la sazon se hallaba en su córte, recibiendo la educacion y rodeado del esplendor debido á su alto nacimiento.

CAPITULO XXXIII.

Continuacion del anterior.—Parte don Juan de Austria de Madrid.—Su entrada en Granada.—Toma las riendas del gobierno.—Sigue la guerra con sucesos varios.—Llama el rey á la córte al marqués de Mondejar.—Es asesinado Aben-Humeya por los suyos.--Alzan por nuevo rey á Aben-Abóo.--Sale don Juan de Austria de Granada á combatir á los moriscos.--Se retira el marqués de los Velez.--Se apodera don Juan de Galera, de Seron, de Tijola y de otros mas puntos.--Expedicion del duque de Sesa.--Tratan de someterse los moriscos.--Conferencias en el Fondon de Andarax.--Ceremonia de la sumision delante de don Juan.--Rompe el pacto Aben-Abóo.--Hace asesinar al Habaquí.--Es asesinado Aben-Abóo por los de su mayor confianza.--Entrada de su cadáver en Granada.--Fin de la guerra.

1569—1571.

Mostró Felipe II en la eleccion de don Juan de Austria, que tenia tacto y conocimiento de los hombres. Daba indicios don Juan, en medio de sus verdes años, de capacidad y de que con el tiempo se adquiriria un gran nombre. Al designarle el rey, manifestó por otra parte la sinceridad de los sentimientos con que le habia acogido y reconocido como hijo del emperador, y que no seria envidioso de la fama y nombradía que sin duda iba á adquirir, revestido de un cargo tan considerable. Partió, pues, don Juan, acompañado entre otros muchos de Luis Quijada, su antiguo ayo y guardador, hombre muy experimentado en asuntos militares. El 6 de abril de 1569 llegó á Granada, donde fué recibido por las autoridades militares y civiles con el aparato y solemnidad debidos á su alta clase y á las funciones de que iba revestido. Inmediatamente tomó la direccion suprema de todos los asuntos del pais; mas le estaba particularmente encargado por el rey, el no adoptar medida ni providencia alguna definitiva, sin que mediase la aprobacion por su Consejo.

El marqués de Mondejar, que se hallaba en Ujijar cuando le llegó la noticia del nombramiento de don Juan, permaneció algunos dias mas en aquel punto sin pasar adelante en sus operaciones. Cuando creyó próxima la llegada del príncipe á Granada, se trasladó á dicha ciudad, donde entró con toda pompa militar, precedido y seguido de gente armada, tanto de infantería como de á caballo. Excitó el aparato de esta entrada diversos sentimientos, pues ya dejamos insinuado que si tenia amigos y apasionados, no eran pocos los que le eran desafectos y censuraban sus operaciones.

No hay duda de que el marqués de Mondejar se condujo en esta guerra con actividad y energía; que siguió sin descanso ni tregua el alcance de los enemigos; que los derrotó en varios encuentros; que les tomó puntos fuertes donde hicieron grande resistencia. Obró sin disputa como general y como soldado en todas ocasiones. De sus opiniones políticas, de sus ardientes deseos de reducir el pais sin destruir ni deportar un pueblo que tenia por útil bajo muchas consideraciones, deponen todos sus pasos y medidas. A no encontrar oposicion en los ánimos de tantas personas influyentes de Granada, incluso el mismo presidente de la Chancillería; á no presentársele en el pais otro capitan general, que no solo obraba con independencia suya, sino que mostraba opiniones del todo diferentes; á tener mas fuerzas de que disponer, mas recursos con que sustentarlas y pagarlas; á no tener muchas veces precision de tolerar excesos y rapiñas que comprometian el plan de pacificacion, su idea favorita, tal vez hubiera tenido la gloria de poner término á una guerra tan asoladora. Mas, por las razones indicadas, fueron casi inútiles todos sus esfuerzos. La division de mandos, la discordia de pareceres, la incertidumbre y conflictos en que tan diversos informes ponian al Consejo de Felipe, hicieron cometer un gran número de faltas, que dieron aliento é inflamaron de nuevo el ánimo de los sublevados.

Penetrado Aben-Humeya de lo apurado de su posicion; dudoso siempre de poder venir á partido con los castellanos, por la enormidad de los excesos perpetrados; sabedor á no caberle duda de los lazos y asechanzas que por parte del marqués de Mondejar se les armaban, cobró nuevo ardor, y se resolvió á correr todos los azares de la guerra. Ya habia recibido algunas armas y refuerzos en hombres del Dey de Argel, y los esperaba hasta del Gran Turco. La falta de concierto y de recursos que notaba en sus contrarios, animaban mas y mas sus esperanzas. Los sentimientos de los pueblos de la Alpujarra, daban sobre todo gran pábulo á tantas ilusiones.

Vejado este pais en mil sentidos; viéndose objeto de malos tratamientos, de robos y rapiñas, á pesar de hallarse tantos pueblos reducidos á la obediencia del rey; penetrados de la inutilidad de su salvo conducto contra soldados sedientos de botin, volvieron á dar oidos á sus antiguos odios, y se alzaron de nuevo, abandonándose á los mismos excesos que habian señalado su primer pronunciamiento. Con la salida del marqués de Mondejar del pais, no quedaron en él mas tropas que las guarniciones de algunos puntos fuertes y otras que cubrian algunos pasos de importancia. Aben-Humeya le recorrió todo, rodeado de la pompa y aparato posible para dar realce á su régia dignidad; organizó los armados; atendió en cuanto lo permitian sus fuerzas á todas las cosas de la guerra; dirigió alocuciones que inflamaron su entusiasmo, y dividió el pais en mandos militares á cargo de los jefes de mas consideracion por sus servicios é influencia en las clases inferiores, conservando siempre á su lado á su tio don Fernando El-Zagüer, como su privado consejero. Mas el famoso Farax-Aben-Farax, que fué uno de los principales instigadores de la guerra, no tuvo mando alguno por hallarse huido del rey morisco, cuyo resentimiento habia provocado. Mientras tanto le llegaban recursos de Africa, y cada dia veia engrosarse mas las filas de su ejército.

No pudo menos de penetrarse don Juan de Austria, á pesar de su inexperiencia y pocos años, de lo grave del asunto que le estaba encomendado. Inmediatamente que llegó á Granada tomó disposiciones, comenzando á desplegar la actividad que le distinguió en todo el curso de su vida. Le habia mandado el rey tropas de refuerzo, que si no eran las suficientes, prometian un impulso eficaz á las operaciones de la guerra. Las organizó don Juan del mejor modo que le fué posible: allegó víveres, municiones y cuantos recursos eran necesarios, y distribuyó igualmente el pais entre varios jefes militares. La naturaleza de su comision no le permitia entrar en campaña en persona, y sí solo dirigir en grande las operaciones de los dos marqueses.

En el consejo que reunió en seguida para tratar del estado del pais, tanto en lo militar como en lo político, hubo diversidad de pareceres. Insistió el marqués de Mondejar en su idea favorita de reducir el pais y tentar todos los medios de volver á la obediencia un pueblo tan útil, por su industria y su laboriosidad, al rey de España. Opinaron otros, y entre ellos el presidente Deza, por su deportacion é internacion en otras provincias del Reino, pues solo de este modo podian dejar de ser enemigos encarnizados y peligrosos del gobierno. Tambien insistió en la necesidad de expulsar de Granada á los moriscos del Albaycin y de la Vega, proyecto á que pareció inclinarse don Juan y lo mismo Luis Quijada.

Mientras tanto se alzaron los pueblos de Peza, Cuentar, Dudar y Güezar, todos fuera de las Alpujarras, hácia el rio de Almería.

Se pronunció asimismo la sierra de Bentomiz, donde se contaban veinte y dos lugares. Pusieron sitio los alzados al castillo de Canilles de Aceituno, que hubiera caido en su poder, á no ser socorrido por Arévalo de Zuazo, corregidor de Velez, que acudió á tiempo con tropas que sacó de dicho punto. Mas este corregidor no pudo hacerse dueño del peñon de Frigiliana, situado cerca de la costa del mar, de que se apoderaron y se hicie-

ron fuertes los habitantes de Competa, otro pueblo de la misma sierra. Para no interrumpir el hilo de los acontecimientos, aunque no guardemos el órden cronológico, diremos que este peñon fué expugnado por tropas que acababan de llegar de la costa de Nápoles, conducidas por don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, segun órdenes que para ello le habia dado el rey de España.

Acudió á dicho jefe el corregidor de Velez, pidiendo auxilios y su cooperacion contra el peñon de Frigiliana. Accedió el comendador; mas como no queria moverse sin estar autorizado para ello por don Juan, le expidió con toda diligencia un mensajero, quien le trajo su consentimiento.

Desembarcó el comendador mayor sus tropas, deseosas de pelea. Eran dos mil soldados de infantería, procedentes todos de Italia, y ademas cuatrocientos hombres de la tripulacion de las galeras. Se componia esta gente de doce compañías de soldados viejos, diez del tercio de Nápoles, una del Piamonte y otra de Lombardía. Eran los capitanes del tercio de Nápoles el maestre de campo don Pedro de Padilla, don Alonso de Luzon, Pedro Bermudez de Santis, Ruy Franco de Butron, Pedro Ramirez de Arellano, Antonio Juarez, el capitan Martinez, Alonso Beltran de la Peña, el marqués de Espejo, y el capitan Orejon. Mandaba la compañía del Piamonte don Luis Gaitan. En la tropa de Arévalo se hallaban de capitanes Hernan Duarte de Barrientos, don Pedro de Coalla, Gomez Vazquez, Luis de Baldivia, el jurado Pedro de Villalobos, Antonio Perez, Márcos de la Barrera y Francisco de Villalobos: estando á cargo de Luis Paz el mando de la caballería. A este número agregó el corregidor Zuazo el de mil y quinientos que capitaneaba, con cuyas fuerzas reunidas, se pasó á la expugnacion del fuerte.

Se emprendió ésta con tres columnas, que atacaron con denuedo por diversos puntos; la una por la loma

de los Pinillos, mandada por don Pedro de Padilla: la segunda por la de Frigiliana, al cargo de don Juan de Cárdenas, y la tercera por otra loma en medio de las dos, al de don Martin de Padilla. Lo escarpado del camino dió grandes ventajas á los moros, que hacian perder el pié y precipitarse por aquellos despeñaderos, á los asaltadores; mas era mucho el ardimiento de éstos, sobre todo los soldados de Italia, deseosos de pelear con los moriscos. Se mostró al principio la jornada favorable á ástos, habiendo sido los nuestros por todas partes repelidos. Al fin tomaron parte de ellos la resolucion de atacar por lo mas escarpado de la peña, llamada la Conca, y sobre la que por esta misma circunstancia, no estaban los moriscos con cuidado alguno. Con gran trabajo, y trepando por las escabrosidades de la roca, pudieron llegar á lo mas alto del fuerte, donde tremolaron una bandera, que infundió nuevo aliento á los otros que subian, llenando al mismo tiempo de terror á los moriscos. Fué desde entonces decisiva la victoria, y los nuestros ganaron el fuerte, haciendo gran matanza en los vencidos. Murieron de estos dos mil, y entre hombres, mujeres y niños, quedaron mas de tres mil en poder de los cristianos. Hubo mujeres moriscas que pelearon con gran denuedo; otras, que viendo las cosas perdidas, se precipitaron con sus hijos de lo alto de la peña: el botin fué inmenso; mas los nuestros no compraron barata la victoria, habiendo tenido cuatrocientos muertos y ochocientos heridos, número de mucha consideracion, si se atiende á lo escaso de la fuerza.

Mientras tanto el marqués de los Velez, aunque supo á su debido tiempo la venida de don Juan, evitó ponerse con él en relaciones, puesto que no habia recibido sobre el particular órdenes ni provision alguna de la córte. Viendo que habia sido la Alpujarra desocupada por el de Mondejar, trató de ocuparla con sus tropas; mas don Juan que lo supo, le envió órdenes de que no pasase adelante del punto donde le encontrase el mensa-

jero, haciéndole ver que era mucho mas necesaria su presencia en los que antes ocupaba. Todo esto manifiesta poca inteligencia y armonía entre los diversos jefes, y que el rey don Felipe, al enviar á su hermano á Granada, no habia pensado ó estaba todavía irresoluto sobre las relaciones que habian de existir entre don Juan y el de los Velez.

No fue éste feliz en su designio de construir un fuerte en Ravaha, para asegurar comunicaciones importantes entre varias partes de la sierra. Sea que no pudiese proteger la obra, habiendo tenido que alejarse de la Alpujarra; sea que no hubiese enviado bastantes fuerzas para ella, fueron los trabajos destruidos por los moros. Se retiró el marqués á Verja, y despues de haber permanecido allí algunos dias, tuvo la noticia de que iba á ser atacado en sus posiciones por el mismo Aben-Humeya.

Con los muchos refuerzos que habia recibido éste de Berbería, se hallaba á la cabeza de nada menos que de diez mil hombres, cuando concibió el proyecto ya indicado. Tuvo avisos seguros el marqués de los Velez del movimiento del rey de los moriscos, y anduvo dudoso sobre si le esperaria ó si trasladaria á otro punto el campo; mas prevaleció el primer pensamiento, tomando todas las precauciones para que no le cogiesen desprevenido.

Pensaba sorprenderle Aben-Humeya, y le atacó de noche al frente de sus tropas. Muy pronto conoció á su llegada á Verja, que el marqués se hallaba sobre aviso. Atacó sin embargo con denuedo, haciendo sus tropas mucho ruido y algazara, y como eran superiores en número, llevaron desde un principio lo mejor del lance. Hubo momentos en que los nuestros se vieron arrollados y en desórden, mas el marqués de los Velez tuvo serenidad para acudir á todas partes, dejando un cuerpo de reserva con objeto de atender á donde fuese mas preciso. Pudo mas el valor y disciplina de los nuestros, que el número é ímpetu de los de Aben-Humeya, quienes

acosados, sobre todo por la caballería, se retiraron con precipitacion, sufriendo la pérdida de mas de mil y quinientos hombres, mucho bagaje, y diez banderas.

No se desanimó Aben-Humeya con este contratiempo, y continuó con mas ardor que nunca la obra de los pronunciamientos. A los pueblos de la sierra de Bentomiz siguieron los del rio de Almanzora. En aquel pais pusieron sitio á dos castillos; al de Tahalí, que fue tomado desde un principio, y al de Seron, que opuso mas séria resistencia. Ocurrió con este motivo una circunstancia digna de atencion, y que indicamos, para hacer ver que no siempre en esta guerra influian el tino y la prudencia. Noticioso don Juan del aprieto de Seron, envió órden á Luis Carvajal, natural de Jodar, para que con la gente que pudiese allegar, marchase á socorrerle. Se puso Carvajal en marcha, y mientras tanto recibió don Juan comunicacion del marqués de los Velez, que tenia órden del rey para socorrer al castillo del modo que pudiese. No atreviéndose don Juan á obrar contra esta provision del rey, envió órden á Carvajal, que estaba ya cerca del castillo de Seron, para que retrocediese á su villa; lo que realizó en efecto. Mientras tanto el socorro que mandó posteriormente el de los Velez en auxilio de Seron, fue puesto en derrota por los moros, lo que apresuró la toma del castillo. Se vé aquí, que don Juan no tenia de hecho la direccion suprema de las cosas de la guerra, pues el marqués se entendia directamente con la córte; que en éste obró mas el deseo de aumentar su propia honra, que el del buen servicio del monarca, y que don Juan obró con demasiada prudencia, ó por mejor decir, con gran falta de resolucion, suspendiendo un movimiento, que cualquiera que fuesen las resoluciones del rey, no podia menos de ser muy provechoso.

Mientras se realizaban estas expediciones, presentaba Granada un espectáculo, que solo podia tener lugar en una guerra de género tan desastroso. Hemos dicho ya los pareceres que habia en el Consejo, de que solo haciendo

internar á los moros del Albaycin y de la Vega en las demas provincias de Andalucía, podian estar la ciudad y sus alrededores libres de sus asechanzas, y perder la ilusion los moriscos sublevados, de alzarse de una vez con todo el reino. Fué aprobado este pensamiento por el rey de España, y don Juan de Austria recibió órdenes de llevarlo á efecto. Por junio de 1569 se publicó un pregon en Granada, para que se recogiesen á las iglesias de sus parroquias respectivas todos los moriscos que habitaban en el Albaycin y demas barrios de Granada. Desarmados de antemano los moriscos, obedecieron la órden, temerosos de que iban todos á ser sacrificados; mas el presidente, y sobre todo don Juan de Austria, los tranquilizó en esta parte, dándoles palabra de honor de que se respetarian sus vidas. Despues que los tuvieron recogidos en las iglesias, los condujeron por las calles con todas las precauciones de seguridad, los encerraron en un grande hospital que se halla extramuros de Granada, y de allí los fueron internando segun las órdenes del rey, distribuyéndolos en varios pueblos, cuyo vecindario era todo de cristianos. Concibe bien la imaginacion lo angustioso de la escena que debió de ofrecer un pueblo entero, arrancado con violencia de sus hogares, de los regalos de sus casas, de las comodidades de una holgada situacion doméstica, para trasportarlos á paises extraños, donde los aguardaban el desprecio y la miseria. Los historiadores de esta guerra á que nos hemos referido, pintan este suceso con colores lamentables; y no pudieron menos de pagar un tributo á la miseria de los expelidos, á pesar de no ser ni de su nacion ni de su secta. De todos modos, manifiesta bien este suceso el grado de encono á que habia llegado aquella guerra, y la intolerancia politica y religiosa de la época.

La uniformidad del movimiento á que dió lugar esta contienda, y la naturaleza de nuestro escrito, no nos ha permitido hasta ahora referirlos minuciosamente. La misma conducta observaremos en lo sucesivo. Creemos

que basta lo poco que hemos dicho, para hacer ver que fue esta una guerra de correrías, de ataques y defensas de puntos fuertes, en que las ventajas del valor y la disciplina estaban por nuestra parte, y por la de los moriscos la superioridad del número, el mayor conocimiento del terreno, y la popularidad de la contienda. No merecian nuestras tropas el nombre de ejército por su poco número; mucho menos las de los moriscos, por su mala organizacion é irregularidad de todas sus operaciones. Se resentian las nuestras de la falta de una cabeza principal, y de un centro de accion, de las rivalidades de los jefes, sobre todo, de la diferencia de miras y opiniones, que á unos y otros animaban. No era el jefe principal don Juan, á pesar de lo ámplio de la comision que le habia sido dada por el rey: tampoco lo era el marqués de los Velez, á pesar de recibir órdenes directas de la córte, por lo mismo que no podia darlas él á don Juan de Austria, y tomar por sí mismo medidas conducentes á las operaciones de la guerra. Ya veremos en lo sucesivo, cómo se reparó este error; sigamos ahora de un modo rápido y conciso las operaciones.

Por una parte don Juan de Austria, al saber la toma del castillo de Seron por los moriscos, y que se habia alzado contra el rey todo el pais del rio de Almanzora, envió refuerzos á los pueblos de Velez el Blanco y de Oria, donde estaban las hijas del marqués de los Velez, muy en peligro de ser presa de los moros. Por otra, Aben-Humeya, ya seguro del pais del rio de Almanzora, que acababa de alzarse en favor suyo, juntó su campo en Andarax, para caer sobre Almería; mas don García de Villa Roel, que lo supo, le salió al encuentro, y frustró sus designios derrotándole en las inmediaciones de Güecija. Al mismo tiempo hacia una expedicion el capitan don Antonio de Luna en el valle de Lecrin, donde sufrió una derrota, habiendo muerto entre otros, un valiente capitan llamado Céspedes.

Dejamos al marqués de los Velez victorioso en el

ataque que le habian dado los enemigos mandados por el mismo Aben-Humeya en Verja, donde á la sazon se hallaba. Desde entonces se habia retirado á Adra, donde permanecia inactivo por falta de refuerzos y de víveres. Se trató en el consejo del rey, de que emprendiese de nuevo sus operaciones ofensivas, y para ello se mandó reforzar su campo con todas las tropas recien llegadas de Italia, mandadas por el comendador mayor de Castilla, y todas las demas que pudieron allegársele. Los proveedores del rey en Granada tuvieron órdenes de surtirle de víveres, y poner almacenes en todos los puntos fuertes que ocupábamos de la Alpujarra. Al marqués de los Velez se le dió órden de que se trasladase á este pais, y le allanase, como el teatro principal y asiento de la insurreccion armada. Se movió en efecto el marqués de Adra, y tomó el camino de las Alpujarras. Le salieron los moriscos al encuentro, mas fueron derrotados, y el marqués llegó sin ninguna otra novedad á Ujijar. Allí supo que Aben-Humeya se habia retirado con el grueso de su gente á Valor, y no dudó en ir á buscarle, seguro de vencerle con tal que le esperase. Púsose en efecto en marcha con direccion al pueblo de Valor, y dió sobre los moriscos, que estaban formados por bajo del pueblo. Recorria las filas Aben-Humeya vestido y armado con toda pompa oriental, exhortando á los suyos á que peleasen con denuedo. Mas á pesar del entusiasmo que excitó su presencia en el ánimo de los suyos, no resistieron el encuentro del marqués, y fueron derrotados. Aben-Humeya, no pudiendo contener á los que huian, se salvó como pudo por aquellas asperezas, desjarretando los caballos cansados, haciendo ahorcar al alcaide de Seron, y otros cautivos cristianos que llevaba.

No desmayó sin embargo este caudillo; tal era su confianza en la naturaleza de aquellas asperezas; en la popularidad de la contienda, en el odio inveterado que los moriscos profesaban á los castellanos, y sobre todo, en los refuerzos que esperaba y le tenian prometidos de

Africa. Para acelerar su envio, pasó á Berbería un confidente de Aben Humeya llamado Hernando el Habaquí, quien habiendo tenido buen recibimiento en Argel, regresó muy pronto con cuatrocientos escopeteros, mandados por un oficial turco, y acompañados de una porcion de mercaderes con armas y municiones para venderlas á los moriscos.

Fué este refuerzo de mucha importancia, sobre todo despues de su derrota en Valor, al rey de los andaluces, pues con este título era llamado Aben-Humeya; mas se acercaba el fin de este caudillo, acompañado de circunstancias, que por su singularidad no podemos menos de referir, aunque de un modo compendioso.

Era Aben-Hmeya cruel, violento en sus resoluciones, poco político y detenido en los actos de venganza, á que frecuentemente se entregaba.—El asesinato de su suegro Miguel de Rojas, le enajenó los ánimos de muchos de sus parientes mismos. No eran pocos los que andaban recelosos de igual atentado, y sobre todo, que desconfiaban de él, por los tratos secretos con los cristianos, de que se le acusaba. Era por otra parte Aben-Humeya hombre muy vicioso, desarreglado en sus costumbres; y de la facultad concedida por la ley de Mahoma, para tener muchas mujeres, usaba con sobrada destemplanza. Sucedió, que uno de sus oficiales llamado Diego Alguacil, habia recogido una mora prima suya, que acababa de enviudar, y con quien trataba de casarse. Prendado de su hermosura Aben-Humeya, se la arrebató violentamente, cosa que ofendió é irritó sobremanera á Diego, y aun á la misma mora, reducida por la fuerza á componer parte de las mujeres del monarca. Por esta mora, con quien permanecia Diego en relaciones, sabia éste todos los pasos de Aben-Humeya, y así vino á ser el instrumento de su pérdida. Escribió Aben-Humeya á otro de sus oficiales llamado Diego Lopez Aben-Abóo, que condujese á los turcos recien llegados de Argel á una expedicion, para la que le auxiliaria Diego Alguacil con dos-

cientos caballos que mandaba. Interceptó éste la carta de que tenia conocimiento por su prima, y contrahaciendo la letra y la firma, hizo escribir otra en que se ordenaba á Diego Lopez dar muerte á los turcos, en lo que le ayudaria Diego Alguacil con la tropa referida. Se quedó sorprendido y atónito Aben-Abóo á la lectura de la órden; mas no dudó de su autenticidad, con la llegada al mismo tiempo de Diego Alguacil con sus doscientos hombres. Tal vez era participe en la trama; mas de todos modos, declaró en alta voz, que por ningun motivo seria ejecutor de una órden tan sangrienta, de que hizo sabedores á los mismos turcos, leyéndoles la carta. Enfurecidos éstos, y ardiendo todos en deseos de venganza, se dirigieron á Laujar, residencia entonces del rey, á donde llegaron á media noche, cuando estaba Aben-Humeya sepultado en un profundo sueño. Les fué pues fácil rodear su casa, penetrar por ella, y saquearla sin que Aben-Humeya pudiese hacer ninguna resistencia. Se dice que la mora susodicha con quien estaba en la cama, se abrazó con él, impidiendo que hiciese resistencia, dando tiempo á los que venian á prenderle. Segun otros, no lo fué en la cama, y sí á la puerta de su misma casa, con una ballesta armada, en compañía de otros dos; mas de todos modos, no habiendo hecho resistencia los soldados del lugar ni los que le guardaban la casa, quedó maniatado en poder de sus enemigos, que tardaron poco en darle muerte, estrangulándole por medio de un cordel que le echaron al cuello, y del que tiraron dos hombres con violencia. Se dice que Aben-Humeya manifestó que no habia llevado otro objeto en su alzamiento, que vengarse de sus enemigos que le habian atropellado y puéstole lo mismo que á su padre en una cárcel pública; que moria satisfecho y vengado y con gusto de que le sucediese Aben-Abóo, pues iba á tener su misma suerte; y que á pesar de todas las apariencias, habia vivido siempre y terminaba sus dias en la fé cristiana.

Tal fué el fin trágico del que se titulaba rey de los

andaluces; del descendiente de los antiguos reyes de Córdoba, cuyo nombre famoso es mas debido á las circunstancias que concurrieron á su elevacion, que á su propio mérito. No se necesitaba poco valor para atreverse á ser denominado rey en presencia del poderoso de la España. Mas no hay duda de que los moriscos, en la obcecacion de su odio contra los cristianos, contaban con recursos de Africa, y aun de Turquía, bastante poderosos para restaurar bajo su pié antiguo el reino moro de Granada. Es probable que participase de este error Aben-Humeya; tambien lo es que se hubiese decidido á representar tan gran papel, instigado tan solo por sus resentimientos personales. De que era valiente y arrojado, dió bastantes pruebas, pero muy pocas de habilidad y de prudencia. No se mostró á la altura de su nueva situacion, é hizo ver que consideraba su alta dignidad como un medio de dar fácil pábulo á sus apetitos y pasiones. No fué sentida su muerte por los suyos, y á los cristianos aprovechó de poco, pues tuvo por sucesor un hombre que no le era inferior, ni en audacia ni en arrojo. Fué éste Aben Abóo, que tomó el nombre de Muley-Abdalla y el título de rey de los andaluces, aunque en clase de interino, mientras le venia la confirmacion del Dey de Argel, que no se hizo aguardar mucho. Se celebraron en la elevacion de Aben-Abóo las mismas ceremonias que en las de Aben-Humeya.

El nuevo rey, despues de haber puesto en órden las cosas de la Alpujarra, reunió sus tropas y las condujo á las torres de Orgiba, que atacó con grande ímpetu, subiendo por dos veces al asalto. Tenian ya en el último plantadas dos banderas sus soldados sobre el muro; mas se rehicieron los cristianos y los repelieron, no sin gran matanza por entrambas partes. Quedó el castillo por los nuestros, pero cercado por los moros, que le tenian en muy grande aprieto. Sabedor del suceso don Juan de Austria, envió al duque de Sesa á socorrer al fuerte. Levantó el sitio Aben-Abóo, y le salió al encuentro, habien-

do avisado de antemano á varias tropas suyas para que viniesen en su auxilio, atajando los pasos del duque, interceptándole los víveres. No fué favorable el encuentro á nuestras armas, á pesar de que pelearon los castellanos con denuedo; pero viéndose inferior en fuerzas, y muy poco favorecido del terreno, tuvo que replegarse el duque de Sesa, volviéndose al sitio del fuerte de Orgiba, el rey de los moriscos. Viendo el gobernador que habian pasado ya los dias en que se le tenia ofrecido un socorro de los suyos, abandonó el fuerte, dirigiéndose con su guarnicion á Motril, evitando así quedar en manos de los enemigos.

En este tiempo se alzó la villa de Galera, y habiendo salido los vecinos de Güescar á libertar á los cristianos de aquella poblacion, refugiados en la iglesia, fueron derrotados por los moros, de cuya resulta trataron á su vuelta á Güescar, de matar á todos los moriscos de aquel vecindario. Así lo llevaron á efecto, llegando á poner fuego en las casas donde estaban encerrados; rasgo de barbarie que hace ver el grado de encarnizamiento á que habia llegado aquella guerra.

Cada vez se presentaba mas difícil la reduccion de los moriscos de Granada. Carecian los castellanos de víveres, por la dificultad de conducirlos en medio de aquellas asperezas, y sus fuerzas eran muy escasas para ocupar el pais y acudir á un tiempo á todas partes. En rigor, no tenian mas terreno que el que pisaban, y algunos puntos fuertes que se podian guarnecer de un modo estable. El marqués de los Velez, despues de algunas correrías, se habia establecido en el fuerte de Calahorra, y su detencion en aquel punto era objeto de grandes murmuraciones en Granada. Permanecia el marqués de Mondejar en sus antiguos sentimientos acerca del modo de terminar aquella lucha. Sabedor el rey de la divergencia de opiniones, llamó al marqués á la córte por medio de una carta que copiamos á continuacion; pues dá alguna idea del carácter del rey, dispuesto siempre, en

medio de su severidad, á guardar consideraciones, aun hácia los que habian incurrido en su desgracia. Decia así:

«Marqués de Mondejar, primo nuestro, capitan ge»neral del reino de Granada. Porque queremos tener re»lacion del estado en que al presente están las cosas de »ese reino, y lo que converná proveer para el remedio de »ellas, os encargamos, que en recibiendo esta, os pongais »en camino y vengais luego á nuestra córte, para infor»marnos de lo que está dicho, como persona que tiene »tanta noticia de ellas: que en ello y en que lo hagais con »toda la brevedad, nos ternemos por muy servidos. Da»da en Madrid á 3 de setiembre de 1569.»

Fué el marqués de Mondejar bien recibido en la córte, y tratado con gran consideracion, aunque aparente; pues no se dudaba de que habia incurrido en el desagrado del monarca. No volvió mas á Granada, mas el rey, que conocia su mérito, le nombró de virey en Valencia, y á poco tiempo despues con el mismo cargo á Nápoles.

Don Juan de Austria, en la flor entonces de su juventud, deseoso de fama, y penetrado por otra parte de lo desgraciadamente que iban los asuntos de la guerra, representó al rey lo mal que estaba á su buen nombre permanecer ocioso en Granada, mientras duraba una contienda tan reñida, sin trazas de acabarse, y cuya llama podia muy bien pasar á los reinos confinantes de Murcia y de Valencia. En razon de la necesidad de darle fin cuanto mas antes, suplicaba á S. M. que le permitiese salir á campaña, donde emplearia todos sus esfuerzos para servir bien á su rey, y no desmentir la sangre ilustre de que descendia. Debieron de hacer fuerza estas razones en el ánimo del rey cuando accedió á las súplicas de don Juan, mandando que se hiciesen dos campos, uno á cargo de don Juan, sobre el rio de Almanzora y la provincia de Almería, donde mandaba el marqués de los Velez, y otro sobre Granada y la Alpujarra, que debia de estar á las órdenes del duque de Sesa. Queda-

ba pues por esta providencia, bajo el mando de don Juan de Austria, el marqués de los Velez, que hasta entonces habia recibido órdenes directamente de la córte y obraba casi independiente del primero: prueba de lo poco satisfecho que á la sazon estaba el rey de su comportamiento.

Se hicieron con este motivo nuevos aprestos de hombres, de caballos, de víveres, de municiones y demas material de guerra. Agradó mucho en el ejército la noticia de la salida de don Juan, quien la verificó al momento que acabó de tomar las disposiciones, que eran consiguientes á su ausencia. A su campo acudieron mucha gente voluntaria, que hasta entonces no habian tomado parte en la contienda, y los que pronosticaban su mal éxito, por el desconcierto de sus operaciones, concibieron sobre ella las mejores esperanzas.

Antes de moverse don Juan en direccion de Guadix y Baza, como se le tenia mandado, resolvió proceder á la expugnacion del punto fuerte de Güejar, á pocas leguas de Granada, para quitarse un estorbo que le podria embarazar en sus operaciones ulteriores. Dividió su fuerza, que ascendia acerca de diez mil hombres, en dos trozos, encargándose él del mando del uno, quedando el otro bajo la direccion del duque de Sesa. Cada una de las dos divisiones se encaminó hácia Güejar por distintos rumbos, moviéndose la del duque por el camino mas corto, y dando un rodeo la de don Juan, para cortar la retirada á los moriscos. Quedó el punto fuerte en poder de los cristianos, despues de una corta resistencia, y don Juan regresó inmediatamente á Granada, para concluir sus preparativos de campaña.

Salió don Juan de Granada á últimos de diciembre de 1569, dejando encomendado el mando de la ciudad y su distrito al duque de Sesa con la mitad de la gente, para moverse en la direccion que pareciese conveniente, segun lo que deparase á don Juan la suerte de las armas. Estaba Granada tranquila y sin temores de insur-

reccion, habiendo sido expelidos de sus muros los moriscos, como ya llevamos dicho. No daba la vega indicios de moverse, intimidada sin duda con la suerte que habia cabido á los del Albaycin, hallándose por otra parte aislada de los puntos de los pronunciamientos. Quedaba pues la insurreccion circunscripta á la sierra de las Alpujarras, los rios de Almanzora y Almería; mas se hallaba á tal punto de encendimiento y exacerbacion, que se necesitaba de la mayor energía, y un tino consumado para darle término.

Se dirigió á Guadix; de allí pasó á Baza, con objeto de emprender cuanto mas antes el sitio del punto fuerte de Galera, ya comenzado por el marqués de los Velez, mas llevado adelante con poca energía, sea por falta de gente, sea porque noticioso de la venida de don Juan, repugnase ser instrumento de su fama. Temia éste que el primero levantase el cerco con su aproximacion, y así sucedió en efecto, con gran peligro de nuestra gente, quedando libres de hacer sus correrías los moros de Galera. ¡A tal punto habia lastimado al marqués de los Velez la idea de servir á las órdenes de don Juan de Austria! En vano trató éste de tranquilizarle, halagando su amor propio con las protestas mas afectuosas de deferir en un todo y por todo á sus consejos. El marqués tenia tomado su partido de retirarse á su casa, y en su entrevista con don Juan, á quien salió á recibir en Güescar con todas sus tropas y pompa correspondiente á tan alto personaje, le dijo estas palabras: «yo soy el que »mas ha deseado conocer de mi rey un tal hermano, y »¿quién mas ganará de ser soldado de tan alto príncipe? »Mas si respondo á lo que siempre profesé; irme quiero »á mi casa, pues no conviene á mi edad anciana haber »de ser cabo de cabo de escuadra.» (1) El marqués sin apearse, despues de dejar en su casa á don Juan de Aus-

(1) Hurtado de Mendoza. T. 4.

tria, se partió á Velez Blanco, seguido de los caballeros de su casa, sin haber tomado mas parte en esta guerra. Citamos este rasgo para hacer ver, que los grandes de aquel tiempo gozaban todavia cierta independencia desconocida en nuestros dias. Un general de ejército, que en tiempo de guerra, y hallándose en campaña, que hoy abandonase sus banderas y se marchase á su casa con tan poca ceremonia, seria severamente castigado. No se sabe que Felipe II hubiese tomado providencia alguna con el marqués de los Velez, por una accion que tenia todos los caractéres de un desaire.

Volviendo á don Juan de Austria, se puso inmediatamente en direccion del fuerte de Galera, cuyo nombre se iba haciendo célebre en España. Era el rey sabedor de esta expedicion: motivo mas para que don Juan tratase de acreditar lo acertado de su nombramiento. No se presentaba fácil la toma de Galera, fortificado por la naturaleza y por el arte, defendido por gente numerosa, aguerrida y llena de entusiasmo. Fueron repelidos los primeros ataques de los nuestros. Se dió un primer asalto en que tuvieron que retirarse con bastante pérdida. Fueron mas desgraciados aún en el segundo, á pesar de que se empleó una mina, que reventó á tiempo, con grande estrago de los enemigos. Mas hubo tanto desórden por parte de los españoles, al entrarse por la brecha, y tal el encarnizamiento con que peleaban los moriscos, que repelieron el asalto, con notable pérdida nuestra, habiendo tenido mas de cuatrocientos muertos, y quinientos heridos y entre unos y otros, personas de gran cuenta.

No se desanimó don Juan con este desaire de sus armas. Encendido en grande enojo, mandó disponer todo lo necesario para un nuevo asalto, construyéndose para ello dos nuevas minas, que se internaron mas en la poblacion que las pasadas. Arengó el general á los soldados, poniéndoles por delante la mengua en que los habian dejado los dos asaltos repelidos, y la necesidad de volver por su honor en el tercero. Se verifico éste con

denuedo, y por esta vez quedaron desagraviadas y vengadas las armas castellanas. Fué grande el arrojo y la obstinacion con que se defendieron los moriscos; mas no pudieron resistir á la furia de los nuestros. Tomóse por asalto el pueblo: no se dió cuartel á los vencidos. Todos fueron pasados á cuchillo; ni la edad ni el sexo sirvieron de escudo contra la furia de los vencedores. El mismo don Juan hizo matar á su presencia varios cautivos por mano de los alabarderos de su guardia. Era su proyecto destruir á Galera, y sembrar de sal su territorio; tal fue la frase que le arrancó la anterior desgracia de sus armas. La amenaza tuvo su cumplido efecto.

En seguida se trasladó don Juan á Baza, desde donde envió un destacamento á reconocer el pueblo de Seron; mas sin resultado, pues los nuestros, temiendo verse envueltos por los moriscos, que les aguardaban en terreno ventajoso, se volvieron. Pasados dos dias, se puso en movimiento con el mismo objeto, otro de mas de dos mil hombres, mandados en persona por don Juan, quien emprendió su marcha desde Caniles, á las nueve de la noche, dividiendo su fuerza en dos columnas, para que diesen al mismo tiempo vista al pueblo. Caminó la gente toda la noche, y á la mañana llegaron á Seron por distintos caminos, sin que los moriscos les saliesen al encuentro. Sintiéndose, sin duda, inferiores en fuerzas, y viendo que nadie iba en su socorro, abandonaron el pueblo, donde entraron los castellanos sin ninguna resistencia. Pero cuando se hallaban mas desapercibidos, entregándose á los desórdenes de la victoria, saqueando casas y cautivando moras, cayeron inopinadamente sobre el pueblo de Seron mas de seis mil moriscos, que venian de Purchena y de Tijola, en socorro de la villa. Reunidos estos con los que se retiraban, acometieron á los nuestros, que por muy pronto que quisieron rehacerse, fueron víctimas de su descuido. El comendador de Castilla y Luis Quijada, que se hallaban dentro de Seron, se condujeron en aquel apuro con serenidad, y como cum-

plia á diestros capitanes; mas no pudieron atajar la confusion inevitable en aquel caso. Huyeron muchos de los nuestros despavoridos, llegando hasta el punto de arrojar las armas. Fueron pues echados los nuestros del pueblo de Seron, y la derrota hubiese sido mas fatal, si las tropas que se habian quedado fuera del pueblo, no hubiesen protegido á los que huian. Se retiró don Juan muy mortificado á Caniles, y entre las pérdidas de aquella jornada desgraciada, tuvo el sentimiento de contar la del ayo y maestro Luis Quijada, que herido mortalmente dentro de Seron, falleció de allí á pocos dias en Caniles.

Despues de haber permanecido algunos dias don Juan en este alojamiento, á fin de rehacerse, se movió de nuevo sobre Seron, del cual por esta vez se apoderó, sin que los moriscos se atreviesen á aguardarle. De allí cayó sobre Tijola, que expugnó felizmente, tomando prisioneros á los que la defendian. En seguida pasó á Purchena, á Ujijar, á Santa Fé de Rioja, sin que los moriscos en su marcha le pusiesen séria resistencia. Muy poco despues, se trasladó á Andarax, donde se le reunió el duque de Sesa, cuyos movimientos seguiremos ahora con la misma rapidez que los del de Austria.

Dejamos al duque de Sesa mandando en Granada á la salida de don Juan, y á la cabeza de la mitad, sobre poco mas ó menos, de la fuerza, para moverse con ella adonde las circunstancias lo indicasen necesario. Se puso efectivamente en marcha con direccion á la Alpujarra, despues de tomadas en Granada las disposiciones necesarias. Salió el 21 de febrero de 1570; se detuvo algunos dias en Padul, aguardando que llegasen al campo víveres y toda la gente que debia acompañarle; y para no estar absolutamente ocioso en aquel punto, mandó hacer correrías por las inmediaciones, á fin de aumentar sus víveres y tomar lenguas de la tierra. Allí supo que se hallaba no muy lejos de él Aben-Abóo, cuyo designio no era impedirle la entrada en la Alpujarra, sino molestarle por la retaguardia é interceptarle sus convoyes, á fin de

que se viese en la precision de abandonarla. Despues de haber permanecido el duque en este alojamiento treinta dias, esperando siempre bastimento, se movió hácia Albacete de Orgiva, donde trató de construir un fuerte á fin de asegurar sus comunicaciones. Allí le aguardaba Aben-Abóo, pero mas con intencion de incomodarle y escaramucearle que de presentarle una batalla, pues no tuvo efecto ningun choque de importancia. Antes de partir de Orgiva el duque, desbarataron los moros un destacamento fuerte que conducia un gran convoy de víveres al campo, quedándose con la parte de las bestias; y como se supo por uno de los prisioneros que Aben-Abóo esperaba al duque en tren de pelea con mas de ocho mil hombres á la entrada de la sierra de Porqueira, tomó aquel diferente direccion de la que pensaba en un principio, moviéndose hácia el Algibe de Campuzano, donde se alojó la noche del 6 de abril de 1570, no sin ser molestado por los moriscos, que trataron de estorbarle el paso, y estuvieron tiroteando nuestro campamento la mayor parte de la noche.

Se movia, como se vé, el de Sesa lentamente. En rigor no habia hecho mas de tres jornadas despues de su salida de Granada, verificada á mediados de febrero. Llevaba en su campo mas de diez mil hombres entre infantería y caballería, con doce piezas de campaña. Su plan era al parecer el mismo que el de Aben-Abóo, á saber: el de no empeñar ninguna batalla decisiva, sino interceptarle víveres y molestarle de otro modo; pero hasta allí todas las ventajas habian estado por los enemigos, mas conocedores del pais, y sobre todo mas acostumbrados á sus asperezas. Desde el Algibe de Campuzano se dirigió á Jubiles; de aquí pasó á Cartares, y al dia siguiente se puso en el pueblo de Portugos, siempre á la vista de los moriscos que le embarazaban y escaramuceaban, mas sin atreverse á cosas sérias.

No estaba, como se vé, ocioso Aben-Abóo durante estos movimientos del de Sesa. Hombre activo, empe-

ñado tan sériamente en la contienda, trataba de sacar partido de su posicion, dividiendo su gente y colocándola en los parajes que le parecian mas oportunos, sin atreverse á dar una batalla decisiva por ser inferior en fuerzas; pero molestando siempre al duque en todos los parajes que el terreno se le mostraba favorable. Tambien éste por su parte trataba de hacer á los moriscos todo el daño que podia, talando sus campos, destruyendo las mieses, privándoles de sus provisiones para cuando pudiera el pais proporcionárselas. Mas mientras tan solícito se mostraba en correr las sierras para privar de recursos á los enemigos, se veia él muchas veces falto de víveres en su propio campo, siendo el atender á esta necesidad uno de los motivos de la lentitud con que se movió desde su salida de Granada. De Portugos trasladó su campo á Ujijar, adonde llegó pasando por Jubiles, siendo siempre molestado en su marcha, como le sucedia en todas ocasiones. Viéndose aquí sin víveres, envió á buscarlos á la Calahorra una fuerte escolta de mas de mil hombres, mandados por el marqués de Favara; mas los moriscos, aprovechándose de las asperezas del terreno, les salieron al encuentro y los derrotaron á tal punto, que murieron aquel dia mas de ochocientos de los nuestros, habiendo ademas rescatado los moriscos seiscientas mujeres de su nacion que los nuestros llevaban prisioneras. Sabedor de este fatal contratiempo, se movió el duque de Sesa hácia Adra, adonde llegó su gente con gran necesidad y medio muerta de hambre. De aquí pasó por mar al fuerte de Castilferro, que se rindió sin hacer grande resistencia; de aquí pasó otra vez á Adra, donde halló un aviso de don Juan comunicándole que deseaba conferenciar con él sobre asuntos de la guerra. Tuvo lugar la entrevista entre Andarax y Verja, volviéndose despues cada uno á su punto respectivo, es decir, al primero don Juan y al segundo el duque: mas éste tardó muy poco en reunirse con el primero en los Padules, sin separarse de él hasta el fin de la contienda.

Como se vé, no le cupo tanta gloria al duque de Sesa en su expedicion como en la suya á don Juan de Austria, que tomó á los moriscos varios puntos de importancia, habiéndosele resistido obstinadamente algunos, entre ellos los de Seron y Galera. Para ser su primera campaña, no dejó de conducirse con tino, y sobre todo con arrojo y energía. Se conoce que estaba penetrado de lo delicado de su posicion y de la necesidad de manifestar á todos, y especialmente al rey de España, que no habia colocado mal su confianza y sus favores. Que Felipe quedó contento de los servicios de don Juan, aparece claro de la circunstancia de tenerle destinado para un mando de mucha importancia y de mayor gloria, de que daremos cuenta á su debido tiempo. La necesidad de sacar á don Juan pronto de Granada con este motivo, era uno de los que asistian al rey de España para desear la conclusion de la contienda.

No podia menos de fatigar y atormentar á Felipe II una lucha encarnizada y desastrosa, causa de tantos desórdenes, excesos y efusion de sangre. Estaban por otra parte penetrados los moriscos de lo duro de su situacion, de lo infaliblemente que corrian á su ruina obstinándose en la resistencia. Separados por los mares de sus correligionarios de Africa, sin ningunas simpatías en toda la península, internados ya en los diferentes pueblos de Andalucía los del Albaycin, cuya medida acababa de ser extensiva á los habitantes de la Vega, no quedaba á los moriscos de las Alpujarras mas alternativa que emigrar al Africa, perecer, ó darse á partido con sus antiguos dueños. Estaba, pues, el deseo de pacificacion y reduccion grabado en todos los ánimos de una y otra parte; y si bien lo resistian algunos, ó porque hallasen ventajas en la guerra, ó porque el recuerdo de sus actos anteriores les hiciese ver imposible la indulgencia, habian llegado las cosas á un estado que hacia muy fáciles las negociaciones. Ya antes de la salida de Granada de don Juan, se daban pasos para obtener y allanar la reduccion de los

alzados, siguiéndose trabajando en el mismo sentido durante las dos expediciones. Se entablaron tratos, ó por mejor decir se renovaron los que habian sido comenzados entre personas influyentes de los castellanos y otras de la misma categoría entre los moriscos, con quienes tenian antiguos vínculos de amistad ó relaciones de intereses. El mismo presidente Deza escribió con carácter anónimo una especie de carta persuasoria, en que hacia ver á los moriscos lo extraviados que andaban y la ruina infalible á que corrian persistiendo en su desobediencia al rey de España, demostrándoles con pruebas evidentes que se habian equivocado mucho en la interpretacion de los pronósticos con que los habian embaucado sus caudillos. Al efecto que estos pasos producian, daban nueva fuerza las ventajas que iba alcanzando don Juan de Austria. Tener que dejar el territorio de España, no podia menos de ser duro para la generalidad de los moriscos; y el deseo de recuperar muchas de sus mujeres é hijas que habian quedado en poder de los cristianos, era un nuevo estímulo para hacerlos entrar en vias de avenencia. Daba por su parte don Juan de Austria pasos con el mismo objeto por medio de sus prisioneros. En Ujijar publicó un bando concediendo el perdon á los que se redujesen dentro de un plazo prefijado, ensanchando los límites de la indulgencia á proporcion de las armas ó cautivos con que se presentasen. Se dejaba la vida á los que lo hiciesen con solas sus personas; la vida sin esclavitud á los que trajesen su escopeta ú otra clase de armas. A los que viniesen con turcos cautivos ó los degollasen, se hacian gracias particulares proporcionadas á la importancia del servicio, y se anunciaba al mismo tiempo que se usaria de todo el rigor de la guerra, sin indulgencia ni misericordia, con los que no se diesen á partido. No eran nada suaves los términos del bando; pero todavía mas dura la condicion á que estaban reducidos los moriscos.

Era el principal negociador por parte de estos un

tal Hernando el Habaquí, hombre sagaz, astuto, de gran cuenta entre ellos, confidente y una especie de ministro de Aben-Abóo, de quien habia desempeñado comisiones y embajadas en varios puntos de Africa. Prestaba el Habaquí oidos á las diversas proposiciones que se hicieron por parte de los castellanos, y sin doblez accedió á la medida de la sumision, por ser el solo puerto de salvacion que les quedaba. Prometió, pues, á los castellanos hacer todos sus esfuerzos para que se cumpliesen los deseos de unos y otros, y fué en efecto fiel á su palabra. No era fácil empresa hacer entrar en la medida á Aben-Abóo, hombre duro y feroz, pródigo de sangre, y nada avaro en todo género de atrocidades, á quien el recuerdo de sus actos anteriores hacia sumamente suspicaz, y el título de rey de que estaba revestido, orgulloso en demasía. Mas tuvo que ceder á la ley dura de la necesidad, con tantas derrotas en su campo, y fallidas sus esperanzas de recibir de Africa los socorros poderosos que necesitaba. A las cartas que se le escribieron por los castellanos, respondió en términos de desear la reduccion y fin de aquella guerra. En fin, se llevaron las cosas á tal punto, que no faltaba mas que la reunion de los comisarios de una y otra parte para arreglar las condiciones del convenio.

Se verificó esta en el Fondon de Andarax, el 13 de febrero de 1570. Acudieron por parte de los moriscos entre otros el Habaquí, que llevaba la voz principal en el negocio, y un hermano de Aben-Abóo que llamaban el Galipe. Envió asimismo los suyos don Juan de Austria. Se quejaron los moriscos en las primeras conferencias de los atropellos que los habian obligado á ponerse en armas contra el rey: pidieron entre otras cosas que no se les obligase á dejar sus hogares, y que se permitiese la vuelta libre al Africa de los turcos que habian venido en su socorro. Se atuvieron los castellanos á los términos del bando promulgado por don Juan, y dijeron á los moriscos que pusiesen sus peticiones por escrito. Como estos

alegaron que no sabian los términos de hacerlo, el mismo don Juan les envió su secretario para extender la súplica, lo que se efectuó al momento. Muy pronto se allanaron las dificultades. Urgia mucho al general español concluir este negocio antes que llegase el tiempo de las mieses: los moriscos, que se veian perdidos, no podian arredrarse por duras condiciones. Sobre todo el Habaquí sabia muy bien que cuanto mas solícito y celoso se mostrase por la obra de la reduccion, tantas mas ventajas personales le resultarian. Así se llevó el negocio adelante con la mayor rapidez posible, y ya no faltaba mas que la ceremonia del acto de rendir las armas, que se celebró en los Padules, delante de don Juan, con toda la solemnidad que pudo dársele.

Se presentó delante del alojamiento del general en jefe el Habaquí seguido de varios personajes moriscos, y de trescientos escopeteros que hicieron una salva en el acto de pararse á la entrada de la tienda. Entró el Habaquí con los demas del acompañamiento, llevando en la mano la espada y la bandera de Aben-Abóo, que presentó á don Juan, poniéndosele de rodillas con los otros, pidiendo perdon en nombre de los suyos, prometiendo fidelidad y sumision al rey, á cuya merced y bondades se entregaban. Al mismo tiempo se despojó de la propia espada el Habaquí, haciendo ademanes de entregarla. Estuvo en pié don Juan de Austria durante esta ceremonia, y con palabras corteses mezcladas de séria dignidad, acogió en nombre del rey la sumision de los moriscos, devolvió su alfanje al Habaquí, á quien hizo levantar con grande urbanidad, prometiéndole mercedes y recompensas en nombre del monarca. El morisco y los suyos se despidieron de don Juan con la misma ceremonia é igual salva por parte de los escopeteros, que entregaron sus armas en el acto.

La obra de la reduccion parecia definitivamente concluida, y asi lo estaba en cierto modo. Mas el Habaquí no era el representante de todos los moriscos, ni se po-

dia suponer que un pueblo díscolo que se hallaba en un estado de anarquía se sometiese en masa, porque fuese tal la opinion de la generalidad y de los jefes principales. Hubo, pues, muchos disidentes entre los moriscos: otros que cambiaron de opinion despues de consumado el rendimiento. Fué uno de estos últimos el mismo Aben-Abóo; tan pesaroso estaba de entregarse á la merced de sus antiguos dueños, sobre todo de renunciar al título de rey que tanto habia halagado su amor propio. Se unia á estos sentimientos el de la envidia y celos que habia concebido contra el Habaquí, quien por la parte activa que habia tomado en la obra de la reduccion, seria probablemente el que llevase la mayor parte en las ganancias. En esta disposicion de ánimo le cogieron cartas de Argel, en que el Dey le anunciaba un próximo envio de gente, de armas y demas pertrechos necesarios. No fué preciso mas para que Aben-Abóo rompiese de nuevo toda negociacion con los cristianos, y alzase otra vez el estandarte de la guerra; paso que hubiese sido muy de lamentar si los moriscos no estuviesen tan cansados de la insurreccion, y el crédito de este caudillo no hubiese venido tan á menos.

Sabedor de lo que pasaba el Habaquí, se presentó en el campo de Aben-Abóo, con ánimo de inspirarle mejores sentimientos. Mas confiado en demasía por carácter ó por la especie de favor que gozaba con don Juan de Austria, no sabia que iba á habérselas con un hombre rencoroso, que le consideraba como un rival, como un mal amigo, tal vez como un traidor á su bandera. Aben-Abóo hizo asesinar al Habaquí, y dió parte de su muerte al Dey de Argel, como un castigo de su apostasía.

Mas ni la muerte del Habaquí, ni la conducta obstinada de Aben-Abóo, detuvieron ó paralizaron la obra de la reduccion, que era un acto consumado. Por todas partes los moriscos entregaban las armas y se sometian á la voluntad del rey, por cuya disposicion eran internados

inmediatamente por todo el pais de Andalucía. ¡A tan duras condiciones tuvieron que doblarse! En vano se encendieron algunas llamaradas de insurreccion en la Serranía de Ronda, que fueron pronto apagadas por el duque de Arcos, á quien se encomendó esta empresa. Se dió por tan concluida ya la contienda, que se despidió la gente de guerra y se tomaron todas las medidas análogas al gobierno de un pais pacífico, donde eran necesarias ciertas precauciones. Don Juan de Austria regresó á la córte, donde fué recibido del rey con las muestras de aprecio que merecian sus servicios.

Andaba errante mientras tanto Aben-Abóo, convertido de rey, en fugitivo, abandonado de los suyos, seguido de unos pocos, en quienes tenia puesta su confianza; mas no hay fidelidad á prueba, cuando median alicientes de violarla, tratándose sobre todo de hombres tales, como podian acompañar al monarca destronado. Uno de ellos, en quien mas depositaba su confianza, Monfi, llamado el Senix, entró en inteligencias con comisionados de las autoridades de Granada, ofreciendo entregar á Aben-Abóo, con tal que le perdonasen á él con sus amigos, y les restituyesen sus mujeres é hijas que se hallaban prisioneras. No fué dificil dar oidos á propuesta semejante; se ajustaron las condiciones del convenio, en cuya virtud se apoderaron el Senix y los suyos de la persona de Aben-Abóo, y le asesinaron, no sin haber mediado una fuerte resistencia. Inmediatamente condujeron á Granada su cadáver, colocado en una mula, entablillado debajo de los vestidos, para darle la actitud de un hombre montado, á fin de que fuese mejor visto de la muchedumbre. Despues de verificada la entrada con toda la ceremonia y publicidad imaginable, le cortaron la cabeza, que fue puesta en una jaula, sobre una de las puertas de la ciudad, con la inscripcion siguiente: « Esta es la cabeza del traidor Aben-Abóo: nadie la quite so pena de muerte.»

Así concluyó la insurreccion y levantamiento de los

moriscos de Granada, uno de los episodios mas lamentables del reinado que escribimos. No fue de larga dura la contienda, pero acompañada de todos los excesos, crímenes y horrores con que se distinguen estas luchas de pueblo á pueblo, cuando estan en juego agravios recibidos, deseos vivos de venganza, rivalidades de creencias. Fueron los encuentros parciales, infinitos; pocas las batallas que merezcan este nombre; brillante el arrojo personal de los dos bandos; escasos los laureles que alcanzaron unos y otros. Que la insurreccion fue en gran parte provocada por las máximas de intolerancia que tanto distinguieron el gobierno de Felipe II, es un hecho positivo; que esta intolerancia, sobre todo en materias religiosas, hallaba un eco en los ánimos de sus súbditos, tampoco puede estar sujeto á duda. Por una parte se obligaba á los moriscos á abrazar el cristianismo; por otra, causaba escándalo y horror, el que no se mostrasen adictos á un culto que se les imponia con violencia. Despues de ser vejados en su fé, se los atacaba en sus trajes, en sus usos, y hasta en el ejercicio de su lengua. Cuando un pueblo se halla en esta condicion, precisamente tasca su freno con grandísima impaciencia, y si una vez llega á alzarse, no puede menos de ser espantoso el ruido con que rompe sus cadenas. Se confirmó esta verdad, en los horrores y atrocidades que acompañaron el pronunciamiento simultáneo de todas las taas de las Alpujarras; siendo de notar, que fueron los principales objetos de su encarnizamiento, los eclesiásticos, que los obligaban á presentarse en la iglesia, y los sacristanes que llevaban cuenta de los que faltaban, á fin de imponerles un castigo. Se lanzaron los moriscos á la lucha, ciegos de venganza; los castellanos que iban contra ellos, no podian menos de imitar su ejemplo. A estas consideraciones hay que añadir, que en nuestro campo faltaban muchas veces víveres, y que las pagas andaban muy escasas. Así suplia esta falta el botin, y el cautiverio de las mujeres é hijas de los enemigos, no era un pequeño aliciente en

esta guerra, que no podia menos de ser muy sanguinaria, por una y otra parte. Fué un mal que nuestras armas estuviesen mandadas al principio por dos jefes independientes uno de otro, que no solo rivalizaban en reputacion y fama, sino que veian las cosas de un modo muy opuesto. Algo se reparó este mal con la ida de don Juan de Austria, y retirada del marqués de Mondejar; mas aunque se habia dado al primero la suprema direccion de los negocios, todavía el marqués de los Velez estaba en comunicacion directa con la córte, de la que recibia instrucciones. Fué una felicidad la retirada de este personaje de la escena, y que se encomendase, en fin, el mando de las armas á un príncipe jóven, alentado, que deseaba adquirir fama, y que caminaba á su objeto por la via mas corta. A él se le debe la conclusion de esta guerra tan calamitosa. Quedó sujeta la tierra; pero *destruida y despoblada* (1), y aunque acudieron nuevos colonos á habitarla, todavía al cabo de cerca de tres siglos, se echan de menos sus antiguos moradores. De todos modos, no fué este el final desenlace de un drama tan triste y lúgubre. Nuevas miserias aguardaban á un pueblo, cuyo mayor crímen era el haber sido vencido, y criado en creencias muy diversas de las de sus vencedores. (2)

---

(1) Palabras de Hurtado de Mendoza: L. 4.

(2) Es sabido, que en el reinado de Felipe III fueron expelidos del reino, y trasladados al Africa todos los moriscos, en número de seiscientos mil; otro rasgo de *celo religioso*, que fué muy aplaudido en su tiempo, y hasta por Cervantes, quien puso por dos veces el elogio de esta providencia, en la misma boca de un morisco. (Ricote.)

CAPITULO XXXIV.

Asuntos de Italia.--Muerte de Paulo IV.--Exaltacion de Pio IV.--Idem de Pio V.--Anima éste á los príncipes cristianos á la guerra contra el turco.--Muerte de Soliman.--Asciende Selim II al trono otomano.--Expedicion de los turcos contra la isla de Chipre.--Toma de la plaza de Nicosia.--Sitio de la de Famagosta.--Promueve el Papa una nueva liga entre España, la república de Venecia y su persona.--Se ajustan las condiciones de la liga en Roma.--Va el cardenal de Alejandría á Madrid.--Confirma el rey las disposiciones del pontífice.--Nombramiento de don Juan de Austria por generalísimo de la liga.--Vuelve éste á Madrid de las guerras de Granada.--Se embarca en Barcelona.--Reunion en Mesina de las fuerzas de la confederacion.--Salen en busca de los turcos.--Batalla de Lepanto (1).

1559—1571.

GOZABA Italia de tranquilidad, mientras Francia, los Paises-Bajos, Escocia y aun Inglaterra, eran teatro de tantas turbulencias. No se hallaban en ningun género de mútua hostilidad los diversos estados de aquella region en que ejercia el rey de España una influencia nada inferior á la que habia alcanzado Cárlos V. Señor de Nápoles, de Sicilia y del Milanesado, unido por relaciones de familia con Octavio, duque de Parma, protector de los duques de Florencia, aliado antiguo de la república de Génova, donde los Dorias se hallaban en la clase de sus primeros servidores, se podia casi considerar, exceptuando á Venecia y los Estados pontificios, como el monarca y árbitro de Italia. Conservaba buena armonía con aquella república, tan ocupada á la sazon en sus guerras con los turcos. En cuanto á los Estados pontificios, ya se ha visto con cuánta gloria de sus armas habia ajustado ó mas bien concedido paces al papa Paulo IV. Murió este fogoso pontífice, antes enemigo encarnizado, tanto de

---

(1) Cabrera, Herrera, Ferreras, Vanderhammen, en su vida de don Juan de Austria y otros.

Cárlos V como de su hijo, á mediados del año 1559. Duró muy poco el cónclave reunido para elegirle sucesor, y en octubre del mismo año fué exaltado á la silla pontificia el cardenal Angel de Médicis, que con el nombre de Pio IV gobernó la Iglesia. No se mostró este pontífice enemigo de Felipe II como lo habia sido su predecesor, puesto que á la mayoría de los votos de la parcialidad del rey era deudor de su alto puesto. Bajo los auspicios de este Papa se celebró por los años de 1562 y 1563 el segundo concilio de Trento, ó mas bien la continuacion del primero, tan ardientemente solicitada por el rey de España, á quien el estado de las nuevas sectas religiosas en Europa causaba tal vez mas inquietud que al mismo Papa. De lo actuado en este concilio hemos dado una sucinta relacion en su debido tiempo. Tambien se hizo mencion del puesto preferente que con este motivo se dió á los embajadores de Francia sobre los de España, siendo notable esta particularidad para hacer ver el celo que animaba al rey católico en la celebracion del concilio; pues á pesar de un desaire tan depresivo de su dignidad, no se mostró menos activo en mandar la pronta ejecucion de lo determinado y decidido por sus Padres. No entraremos en mas pormenores sobre Pio IV, que murió en el año de 1566, despues de siete años de reinado. Tardó muy poco en ser elevado á la silla pontificia el cardenal de Alejandría Miguel Ghisleri, fraile dominico, que tomó á su exaltacion el nombre de Pio V, tan famoso en la historia de aquel tiempo, como en los anales del pontificado. Fué este Papa de carácter duro, intolerante en cuanto decia relacion á las prerogativas de la Iglesia. Con el rey de España mantuvo buena inteligencia, á pesar de que habiéndose suscitado de nuevo en Roma la cuestion de precedencia entre los embajadores de España y Francia, se decidió en favor de esta última potencia, sin duda porque irritado su rey, no resultase perjuicio á la religion católica tan amenazada en sus estados. Sufrió el desaire el rey de España, sin

tomar otra satisfaccion que mandar á su embajador se presentase á la audiencia del Papa en distintos dias que el de Francia.

Se distinguió sobremanera el Papa Pio V por su celo en armar los príncipes de la cristiandad contra las fuerzas de los turcos, no menos temibles sobre el mar que por sus ejércitos de tierra. Maravilla causa, y es sin duda uno de los grandes fenómenos de la historia moderna, asi como el descrédito de Europa, el que un pueblo salido poco mas de dos siglos antes de las faldas del Cáucaso, hubiese llegado al punto de ser objeto de terror para tantas naciones poderosas. Si sus conquistas por tierra admiran por su rapidez y sucesion no interrumpida, asombra cómo se hicieron tan pronto con fuerzas navales para ser una potencia marítima, acaso la primera del Mediterráneo. Ya el conquistador de Constantinopla habia hecho escursiones en varias islas del Archipiélago, y llevado sus medias lunas victoriosas á las mismas costas de Nápoles, asolada en varias partes con sus desembarcos. Sobre bajeles condujo Selim I la mayor parte de las tropas que le conquistaron el Egipto. Ya hemos hablado de las importantes adquisiciones que hizo Soliman el Magnífico, de varios puntos importantes del Mediterráneo, de su toma de Rodas, de los diversos desembarcos en las costas de Nápoles, de Menorca, de Córcega, de la Morea, bajo la direccion de sus capitanes y los famosos Barbaroja y Dragut, que obraban en todo bajo sus auspicios. Si las armas de este célebre conquistador retrocedieron delante de Malta, se podia pensar que de un momento á otro volviesen con fuerzas formidables. Temia esto sin duda el Papa Pio V, cuando envió al gran maestre de la Orden de Malta, La Valette, un gran socorro de hombres y dinero para la construccion de la nueva fortaleza. Por sus consejos se animó el rey de España á enviar considerables refuerzos á las diversas guarniciones de las costas de Africa.

Terminó el miedo de una nueva invasion en Malta

con la muerte de Soliman (1) en el sitio de Szigheth, plaza fuerte de Hungría, en el año de 1666; mas aunque su sucesor Selim II le era muy inferior en capacidad y en ambicion, no daba muestras de dejar oscurecerse bajo su dominio la gloria esclarecida de los otomanos. Conservaba el imperio toda su grandeza, y las mismas disposiciones que su predecesor anunciaba el nuevo sultan, de ensanchar mas y mas los límites de su poder marítimo. Habia comenzado con una expedicion sobre la isla de Chipre, en posesion entonces de los venecianos. La mandaba Piali al frente de ciento y sesenta galeras, cincuenta galeotas, ochenta bajeles de carga, que llevaban á bordo cincuenta mil infantes á sueldo, entre ellos siete mil genízaros, y otros treinta mil turcos de milicias ordinarias. En julio de 1570 llegó la expedicion á Chipre, y el ejército turco se presentó delante de los muros de Nicosia, plaza poco fuerte, defendida por mil quinientos italianos, á sueldo, tres mil cipriotas, dos mil y seiscientos vecinos del pueblo, y mil y quinientos soldados pagados de los alrededores. Fueron furiosas las embestidas de los turcos. A las cuarenta y ocho horas de sitio ya habian dado cuatro asaltos, siendo el resultado del último la toma de la plaza. Dieron los turcos muerte á los italianos y cipriotas nobles, á treinta mil del vulgo, é hicieron veinte mil cautivos, despues de haber entrado la ciudad á saco y cometido todos los horrores propios de tropas tan feroces.

---

(1) Algunos, y entre ellos el príncipe Demétrio Cantemiro, en su Historia de los emperadores turcos otomanos, dan á este sultan el nombre de Soliman I y no II. Mas es un hecho que Soliman, hijo primogénito de Bayaceto I, prisionero en la batalla de Ancyra, reinó despues de esta ocurrencia sobre una gran parte de los dominios de su padre, aunque no recogió toda la sucesion, que le fué disputada por su hermano Mouza. Tal vez por la circunstancia de esta guerra civil, ó porque Soliman no recibió la investidura solemne del título de Sultan, dejan algunos de incluirle en el catálogo de los emperadores; mas otros le reconocen como tal, llamando Soliman II al mencionado en esta historia.

Mientras los turcos despues de tomar la plaza de Nicosia se preparaban al sitio de la de Famagosta, salieron los venecianos de las costas de Dalmacia, y llegaron á Corfú, donde se les unió Juan Andrés Doria con sus galeras y las del rey de España, llevando en ellas cinco mil españoles y dos mil italianos, provistos abundantemente de víveres y de municiones. Tambien se incorporaron en la expedicion algunas galeras del pontífice, mandadas por Marco Antonio Colonna. Salió de Corfú la escuadra combinada, y en agosto de 1570 llegó á la isla de Candía, posesion asimismo de los venecianos. Allí supieron la toma de Nicosia por los turcos, y con este motivo se propuso en el Consejo que saliesen en busca de la escuadra enemiga, para poner á salvo los intereses de aquella isla tan amenazada. Igual resolucion tomaron los turcos de salir al encuentro de la escuadra combinada; mas sea por la poca voluntad con que obraban unos y otros, sea por desavenencias de los jefes, ó por los estragos que hacia la peste en la gente de ambos bandos, llegó el invierno sin ocurrir encuentro alguno entre los cristianos y los turcos. Se retiró Piali con su armada á Constantinopla, despues de dejar en Chipre todos los aprestos para el sitio de Famagosta, y los de la escuadra combinada volvieron á sus puertos.

Existia, pues, una alianza de hecho entre el rey de España, el pontífice y la república de Venecia contra el turco. Mas no estaba cimentada esta union en capitulaciones expresas, ni hasta entonces habian obrado las tres naciones con todo el vigor correspondiente. Era inminente el peligro que amenazaba á la cristiandad, y llegado el caso de imponer de una vez á los turcos con un armamento formidable. Cupo la gloria de dar el primer impulso para esta grande obra al Papa Pio V. A sus ruegos se reunieron en Roma los comisarios de la liga, y á presencia del pontífice les espuso en un consistorio el cardenal Granvella los motivos poderosos que debian animar á los príncipes cristianos para armarse nuevamen-

te contra el turco. Hizo aquel cardenal, como hombre hábil y diestro en la elocuencia, una pintura vivísima de los males y desastres que habia hecho sufrir á todos los pueblos de la cristiandad aquella nacion tan feroz, enemiga de Dios y de la Iglesia. Enumeró sus rápidas conquistas por tierra, sus atrocidades, de que habia sido víctima la misma generacion de entonces; y por todas estas causas, manifestó que era ya un deber hácia Dios y hácia los hombres, poner para siempre un dique á tal torrente de calamidades. Concluia su arenga exponiendo al Papa el servicio insigne que aguardaba la religion de su piedad, poniéndose al frente de una liga de príncipes para obrar de concierto en una expedicion tan santa.

Respondió el pontífice alabando el celo del cardenal Granvella, y declarando su resolucion de ser el primero en dar impulso á tan gloriosa empresa. Deploró lo mismo que el prelado las calamidades sufridas por la ambicion y ferocidad de los infieles; pero para animar mas el valor y celo de los príncipes cristianos, hizo mencion de las victorias que estos habian obtenido sobre las armas de los otomanos, entre los que tanto se habian distinguido el rey de Polonia Uladislao, los de Hungría, Matías Corvino y Juan Humiades, el famoso Scanderbeg, y sobre todo los caballeros de San Juan en la defensa de su isla.

A pesar de la poca armonía que animaba á los comisarios, de las pretensiones exclusivas de las potencias de que dependian, logró el Papa que viniesen á un definitivo arreglo y continuasen la liga bajo determinadas condiciones. Fué el mismo pontífice quien las propuso, no queriendo adelantarse los enviados del rey de España, por ser la república de Venecia la principal interesada en la liga, ni los de esta última potencia porque no pareciese que se humillaban ante el rey católico. Por fin se convinieron en aprestar entre todos doscientas galeras, cien naves, cincuenta mil hombres de infantería y cuatro mil caballos. Nombraron los venecianos por general de sus fuerzas á Gerónimo Zasse; el pontífice á Marco

Antonio Colonna, y el rey de España á su hermano don Juan de Austria. Mas como era preciso que un jefe supremo tuviese la direccion de la escuadra combinada, se suscitó un altercado entre los comisarios de Venecia y los del rey de España, alegando los primeros que tocaba hacer este nombramiento á la república, por ser la guerra publicada contra ellos, y los segundos que pertenecia al rey católico por su alta dignidad, y ser el que con mas fuerzas acudia. Compuso el pontifice la diferencia, y quedó nombrado don Juan de Austria generalísimo de la liga, debiendo de obrar en clase de su segundo Marco Antonio Colonna, jefe de las fuerzas del pontifice.

Se extendió con toda formalidad el tratado de la liga perpétua contra el turco y los Deyes tributarios de Argel, Túnez y Trípoli. Se redujeron los artículos principales, prescindiendo del contingente de la fuerza que cada estado debia aprontar, á los siguientes: Que estuviesen los generales con sus armadas á fines de marzo ó de abril del año 1571 en los mares de Levante; y en caso de atacar el turco alguna de las tres potencias coligadas, enviase la liga auxilio suficiente, ó fuesen todos si era necesario: que se presentasen en Roma los embajadores de la liga por otoño, para deliberar el plan de campaña para la primavera siguiente: que pagase el pontífice tres mil infantes, doscientos setenta caballos y doce galeras. De lo restante debia pagar el rey católico tres quintos, y los otros dos los venecianos: que diese la república al pontifice las galeras armadas y artilladas, pagándolas á dinero ó restituyéndolas en el mismo estado en que fuesen entregadas: que cada una de las partes contratantes presentase en campaña la mayor fuerza disponible, resarciéndose de lo que escediese al contingente señalado: que se comprasen los víveres donde mas abundasen en los estados de los confederados, sin que pudiesen los señores hacer esportaciones, á excepcion del rey para Malta, la Goleta y sus armadas. En caso de no hacerse la campaña y fuese atacado el rey ó la república por la

fuerza de los turcos, que acudiese el otro con cincuenta galeras de socorro. Si el rey hiciese alguna expedicion sobre Argel, Túnez y Trípoli, ó la república sobre las fortalezas del mar Adriático, que le ayudase el otro con cincuenta galeras, debiendo tener la preferencia el rey de España, en caso de obrar en el término de un año. Si fuese atacado el pontífice, que se presentasen con todas sus fuerzas los confederados. Debia ejecutar el generalísimo de la liga lo que votasen los generales del pontífice, del rey ó de la república. No podia usar el generalísimo de estandarte propio, ni tomar otro nombre que el de general de la liga. Debia darse honradísimo lugar al emperador ó á los reyes de Francia ó de Portugal, y á las fuerzas con que cada uno contribuyese para aumentar las de la liga: que procurase el pontífice hacer entrar en ella al rey de Polonia y demas príncipes cristianos: que fuese el pontífice juez en cualquiera diferencia que se suscitase entre los confederados: que ninguno de ellos hiciese paces con los turcos sin participacion y consentimiento de los otros.

Despues de ajustarse con toda solemnidad el tratado de la liga, envió Pio V á su sobrino Fray Miguel Bonelo, cardenal de Alejandría, en clase de legado, á los demas príncipes de la cristiandad, exhortándoles en nombre de la fé cristiana á participar de las glorias de que se iban á cubrir las tropas de la liga. Despues de haber cumplido con esta mision por Italia y Francia, se trasladó á España á presentarse al rey católico, para quien llevaba encargo especial de parte del pontífice.

Fué recibido el legado en España con todas las demostraciones posibles de obsequio y de respeto. Encontró en Barcelona al cardenal de Espinosa y á don Fernando de Borja, hermano del duque de Gandía, quienes le aguardaban de órden del rey para acompañarle hasta la córte. Salió el monarca á recibirle fuera de las puertas de Madrid, donde entraron juntos, acompañados y seguidos de los principales personajes, entre los que se hallaba don

Juan de Austria, ya de regreso de Granada. Se mostró muy inclinado el rey de España á favorecer en un todo las miras del pontífice. Confirmó por su parte todos los artículos del tratado de la liga, y de que estaba ya bien informado. En medio de tantas atenciones como entonces le rodeaban, habia tomado sus disposiciones y hecho sus preparativos como convenia á quien iba á representar el principal papel entre las potencias coligadas. Habia puesto de virey de Sicilia al marqués de Pescára, y conferido el mando del mar á don Juan de Austria; sustituyéndole en este cargo don Luis de Requesens, mientras el príncipe llegaba. Galeras, víveres, municiones, armas, pertrechos, todo se estaba acopiando para una expedicion, la mas importante que hasta entonces habian presenciado aquellos mares.

Arregló al mismo tiempo el legado del Papa con el rey otros asuntos de órden inferior, mas que interesaban tambien mucho á Pio V. Acababa éste de dar el título de gran duque de Toscana á Cosme, duque de Florencia, sin la participacion del rey de España, quien no se manifestó irritado por una concesion que nada le perjudicaba. Asimismo solicitó el pontífice que se hiciesen observar en los reinos de Sicilia y Nápoles algunas disposiciones del concilio de Trento, y cuya observancia descuidaban las autoridades de los dos paises. Tampoco esto fué oido con desagrado por el rey de España, para quien eran las decisiones del concilio de Trento tan respetables y sagradas.

No pudo entrar en esta liga contra el turco el emperador Maximiliano, por falta de bajeles: tampoco el rey de Francia, tal vez por el recuerdo de sus antiguas alianzas con la Puerta, ó por no tomar parte en una empresa donde se reconocia por jefe y capitan á una persona de la casa de Austria. Se redujo, pues, la confederacion al pontífice, á la república de Venecia y al rey católico, cuya cooperacion debia de ser de muchos mas medios, por ser tambien mucho mas considerable la potencia.

Tambien confirmó el rey muy gustoso la eleccion que se habia hecho de generalísimo de la liga en la persona de su hermano don Juan, quien despues de recibir las órdenes del rey, tomó el camino de Barcelona y se embarcó en seguida para Génova. Salió de aquí para Nápoles, y despues para el puerto de Mesina, en Sicilia, punto designado de reunion de las fuerzas combinadas. Llevaba consigo ochenta galeras, veinte y dos navios con veinte y un mil hombres de infantería, abundantemente provistos de artillería, municiones, víveres y toda especie de pertrechos militares. Ademas de los jefes y oficiales que tenian mando efectivo, tanto en la escuadra como en el ejército, se embarcaron con el generalísimo muchos caballeros de distincion, que en calidad de simples aventureros, quisieron tomar parte en una expedicion sobre la que estaban fijos los ojos de la Europa entera.

Llegó don Juan á la vista de Mesina en agosto de 1571, y antes de desembarcar celebró á bordo de su capitana un consejo de guerra, al que asistieron los principales jefes de las fuerzas combinadas. Allí les manifestó las instrucciones del rey católico, decidido á que se buscase á la escuadra otomana, y se pelease á toda costa contra los enemigos de la cristiandad que constantemente amenazaban á las potencias del Mediterráneo. Al mismo tiempo les manifestó su propia determinacion de cumplir en un todo con las órdenes del rey, exponiéndose el primero á todos los peligros de la empresa. Fué oida su arenga con grandísimo entusiasmo, y desde aquel momento se tomaron todas las disposiciones necesarias para salir en busca de los turcos.

En el verano de aquel año se habian apoderado estos de Famagosta, en Chipre, segunda conquista que hacian las armas de Selim II. Habia opuesto la plaza una fuerte resistencia; mas reducida á los últimos apuros, se vió en precision de rendirse, concediendo el vencedor á los vecinos las vidas, los vestidos, sus armas y banderas, con algunos buques para trasladarse á la isla de Candía.

Mas los generales turcos cometieron, á pesar de este convenio, muchas crueldades en los principales personajes, á quienes hicieron morir en medio de tormentos. Desembarazados de este negocio que tanto les interesaba, continuaron sus correrías sobre el mar, y aun trataron de apoderarse de la isla de Corfú; mas fueron repelidos con notable pérdida, y obligados á abandonar por entonces dicha empresa.

Mientras tanto terminaban los preparativos de la escuadra combinada, reuniendo cada estado su respectivo contingente. Aprontaron los venecianos ochenta galeras á las órdenes de Sebastian Veniero y el proveedor Barbárigo. Llegó con doce de Génova Juan Andrés Doria, y al mismo número ascendian las del pontífice al mando de Colonna. Poco despues aportó don Alvaro Bazan, ya marqués de Santa Cruz, con otras treinta. Era maestre de campo general Ascanio de la Corne; general de las tropas italianas el conde de Santa Flor, y Gabriel Serveloni de la infantería. Mas á pesar de tantas fuerzas reunidas, todavía no se componia la expedicion de todas las que se habian contratado.

No eran muchas las tropas del pontífice; mas suplia esta falta el nombre y la autoridad del jefe de la Iglesia. De su órden se presentó en el campo en clase de legado monseñor Odescalchi, exhortando á la pelea, animando en nombre del Papa á los valientes que concurrian á tan santa empresa. Les habló de revelaciones de Dios, en que les prometia la victoria, y presentó profecías de San Isidro relativas á lo que entonces se estaba proyectando. Se ordenó en todo el campo un ayuno de tres dias, y las tropas confesaron y comulgaron, habiendo ademas recibido indulgencias en los mismos términos que las concedidas á los que habian conquistado el santo sepulcro algunos siglos antes.

Preparado y listo todo, celebró don Juan otro consejo de guerra, en los mismos términos que el anterior, sobre el plan de las operaciones. Fueron algunos de opi-

nion que la escuadra se atuviese á la defensiva, esperando que los turcos los buscasen; mas don Juan, insistiendo siempre en su primera determinacion, y apoyado en las órdenes del rey, se decidió por la ofensiva; idea que al fin fué apoyada por todos los jefes del ejército.

Salió la expedicion de Mesina el 15 de setiembre del mismo año (1571), y el legado del Papa, colocado en el punto mas prominente del puerto, echaba su bendicion sobre cada buque conforme iban desfilando. Llevaba la vanguardia Juan Andrés Doria con cincuenta y cuatro galeras, y órden de ocupar el ala derecha en caso de combate. Se componia su division de siete galeras de Nápoles, diez de Génova pagadas por el rey, y otras dos del mismo estado al sueldo de Doria: dos del pontífice, veinte y seis de Venecia, cuatro de Sicilia y dos de Saboya, mezcladas todas para quitar la rivalidad de las naciones y atender á que los barcos chicos estuviesen resguardados por los grandes. Llevaba la vanguardia banderolas verdes para ser distinguida de las otras divisiones. Iba en el cuerpo de batalla el generalisimo, con setenta y cuatro galeras de banderolas azules, habiéndose colocado en la capitana el estandarte de la liga. Navegaba á la derecha de esta capitana la del pontífice, mandada por Marco Antonio Colonna, y á la izquierda Sebastian Veniero con la de Venecia y la capitana de Saboya, á cuyo bordo iba el príncipe de Urbino. Se componia este cuerpo de batalla de tres galeras del pontífice, trece venecianas, tres de Juan Andrés Doria, tres de España, tres de Malta, que iban todas á la derecha de Marco Antonio Colonna, y al de Veniero la capitana de Génova, otras tres de España, trece de Venecia, tres genovesas al sueldo del rey, dos al de Juan Andrés, tres del pontífice y una de Nápoles. Constaba el tercer cuerpo, que era el ala izquierda, de cincuenta y cinco galeras con banderas amarillas, al mando del proveedor Barbárigo. Se componia de treinta y cuatro galeras venecianas, ocho de Nápoles y de España, dos del pontífice y dos de Doria. El cuarto

cuerpo, que se destinaba á la reserva, estaba al cargo del marqués de Santa Cruz, y se componia de treinta galeras con banderolas blancas, doce de Venecia, cuatro de España, dos del pontífice y doce de Nápoles. Iba de descubierta con veinte ó treinta millas de ventaja don Juan de Cardona con ocho galeras, cuatro de su cargo, dos venecianas y dos de Juan Andrés de Génova. Llevaba este jefe la órden de descubrir y avisar al cuerpo de la armada, de todas las velas turcas que avistase, recogiéndose al cuerpo principal en las horas de la noche.

Caminaba lentamente la escuadra, tanto por conservar la union, cuanto por evitar los malos pasos. En esta disposicion llegó á la isla de Corfú, donde se embarcaron seis piezas gruesas con sus pertrechos y la infantería italiana del cargo de Paulo Ursino. Allí tuvo noticia de que estaba en Prevesa el almirante turco Alí, recien salido de Constantinopla con fuerzas formidables.

Habia tenido avisos oportunos el Gran Señor de la expedicion de los cristianos, y no habia perdido tiempo en preparar sus fuerzas de mar, que salieron de los puertos con órden de buscar á los contrarios. No pensaba el almirante Alí que estos tomasen la ofensiva, y cuando supo que habian salido de Mesina en busca suya, depuso un poco el tono arrogante con que acerca de ellos se expresaba.

Se hallaba entonces la escuadra turca en el trecho de mar conocido con el nombre de golfo de Corinto, y habiendo sabido la proximidad á que se hallaban los cristianos, reunió los capitanes, entre los cuales se hallaba el famoso Aluch-Alí, (1) y deliberó con ellos, sobre si se deberia marchar á ofrecerles la batalla. Fueron algunos de opinion de que seria muy expuesto buscar á ene-

---

(1) Algunos, y entre ellos Cervantes, dan á este renegado el nombre de *El Uchalí*, tal vez con mas propiedad, aunque nos parece que viene á ser lo mismo. Sin embargo, nosotros le escribimos tal cual le hallamos en Cabrera y en Ferreras.

migos, cuyas fuerzas deberian de ser muy grandes, cuando habian tomado la ofensiva. Pero el almirante Alí, ó porque fuese de un carácter mas resuelto, ó por su enemistad y odio al nombre cristiano, ó mas bien por temor al sultan, cuyas órdenes terminantes habian sido de que se cayese sobre el enemigo donde quiera que le hallasen, se obstinó en aceptar la batalla que los cristianos le ofrecian. Así se encontraron con facilidad las escuadras que mútuamente se buscaban.

Tuvo lugar este encuentro en 7 de octubre, cerca de Lepanto, en el golfo de este nombre, y por una coincidencia singular, no lejos del sitio donde poco menos de diez y seis siglos antes, habia sido disputado por Octavio y Marco Antonio el imperio, con pocas excepciones, del mundo entonces conocido. Tenian los turcos á su espalda las costas de la Grecia; los cristianos el mar abierto con la Morea á la derecha y la isla de Cefalonia á la izquierda: las escuadras se acercaban mútuamente: el combate era por lo mismo inevitable. En el último consejo de guerra celebrado en la escuadra turca, se volvió á obstinar el almirante Alí en buscar á los cristianos á pesar de las representaciones que le hicieron en contrario varios capitanes suyos muy experimentados, que ya le habian dado el consejo de retroceder en otras ocasiones.

Se componia la línea de los cristianos de ciento sesenta galeras de frente, mandando la derecha Juan Andrés Doria, la izquierda el proveedor veneciano Barbárigo, y don Juan de Austria, colocado en el centro el cuerpo de batalla. Estaba formado á retaguardia y como de reserva el marqués de Santa Cruz al frente de treinta galeras, á fin de impedir todo ataque que los turcos pudiesen hacer á los nuestros por la espalda. Dispuso el general turco la línea de sus galeras en forma de media luna, y se situó en el centro casi en frente de la capitana, donde iba don Juan de Austria. Preparado todo para el combate, despues de colocarse un gran Crucifijo y la imágen de la Vírgen en el tope de la capitana, pasó el ge-

neralísimo á bordo de una lancha ó esquife, y recorrió la linea exhortando á todos á conducirse con valor contra los enemigos de la fé cristiana. Algunos dicen (1) que llevaba en la mano un Crucifijo con que redobló el entusiasmo de la gente de todas las galeras, que le victorearon pidiendo con ardor que empezase cuanto antes la batalla. Entonces se leyeron de nuevo en alta voz las indulgencias concedidas por el pontífice en favor de los valientes defensores de la fé católica. Debia de ser muy vistoso y muy sublime el espectáculo que ofrecian tantos buques con sus velas, banderas y estandartes desplegados que se reflejaban en las aguas; realzado el cuadro con las voces de la gente, el sonido de los clarines, trompetas, atabales y demas instrumentos bélicos que se repetian en las playas inmediatas. Anunciaron el momento de la pelea dos cañonazos disparados, uno de la capitana turca y otro de la nuestra, y las dos escuadras empezaron el combate.

No estaba en aquellos tiempos tan adelantada la táctica naval como en los nuestros, donde los navíos forman varias líneas y trozos, imitándose en el mar casi las mismas evoluciones que se practican en los ejércitos de tierra. Eran entonces los combates en cierto modo mas individuales. Cada buque atacaba al que tenia de frente, y se trababan ambos tan de cerca por las proas ó bien por los costados, que se venia por lo regular al abordaje, y se peleaba casi siempre al arma blanca. Eran asi los combates mas mortíferos, mas sañudos y mas encarnizados. No podian faltar estos caractéres en la batalla de Lepanto, donde tantas naciones combatian á vista de sus jefes; donde se disputaba el imperio del Mediterráneo; donde cada uno consideraba á su rival como enemigo de su fé, y creia hacer una obra grata á la Divinidad procurando su esterminio. No describiremos pues menudamente un

---

(1) Entre ellos Vanderhammen en su vida de don Juan de Austria.

combate en que todos los buques, con poca excepcion, chocaron mútuamente, donde eran casi iguales el arrojo y la furia con que unos y otros peleaban. Varias ventajas conseguian algunos de los nuestros, tomando ó echando á pique buques enemigos. No eran muy pocos los que nosotros perdíamos á impulso de la furia turca, pudiendo decirse que despues de algunas horas de pelea, no se podia afirmar hácia qué lado se inclinaba la victoria. Mientras tanto se llenaba el mar de cadáveres, de cuerpos destrozados, de náufragos que pedian auxilio, de restos de buques despedazados por la artillería, y como era tan corto el espacio en que se peleaba, se puede decir, sin figura de retórica, que tenian sus olas ya color de sangre. No es necesario haberse hallado en un combate naval al imaginar la escena de tumulto, confusion y horror que ofrecen estos choques tan terribles; para concebir el ruido espantoso de la artillería, los gritos de los combatientes, los alaridos de los moribundos, cuyos ecos retumbaban en las inmediaciones; para ver en fin un teatro de destrozos y de horrores, donde poco antes se ofrecia el espectáculo de buques tan vistosos y tan engalanados.

No estaban ociosas durante esta refriega las dos capitanas cristiana y enemiga. Desde el principio de la accion se acometieron mútuamente, con el mismo arrojo que á las otras distinguia. Rodeaban la otomana siete galeras en clase de auxiliares, y como al lado de la de don Juan no habia mas que dos, acudió de la retaguardia el marqués de Santa-Cruz con otras siete para reforzarle. A las inmediaciones de la capitana de don Juan de Austria, se hallaban la de la Iglesia, mandada por Marco Antonio Colonna, y la de Venecia, por Sebastian Veniero. Todas ellas peleaban con los buques que tenian al frente, mas la capitana de don Juan solo daba embestidas á la que mandaba Alí en persona, siendo la furia y encarnizamiento igual por ambas partes. Una vez llegaron á entrar las tropas de don Juan á bordo del bajel contrario; mas

fueron repelidas con notable pérdida. Hacia don Juan las funciones de soldado y capitan en su navío, animando á todos con su voz y dando ejemplo, colocado en los parajes de mas riesgo. Como general en jefe de la escuadra, debia de cesar su influencia desde que empeñado el combate general, pendia la victoria del arrojo individual, pues no se trataba entonces ni de movimientos ni de evoluciones. Sin embargo los del ala derecha estuvieron siempre muy solícitos, para que los turcos no pasasen como lo intentaban, entre ellos y la costa, con objeto de ponerse á retaguardia de los nuestros. Se vió en grande apuro Juan Andrés Doria con la galera de Malta; mas fué socorrido á tiempo por la de don Juan de Cardona, aunque Aluch-Alí habia logrado separar la capitana de la Orden, y tomarla al abordaje, habiendo perecido casi toda su gente, quedando mortalmente herido el capitan Pedro Justiniano.

Tambien por la izquierda el proveedor Barbárigo sostenia rudos choques, habiendo sido atacada por cinco turcas su galera. Socorrido por otras españolas, volvió á la carga, restableciendo por aquella parte la batalla en que se creian ya los turcos vencedores.

Duraba así el conflicto con ventajas y pérdidas iguales, cuando habiendo hecho un nuevo esfuerzo la capitana de la Liga sobre la turca, se llegó por segunda vez al abordaje. Capitaneados por don Lope de Figueroa, don Bernardino de Cardona y don Miguel Moncada, penetraron los nuestros por la galera enemiga, arrollando á la arma blanca á cuantos se les ponian por delante. El almirante Alí fue muerto de un arcabuzazo. Inmediatamente se apoderaron del estandarte imperial turco, á quien daban el nombre de Sanjac, y colocaron en su lugar una cruz grande, en signo de victoria. Redoblaron con este espectáculo y el de la cabeza de Alí colocada en una pica, el entusiasmo y furia de los nuestros, y desde entonces comenzó la total derrota de los otomanos. Los forzados cristianos que se hallaban á

bordo de las galeras turcas, viendo la ocasion oportuna de romper sus hierros, se levantaron contra sus verdugos y contribuyeron al triunfo de los nuestros. Varios jefes turcos, entre ellos Aluch-Alí, viendo ya infalible la derrota, abandonaron el campo de batalla, sin exponerse á mas azares, maldiciendo al general en jefe, á cuya ciega temeridad habian debido aquel desastre. Sin embargo, era tal la confusion, tal el desórden, que á pesar de estar ya declarada la victoria por los cristianos, continuaba con toda su furia la pelea: ¡á tanto llegó la ciega obstinacion de un gran número de buques turcos! Mas las tinieblas de la noche pusieron fin á la contienda, y los cristianos pudieron celebrar su triunfo con músicas é iluminaciones.

Resonaron en todos los ángulos de la cristiandad los ecos de la batalla de Lepanto. Ninguna fué mas celebrada en aquel siglo, sobre todo, por los príncipes católicos. La victoria fué brillante; mas sobrado cara. Perdimos en ella muchos buques, no pocos esclarecidos capitanes. Todas las naciones rivalizaron en valor y arrojo, y esta alabanza se debe tanto á los turcos como á los cristianos. Pelearon valerosamente entre los nuestros el príncipe de Urbino, Paulo Jordan, el conde de Santa Flor, Ascanio de la Corne, Octavio Gonzaga, Vicente Vitelli, el prior de Hungría, Pompeyo de Lanoy, hijo del príncipe de Sulmona, don Luis Requesens, don Pedro de Padilla, don Bernardino de Velasco y don Martin de Padilla. Merece particular mencion el príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, que se hallaba en calidad de aventurero, y entró al abordaje en el barco turco donde iba Mustafá, proveedor de la escuadra, y cuya cabeza fué enarbolada en una pica. Increible parece por lo enorme la pérdida de los otomanos. Murieron mas de doscientos turcos principales, treinta gobernadores de provincia, ciento y sesenta beyes, agaes y otros principales jefes del ejército. Igualmente perdieron la vida otros treinta mil, ascendiendo á diez mil el número de los prisioneros. Se libertaron

quince mil cristianos de todas las naciones, y se tomaron ciento sesenta y cinco galeras, aunque en la reparticion no hubo mas que ciento y treinta, habiéndose quemado las restantes por inútiles.

Pasaron á felicitar el dia siguiente á don Juan de Austria los diferentes cabos de la armada, y se celebró la victoria con toda clase de festejos. Eran muy debidos á tan gloriosa accion; aunque muy pocas fueron seguidas de menos importantes resultados.

Llegó la noticia de la victoria de Lepanto al rey de España, hallándose en el Escorial, con motivo de celebrar la octava de Todos Santos, como lo tenia de costumbre. Recibió y escuchó al mensajero con la circunspeccion y gravedad que siempre usaba, siendo tan mesurado en manifestar alegría, como en dar muestras de tristeza y pesadumbre. Hizo inmediatamente que los monges la celebrasen con solemnes cultos, y mandó que se depositase en el templo el estandarte turco que don Juan le remitia. Refieren algunos (1) que le dieron al rey la noticia cuando se hallaba asistiendo á vísperas; que sin hacer caso en la apariencia de semejante novedad, continuó de rodillas todo el tiempo que duró aquel acto, concluido el cual, se acercó al prior, encargándole mandase cantar un solemne Te Deum, por una gran victoria que acababan de alcanzar sus armas.

---

(1) Entre otros el P. Sigüenza en su historia de la Orden de san Gerónimo.

CAPITULO XXXV.

Continuacion del anterior.--Pocos resultados de la victoria de Lepanto.—No siguen los cristianos el alcance.—Se retiran las escuadras á sus paises respectivos. — Campaña inútil de 1572.—Ajustan la paz los venecianos con los turcos.-- Expedicion de los españoles sobre Túnez.—Le toman.--Manda don Juan de Austria construir un fuerte cerca de esta plaza.--Salida de Constantinopla de la escuadra enemiga.--Se apoderan los turcos de Túnez, del fuerte recien construido, y del de la Goleta (1).

1571—1574.

Estaba la escuadra otomana destruida, y el terror de la derrota ya esparcido en las primeras provincias del imperio. Llegó el espanto hasta los mismos muros de Constantinopla, y el sultan quedó como aterrado al saber un desastre que le llenaba de tanto mas dolor, cuanto esperaba á cada momento la noticia de una gran victoria. Parecia pues natural que los aliados aprovechasen el favor de la fortuna, persiguiendo al enemigo, consumando la destruccion de su escuadra, dando la mano á los cristianos de la Morea, que deseaban sacudir el yugo de los turcos; arrancando á éstos las conquistas que habian hecho en varias islas del Archipiélago, volviendo á plantar en las de Rodas y Chipre el pendon de los cristianos. Tal vez si se hubiesen presentado cuando duraba el terror de su nombre delante de Constantinopla, hubiesen conquistado esta silla del imperio turco; pues preparados se hallaban á combatir en su auxilio todos los cristianos de la capital, y sobre todo, los innumerables genoveses que habitaban los barrios de Pera y de Galata. Tal era la brillante perspectiva de fortuna y gloria que se ofrecia á los ojos de la escuadra vencedora. Fueron muchos, pues, los que opinaron por la incesante persecucion de los turcos,

---

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

porque se cogiesen todos los frutos de la gran victoria, en el consejo que se celebró para deliberar sobre las operaciones ulteriores; mas prevaleció el dictámen de los que alegaron la proximidad del invierno, los grandes gastos de la campaña, la dificultad de hacerse con víveres y municiones, y la imprudencia de exponerse á perder, por ganar mas, lo que habian ya obtenido, y que era por entonces de bastante consideracion, para quedar muy satisfechos. Con esta determinacion á todas luces tan desacertada, se salvaron tal vez los turcos, si no de una ruina total, á lo menos de gravísimos desastres. Aparece probable que no se hallaban en la mejor inteligencia los miembros de la liga; que influyó demasiado en los consejos la rivalidad de naciones, y sobre todo, que no se miraba con buenos ojos la república de Venecia, á la que debia adjudicarse por el tratado de la liga cuanto se conquistase en la Morea.

Habiéndose decidido terminar de este modo la campaña, y no queriendo batir la plaza de Lepanto, cuya expugnacion les pareció difícil, llegaron el 12 de octubre á Santa Maura. Allí dió don Juan gracias á Dios por la victoria con una solemne funcion de iglesia, con misa, sermon y procesion, á que asistieron los muchos clérigos y frailes que iban en la armada. Se procedió despues á la reparticion de los despojos, en cuyos pormenores entramos para hacer ver mejor lo decisivo de la victoria de Lepanto. Se asignó al rey la capitana del turco, y ademas ochenta y un buques, sesenta y ocho cañones grandes, doce pedreros, ciento sesenta y ocho piezas menores llamadas sacres, y tres mil y seiscientos esclavos. Al pontífice veinte y siete galeras, nueve cañones gruesos, tres pedreros, cuarenta y dos sacres y doscientos esclavos. A Venecia cincuenta y cuatro barcos, treinta y ocho cañones, seis pedreros, ochenta y cuatro sacres y cuatrocientos esclavos. Tocaron de derecho al generalísimo diez y seis buques, setecientos veinte esclavos, y la décima parte de todas las piezas que se habian cogido. Tambien

quedaron en su poder los hijos de Alí-Baja, y cuarenta y siete principales personajes turcos.

Hecho este reparto tomó don Juan de Austria la vuelta de Mesina, donde fué recibido como en triunfo por todas las autoridades eclesiásticas y civiles de la ciudad, y se celebró de nuevo la victoria con funciones magníficas de iglesia y toda clase de festejos públicos.

Es probable que el generalísimo desease aprovecharse de la victoria conseguida en Lepanto, persiguiendo á los enemigos sin dejarles tiempo para repararse, dando la mano á los pueblos cristianos que deseaban sacudir el yugo de los turcos. Estaba sin duda en el carácter y en las miras de un príncipe jóven, á quien alentaban sus triunfos anteriores, y se hallaba animado de la ambicion tan propia de su edad y de su clase. Tal vez le arredraron para seguir el alcance de los enemigos, las órdenes terminantes del rey, de no hacer la guerra muy lejos de sus estados de Italia. Mas al tomar semejante disposicion Felipe II, no contaba sin duda con que sus armas alcanzarian la victoria decisiva de Lepanto. Tambien debió de hacer desmayar al generalísimo el poco ardor que en la prosecucion de la victoria mostraron los venecianos, principalmente interesados en las otras ulteriores. De todos modos manifestaron los jefes de las naciones respectivas mas deseos de mostrarse triunfantes en sus capitales, que de correr los azares de una nueva campaña en medio del invierno.

Fueron recibidos en efecto en Venecia Sebastian Veniero y el proveedor Barbárigo, con todas las demostraciones de regocijo y alegría manifestadas siempre á vencedores que vuelven al seno de su pais cubiertos de laureles. En iguales términos hizo su entrada en Roma Marco Antonio Colonna, recibiendo de Pio V las alabanzas á que se habia hecho acreedor, y los honores con que tuvo á bien recompensar el gran servicio que acababa de hacer á los intereses de la Iglesia. Mayores pompas, demostraciones mas solemnes de agradecimiento

aguardaban á don Juan para cuando se presentase á recibirlas de manos del pontífice.

Mientras los vencedores se dormian sobre sus laureles, se afanaba en reparar sus pérdidas el Gran Señor, y en poco tiempo, á fuerza de actividad, y con los grandes recursos de que disponia, llegó á poner en el mar una escuadra casi tan numerosa como la que habia sido destrozada. No eran tan costosos entonces estos armamentos como ahora, y los buques de guerra, como mas pequeños, se construian tambien con mas facilidad y en menos tiempo. Así la derrota de Lepanto no hizo perder al Gran Señor ninguna de sus posesiones marítimas, ni produjo á los cristianos mas ventajas que estériles laureles, acompañados de la mengua de no saber aprovecharlos. Hasta la primavera del año siguiente de 1572, no dieron muestras de ponerse en movimiento. Pasó aquel invierno don Juan de Austria, tanto en Nápoles como en Venecia y en Corfú, y en todas partes fué recibido con grandísimos festejos. En la capital del orbe cristiano le dió el pontífice todas las muestras posibles de agradecimiento y cordialidad, celebrándose en su obsequio solemnes cultos en la basílica de San Pedro. Se dice que Pio V al abrazarle, le dijo estas palabras del Evangelio: *«Hubo un hombre llamado Juan,»* para hacerle sentir lo penetrado que estaba de la importancia de sus triunfos. Era opinion pública, que el pontífice le habia prometido reconocerle por rey del primer territorio de consideracion que á los turcos conquistase. Debió sin duda de ser esta oferta muy lisonjera para don Juan de Austria, mas no para su hermano, cuya suspicacia no tenia límites tratándose de las personas que en nombre suyo ejercian mandos. Desde entonces no quitó los ojos de todos los pasos de don Juan, hallando cada dia nuevas pruebas de los designios de este príncipe. Con el tiempo haremos ver los graves y hasta funestos resultados que produjo al fin esta desconfianza del rey, ó mas bien su gran disgusto de que don Juan de Austria aspi-

rase á ser mas que el simple agente de sus supremas voluntades.

Llegó don Juan á Mesina por abril, para preparar las fuerzas que debian salir á la mar en la próxima campaña. Subsistia aún la liga ó confederacion entre las mismas tres potencias contra el turco, aunque se habian suscitado quejas y rivalidades de que adolecian las operaciones. Contribuyó asimismo á su poca eficacia la muerte del que habia dado á la liga su impulso principal, á saber, el famoso Pio V (1572), célebre por mas de un título en la historia de aquel siglo. Temia el rey que el sucesor no fuese de su parcialidad; que tal vez favoreciese al rey de Francia, de cuya ruptura con España se hablaba mucho entonces, y se daba casi ya por cierta en vista del favor que los calvinistas gozaban en aquella córte. Como se hallaba entonces la guerra tan encendida en los Paises-Bajos, daba gran cuidado á Felipe II el que Francia llegase á proteger abiertamente á los flamencos. Mas los temores no duraron mucho. Ganó ascendiente en el ánimo del rey de Francia el partido de los Guisas, jefes de la faccion católica, adictos en un todo al rey de España, y por otra parte el nuevo pontífice, Hugo Buon Compagno, que tomó el nombre de Gregorio XIII, al subir á la silla de San Pedro mostró el mismo celo que su predecesor por los intereses de la liga. Dió con esto nuevas órdenes al rey para que cuanto mas antes se pusiesen sus galeras en campaña, si bien ya se habia perdido mucho tiempo y la ocasion de hacer conquistas.

Mientras don Juan se hallaba todavía en Mesina, salieron de Venecia Marco Antonio de Colonna, jefe de las galeras del pontífice, y el proveedor Barbárigo, en busca de los turcos. Llegaron á Corfú, donde haciendo muestra de la escuadra, se hallaron con ciento sesenta galeras, diez y seis galeazas y veinte navíos. Allí aguardaron á don Juan; mas viendo que no llegaba, ó deseando alzarse solos con la gloria, se pasaron á Cefalonia con

objeto de hacer un desembarco en la Morea. Mientras tanto se hallaba en el seno de Epidaura el nuevo almirante otomano Aluch-Alí con doscientas galeras y veinte y cinco galeazas, fuerza, como se vé, superior á la cristiana. Sabedor de su proximidad salió en busca suya, y se dieron vista unos y otros á principios de agosto de aquel año (1572). Se tomaron las disposiciones para una batalla. Mandaba el costado derecho de la armada cristiana el general veneciano Soranzo; el izquierdo el de la misma nacion Canaleto, y el cuerpo de batalla Marco Antonio. Mas los turcos no aguardaron el choque, y se retiraron sobre las costas de la Morea, amenazadas de un desembarco de los venecianos.

Ya el Sultan, sabedor del gran peligro que corria aquel pais, le habia hecho guarnecer de tropas que habian bajado á toda prisa de la Macedonia, atravesando el golfo de Corinto. Así, por la poca actividad perdieron los cristianos la ocasion de apoderarse de una rica provincia que los estaba aguardando con tanta ansia. Lo mismo les sucedió con la Albania y otros paises de aquellas costas, cuyos habitantes estaban preparados á hacer armas contra los turcos inmediatamente que se viesen favorecidos por las fuerzas de la liga.

Se presentó don Juan de Austria en Corfú al regreso de las galeras de Venecia y del pontífice. Mostró mucho enojo por el mal resultado de su operacion, que atribuyó á no haberle aguardado, como estaban convenidos, para obrar de concierto con todas las fuerzas reunidas. Culparon los otros su tardanza y le hicieron ver que no habian podido diferir su salida por la premura del tiempo, hallándose ya la buena estacion tan avanzada. El resultado de todo fué que en el año 1572 nada hicieron las fuerzas de la liga.

El rey de España, cuyos asuntos en Flandes y Francia se hallaban entonces en un estado de prosperidad, como haremos ver en su lugar correspondiente, resolvió hacer nuevos esfuerzos para la próxima campaña de 1573,

disponiendo que el número de galeras llegase hasta trescientas; pero cuando mas ocupado se hallaba en estos preparativos, ajustaron la paz los venecianos con Selim, sin dar antes aviso á las otras dos potencias coligadas. Causó esto una desagradable sensacion, y la república pasó por infractora de los tratados de la confederacion, y hasta por traidora á la fé católica por la que todos peleaban. No admitió las escusas el pontífice cuando trataron de darle explicaciones de su conducta, atribuyéndola á lo imperioso de las circunstancias. Respuesta mas ágria todavía dió el rey de España á sus embajadores, que intentaron convencerle de su recto proceder, manifestándoles los inmensos gastos y sacrificios que le habia acarreado una guerra cuyas ventajas iban á redundar principalmente en beneficio de los venecianos, pues á ellos se les adjudicaba cuantas conquistas se hiciesen en la Morea y en la Albania.

A pesar de la separacion de los venecianos de la liga, no desistió el rey de España de los preparativos en que tan empeñado estaba, y ayudado de las fuerzas del pontífice, que se mantuvo fiel á los tratados, resolvió continuar una guerra en que tan interesada se hallaba su reputacion y el bien de tantos estados del Mediterráneo.

Inmediatamente que llegó á don Juan de Austria la noticia de la paz celebrada por los venecianos, quitó de su capitana el estandarte de la liga, sustituyéndole con el del rey de España. Hallándose á la cabeza de ciento y cincuenta galeras, reunió su consejo para deliberar sobre las operaciones de la próxima campaña, manifestando que por haberse separado los venecianos de la liga, no se obraria con menos vigor contra los turcos. Fueron unos de opinion que se marchase en busca de Aluch-Alí, que se hallaba al frente de la escuadra turca despues de la batalla de Lepanto. Fueron otros de dictámen, y entre ellos el marqués de Santa Cruz, que se cayese sobre Argel, y que despues de ganada esta plaza se procediese á la conquista de Túnez y de Trípoli. Querian otros que

dejando la primera empresa, que se tenia por muy difícil y arriesgada, se marchase en derechura sobre Túnez, como mas fácil y segura. Mas don Juan de Austria no se determinó á resolver sobre estos puntos, sin consultarlos antes con el rey de España.

Dió el rey por respuesta que la expedicion se dirigiese á Túnez, y que conquistado este punto se arrasasen sus fortificaciones, haciendo lo mismo con el fuerte de la Goleta, por los infinitos gastos que ocasionaba la conservacion de unos puntos tan distantes, sin ningun provecho para España. Tal vez influyó en esta determinacion de arrasamiento el temor de que don Juan aspirase á ser rey de Túnez, segun se lo habia ofrecido el pontífice, como el primer estado que sobre los enemigos de la fé de Cristo conquistaba; mas no hay duda de que en la conservacion de estos puntos fuertes de la costa de Africa se invertian sumas enormes, dando lugar á muchos fraudes en detrimento de la hacienda del rey; tal era entonces la voz pública (1).

(1573.) Mientras se ocupaba don Juan en Nápoles en los preparativos de la expedicion, se acercó Aluch-Alí á las costas de Calabria á espiar los movimientos del ejército cristiano, y luego que se hubo enterado de lo que se trataba, tomó la vuelta de Constantinopla, adonde llegó en setiembre del mismo año. Mas á pesar de la actividad desplegada por el Gran Señor, pues era su designio atacar el fuerte de la Goleta y asegurar el reino

---

(1) Es muy curioso lo que sobre el particular dice Cervantes en su *Don Quijote*, y pone en boca del capitan cautivo. Hablando éste de la toma de Túnez y arrasamiento del fuerte y de la Goleta por los turcos, se expresa en estos términos: «Pero á muchos les pareció, y asi me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España el permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Cárlos V, como si fuera menester para hacerla eterna que aquellas piedras la sustentáran.»

de Túnez en la primavera próxima, tuvo antes lugar la expedicion de los cristianos.

Salió don Juan de Nápoles en octubre de 1573, y dejando en Sicilia á Juan Andrés Doria con cuarenta y ocho galeras, á fin de acudir con ellas á Génova si necesario fuese, por los disturbios de que era entonces teatro aquel pais, continuó su viaje con ciento y cuatro, y ademas cuarenta y cuatro buques de gran porte, doce barcones, veinte y cinco fragatas, veinte y dos falúas, con casi veinte mil infantes, setecientos y cincuenta gastadores, y cuatrocientos caballos ligeros con buena artillería y abundancia de municiones, pertrechos de sitio, y bueyes para arrastrar los cañones. Acompañaban ademas la expedicion, lo mismo que las anteriores, muchísimos aventureros, caballeros de distincion, tanto españoles como de los diversos estados de la Italia. Aportó don Juan á la isla de Fabiniana, á doce millas de Sicilia, y de allí envió las naves delante á cargo del duque de Sesa, camino de Túnez, á cuya vista llegaron sin el mas pequeño contratiempo.

Obedecia entonces este estado las leyes de un usurpador llamado Muley-Hamida; y cuando usamos la voz *usurpador*, queremos solo dar á entender que era el último que acababa de hacerse dueño de aquel pais violentamente, pues por lo regular no se apoyaba en otros derechos la posesion de los estados berberiscos. Se hallaba entonces ausente el Dey, y la plaza de Túnez guarnecida por seiscientos turcos. Mas á pesar de esta fuerza y de cuarenta mil hombres mas del pais de que el gobernador podia disponer, abandonó la ciudad sin hacer ninguna resistencia.

Entraron en Túnez los cristianos, y á pesar de que los turcos se habian llevado en la retirada objetos de mucho valor, hicieron un botin muy rico, apoderándose ademas de gran cantidad de pólvora y mas municiones, de cuarenta y cuatro piezas de artillería, y toda clase de pertrechos militares. A pocos dias llegó don Juan de

Austria reforzado con dos mil y quinientos soldados viejos que acababa de sacar de la Goleta, reemplazándolos con otros tantos que no tenian ninguna experiencia de la guerra. A cumplir exactamente con las órdenes del rey, en caso de ser tan terminantes, era todo su negocio desmantelar á Túnez, arrasar sus fortificaciones, y hacer en seguida lo mismo con el fuerte de la Goleta, llevándose la guarnicion consigo; mas la riqueza del pais, y el ser Túnez cabeza principal de un vasto territorio, le indujo á una conservacion, que tuvo con el tiempo funestos resultados. En lugar de arrasar las fortificaciones de Túnez, encargó á Gabriel Serveloni, famoso ingeniero italiano de aquel tiempo, la construccion de un fuerte para la mayor defensa de la plaza.

Inverosímil parece esta conducta de don Juan de Austria, en abierta oposicion con las órdenes del rey, y solo se explica con la hipótesis de que no eran tan terminantes como se ha indicado. Tal vez al mismo tiempo que manifestaba el rey su voluntad, le dejaria libre de obrar de otra manera si mejor le pareciese. De todos modos, se censuró mucho en la córte de España la determinacion de don Juan, y se le acusó de querer hacerse rey de Túnez. Tal vez fué esta su intencion; mas es un hecho que restituyó su estado á su antiguo Dey Muley-Hamet, que no se hallaba lejos. Despues de haber arreglado todo lo necesario para la pronta construccion del fuerte y la mayor seguridad de la Goleta, donde dejó por general á don Pedro Portocarrero, hombre poco experimentado en la defensa de plazas fuertes, tomó la vuelta de Sicilia, y á principios de noviembre pasó á invernar á Nápoles, *porque la gentileza de la tierra y de las damas en su conversacion, agradaba á su gallarda edad* (1).

Se alarmó mucho el Gran Señor con la conquista de Túnez por las armas de don Juan de Austria; mas en

(1) Palabras de Luis Cabrera, en su vida de Felipe II, libro X, capítulo XI.

vez de aflojar en sus preparativos, redobló su actividad para entrar en campaña con el objeto ya indicado. Le incitó mas y mas á la empresa el almirante Aluch-Alí, pues como era Dey de Argél le causaba muchos temores la proximidad de los cristianos. Mientras se completaban los preparativos, escribió el Gran Señor á los jefes de los pueblos de la vecindad de Túnez, y con amonestaciones y amenazas se puso en armas todo aquel pais, causando mucha alarma á los cristianos. Entonces se conoció lo prudente que habia andado el rey de España en su órden de desmantelar unos puntos fuertes de que no sacaba la menor ventaja.

Supo don Juan en Nápoles los preparativos de Selim, y aunque conoció tan tarde su gran falta, tomó disposiciones para conjurar la tempestad que á su conquista amenazaba. Mandó á don Juan de Cardona y á don Bernardino de Velasco con refuerzos para Túnez y la Goleta, sacando al mismo tiempo los trescientos hombres que habian quedado en el fuerte de Biserta que desmantelaron. Mas eran pocas estas nuevas fuerzas para los ataques que las aguardaban: se habia adelantado muy poco en la construccion del nuevo fuerte encargada á Serveloni, sea por descuido de éste, sea por falta de recursos necesarios. Se achacaba en parte el atraso de estas obras y la escasez de gente de la guarnicion de Túnez y de la Goleta, á la mala voluntad del cardenal Granvella, virey á la sazon de Nápoles, y que no cumplió el encargo que le hizo don Juan de atender á Túnez, cuando tuvo éste que trasladarse á Génova á arreglar los disturbios que dejamos dicho. Asi se encontraron por un lado Serveloni, gobernador del nuevo fuerte, por el otro Pedro Portocarrero, comandante en la Goleta, abandonados á sus propias fuerzas, mientras todo el pais estaba en armas, y el alcaide de Trípoli se habia interpuesto entre los dos con cuatro mil hombres para interceptar la comunicacion entre ambos puntos.

Salia mientras tanto, á fines de junio de 1574, de

Constantinopla la armada turca, compuesta de doscientas y treinta galeras, cuarenta bajeles de carga y cuarenta mil soldados de Africa y de Europa, y entre ellos siete mil genízaros. Estaba toda esta fuerza encargada al mando de Sinam-Bajá, yerno del Sultan, por creer que su nombre seria de mas autoridad entre las potencias berberiscas. A 11 de julio llegaron á vista de Túnez, de cuya plaza se apoderaron los turcos al momento, pues aunque su rey Muley-Hamet se hizo con un cuerpo respetable de infantería y de caballería, se vió abandonado de los suyos, ó por desafecto á su persona, ó por temor á las mayores fuerzas de sus enemigos.

Tomada la ciudad, restaba para concluir la campaña la expugnacion de los dos fuertes. Parecia natural que hallándose en un estado tan imperfecto el nuevo, pasase Serveloni con su guarnicion á la Goleta, que como mas avanzada en el mar, podria resistirse mientras le llegase algun socorro. Mas se obstinó el italiano en mantenerse en su primera posicion, y así se vieron los dos fuertes aislados, sitiados al mismo tiempo por fuerzas formidables. En vano pidieron ambos auxilios al virey Granvella, pues éste les respondió que se hallaba con muy pocas fuerzas, y que de ningun modo las podia distraer para otras atenciones.

Aumentaba los embarazos de la situacion el que don Pedro Portocarrero, gobernador de la Goleta, no tenia ninguna experiencia del cargo que le estaba encomendado. Desde el principio del asedio comenzó á titubear y aun á dar indicios de querer rendirse. Mas los otros capitanes le hicieron ver lo desacertado de su resolucion, y que les restaban todavía muchos medios de resistencia. Así quedó su mando como nulo desde aquel momento.

Sitiaba la Goleta el mismo Sinam-Bajá en persona, mientras el alcaide del Carban hacia lo mismo con el fuerte. Se apretaba muchísimo el cerco del primero. Ya estaban los muros medio derribados por las baterías turcas colocadas á trescientos pasos de distancia. Habiéndose

llegado á cegar los fosos con faginas, troncos de árboles y mas materiales que venian á bordo de la escuadra de Aluch-Alí, no restaba ya otra cosa que el asalto. Se verificó este el dia 23 de agosto por tres partes. Atacaron los turcos con furor, y con el mismo se batieron los cristianos; mas reducidos éstos á pequeño número y la plaza sin defensas, fué rendida despues de cinco horas de pelea, y los turcos entraron al pillaje, haciendo prisioneros á sus defensores.

Igual mala fortuna estaba reservada al fuerte, que se rindió al fin, pero despues de haber hecho mas resistencia que el de la Goleta. La guarnicion no era tan numerosa, y las obras mas importantes no estaban concluidas. Llegaron los sitiadores á levantar una trinchera tan alta como el muro, y ademas apelaron al recurso de la mina. Pero Serveloni, aunque habia cometido algunas faltas, las borró peleando como gobernador y como soldado, poniéndose el primero en todos los peligros. A mil quedaba reducido el número de sus defensores; mas no quisieron entregarse, y aguardaron el asalto. Trescientos murieron en el primero, que duró tres horas. Doscientos mas perdieron en el segundo, que duró cinco. Viéndose reducidos á tan pocos tuvieron que rendirse, quedando prisioneros en poder de los turcos, Serveloni y sus primeros oficiales. Padecieron enormes pérdidas los turcos en estos dos asedios; mas no es creible que hubiese llegado á diez mil el número de sus muertos, como algunos lo aseguran.

Así se perdió la plaza de Túnez que acabábamos de conquistar, y el fuerte de la Goleta que teníamos en nuestro poder desde el año 1535, época de la expedicion de Cárlos V. Grave falta cometió don Juan en haber desobedecido las órdenes del rey; pero lo fué mayor todavía el no haber hecho mas por su conservacion, sin contar con las fuerzas formidables de que podia disponer el Gran Señor para arrancarnos la conquista. De todos modos se vé que despues de tres años de expedi-

ciones, de enormes gastos, de gran pérdida de gente, y sobre todo despues de una victoria tan decisiva y gloriosa como la de Lepanto, no tuvimos otro fruto ni otro resultado que dejar el fuerte de la Goleta en manos de los turcos.

Hicieron estos lo que antes debiera haber hecho don Juan de Austria, esto es, desmantelarle y arrasarle, practicando lo mismo con el fuerte recientemente construido. En cuanto al rey, en medio de la mortificacion que le causó este desastre de sus armas, dió órdenes para que se reparasen las fortificaciones de Oran y Mazalquivir, haciendo construir un nuevo fuerte llamado de Santa Cruz, con objeto de apoyar á las dos plazas.

A fin de 1575 regresó don Juan de Austria á España por mar, en dos galeras, habiendo desembarcado en Barcelona. Segun algunos, fué este viaje contra la espresa voluntad del rey, quien le envió órden para trasladarse en derechura á los Paises-Bajos. Mas esto no es probable, porque don Juan de Austria no fué nombrado gobernador general de Flandes hasta muy entrado el año siguiente, como lo haremos ver mas adelante. Lo que no admite duda es que Felipe II estaba descontento de él por su conducta en Túnez y por sus aspiraciones al carácter y dignidad de soberano. Mas prescindiendo de estas conjeturas, fué don Juan recibido en la córte sin muestras de desagrado por parte del monarca. Pronto le veremos figurar de nuevo en un teatro donde no le sonrió tanto la fortuna como en los dos primeros.

CAPITULO XXXVI.

Disturbios y alborotos en Génova.--Nobles antiguos.--Nobles nuevos.--Salen de la ciudad los primeros.--Interviene el rey de España.--El legado del Papa.--Pacificacion.

1573—1574.

Habiendo hecho mencion de los disturbios que habia en Génova cuando se proyectaba la expedicion de las fuerzas españolas sobre Túnez, creemos de nuestro deber dar una idea sucinta de aquellos acontecimientos, omitidos entonces por no interrumpir el hilo de la historia. No es de este sitio trazar la de aquella república, que ha desaparecido hace algunos años del mapa político del mundo. Floreció como otras muchas en los siglos que se llaman de la edad media, y á excepcion de Venecia, que le era superior, ocupaba el lugar preeminente. Se distinguia por el comercio, por sus establecimientos marítimos, y hasta por sus conquistas, contando entre sus adquisiciones la isla de Córcega, cuyo territorio excedia en superficie al suyo propio de la tierra firme. Degeneró su gobierno, como sucedió en muchos estados de la propia clase, de democrático que era á los principios, en aristocrático, no saliendo las riendas del estado de las manos de las principales familias del pais, que se repartian el poder con exclusion de las clases inferiores. Habian tenido relaciones de alianza con los reyes de Francia, que con frecuencia se erigian en sus *protectores*, haciéndoles pagar caro este favor, que no les dispensaban sino á título de mas poderosos y mas fuertes. Tuvieron sérios altercados con objeto de sacudir este yugo con los reyes Cárlos VIII, Luis XII y Francisco I, sin conseguir una emancipacion tan deseada. Todavía no tenian entonces un administrador ó magistrado supremo, y en el gobierno habia en rigor tantas cabezas como familias podero-

sas, ejerciendo la mayor influencia la que entre ellas era la mas rica ó mas servicios prestaba á los intereses del Estado. Ocupaba en tiempo de Francisco I y Cárlos V este lugar distinguido entre los magnates de Génova, el famoso Andrés Doria, uno de los principales marinos de aquel tiempo. Ayudaba á Francisco I en sus guerras con sus galeras y gente de mar; pero habiéndose indispuesto con este soberano, se pasó al servicio del emperador, y en seguida al de su hijo, en el que se mantuvo hasta su muerte, habiéndoles mostrado la mayor fidelidad en cuantas empresas se le encomendaron. Siguió su ejemplo su sucesor Juan Andrés Doria, segun acabamos de ver, en las últimas guerras entre los príncipes de la liga y el Gran Turco. Se reconocia á Felipe II como protector de Génova, y bajo sus auspicios se habian hecho algunas reformas en el gobierno del Estado, siendo entre otras la creacion de un Dux ó duque que ejercia las funciones de supremo magistrado. Tambien se habia introducido la innovacion de agregar algunas familias poderosas que llamaban de nobleza nueva, á las antiguas que estaban en posesion de ejercer esclusivamente los principales cargos públicos. Comenzaron, pues, los disturbios por las rivalidades entre estas dos clases de nobleza, pugnando las primeras por no ceder, y las segundas por participar en todo de sus prerogativas. Las cosas llegaron á términos, que el rey de España creyó ser necesario mandarles embajador extraordinario á fin de arreglar sus diferencias. Echó para esto mano de don Juan de Idiaquez, á quien acompañó don Sancho de Padilla, que debia quedar de embajador ordinario cuando se verificase la salida del primero. Llegaron los dos á Génova á mediados del año 1573, y fueron muy bien recibidos de todas las clases de la nobleza, sobresaliendo entre todos el mismo Dux recien electo. Habia salido este alto funcionario de entre las filas de los nuevos nobles, con lo que habia quedado muy contenta esta parcialidad y muy disgustada la contraria. Se hallaban por entonces algo

sosegados los ánimos; mas se temian nuevos disturbios á la próxima eleccion de los principales cargos públicos. Pretendian los antiguos nobles que de todos modos les asegurasen la mitad de estas grandes dignidades; mas sostenian los nuevos, que puesto que las clases se habian igualado, sé mezclasen todos los individuos para que de entre ellos saliesen indistintamente los electos. Los primeros se obstinaron en llevar adelante su resolucion; tan desconfiados estaban de obtener en caso contrario la igualdad, y mucho menos la preponderancia.

Se agitaban estos dos partidos con aquella vivacidad que se ha visto y se verá siempre cuando unos pugnan por conservar antiguos privilegios, y los otros aspiran á participar de ellos ó á arrancárselos. Era conocida la parcialidad de los antiguos nobles con el nombre de Portal de San Lúcas, y la de sus rivales con la de Portal de San Pedro, por las dos localidades en que celebraban regularmente sus conferencias. Tenian los primeros á su favor el mayor número de propiedades, las simpatías de los príncipes vecinos como el duque de Saboya y el duque de Florencia, sin contar con el virey de Milan. Contaban los nuevos nobles con las clases populares, tan celosas siempre de las prerogativas y de los privilegios de que se hallan las altas revestidas. Era hasta cierto punto una especie de lucha entre el privilegio y la igualdad, entre la aristocracia y el partido democrático.

Propendia, como es de suponer, el embajador extraordinario español, á la clase de la aristocracia, pues tales eran los sentimientos que abrigaba el rey de España; mas como le convenia ser conciliador, trató de arreglar por de pronto la disputa que se habia suscitado con motivo de la eleccion de los oficios. Por sus consejos se decidió que cada dia de las elecciones recayesen los nombramientos alternativamente en las dos parcialidades, y que ningun nuevamente elegido pudiese entrar en funciones hasta que tuviese un compañero de la otra parcialidad, para que resultase de ese modo un equilibrio

de influencia y de poder, que era á lo que unos y otros aspiraban. Así se verificó en efecto, y por todo el año de 1573 se mantuvo quieta Génova sin ningunas turbulencias. En cuanto al rey de España, satisfecho de los servicios de don Juan de Idiaquez, determinó que se quedase de embajador en Génova, confiriendo á don Sancho de Padilla el mando del castillo de Milan, en reemplazo de don Alvaro de Sande, ya difunto.

El año siguiente, de 1574, se renovaron las agitaciones entre las dos parcialidades. Ademas de la animosidad naturalmente encendida entre ambos partidos, no faltaban quienes desde afuera añadiesen pábulo al encono. Por lo mismo que el rey de España protegia á la alta aristocracia, auxiliaba por debajo de mano el rey de Francia á las clases populares. En Milan tenia siempre dispuestas algunas fuerzas militares el virey, para caer sobre Génova cuando fuese necesario. Las mismas disposiciones manifestaban los duques de Saboya y de Florencia, siendo bien público cual de las dos parcialidades de Génova eran objeto de su simpatía. Se irritaron con esto los del partido popular, y acusaron á los nobles de llamar á los extranjeros con diversos pretextos, y entregarles despues las armas de que estaban haciendo acopios en sus casas. Fuese esto cierto ó no, se hicieron tambien con armas sus contrarios. Eran las apariencias todas de venir á las manos unos con otros; mas por la influencia de don Juan de Idiaquez se hizo salir de Génova á los extranjeros, y se mandó que los que se habian hecho con armas las entregasen, para cortar este gérmen de desconfianza y suspicacia. Quedó la ciudad tranquila, aunque solo en la apariencia; mas temerosos algunos de los antiguos nobles, se salieron de la ciudad, protestando contra lo que llamaban tiranía de sus antagonistas.

Como se consideraba el rey de España como el protector de Génova, se conducia su embajador don Juan de Idiaquez mas como árbitro de las disensiones del pais, que como simple consejero que habla solo por el deseo

de ser útil. Trató, pues, de que el partido popular entrase en su deber, exponiéndole lo que debian al rey de España, el interés que tenian por lo mismo en deferir á su alta autoridad; insinuando al mismo tiempo los funestos resultados que podrian acarrearles su falta de sumision y deferencia. Mas le fué respondido por Bartolomé Coronado, uno de los principales del partido popular, que el pueblo de Génova en oponerse á las usurpaciones de los nobles, en proveer á las medidas de su seguridad, no se apartaba nada del respeto que el rey de España merecia, ni se hacia indigno de que le retirase una proteccion, á que por tantos servicios se habian hecho los genoveses acreedores.

Habian llegado las cosas al término, que segun la opinion de muchos no podria decidirse la cuestion sino por medio de las armas. Se habian roto ya las treguas que se habian ajustado en Génova entre las dos parcialidades, y cada dia iba en aumento la emigracion de los de la antigua aristocracia. Se habian algunos retirado al campo, pasado otros á paises extranjeros, y en las córtes de Madrid, Milan, Florencia y Saboya, se quejaban altamente de la tiranía de sus opresores. Continuaban mientras tanto los aprestos militares de los príncipes vecinos. El pontífice, deseoso de terminar las desavenencias sin efusion de sangre, mandó á los duques de Saboya y de Florencia se estuviesen quedos, y él por su parte envió por legado á Génova al cardenal Moron, con órden de mediar, con todas las artes que le sugiriese su prudencia, entre las dos parcialidades.

Se presentó en efecto el legado del Papa en Génova, mas produjo poco efecto la mision; ¡tan enconados se hallaban ya los ánimos! Ninguna de las dos parcialidades queria ceder: la del pueblo, porque confiaba en la superioridad del número; la segunda, porque se fiaba en las simpatías de los príncipes extranjeros, entre los que se contaba el rey de España. Sin embargo, continuaban los nobles antiguos desterrados de Génova, y los del

pueblo nombraron diputados para que en su nombre pidiesen á la señoría que se les librase de muchas cargas y gabelas. Con el legado del pontífice se mostraron poco obsequiosos, y el cardenal Moron trató de salirse de la ciudad, cuyos disturbios, en su opinion, solo se podian ya componer por medio de las armas.

Estaba el rey católico dudoso del partido que abrazaria en semejantes circunstancias. Seguia desairada su autoridad, y los de Génova le habian faltado á la palabra de arreglar las cosas por su arbitrio. Por otra parte, el duque de Saboya mantenia inteligencias con los nobles desterrados, ofreciéndoles á todos los momentos el auxilio de sus armas; y como no eran ignorados estos tratos del partido popular, crecian las acusaciones y las desconfianzas. El pueblo, cada vez mas animado, continuaba extendiendo la esfera de sus derechos; y aumentándose con esto el número de sus diputados, llegaron á tener en el gobierno los dos tercios de los votos. Todos los ojos estaban fijos en la determinacion que tomaria el rey de España; cada parcialidad alegaba servicios pasados, y los prometian para en adelante. Alegaban los antiguos nobles que tenian posesiones en los estados del rey, que habian militado en su servicio, y pedian, para desagraviarse de sus enemigos, se les permitiese hacer uso de sus galeras y armas. En cuanto á los nuevos nobles ó parcialidad popular, prometian al rey armarian galeones y galeras, y que le servirian á sueldo como habian hecho en todas ocasiones. Dudaba el rey entre los dos partidos, y tenia motivos para ello. Dar á los antiguos nobles licencia para armar sus galeras, como lo pedian, era declarar la guerra civil en Génova; armando los de afuera contra los de adentro, comprometiendo de este modo la persona de su embajador, que se veria en precision de dejar la ciudad, con grave detrimento de sus intereses. Declarándose á favor de la parcialidad popular, era temible que desconociese el pueblo sus servicios, ó se desenrollase demasiado el espíritu democrático, que por

ningun estilo convenia al rey de España. Por otra parte le interesaba mucho conservar á cualquier precio su influencia y ascendiente en un pais que tanto le servia en todas sus empresas marítimas. En medio de todo le alarmaba la propension y deseo que abrigaba el rey de Francia de tomar parte en la contienda apoyando al partido popular, para ejercer despues un protectorado parecido al de sus predecesores.

Las disensiones de Génova entre un partido popular que pugna por ensanchar el límite de su poder, y una antigua aristocracia que en sus privilegios se encastilla, fáciles son de concebirse, pues ademas de estar en el corazon humano, abundan en las páginas de la historia antigua como en las de la moderna. Tambien son fáciles de imaginarse las pugnas, los conflictos, las acusaciones mútuas de ambos bandos, y las disposiciones de ánimo de los príncipes vecinos atentos á estos altercados. Aquí los antiguos nobles como á las puertas de Génova deseosos de hostilizar por mar y tierra á la ciudad; allí el rey de Francia aspirando á mediar poderosamente en la contienda: por una parte el legado del Papa intrigando porque se declarase al pontífice árbitro de estas disensiones; por la otra al rey de España trabajando por conservar en Génova su preponderancia. No contento con la persona de don Juan de Idiaquez, creyó dar mas fuerza á su embajador enviando en clase de extraordinario á don Cárlos de Borja, duque de Gandía, que llegó á Génova por agosto de 1574. Para corroborar su influjo moral, hizo que don Juan de Austria pasase á Génova con algunas fuerzas. Tambien se conservaba en sus intereses Juan Andrés Doria, que á fuer de noble antiguo, desde Sagona amenazaba la ciudad con sus galeras. Por otra parte, el nuevo virey de Milan, marqués de Ayamonte, habia recibido órden de tener fuerzas preparadas para cuando fuese necesario.

Las precauciones del rey no sirvieron al principio mas que de excitar desconfianzas y exasperar los áni-

mos. A pesar de la dignidad de grande de España de que estaba revestido el embajador extraordinario, daban preferencia los de la ciudad á la persona de don Juan Idiaquez, que sin duda era mas conciliador, mas sagaz, mas entendido en artes de gobierno. La misma presentacion de don Juan de Austria fué mirada con tanto desagrado, que le obligaron á permanecer fuera de la ciudad, y de este modo á tomar parte activa en favor de los nobles desterrados.

Mientras tanto envió el rey de Francia á Génova comisarios de oficio ofreciéndoles proteccion, y hasta por medio de las armas si fuese necesario. Mas tales fueron los recelos que causó su presencia á los embajadores de España, y tales las reconvenciones que sobre ello hicieron á la señoría, que ésta dió el paso de aconsejar á los franceses se retirasen de la ciudad, cuyas turbulencias en lugar de aquietarse se aumentaban.

Referir uno á uno los pasos que se daban por entrambas partes para venir al logro de sus fines, las intrigas de las diversas parcialidades, las desconfianzas y acusaciones de unos y otros, seria prolijo y hasta inútil, tratándose de tan pequeño cuadro. Varias veces prorumpió el pueblo en abierta sedicion contra los que acusaba de querer tiranizarle; varias veces don Juan de Austria, Juan Andrés Doria y los nobles proscritos, hicieron amago de invadir la ciudad con fuerza armada. Los embajadores de España, que conocian las intenciones de su amo, trataban de contemporizar y de amortiguar el encono de los ánimos. Lo mismo hacia el legado del Papa, aunque siempre con la mira de dar á éste el honor de ser el árbitro supremo de las disensiones. Mas á pesar de sus deseos de conservar la paz, tales fueron los alborotos del pueblo y las acusaciones que se llegaron á hacer al rey de España, que los embajadores de este monarca, el legado del Papa, los comisarios del emperador y otros príncipes de Italia, se vieron en precision de abandonar la ciudad, dejandola envuelta en nuevas confusiones.

Inquieta la señoría de esta ausencia, envió un mensaje á los embajadores y demas comisarios, suplicándoles encarecidamente que volviesen. Si la faccion popular en Génova se hallaba agitada y llena de encarnizamiento, no sucedia lo mismo á los nuevos nobles, que contemplaban con sangre mas fria los peligros que los amenazaban. Sus enemigos eran muchos, y llegado á declararse de una vez contra ellos el poderoso rey de España, no dudaban de su infalible ruina. Por otra parte, estaban ya algo recelosos del sobrado vuelo que habian tomado las clases populares, temiendo, y con razon, que el rigor desplegado contra los antiguos nobles les alcanzase con el tiempo á ellos.

Fueron estos temores, de que participaban todos los individuos de la señoría, uno de los grandes elementos de la pacificacion que estaba ya tan próxima. Influyó asimismo poderosamente en ella el miedo de que el rey de España se declarase abiertamente por una de las dos parcialidades. Ni le acomodaba dar vuelos á la antigua aristocracia, ni queria que el elemento democrático fuese el preponderante en la república. En el equilibrio entre los dos ponia el principal asiento de su dominacion y de supremo ascendiente que ejercia de hecho, y no titubeaba en reclamar como un derecho. Si á todas estas consideraciones añadimos que la ciudad carecia de municiones y andaban en ella ya escasísimos los víveres, concebiremos la facilidad con que se avinieron á una pacificacion que todos deseaban.

Fueron los términos de la paz los mismos en que ya se habian convenido las dos parcialidades antes de venir á la ruptura, á saber: que se ejerciesen los oficios por iguales partes entre los nobles nuevos y los viejos. Para establecer desde un principio este equilibrio, se hizo la primera eleccion por los mismos embajadores y comisarios, nombrando tantos de una parcialidad como de la contraria. Fué celebrada esta pacificacion por todos los interesados, con grandísimas muestras de regocijo y en-

tusiasmo. Hicieron su entrada en la ciudad con todo aparato los nobles proscriptos, Juan Andrés Doria y don Juan de Austria. Se celebró la reconciliacion de unos y otros con un *Te-Deum* y una misa solemne, donde celebró el legado de pontifical, concluyendo con distribuir la bendicion á todos en nombre de Gregorio XIII. Quedó por entonces Génova tranquila, y bajo los auspicios del rey de España no fué durante todo su reinado teatro de nuevas turbulencias.

El cuadro que acabamos de bosquejar, ni es vasto, ni abunda en figuras que le dén realce. Se reduce al amago de una guerra civil, que no tuvo efecto por haberse hecho la paz antes de romperse á viva fuerza las hostilidades. Si hemos mencionado estas turbulencias, no fué sino para hacer ver la importancia del rey de España, y el ascendiente que tenia hasta en los paises que no estaban bajo su inmediato mando. En su mano estuvo oprimir á Génova por medio de la antigua aristocracia, ó acabar con ésta apoyando á las clases populares; pero fué mas hábil su política. No pudiendo ó no teniendo por conveniente dominar en Génova por medio de sus armas, eligió el medio moral mas fijo de asegurar su poder en Génova, manteniendo el equilibrio, ó por mejor decir la rivalidad de las dos parcialidades, que le miraban como el árbitro supremo de sus diferencias.

Habiendo concluido lo que teníamos que decir sobre los asuntos de Italia y guerras en el Mediterráneo contra el turco, pasaremos á otro teatro de pasiones, de rivalidades, de guerras abiertas, á saber, los Paises-Bajos, donde algunos años antes, habia pasado de órden del rey el duque de Alba.

CAPITULO XXXVII.

Asuntos de los Paises-Bajos.--Salida del duque de Alba.--Su llegada á Italia.--Marcha entendida que emprende desde los Alpes hasta la frontera de Flandes.--Su entrada en este pais y entrevista con la princesa gobernadora.--Providencias del duque de Alba.--Prisiones de los condes de Egmont y de Horn.--Descontento de la princesa gobernadora.--Solicita ésta y consigue del rey su salida de los Paises-Bajos.--Instala el duque de Alba el tribunal de los Doce.--Rigores y castigos.--Se condena por traidor al príncipe de Orange, ausente, y á otros señores flamencos que se hallaban prófugos.--Preparativos mútuos para una próxima guerra.--Invasion de los Paises-Bajos.--Derrota del conde de Aremberg por Luis, conde de Nassau.--Enjuiciamiento y suplicio de los condes de Egmont y de Horn (1).

1567—1568.

Se puede decir que la partida del duque de Alba para los Paises-Bajos, dió principio á una época en la historia de aquellas ricas posesiones. Es difícil indicar la direccion que hubiesen tomado sus negocios, á nó haber adoptado Felipe II esta medida; mas es un hecho que dió nuevo pábulo al fuego del descontento y ódio al yugo español que profesaban los flamencos. Era imposible designar un hombre menos popular en el pais, ni que fuese mirado con mas antipatía por parte de sus grandes. Como de esto nada podia ignorar el rey de España, se puede considerar la providencia mas como de terror para acabar de humillar á los Paises-Bajos, que de precaucion para tenerlos en la obediencia que le debian como súbditos. No olvidemos que en aquella ocasion se hallaban apaciguadas las turbulencias, y que la princesa Margarita acababa de rogar al rey su hermano que se presentase en Flandes, no como un señor que va á castigar, sino como

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XXVII y XXVIII.

un padre á quien ofrecian y daban garantías de futura obediencia sus hijos extraviados. Mas la partida repugnaba mucho al rey de España, y tratándose de súbditos, sobre todo de súbditos herejes, era el carácter de padre el que menos cuadraba con el suyo.

Fueron todas estas representaciones de ningun efecto. Contestó el rey que si bien estaba en ánimo de presentarse en los Paises-Bajos, creia mas prudente el que le precediesen tropas, que al mismo tiempo de afianzar la sumision del pais, aumentasen el temor y respeto á su persona. Que si Flandes estaba sujeto, el aparato de fuerzas no estaria de mas, y que en caso contrario seria indispensable para tener á raya á los que intentasen promover nuevos alzamientos. Mas era probable, y la esperiencia lo confirmó despues, que el rey no trataba sériamente de salir, y que segun su modo de juzgar el estado del pais, creyó que por ninguno estaria mejor representado en Flandes que por el duque de Alba.

Inmediatamente que fué nombrado para esta expedicion, envió el rey órden á los vireyes de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, de que enviasen á Milan todos los tercios de tropas veteranas que allí debian ponerse á las órdenes del duque. Era preferible que emprendiese su marcha dirigiéndose á los Paises-Bajos por lo interior de Francia; mas pareció el paso peligroso, tanto al soberano del pais como al de España. Temió el primero que la presencia en Francia de los españoles exasperase los ánimos de los calvinistas, creyéndolos llamados para acabar de sujetarlos. Receló el segundo que la animadversion con que aquellos le miraban hiciese al rey Cárlos empeñarse en algun paso hostil, tan natural por la antipatía de las dos naciones. Para evitar conflictos y no malograr desde un principio el objeto mismo de la expedicion, se determinó que el duque de Alba emprendiese su viaje por Italia.

Arribó éste á Génova á principios del año 1567, y de allí pasó á Milan, donde cayó enfermo. Mientras su

convalecencia, se fueron reuniendo todas las tropas que de las diversas partes de Italia se habian alistado, con las que el duque de Alba habia llevado de España, y en julio del mismo año pasó á todas revista este jefe superior, en Asti. No era el ejército numeroso, pues no pasaba la fuerza de diez mil hombres de infantería y mil y doscientos de caballería. No habia querido el duque de Alba admitir en las filas á gente bisoña, como penetrado de lo preferible que son buenos y pocos soldados, á los muchos sin disciplina y experiencia. Era la mayor parte de la infantería toda de españoles, divididos en cuatro tercios, al cargo de cuatro maestres de campo tambien españoles; el resto se componia de soldados alistados en Nápoles, Sicilia, en Milan, en las islas de Córcega y Cerdeña. Figuraban en este pequeño ejército capitanes ilustres, tanto españoles como extranjeros, conocidos por su pericia y valor en los combates. Se contaba entre los primeros á Fernando de Toledo, hijo natural del duque de Alba, comendador de Castilla, de la Orden de San Juan, y comandante de toda la caballería; Antonio de Olivera, á quien se encomendó un cargo hasta entonces no conocido en el ejército español, á saber, el de comisario general de la caballería; Carlos Dávalos, hijo del marqués del Vasto; Bernardino de Mendoza; Camilo del Monte; Cristóbal de Mondragon; Sancho de Avila, alumno favorito del mismo duque de Alba en el arte de la guerra; Sancho de Londoño; Julian Romero; Alonso de Ulloa y otros varios. Entre los italianos, Chiapino Vitelli, que era maestre de campo general; Francisco Paciotto de Urbino, muy entendido en fortificaciones, y que pasaba por el primer ingeniero de aquel tiempo; Gabriel Serveloni, general de la caballería; Curcio, conde de Martinengo; Nicolas Basti, con otros de no poca nombradía. Se dividió el ejército en tres trozos, capitaneados: el primero por el mismo duque de Alba; el segundo por su hijo don Fernando de Toledo y Sancho de Londoño; y el tercero por el maestre general de campo Vitelli. Cuidó

el duque de Alba de introducir en este ejército el órden mas exacto, la disciplina mas severa, y de uno y otro se dió el mayor ejemplo en la marcha dilatada que tuvo que hacer hasta llegar á su destino. Iban delante Francisco Ibarra, proveedor del ejército, y Gabriel Serveloni, con objeto de reconocer los caminos, hacer los alojamientos, y preparar los víveres necesarios, observándose el método de pernoctar en el mismo punto consecutivamente los tres cuerpos. Emprendió su camino con direccion al monte Cenis, y pasó á la Saboya por la misma ruta que cerca de diez y ocho siglos antes habia emprendido Annibal. Continuó su marcha por la frontera oriental de la Borgoña y por la occidental de la Lorena, teniendo gran cuidado de no atravesar el territorio perteneciente al rey de Francia. Observaba sus pasos por la izquierda un cuerpo de cuatro mil franceses mandados por el mariscal de Tavannes, á fin de impedir toda violacion de territorio. Lo mismo hizo por la derecha un cuerpo de ginebrinos, temiendo una sorpresa del general español; mas tal fué la circunspeccion del duque de Alba, que no ocurrió el menor choque en el camino. Para encarecer la disciplina observada por los españoles en tan larga marcha, se cuenta que no ocurrió en toda ella mas desórden que el robo de tres reses que costó la vida á sus autores.

Con la aproximacion del duque de Alba á los estados de Flandes, crecieron las inquietudes y los miedos de los que tanto se habian asustado con su nombramiento. Fué la princesa gobernadora la que mas se incomodó al ver que á pesar de sus representaciones se realizaba al fin la llegada de un ejército y de un jefe que en su opinion iban á causar al pais tan grandes males. Ademas de la carta escrita al rey de España, de que hemos hablado anteriormente, le habia escrito otras exponiéndole siempre los gravísimos males que iban á seguirse del envío de un ejército. Algo habia calmado Felipe II sus temores anunciándola que á la llegada de su ejército seguiria la de su persona, previniéndola que tuviese dispuesta una

flota para salirle á recibir cuando tuviese la noticia de su próxima salida. Mas sin duda el rey de España anunció lo que no estaba en su mente ejecutar, como así lo hizo ver el resultado; por lo menos ya estaba la princesa Margarita desesperanzada de su arribo, cuando la presentacion del duque de Alba en el territorio de los Paises-Bajos. Asi nada pudo suavizar en su ánimo cuanto tenia de amargo para ella la llegada de tan terrible personaje.

Hizo su entrada el duque de Alba en los Paises-Bajos con toda la pompa y esplendor que le daban su cargo importante, y el ejército lucido, aunque no muy numeroso, que le acompañaba. Recibió en Luxemburgo el refuerzo de dos coronelías ó regimientos de alemanes. Salieron muchos grandes del pais á recibirle á la frontera, unos por aficion, los mas de miedo; tal era la aprension que en general causaba su presencia.

Distribuyó el duque la mayor parte de sus fuerzas en diversos puntos, destinando una fuerte division á la plaza de Amberes, cuyo gobierno se encargó á Londoño. Con la que restaba hizo su entrada pública en Bruselas, imponiendo respeto á la muchedumbre, y pavor en cuantos tenian algun motivo para augurar mal de su llegada. Seguido de un acompañamiento lucido y numeroso, se presentó en el palacio de la princesa gobernadora, quien le recibió con toda la ceremonia debida á su carácter. En presencia de la córte entregó el duque á Margarita el despacho ó provision real que le nombraba jefe supremo y director de todos los negocios militares y de guerra en los Paises-Bajos, dejando intacta la autoridad de la princesa en los civiles. Mas cuando quedaron solos para conferenciar en privado, le enseñó otras instrucciones en que las facultades del duque resultaban ser mas ámplias que en el despacho ostensible, pues no solo se le confiaba el gobierno absoluto de las armas, sino poder para levantar fortalezas, deponer autoridades, y entender en las causas de los alborotos pasados y castigo de los delincuentes. Todavía no satisfizo entonces el duque de Alba la curio-

sidad de Margarita en un asunto que tanto le importaba, pues habiéndole preguntado la princesa si tenia mas que exponer, le respondió el general español que aún le quedaban muchas cosas que decir, mas que las iria manifestando poco á poco, segun ocurriese la ocasion, no pudiendo comunicarlas todas en una conferencia.

Debió de considerar Margarita de Parma desde aquel momento como nula su autoridad en los Paises-Bajos. De tan ámplios poderes conferidos al duque de Alba, se quejó amargamente al rey, haciéndole ver por la tercera ó cuarta vez las calamidades de que iba á ser objeto el pais, con el despliegue de una fuerza y de un rigor innecesarios en aquellas circunstancias. Mas Felipe II habia tomado su partido. Sea que hasta entonces estuviese satisfecho ó no de la conducta y política de la princesa gobernadora, creyó que el duque de Alba seria un órgano mas fiel de sus voluntades y opiniones. La mision del duque no era pues de calmar, de reducir los ánimos á la obediencia por la via de templanza y consideraciones, sino de inspirar terror por medio de castigos. Ninguno habia mas capaz de satisfacer estas miras que el duque de Alba, hábil capitan, jefe inflexible, católico intolerante, despótico por carácter, por educacion y por principios. Los de su mando fueron castigar y sujetar á los rebeldes, esterminar, si era posible, á los enemigos del catolicismo, y producir por todas partes escarmientos.

Creyó oportuno el duque de Alba comenzar sus medidas de rigor con los grandes del pais, promotores principales, en su opinion, de los pasados alborotos, resortes activos, tanto en secreto como en público, de la impopularidad y hasta del odio con que era mirado el rey de España. Eran los principales objetos de su animadversion los condes de Egmont y Horn, que habian hecho el principal papel despues del príncipe de Orange. Para hacerse dueño con mas facilidad de sus personas, convocó los principales grandes á Bruselas, á fin de conferenciar con ellos sobre los negocios del Estado. No sospechó

nada el conde de Egmont, hombre sencillo, incapaz de suponer en otros sentimientos que su pecho no abrigaba; pero el de Horn, mas cauto, se mantenia á mayor distancia del general español, del que tanto desconfiaba. En vano trató de inspirar al otro sus temores, en vano le hizo ver el peligro de asistir adonde los llamaba el duque de Alba. Insistió el primero en su resolucion, y el conde de Horn se vió en la precision de acompañarle.

Se verificó la conferencia por noviembre de 1567, y en el palacio de Bruselas se reunieron los grandes que habia convocado el duque de Alba. Habia tomado éste todas las providencias oportunas para dar su golpe con mas seguridad, poniendo guardia de españoles al mando de Sancho de Avila, que gozaba de toda su confianza. Despues de haber hablado á los grandes de cosas generales, llamó á un cuarto vecino al conde de Egmont, y le dijo con acento entre airado y grave: «Sois preso por órden del rey; entrégadme vuestra espada.» Turbado el conde con este golpe inesperado, mas sin perder su entereza, respondió: «Obedezco la órden del rey; aquí está mi espada, que tantas veces se ha desenvainado en su servicio.» Mientras se verificaba la prision de Egmont, se practicaba lo mismo con el conde de Horn por capitanes adictos al duque, y en seguida fueron ambos conducidos al castillo de Gante, donde quedaron encerrados.

Mientras estas prisiones se verificaban, tomaban las tropas de la guardia del palacio todas las medidas que podian imponer á la muchedumbre, haciendo despejar las calles inmediatas. Por el pronto no se quiso creer en Bruselas este paso contra personas que merecian y habian alcanzado la popularidad del pais; mas pronto se disipó la incertidumbre, cubriéndose de luto la ciudad con esta noticia inesperada. El terror que inspiraba el duque de Alba, hizo comprimir en el silencio estos sentimientos de dolor y de desesperacion, consolándose al mismo tiempo muchos con la idea de que el príncipe de

Orange habia sabido evitar la suerte de sus compañeros, y que probablemente se veria pronto con los medios de venir á libertar al pais de la servidumbre dura que le amenazaba.

La princesa Margarita, sin cuyo conocimiento se habian hecho estas prisiones, se llenó de indignacion cuando se las comunicó de oficio el duque de Alba, manifestándole que no se le habia dado prévio aviso, por evitarle el odio de que hubiera sido objeto la princesa en el pais, á ser ejecutadas de su órden. Mas no templó esto el resentimiento de la gobernadora, penetrada mas y mas de lo falso de su posicion, y convencida de que no ejercia en el pais mas que una autoridad nominal, indecorosa para su persona. Hizo con este motivo una exposicion al rey de España, en que sin quejarse de nadie, le pedia encarecidamente la exonerase de un cargo en que habia perdido su salud, y para cuya continuacion le faltaban ya las fuerzas, quebrantadas con los cuidados y afanes que le habian causado tantos conflictos de que habia sido Flandes teatro en los nueve años que llevaba de administracion, haciéndole ver al mi mo tiempo que ya era inútil su persona, estando revestida con tan grandes cargos la del duque de Alba. Para acabar con este asunto, aunque nos adelantemos un poco en el órden cronológico, diremos que el rey acogió con todo favor esta exposicion, como quien deseaba probablemente deshacerse de la persona de la princesa Margarita. Asi accedió á su súplica, y la escribió una carta muy atenta en que la daba las gracias por lo bien que se habia conducido en la administracion de los Paises-Bajos, concediéndole permiso para retirarse á Italia. Con esta licencia dirigió Margarita á los estados una carta de despedida, entregando el mando al duque de Alba; y acompañada por éste hasta la frontera, tomó el camino de Parma, donde la aguardaba su marido Octavio.

Se sintió mucho en Flandes la salida de la duquesa de Parma, por la comparacion entre su persona y la del

gobernante que la sucedia. Aun prescindiendo de esta consideracion, es un hecho que la princesa Margarita desplegó tino en su administracion, y que no era extraña á las artes de gobierno. Convienen todos los historiadores en que estaba adornada esta mujer de prendas varoniles, y alegan como una de las pruebas, que se hallaba sujeta á los achaques de la gota. La asociacion del cardenal Granvella, en lugar de aliviarla el peso del gobierno, no hizo mas que crearla nuevos embarazos, por la odiosidad de que fué blanco la persona del prelado. Colocada entre tantas pasiones é intereses, que mútuamente se chocaban y excluian, tuvo que valerse de gran circunspeccion, y no pocas veces que recurrir al disimulo. Necesitó ser astuta y sagaz, fingir simpatías y hasta antipatías, segun lo pedia la ocasion, pues si faltó muchas veces á la sinceridad, del mismo modo la trataban hasta los que mas se la vendian por amigos. Fué activa en su gobierno; no perdió de vista nada de cuanto podia interesarla; no era descuidada en emplear espías para saber los pasos, tanto de los amigos como de los enemigos, y no perdonó ocasion de informar al rey del verdadero estado de las cosas. Cedia á la tempestad cuando no tenia fuerzas para combatirla. Inmediatamente que podia recuperar el ascendiente, usaba de su superioridad y no era remisa en oprimir con mano fuerte á sus contrarios. Fueron sus últimos consejos al rey dictados por el espíritu de la prudencia, y si se mezclaba en ellos su propia personalidad, redundaban mucho mas en el bien del pais y en los verdaderos intereses de su hermano. El mejor elogio de la princesa de Parma es la administracion de sus tres primeros sucesores en el gobierno de los Paises-Bajos; y si algo la pudo consolar del desvío ó ingratitud del rey, debieron de ser las desgracias que produjo en Flandes la presencia del hombre á que la habia pospuesto.

Fué la prision de los condes de Egmont y de Horn una medida de rigor, pero no un acierto. Si el duque

de Alba hubiese cogido en el palacio de Bruselas todos los magnates de los Paises-Bajos que influian en la muchedumbre, se podria tal vez decir que habia cortado de una vez todas las cabezas de la hidra; pero los mas de estos grandes estaban prófugos; el principal, que era el príncipe de Orange, se hallaba salvo en sus estados de Alemania. Por eso el cardenal de Granvella, á la sazon en Roma, al saber la prision de los dos condes, preguntó si entre ellos se hallaba el Taciturno, y al decírsele que no, repuso: «No ha pescado gran cosa el duque de Alba;» dicho agudo y sentencioso, que anunciaba claramente el resultado que iba á tener aquella providencia tan á medias.

Despues de la prision de los dos condes fué instalado por el duque de Alba un tribunal especial, compuesto de doce individuos, para entender en las pasadas turbulencias, llamado con este motivo el tribunal de rebeliones y castigos. En el público se conocia mas comunmente con el nombre de *tribunal de sangre*, por la mucha que vertia. La mayor parte de sus individuos eran españoles, y el resto se componia de algunos personajes del pais, encarnizados enemigos de todos los agitadores. Era su presidente el mismo duque de Alba; el que dictaba definitivamente las sentencias, pues los otros jueces no tenian en cierto modo mas que un voto consultivo. Citó el tribunal por órden del duque á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, Antonio Lañi, conde de Hogstrart, al conde de Culemburgo, Florencio Palantí, á Guillermo, conde de Bergues, á Enrique de Brederode y otros señores fugitivos, para que viniesen á responder á los cargos que se les hacia. Mas ellos respondieron desde afuera por medio de un escrito, que siendo caballeros del Toison de Oro, solo podian ser juzgados por el rey y por sus pares. Añadió el príncipe de Orange el paso de dirigirse al emperador y á los príncipes del imperio, haciéndoles ver lo comprometido de su dignidad en permitir que el duque de Alba pasase adelante con su

tropelía. Manifestaron en efecto estos príncipes al gobernador español la excepcion en que se hallaban los grandes prófugos de ser juzgados por un tribunal ordinario; mas el duque de Alba contestó, que tales eran las órdenes del rey, y que no podia menos de llevar á su debido efecto. No habiendo comparecido, pues, los prófugos, dictó el duque la sentencia que los condenaba á la pena de traidores, é hizo conducir á España al conde de Buren, hijo mayor del príncipe de Orange, cursante en la universidad de Lobayna, sin que su corta edad de trece años, ni los privilegios de la universidad, pudiesen detener el golpe de aquella mano airada.

No fueron solo aquestos nobles las solas víctimas de los rigores del tribunal de sangre. Algunos otros fueron cogidos y decapitados en Bruselas y otros puntos, por haber hecho gran papel en las pasadas turbulencias. Murieron algunos despues de haber abjurado el culto nuevo y restituídose al seno de la religion católica. Persistieron otros en sus nuevas opiniones, con no poca indignacion y escándalo de los católicos celosos, y al mismo tiempo edificacion y simpatía por parte de los que sus mismos principios abrigaban, como sucede en toda lucha de partidos, sobre todo cuando están en pugna creencias religiosas.

No eran solo objeto del rigor del tribunal de sangre los magnates y los grandes, sino los hombres de las clases medianas, y hasta de la misma plebe. Cuantos eran conocidos por haber tomado parte en los pasados disturbios, en el saqueo y destrozo de los templos; cuantos pasaban por instigadores ó motores del desafecto que se profesaba al rey; cuantos estaban indicados por su profesion abierta ó adhesion al nuevo sistema religioso, fueron objeto de las pesquisas y blanco de los castigos fulminados por un tribunal que parecia sediento de venganza. Asi se hallaba el pais entero sobrecogido de terror, y se contaban por miles los individuos que por librarse de la persecucion buscaban asilo en Inglaterra, en Fran-

cia y otros paises extranjeros. Habia sido proscripto con las penas mas duras cuanto tenia hasta la apariencia de culto protestante; pero estas medidas de rigor, que parecia debian aplicarse solo á lo que entonces existiese, tenia efecto retroactivo por excesos pasados, que la política de la princesa Margarita habia sepultado en el olvido.

Era la guerra inevitable. Los proscriptos hacian por todas partes preparativos de una invasion en los Paises-Bajos. Ponia en obra el príncipe de Orange todos los medios que le sugerian su genio, su ambicion y sus conexiones con los príncipes del imperio. No se descuidaba por su parte el duque de Alba, impertérrito en medio del peligro, y no cejaba un punto en la carrera de rigor é inflexibilidad que habia empezado. Entre sus medidas de seguridad se cuenta la construccion de la ciudadela de Amberes, en que se emplearon mas de tres mil hombres. Fué dirigida la obra por Paciotto, que pasaba por el primer ingeniero de su tiempo, y se reputa hoy como el creador de la fortificacion moderna. El castillo de Amberes, erigido mas bien para sujetar y reprimir á la ciudad, que para defenderla contra sus enemigos exteriores, ha sido la primera de las obras fuertes de este género, y como tal servido de modelo á otras muchas que en el discurso de muy pocos años se erigieron. Cada uno de sus cinco baluartes, pues tiene la figura de un pentágono, llevaba el nombre de algun grande personaje, habiendo recibido uno el del duque de Alba, y otro el de Paciotto, su ingeniero.

Se aguardaba de un momento á otro la invasion de los proscriptos. Los prófugos trataron de penetrar por el pais, unos por el mediodia y otros por el norte. Fué sin duda el plan del príncipe de Orange llamar la atencion del duque de Alba por varios puntos á la vez, en lo que procedia con prudencia; mas no nos parece habilidad el que dejase de entrar al mismo tiempo con todas las fuerzas que mandaba; pues cuanto mas numeroso fuese el ejército invasor, mas impresion favorable haria

en sus amigos, y más impondria al duque de Alba. Tal vez no estarian completos los preparativos del ejército que organizaba; tal vez querria probar fortuna con ensayos parciales, sin exponer mucho su persona. Dejando aparte estas consideraciones, bástanos saber que los que entraron en Flandes por el lado de Francia fueron desbaratados sin grande resistencia, por el capitan español Sancho de Avila y un cuerpo enviado por Carlos IX en auxilio de los españoles. No cupo igual suerte á los últimos, mandados por Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange. Salió á su encuentro el conde de Aremberg, gobernador de Frisia; le aguardaba el de Nassau en una fuerte posicion, cubierto con un monte por la espalda, apoyados sus flancos en bosques intransitables, y con un terreno pantanoso al frente.

Tenia además oculta una gran parte de sus tropas, para acometer de improviso á los españoles, si tenian éstos la imprudencia de atacarle. Tal pareció el acto al duque de Aremberg, jefe de habilidad y de experiencia. Mas se censuró en el ejército su circunspeccion, tachándola de cobardía, y esto fué bastante estímulo para que el general español arriesgase, contra su propio dictamen, una batalla, cuyos resultados preveia. Los españoles atacaron llenos de entusiasmo, contando con un triunfo muy seguro; mas empeñados en un terreno pantanoso con las tropas que tenian al frente, se vieron acometidos de flanco, por las que estaban en celada. Al desórden causado por esta embestida se siguió una derrota completa, y habiéndose puesto en fuga los que no cayeron en el campo de batalla, dejaron en poder del enemigo un gran número de prisioneros, las banderas, los equipajes y la artillería, donde figuraban seis piezas grandes, conocidas con los signos de música, ut, re, mi, fa, sol, la. Quedó entre los muertos el conde de Aremberg, cuya pérdida fué muy sentida de todos, y en especialidad del duque de Alba.

En vista de un desastre que podia ser seguido de fatales resultados, resolvió moverse en persona el goberna-

dor general con direccion á Frisia; mas no queriendo la parecer dejar enemigos por su espalda, y considerando como tales á los condes de Egmont y de Horn, á pesar de hallarse presos, aceleró su enjuiciamiento, no creyéndose seguro mientras la vida de los dos cautivos pudiese infundir ánimo en sus numerosos partidarios.

Mandó pues el duque de Alba proceder con toda actividad al enjuiciamiento de los condes. Se les hicieron los cargos de querer echar al rey de los dominios de Flandes; de haber solicitado la expulsion del cardenal Granvella; de haber instigado á los enemigos del gobierno español en la resistencia que oponian á las providencias de la gobernadora; de no haberse mostrado enemigos declarados de los confederados, ó sea Guesios ó mendigos; de no haber dado fuerte auxilio á los gobernadores ó magistrados contra los saqueadores de los templos y destructores de sus imágenes; en fin, de ser ocultos é indirectos enemigos del rey de España, aunque sin alzar contra él abiertamente un estandarte. Concluyó el fiscal por la pena de muerte, como traidores y reos de lesa magestad, y confiscacion de sus bienes, á consecuencia de este crímen. Contestaron los condes en respuesta á estos cargos, protestando contra la incompetencia de su tribunal, alegando que como caballeros del Toison de Oro, no podian ser juzgados sino por el rey y el colegio de los de esta Orden. Con esta salvedad dijeron en descargo, que jamás habian sido enemigos del rey, ni querido despojarle de su dominio de los Paises-Bajos; que jamás habian obrado nada en perjuicio de sus intereses, ni tomado parte por sus enemigos, y los perturbadores de la paz y el orden público; que si no se habian mostrado enemigos declarados de los confederados, y otros que desaprobaban las providencias del rey, habia sido por servirle mejor, empleando vias de conciliacion, preferibles, en su concepto, á las del rigor y del castigo. Respondieron, en fin, lo bastante para ser absueltos en la opinion general, que tanta simpatía mostraba hácia sus personas, y achacaba

al rencor y ferocidad del duque de Alba el rigor con que eran tratados; mas no para satisfacer al tribunal, ni menos al duque, quien en nombre del rey, por su especial autoridad, por ser caballeros del Toison de Oro, los condenó á ser degollados por manos del verdugo. Inmediatamente los hizo conducir de Gante á Bruselas, donde debia verificarse la sentencia.

Al ser comunicada á los dos condes, ya de regreso en la capital, manifestaron extrañeza, pues no creian que llegase á tanto el odio de sus enemigos y la animadversion del rey; pero no por eso se abatieron, y como varones esforzados y cristianos se prepararon á la muerte. En aquellos tristes momentos escribió el conde de Egmont una carta al rey en lengua francesa, que por lo sentido de sus expresiones y lealtad que respira, merece ser mencionada por todos los historiadores. Dice así, sobre poco mas ó menos: «Señor: Habeis tenido á bien que sea condenado á muer»te un súbdito y criado vuestro, que jam s dedicó á otra »cosa su ánimo y sus fuerzas, que á serviros. Dá testi»monio todo lo pasado de que, en ningun tiempo ahorré »mis trabajos ni mi hacienda en vuestro obsequio, y que »expuse á mil peligros la misma vida, que nunca estimé »en tanto, que no la hubiese cien veces trocado de muy »buena gana con la muerte, si acaso en la menor cosa »pudiese ser á vuestra grandeza de embarazo. Por esto »no dudo que, despues de haberos enterado bien de lo »que aquí se ha hecho, reconocereis con cuánto agravio »se ha procedido conmigo, cuando os hicieron creer de »mí, lo que ni he pensado. De esto llamo por testigo á »Dios, y le pido, que si en algo he faltado á las obliga»ciones que creí tener al rey y á las provincias, castigue »á esta alma, que ante su tribunal será hoy mismo pre»sentada. Y así os suplico, señor, no habiéndoos de su»plicar ya mas, que en retribucion de mis trabajos y ser»vicios, tengais alguna compasion de mi mujer y de mis »once hijos y criados, que dejo encomendados á algunos »pocos amigos. Teniendo por cierto que por vuestra na-

»tural clemencia lo hareis, voy á padecer la muerte, que »recibo resignado, cierto, de que con este mi fin se sa»tisfará á muchos. En Bruselas á 5 de junio, á las dos horas »de la noche, año 1568. De V. M. muy humilde, fiel, »y obediente súbdito, y criado preparado para morir. La»moral, conde de Egmont.»

Entregó el conde de Egmont esta carta al obispo de Iprés, que le asistia en sus últimos momentos, á fin de que fuese dirigida al rey, y al dia siguiente salió acompañado de su confesor á la plaza pública de Bruselas, donde estaba preparado y tendido de negro su cadalso. Subió á él con paso firme, y se arrodilló sobre un almohadon que delante de un Crucifijo de plata le tenian dispuesto. Despues de un rato de oracion, pasó á manos del verdugo, que le cortó la cabeza, cubriendo en seguida el cadáver con un manto, á fin de que no fuese visto del conde de Horn, que iba á sufrir la misma suerte. Mas no se le ocultó á éste lo que acababa de ocurrir, y clavando sus ojos dolorosamente en el cuerpo cubierto de su amigo, pasó igualmente á arrodillarse al pié del Crucifijo, y de aquí á manos del verdugo. Clavaron las cabezas en una escarpia de hierro, y despues de permanecer espuestas á la vista del publico por espacio de dos horas, se trasladaron los cadáveres á la iglesia mas próxima, en que se les dió decente sepultura. Presenció todo el pueblo de Bruselas con lágrimas, con sentimientos de terror é indignacion, con ardientes deseos de venganza, tan lúgubre espectáculo, que iba á ser seguido de toda suerte de calamidades.

Cualquiera que sea el colorido que el espíritu de pasion ó de partido dé á estos hechos, basta su autenticidad para que el hombre dotado de una sana razon, los coloque en el sitio que merecen. Pertenecian los dos condes á las familias mas ilustres del pais, enlazadas con otras de igual rango en Francia y Alemania. Los servicios que el conde de Egmont habia hecho á Carlos V y á su hijo eran tales, que ningun monarca podia desconocer-

los, sin nota de negra ingratitud ó sobra de injusticia. De carácter franco y demasiado comunicativo, si pudo cometer algunas imprudencias de palabra, jamás habian desmentido sus hechos los sentimientos de lealtad y fidelidad que profesaba al rey de España. No podia un señor flamenco, de grande influencia en el pais, aprobar esplícitamente la política de este monarca, con respecto al gobierno de su patria. Se mostró enemigo del cardenal Granvella: reprobó los edictos relativos al establecimiento de la inquisicion, fulminados tan imprudentemente en la córte de Madrid; no se mostró enemigo declarado de los Guensios ó mendigos, pero en todos cuantos lances se vió comprometida la autoridad del rey, tomó parte en su defensa, como cumplia á un buen súbdito, ó sea vasallo, como entonces se decia. No se mostró protestante, ni abogado protector de los que la nueva secta profesaban. Una prueba de lo satisfecho que estaba de haberse conducido bien es, que á pesar de que no podia serle desconocido el carácter severo y suspicaz del rey, no siguió el ejemplo del príncipe de Orange, cuando supo el nombramiento del duque de Alba, para el gobierno general de Flandes. Fué su solo crímen el no haberse mostrado siempre instrumento y ciego aprobador de todas las disposiciones del rey, y haber visto los asuntos del pais con los ojos de un flamenco y no de un español, á quien podian ser indiferentes el bienestar y prosperidad de los Paises-Bajos. Fué bastante este crímen para sepultar en el olvido sus grandes servicios, y hacerle perder su cabeza en un cadalso á la edad de cuarenta y seis años, dejando once hijos huérfanos, como en razones tan sentidas manifestó en su última carta al rey de España. No rodeaba tanto brillo á la persona del conde de Horn, aunque tambien se le puede considerar como un eminente personaje. Murió de cuatro años mas de edad que el de Egmont, y tampoco en toda su vida habia mostrado otros sentimientos que los que distinguian á su compañero. Debe pues la historia imparcial considerar el

suplicio de los dos, como una de aquellas atrocidades que solo puede disculpar el espíritu de fanatismo, ora civil, ora religioso, que en todas épocas, y sobre todo en aquella distinguia á los soberanos y á los pueblos; y hay que tener presente, que en este hecho tuvo tanta y mas parte el rey que su lugarteniente. De todos modos, aun mas que atrocidad, debe ser considerado en política como un enorme desacierto. Encendió este suplicio de nuevo las llamas de la discordia y de la guerra; y si es verdad, como dicen algunos historiadores, y es muy probable, que en la sangre de los dos cadáveres mojaron muchos habitantes de Bruselas sus pañuelos, se puede decir que fueron estos otros tantos pendones de insurreccion y de venganza.

CAPITULO XXXVIII.

Continuacion del anterior.--Sale el duque de Alba de Bruselas en busca del conde de Nassau.--Le hace levantar el sitio de Groninga.-- Le derrota en los campos de Gemingen.---Vuelve á Bruselas.---Penetra el príncipe de Orange con su ejército en los Paises-Bajos.---Sale de nuevo el duque de Alba de Bruselas y se establece en Maestrich.--Paso del Mosa por el príncipe de Orange.--Presenta batalla al duque de Alba.--No la acepta éste.--Escaramuzas.--Se retira el de Orange y pasa el Get.--Derrota del cuerpo que deja á retaguardia de este rio.--Se junta el príncipe de Orange con un cuerpo auxiliar de Francia.--Crecen sus apuros y dificultades.--Se vuelve á sus estados de Alemania.--Entrada triunfal del duque de Alba en Bruselas.-- Ereccion de su estatua en la ciudadela de Amberes.--Nuevos rigores.--Contribuciones.--Publicacion del decreto de indulgencia.

1568—1572.

DESEMBARAZADO el duque de Alba de los dos presos, cuya existencia tantos temores le infundia, salió de Bruselas en busca de Luis de Nassau, que despues de su victoria sitiaba la plaza de Groninga, defendida por Vitelli, maestre de campo general de las tropas españolas.

Partió para Amberes, y habiendo tomado sus medidas para guarnecer bien el castillo que acababa de erigirse, salió de esta plaza con direccion á la sitiada, habiendo hecho algunos altos en el camino, para recoger la artillería y todas las tropas que debian acompañarle. Llegó el 15 de julio de 1568 á la plaza de Groninga, y sin detenerse casi en ella, marchó en busca de los reales enemigos. Se componia su ejército de diez mil infantes y tres mil caballos. Igual fuerza, con poca diferencia, contaba el de Nassau, aunque con algo menos de caballería. Atacaron los españoles los reales con grande ímpetu; mas el conde no aceptó la batalla, y despues de algunas escaramuzas, en que los nuestros llevaron lo mejor, se retiró al abrigo de la noche al pueblo de Gemingen, á la entrada de la Frisia, donde tomó una ventajosa posicion, aguardando la llegada de los españoles. Tenia á sus espaldas la ciudad amiga de Hemdem, donde esperaba de un momento á otro refuerzos considerables de su hermano el príncipe de Orange. Estaban defendidos sus flancos por el rio Ems y por lagunas y pantanos casi intransitables. Solo su frente era accesible por medio de un dique, y para defender la entrada, habia construido una fuerte batería, que no se podia atacar sino de frente. Mas todas estas ventajas se neutralizaron por el descontento y la sedicion de sus tropas de Alemania, que á grandes gritos pedian sus pagas devengadas. Sabedor el duque de Alba de esta circunstancia, no perdió tiempo en acometer, separando de su ejército un cuerpo considerable, para hacer amagos por los flancos y la retaguardia. Tomó el duque en persona el camino del dique, como en ademan de atacar la batería; mas mientras llamaba sobre sí toda la atencion del enemigo, marchaba por su órden una columna al mando del capitan español Lope Figueroa, quien haciendo un gran rodeo, y metiéndose por los pantanos, atacó briosamente la batería por el flanco, con gran derrota de los enemigos, y abrió al duque de Alba la puerta de su campo. Atacaban al mismo tiempo

los españoles por la retaguardia y por los flancos, y aumentándose el desórden con la sedicion abierta de los alemanes, se consumó la derrota ya empezada con la toma de la batería. Fué la victoria sangrienta y decisiva. Los alemanes entregaron las armas; muchos murieron en los reales; otros mas se ahogaron en los pantanos y en el rio. Se hace ascender el número de los enemigos muertos á seis mil, que comparado con el de sesenta que se dice tuvieron los españoles, indica la confusion introducida en el campo enemigo, y lo poco que fué disputada la victoria. Cogieron los españoles veinte banderas, diez piezas de artillería, y ademas las seis que antes habia perdido el conde de Aremberg; todo el equipaje de los jefes principales, incluso el del mismo general en jefe. Se dice que éste se puso en salvo por medio de un ardid, dejando sus vestidos en el campo para que le creyesen muerto, pasando á nado con un disfraz el rio, para no ser personalmente perseguido.

Hizo esta batalla de Gemingen una profunda impresion, tanto en los amigos como en los enemigos. Fué celebrada por los primeros con grandísimo entusiasmo, y se le dió una importancia tal, que en la opinion de muchos, quizás en la de la generalidad, pasó por un milagro. En muchas iglesias fué celebrada con toda solemnidad, y no fué en Roma donde se hizo menor fiesta. No entraremos en infinitos pormenores sobre hazañas particulares. Se hacen grandes elogios del capitan español Figueroa, jefe de la columna que atacó la batería, y fué el principal autor de la victoria. Los españoles usaron con demasiada largueza, ó por mejor decir, abusaron con crueldad del triunfo conseguido, aunque esta conducta no se debe achacar á influencia, ni aun disimulo, por parte del general español; pues habiendo el trozo de Cerdeña incendiado en su furor algunos pueblos de las inmediaciones, fueron severamente castigados los autores del exceso, y privados de su cargo los oficiales y jefes que lo habian permitido.

Derrotado tan completamente el ejército del conde de Nassau, regresó el duque de Alba á Groninga, y de aquí por la via de Amberes tomó la vuelta de Bruselas, habiendo encontrado en el camino á su hijo don Federico de Toledo, duque de Huesca, que le traia un refuerzo de dos mil hombres, casi todos españoles. A muy pocos dias de su llegada á la capital, tuvo el general español que dejarla, para salir al encuentro del príncipe de Orange, que intentaba invadir el pais, cayendo sobre la provincia de Brabante.

No habia estado ocioso este caudillo durante su permanencia en sus estados de Alemania. Organizó allí cuantos medios le sugeria su genio y su ambicion, para hacer frente al rey de España, dirigiéndose á los príncipes que participaban de sus sentimientos. La prision y suplicio de los condes de Egmont y de Horn dieron nuevos estímulos á su actividad, y suficientes pretextos para las medidas hostiles en que tanto se ocupaba. Para hacerse mas jefe del partido, captarse la confianza de los descontentos y la amistad de los príncipes luteranos, se declaró abiertamente de su comunion, y esto le dió armas para combatir mas de lleno la intolerancia religiosa y el sistema de persecusion que habia adoptado el duque de Alba. Publicó manifiestos contra la política sanguinaria, contra el plan de opresion y servidumbre á que habia condenado á su pais el rey de España. Con su actividad y medios que le daba su influencia personal, allegó un ejército de veinte y ocho mil hombres; diez y seis mil infantes y ocho mil caballos, compuesto de flamencos, franceses y alemanes. En sus filas figuraban, además de su hermano Adolfo, algunas personas distinguidas, como Casimiro, hijo del conde Palatino, el conde de Schwartzemberg, dos de los duques Sajonia, el conde de Hoogstrat y Guillermo Lumey de la familia de los condes de la Marca. Con estas tropas, pasó el príncipe de Orange el Rhin, y sentó sus reales en las orillas del Mosa, cerca de Maestrich.

No manifestó el duque de Alba mucha inquietud por la aproximacion del príncipe de Orange. A los manifiestos en que éste hacia ver los príncipes y potencias que apoyaban su causa y entraban en su alianza, respondió con la enumeracion de otros mas poderosos que estaban á favor del rey de España. Sin detenerse, salió de Bruselas, y se dirigió á Maestrich, separándole solo ya el Mosa del ejército contrario.

No podia estar la guerra ya mas pronunciada. Se habian convertido los antiguos súbditos del rey en abiertos enemigos, con pendon alzado y ejércitos, que buscaban á los de su antiguo soberano. Luchaban en los Paises-Bajos, como en otros de Europa, dos creencias religiosas enemigas, cuyos intereses iban igualmente mezclados con las de la política mundana. A motivos tan poderosos se unia el espíritu de la independencia, el deseo de sacudir el yugo extranjero, pasion ya dominante en los Paises-Bajos. No era el enemigo mas temible del duque de Alba el príncipe de Orange, sino el descontento general, subido de punto por las persecuciones y severidad desplegada por este personaje. A los antiguos Guensios ó mendigos, habian sucedido otros mas verdaderos, que con el nombre de *silvestres*, recorrian el pais y se encarnizaban en cuantos soldados del duque de Alba ó partidas sueltas encontraban por los campos. El pueblo entero hacia votos por la suerte favorable de las armas del príncipe, y cada vez se manifestaban mas síntomas de descontento y odio al rey de España.

Trataba el duque de Alba de impedir el paso del Mosa al príncipe de Orange; mas conservando éste siempre el carácter de agresor, consiguió su intento de ponerse en la otra orilla, haciéndolo sin ser molestado, y fuera de la vista de los españoles. Se dice que, para vadearle con mas comodidad, imitó el ejemplo de Julio César en el paso del Loira, amortiguando el ímpetu de la corriente con su caballería colocada un poco mas arriba del vado, estrechados completamente los caballos y los

hombres, que formaban una especie de dique á la corriente. Tan difícil parecia la empresa, que al comunicársele al duque de Alba la noticia, preguntó, si las tropas del príncipe tenian alas para pasar un rio tan caudaloso como el Mosa.

A seis millas de los españoles, asentó sus reales el príncipe de Orange. El dia siguiente salió en su busca, en actitud de ofrecerle batalla; mas no quiso aceptarla el duque de Alba, á pesar de que el maestre general del campo opinaba lo contrario.

Era sin duda interés del príncipe el combatir, fiado en la ventaja que le daba la superioridad de sus fuerzas; mas el duque de Alba, tan prudente como esforzado capitan, esperaba la victoria, sin exponerse al azar de una batalla. Sabia que las tropas enemigas tenian pagas para poco tiempo, y confiaba en que el descontento, la indisciplina, y al fin la sedicion, le proporcionarian las mismas ventajas que en Gemingen. Se redujo, pues, la campaña por entonces á escaramuzas, en que las ventajas se equilibraban por una y otra parte. Casi siempre eran los incitadores los del príncipe de Orange, quien no perdonaba medios ni ocasion de provocar un conflicto, haciendo correrías y saqueando pueblos á las inmediaciones de Maestrich, á vista de los españoles. Mas el duque de Alba, constante en su plan, é impertérrito, á pesar de las murmuraciones de su propio campo, permanecia inactivo, ya sabedor de que tardarian poco de faltar víveres y dinero á los del príncipe de Orange. Habia éste en vano puesto el sitio á varias plazas del Brabante, con el principal objeto de sacar dinero y víveres; mas fué de todas ellas rechazado, apoyados los de adentro en el ejército del duque de Alba, quien aunque evitaba un compromiso sério, estaba siempre de observacion, y pronto á seguir al enemigo los alcances.

Se movió el príncipe de Orange hácia la plaza de Tougres, y le siguió el duque de Alba, no como quien busca batalla, sino de observacion y en actitud de defen-

der la plaza. Una escaramuza de poca consideracion tuvo lugar entre unos y otros, y aunque fué desventajosa para los de Orange, aguardó á los nuestros, creyendo que se iban á empeñar mas sériamente. Pero firme siempre el de Alba en su resolucion de no pelear, esperando la victoria de otros medios, permaneció inactivo á pesar de las representaciones de sus jefes principales. Comenzaba á resentirse el ejército enemigo de los males que con tanta prudencia habia previsto el duque de Alba. Los soldados carecian de pagas; y hubiese estallado en el campo una abierta sedicion sin la noticia que se tuvo de la próxima llegada de un refuerzo de Francia muy provisto de dinero. A su encuentro marchó pues el príncipe de Orange, despues de una entrada en San Trudent, donde se hizo con víveres y algunos fondos. Le separaba de sus amigos el pequeño rio Get, y no queriendo ser perseguido por los españoles, dejó á retaguardia al coronel Felipe Marbois, señor de Loverval, con dos mil arcabuceros y quinientos caballos, para entretenerlos mientras su ejército pasaba el rio. Observada esta maniobra por el duque de Alba, mandó á su hijo don Federico y al maestre de campo general Vitelli, que cayesen sin perder instante sobre este cuerpo separado. Atacaron los españoles con ardor, y aunque fueron repelidos con el mismo, tuvieron los enemigos que ceder á fuerzas superiores. Acosados por todas partes, se metieron en una casa fuerte, donde continuaron haciendo una obstinada resistencia. Despues de varias negativas de rendirse, procedieron los españoles al incendio del castillo, á cuyo efecto salieron todos los que estaban dentro embistiendo á los contrarios, trabándose entre unos y otros un combate sangriento al arma blanca. No se salvó ninguno de los del príncipe de Orange, siendo prisioneros los que no murieron. Quedó en manos de los españoles el coronel Loverval con tres heridas, y lo mismo el conde de Hostrart, que murió de resultas de tener atravesado el brazo con tres balas. Dió elogios el duque de Alba al

arrojo de los vencedores, y su hijo don Federico no fué el que tuvo menos parte en estas muestras de aprobacion tan justamente merecidas.

Presenciaba el conflicto desde la otra orilla el príncipe de Orange, y aunque varias veces resolvió volver á pasar el rio con objeto de auxiliar los suyos, otras tantas desistió de su propósito temiendo los azares á que se exponia. Así pagó la falta enorme de dejar á retaguardia un cuerpo tan escaso, que no podia menos de ser completamente derrotado.

Por otra parte insistia mas que nunca el maestre de campo general Vitelli en que el duque de Alba pasase el rio y cayese sobre el príncipe de Orange, suponiéndole desmayado con la desgracia de los suyos; pero el general español, siempre inflexible, é irritado ademas con advertencias que creia depresivas de su dignidad, amenazó con las penas mas severas, y aun la de muerte, á cualquiera que le hablase de cambiar de propósito y de planes que hubiese concebido.

Se reunió el de Orange con los refuerzos que venian de Francia, compuestos de tres mil infantes y quinientos caballos, al mando del señor de Genlis, maestre de campo del príncipe de Condé; mas en lugar de mejorar esto el semblante de su situacion, aumentó sus apuros, pues los recien venidos no traian dinero ni proporcionaron medios de subsistencia, que les iban faltando á cada paso. Se aumentó con esto el número de los necesitados, creciendo en la misma razon el descontento. Viéndose en esta situacion el príncipe de Orange, sin víveres, sin dinero, sin poder encender la guerra civil en el pais, sin poder dar batalla al duque de Alba que le venia siempre observando é incomodando en sus movimientos, pensó sériamente en abandonar aquel teatro militar, retirándose á Alemania para aguardar allí mas favorable coyuntura. Asi lo hizo, forzando el paso por Lieja, cuyo obispo no quiso concedérsele de grado, y entrando asimismo en Quesnoi, saqueando entrambas plazas. Al tocar en Fran-

cia se halló con la negativa del rey Cárlos de que entrase en sus estados; y como tratase de penetrar á viva fuerza, se le amotinaron sus soldados franceses no queriendo hacer armas contra su monarca. En esta situacion, deshaciéndose de sus joyas, preseas y cuanto tenia de valor en su equipaje, trató de pagar á las tropas como pudo, y seguido de una parte muy pequeña de las que le habian acompañado, tomó con ellas la vuelta de sus estados de Alemania.

Asi terminó en 1569 la primera campaña de la guerra de los Paises-Bajos. Fueron los dos hermanos Nassau poco afortunados en sus expediciones; mas cualquiera echará de ver que cometieron una falta en no haberlas emprendido al mismo tiempo. Acometiendo ambos por un punto, se hubiesen visto muy superiores en fuerza al ejército español: invadiendo por puntos separados, hubiese sido aún mayor la ventaja, por obligar al duque de Alba á dividir sus fuerzas. No se explica fácilmente esta falta de concierto sino achacándola á los pocos medios pecuniarios de que ambos disponian. Probablemente organizó las suyas antes el conde Luis, y tuvo que ponerlas en accion para no pagarlas sin hacer servicio. Es muy probable que por el mismo apuro tardó mas el príncipe en ponerlas en campaña. Tambien se echa de ver que su invasion no produjo alzamientos populares, pues aunque eran sin duda objeto de simpatías para los habitantes del pais, les inspiraron ciertamente muy poca confianza, cuando no acudieron de varios puntos á sus estandartes.

Expelidos los dos hermanos del territorio de los Paises-Bajos, se podia dar por finalizada la contienda. Así lo creyó al menos el duque de Alba, separando de su ejército una division de tres mil infantes y dos mil caballos, que á las órdenes del conde de Mansfeld, envió de socorro al rey de Francia, cuyas tropas se distinguieron en las batallas de Jarnac y Montoncourt, de que ya hablaremos en su lugar correspondiente. Tan satisfecho

quedó el duque de Alba de sus victorias, que hizo en Bruselas una entrada triunfal con la mayor pompa y aparato. Mandó celebrar en todas partes estos sucesos con festejos públicos. En Bruselas se hizo todo esto con gran pompa, y hubo hasta torneos, en que manifestaron su bizarría y su destreza muchos capitanes españoles. Mas el pueblo debió de tomar poca parte en todos estos regocijos, en estos cánticos de triunfo que celebraban su propio vencimiento. No templó el brillo de la victoria el odio que al general español se profesaba, y esta animadversion creció de punto con la creacion de un trofeo construido con los cañones que se cogieron al conde de Nassau, y colocado en la ciudadela de Amberes con la mas solemne ceremonia. Representaba una efigie armada señalando con el brazo derecho la ciudad, pisando dos estátuas de bronce, que segun la interpretacion general, designaban la nobleza y el pueblo de los estados de Flandes. Tenian las estátuas pisadas muchas manos armadas con librillos, bolsillos y hachas; las caras con máscaras, y de los cuellos les pendian horteras y talegos, haciendo alusion á los confederados ó mendigos. Se leia en el pedestal de la estátua la inscripcion siguiente: «Don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, gobernador de Flandes por Felipe II rey de las Españas, fidelísimo ministro del muy buen rey, erige este monumento por haber extinguido la sedicion, expelido á los rebeldes, cuidado de la religion, adelantado la justicia, y de esta suerte asegurado la paz de las provincias.» Adornaban los otros costados varios emblemas alusivos á lo mismo, y al pié de toda la obra se leia el rótulo de: «Lo hizo Dockelin (1) del bronce cogido al enemigo.» Fué esta manifestacion fastuosa objeto de tanta envidia y murmuracion en la córte de Madrid, como de odiosidad para casi la generalidad del pueblo de los Paises-Bajos.

(1) Strada escribe *Junjelin.* No es este el solo ejemplo de la variedad con que se ven estampados en los diferentes autores unos mismos nombres propios.

Estaban vencidos los ejércitos de los descontentos, mas no vencido el descontento mismo. No se vió menos blanco de odio el duque vencedor, que el que se consideraba como verdugo de tantas víctimas en Flandes. No se templó con los triunfos el sistema de rigor, ni fué menos la actividad con que se perseguia á los acusados de heregía ó de desafeccion al rey de España. No pasaron desapercibidas cuantas demostraciones de simpatía se hicieron en favor de las tropas invasoras, cuantos deseos se manifestaron de que fuese el vencido el duque de Alba. Continuaron llenándose las cárceles de acusados políticos, expiándose en el cadalso el delito de no haber sido en todos tiempos fiel súbdito del rey, engrosándose en los paises extranjeros el número de los refugiados y proscriptos. Para poner el sello á tanta odiosidad, impuso el duque la contribucion de la décima parte de todos los bienes muebles que vendiesen; de la vigésima de los inmuebles tambien en venta, y la centésima una vez del líquido valor de unos y otros. Dió el duque de Alba por motivo de esta nueva contribucion el atender á los gastos de la guerra y demas medios que se empleaban para conservar la paz y la tranquilidad en los estados. Mas era esta misma paz y tranquilidad forzada la que llevaban con tanta impaciencia los pueblos de Flandes, y así fué esta contribucion objeto de nuevas murmuraciones, de nuevos disgustos, y su cobro encontró en todas partes la mas viva resistencia, tanto por los contribuyentes, cuanto por los mismos estados del pais reunidos en Bruselas. Pero á proporcion que se pronunciaba esta resistencia, crecia la obstinacion del duque, manifestando que puesto que la rebelion de los estados de Flandes era obra exclusivamente suya, y por ningun estilo de los españoles, á los primeros tocaba resarcir con dinero los daños y gastos que la guerra habia ocasionado: que el dinero exigido no era de ningun modo para él, y si para entrarle en las arcas públicas y atender á los crecidos gastos en que por bien del servicio estaba tan com.

prometido. Mas no por eso se mostraron sumisos los estados, quienes enviaron comisionados á Madrid para quejarse de los gravámenes que iban á pesar sobre un pais, tan en menoscabo de su comercio y de su industria.

Se agravió mucho el duque de semejante embajada, imaginando lo que sus enemigos en la córte de Madrid se aprovecharian de estas quejas para ponerle en mal lugar con el monarca. Con objeto de templar un poco la animosidad, trató sériamente en publicar el edicto del perdon, otorgado á duras penas por Felipe II á sus súbditos rebeldes. Habia tres años que la princesa gobernadora habia aconsejado esta medida, como la única capaz de restituir la calma á los estados, alegando entre otras razones, que siendo infinitos los culpables, era imposible castigarlos todos. Mas Felipe II, poco inclinado á la blandura, habia desoido la proposicion, y no entró en ella hasta despues de los suplicios ya expresados y las victorias obtenidas por el duque de Alba sobre el conde de Nassau y el príncipe de Orange. Todavía tardó el duque de Alba un año en publicar este edicto; tan poco inclinado era á cuanto oliese á perdon é indulgencia hácia pueblos que de todo corazon aborrecia. Mas ahora le pareció llegado el caso de hacer ver á los flamencos que tenian un señor muy bondadoso y verdadero padre de los pueblos en el rey de España.

Se celebró en 1570 la ceremonia de la publicacion del edicto en Amberes con la mayor pompa y aparato. Se hizo una funcion solemne de iglesia en la catedral, á la que asistieron el duque con su comitiva, las autoridades del pais y una inmensidad de pueblo. Subió al púlpito el obispo de la diócesis, y leyó en alta voz el breve pontificio, por el que la santidad de Pio V absolvia del crímen de heregía á los flamencos que hubiesen incurrido en tan horrendo crímen. Se oyó la voz del prelado con el mayor recogimiento; mas hácia el fin de su lectura le acometió un accidente que le privó de sus sentidos, y se

tuvo por muy mal agüero, como un anuncio del poco fruto que se iba á sacar de la indulgencia.

En seguida se dirigió el duque á la plaza pública, donde se habia erigido un gran tablado, y colocado en medio una especie de sólio muy lujoso. Allí se sentó el supremo gobernador, rodeado de los magnates de su córte, adornado con un estoque y un sombrero cubierto de pedrerías que le habia enviado el Papa Pio V, cuando le felicitó por la victoria de Groninga. Despues de impuesto silencio por el pregonero, fué leido por éste el edicto del perdon en flamenco y en francés, para que fuese de todos entendido; mas se dice que se oyó muy poco su voz, sea por la casualidad de estar enfermo, sea por industria del duque, mas deseoso de llamar la atencion del público hácia su persona, que de ocuparle en las palabras del edicto. Hizo en efecto su lectura poca impresion en los ánimos del auditorio. A unos pareció la providencia ya tardía; á otros insuficiente por sus muchas excepciones. Ningun festejo público se siguió á este acto tan solemne. Ni aclamaciones, ni músicas, ni iluminaciones por la noche, dieron á entender que habia contentado un perdon tan diferido, y ya tan tarde otorgado por Felipe.

CAPITULO XXXIX.

Continuacion del anterior.--Siguen los disgustos por la décima.--Inflexibilidad del duque de Alba.--Mendigos marítimos.--Toman el puerto de Brille.--Insurreccion de Zelanda y Holanda.--Entrada de Luis de Nassau en Mons.--Marcha al sitio de esta plaza don Federico de Toledo.--Derrota de un cuerpo auxiliar francés.--Segunda entrada en los Países-Bajos del príncipe de Orangé.--Toma varias plazas del Brabante.--No puede hacer levantar el sitio de Mons.--Se retira á Holanda.--Entra en Mons el duque de Alba.--Van los españoles á las provincias del Norte.--Toma y saco de Zutphen.--Incendio de Naardem.--Obstinada defensa de Harlem.--Toma de esta plaza.—Toma don Luis de Requesens el mando de los Paises-Bajos.--Vuelve á España el duque de Alba.--Es bien recibido del rey.--Sale desterrado á Uceda (1).

1570—1573.

Estaba el duque de Alba sumamente descontento de su espinoso cargo, y deseaba restituirse cuanto mas antes á la córte, donde sabia que sus enemigos trabajaban tanto en su descrédito. Se dice que el rey mismo no estaba satisfecho de su administracion, y que habian ofendido mucho el fausto y arrogancia desplegados por el duque en la celebracion de su triunfo sobre los de Nassau, y en la ceremonia de la publicacion del decreto de indulgencia. Se llegó á nombrarle un sucesor, que fué el duque de Medinaceli; mas éste no gustó del mando en Flandes por entonces, y el duque tuvo que permanecer á pesar suyo en un puesto donde era tan aborrecido.

Seguia el asunto desagradable de las nuevas contribuciones, sin que aflojase el duque de Alba en la perentoria dureza con que exigia los pedidos, ni los estados y el pueblo todo en la resistencia á concederlos. Hubo con este motivo sérias turbulencias en varias poblaciones. En Bruselas mismo se cerraron muchas tiendas de comerciantes, de artesanos, hasta de carniceros y panade-

(1) Las mismas autoridades.

ros y otros necesarios á la diaria subsistencia. Irritado el duque de este desacato cometido en la capital, y hasta delante de sus mismos ojos, mandó ahorcar á diez que le parecieron mas culpables; pero cuando iban los verdugos á desempeñar su cometido, llegó á los oidos del gobernador general la noticia de mas sérias turbulencias.

Hasta entonces habian sido los Paises-Bajos teatro de una guerra provocada por los grandes proscriptos que los habian invadido á mano armada. Por muchas que fuesen las simpatías con que los mirase la generalidad del pais, no se puede decir que el pais estaba alzado. Lo que no habian hecho hasta entonces ni los rigores del duque de Alba, ni la sangre derramada por el famoso tribunal, ni la presencia del príncipe de Orange y de su hermano, fué producido por el tributo de la décima. En materias políticas no todos tienen igual grado de interés; ni las ventajas en caso de victoria, ni los castigos en el de vencimiento, pueden alcanzar á todo el mundo. Mas cuando se trata de contribuciones, todos sienten mas ó menos su gravámen, los pequeños igualmente que los grandes. Las impuestas y exigidas en tono tan absoluto por el duque de Alba, no pudieron menos de consumar el descontento del pais, y hacer mas efecto que las disensiones políticas y religiosas que habian preparado tantas turbulencias. Lo que hasta entonces habian dado los Paises-Bajos, era mas un simple donativo que un tributo; cada pais contribuia mas ó menos, segun la determinacion de sus estados peculiares, que obraban de un modo independiente. Todos los señores habian sido muy parcos en exigencias de esta clase, y el mismo Cárlos V, tan despótico en todo, habia respetado en esta parte los usos é inmunidades de los pueblos. Los pedidos del duque de Alba tenian todos los caractéres de odiosidad que podian ofender á los habitantes de los Paises-Bajos. Era un jefe extranjero, instrumento de opresion y servidumbre, que pedia impuestos con el objeto de dar consistencia á un órden de cosas tan impopular y tan odioso. No solo

mostraban descontento por estas exacciones las clases populares, sino los mismos estados, y hasta las personas que se mostraban interesadas por la consolidacion del poder del rey de España. De varias partes se hicieron al duque fuertes representaciones pidiendo el pago de una contribucion alzada con preferencia á la de la décima; mas fueron todos estos ruegos desestimados por el duque, tanto mas obstinado, cuanto que atribuia á una sublevacion disfrazada esta resistencia por parte de los pueblos. Algunas ciudades se negaron, y entre ellas la de Utrecht, que ya se habia distinguido en otro tiempo por su adhesion á la causa protestante, hasta el punto de ceder uno de sus templos á los prosélitos del culto nuevo. Expió esta ciudad sus culpas pasadas, juntamente con las nuevas, sufriendo poco menos que los horrores de un sitio, y al fin una contribucion mucho mas gravosa que la que habia resistido. Otros pueblos fueron igualmente objetos del rigor del duque de Alba, resuelto á seguir adelante con sus resoluciones. No es de admirar, pues, que prescindiendo de los daños y perjuicios de los intereses propios, contribuyese esto á mantener vivo el fuego de la sedicion, que el gobernador general juzgaba ya extinguido para siempre. Que el príncipe de Orange se aprovechase hábilmente de esta nueva medida de rigor del de Alba, parece natural, pues era su interés explotar cuanto contribuyese á hacer en Flandes odioso al rey de España. El que habia sabido sacar tanto fruto de todas las faltas y rigores de este gobierno, de la ereccion de los nuevos obispados, de la dureza del cardenal Granvella, del establecimiento de la inquisicion, del suplicio de los condes de Egmont y de Horn, en fin, de todas las crueldades y violencias sanguinarias á que se habia propasado el duque de Alba, debió de aprovecharse de este impuesto de la décima. Aunque retirado en Alemania, conservaba estrechas relaciones con todos sus partidarios de los Paises-Bajos, sobre todo con los habitantes de las costas de Holanda y Zelanda, donde era mucho

mayor el número de sus adictos. Como aquellos pueblos son tan diestros y prácticos en la navegacion, trató de organizar una insurreccion marítima, que no podia menos de ejercer una gran preponderancia. Á los Mendigos silvestres, de que ya hemos hablado, sucedieron otros con el nombre de marítimos ó acuátiles, y cuya mayor parte se componia de proscriptos. Hacian por mar excursiones parecidas y con el mismo objeto que las de los terrestres. Recorrian en corso las costas de los Paises-Bajos, desde la embocadura del rio Ems hasta el canal de Inglaterra, haciendo presas en todo lo que podia pertenecer al rey de España. Habiendo aumentado su número, creció su osadía, y se apoderaron en 1572 del puerto de Brille, á las órdenes de Guillermo Lumey, conde de la Marca, teniendo por compañeros á Guillermo Blosio, Treslong, un tal Antelot, bastardo de Brederode, y otros. Allí alzaron el estandarte de la rebelion contra el gobierno del rey, y proclamaron la religion protestante, señalando este celo religioso con todo género de desacatos y de excesos en los templos católicos, como lo tenian de costumbre.

Se debe considerar la ocupacion de Brille como el principio de una nueva época en la historia del pais, como la verdadera cuna de la con el tiempo tan famosa república de Holanda. Se hicieron los sublevados fuertes en la plaza, y no solo resistieron la embestida de Bossut, gobernador á la sazon de la provincia de Holanda, quien trató de sofocar la rebelion en su mismo nacimiento, sino que á su vista le quemaron algunas de sus naves que estaban separadas de las otras. Que este movimiento tenia ramificaciones en casi todos los pueblos de la Flandes, y sobre todo de la Holanda, aparece claro por el cambio que produjo en los ánimos de todo el pais, donde fué celebrado con entusiasmo, alimentando nuevas esperanzas de sacudir para siempre el yugo de los españoles. Llevaban los sublevados pintadas en sus banderas diez monedas, haciendo alusion al tributo de la décima, y

sin rebozo se reconocian hechuras del príncipe de Orange, á quien pagaban la cuarta parte de lo que sus presas producian. No fué Brille el único pueblo que cerró sus puertas al conde de Bossut. Imitó su ejemplo el de Dordrech, adonde trató de trasladar el conde sus tropas, con objeto de darles algunos dias de descanso. Pasó despues de este desaire á Roterdan; mas aunque esta plaza trató de hacer alguna resistencia, abrió al fin sus puertas, aunque con mucha precaucion, permitiendo solo entrar una por una las compañías que seguian al conde. Mas apenas estuvieron dentro, ó porque quisiesen castigar la desconfianza de los habitantes, ó por desahogar la irritacion de los pasados descalabros, entregaron á saco la ciudad, y pasaron á cuchillo á mas de trescientos de sus moradores. Dió nuevo pábulo aquella atrocidad al fuego de la insurreccion, que ya cundia en aquellas provincias marítimas, donde era de tan antiguo odioso el yugo de los españoles. Se alzó Flesinga, puerto importante de Zelanda, donde por las exhortaciones del párroco, hallándose en el púlpito, se expulsaron á los españoles que la guarnecian, llegando hasta á colgar al gobernador Alvaro de Pacheco, que pasaba por pariente del duque de Alba, en venganza de que éste habia mandado degollar á un hermano de Treslong, uno de los principales caudillos del pronunciamiento. Coronaron los de Flesinga su insurreccion demoliendo el castillo ó ciudadela que se acababa de construir por disposicion del duque de Alba.

Siguieron el ejemplo de Flesinga todos los pueblos principales de la provincia de Zelanda, á excepcion de la plaza de Middelburgo, capital de la isla de este nombre. Pasó á sitiarla el conde de Tserat con un cuerpo de los sublevados. Pero el duque de Alba envió en su socorro á Sancho de Avila con mil hombres, que se embarcaron en Berg-op-zoom, y cayeron tan á tiempo sobre los sitiadores cogidos de sorpresa, que los mataron casi todos. En seguida pusieron sitio los zelandeses á la plaza de Tergoes, en la isla de Sur-Bebeland, con objeto de pasar

despues de su conquista á la de Middelburgo. Partieron en su socorro los capitanes españoles Sancho de Avila y Cristóbal de Mondragon; mas no pudieron llegar por la superioridad de los buques enemigos, que ya sobre aviso, acudieron á interceptarles el camino. Constantes sin embargo en su proyecto los capitanes españoles, recurrieron al expediente de hacer la expedicion á pié, aguardando para ello la marea baja. Con el auxilio de un práctico que les enseñó y guió por un vado poco peligroso, se pusieron en marcha las tropas, desnudas de medio cuerpo abajo, llevando en lo alto de las picas saquillos con pan y pólvora. Así llegaron con harta exposicion y trabajo al campo de los sitiadores, que pusieron en derrota.

A la insurreccion de Zelanda siguió la de la Holanda; de modo que con la celeridad del rayo, casi las dos provincias, á excepcion de Amsterdam y Middelburgo, sacudieron el yugo de los españoles.

Se pusieron todos estos pueblos sublevados bajo la proteccion, y reconocieron las autoridades del príncipe de Orange, formando una especie de república confederada, y echando así los cimientos de un nuevo estado, que llegó con el tiempo á ser tan célebre. Trató el príncipe de hacerlos prontamente con armas, municiones y navíos, distribuyéndoles las rentas eclesiásticas. Inteligentes y prácticos en la navegacion, en el comercio y en todo género de industria, aumentaron poco á poco sus fuerzas y poder, de modo que al cabo de cuatro meses habian formado en Flesinga una escuadra de ciento cincuenta buques, con que hicieron correrías en puertos de la parcialidad de España, tomando sus embarcaciones.

No se redujo la rebelion á las provincias de Holanda. Habia pasado á Francia, despues de la primera retirada del príncipe de Orange de los Paises-Bajos, su hermano Luis, conde de Nassau, que á sus cualidades militares reunia las de hábil y activo negociador, sin desconocer las artes de la intriga. Se estrechó el conde con los calvinistas franceses, de quienes esperaba auxilios podero-



sos: y tan identificado se mostraba por su causa, que se hálló en sus filas como simple aventurero en la batalla de Montoncourt, donde fueron derrotados. Desmayaron con esto sus esperanzas, mas pronto se reanimaron: primero, por la paz de San German, que fué tan ventajosa para los calvinistas franceses, y despues por la apariencia de favor de que gozaban en la córte del rey de Francia, segun veremos á su debido tiempo. Continuó el conde Luis en Francia en sus estrechas relaciones con el partido calvinista, llegando á tal punto con ellos su privanza, que hizo parte del número de los comisionados que enviaron en mensaje á Cárlos IX en una importante negociacion que con él tenia entablada. Utilizó el de Nassau este favor, logrando que le confiasen un cuerpo de su nacion, al frente del cual se puso en marcha para los Paises-Bajos, y se apoderó por sorpresa de la plaza de Mons, ventaja para él tanto mas apreciable, cuanto este auxilio de tropas francesas confirmaba en cierto modo los temores que se habian concebido de la guerra que iba á estallar entre el rey de Francia y el católico.

No se mostraba favorable la fortuna al duque de Alba. Estaba encendido el fuego de la rebelion en el Mediodía y en el Norte, y lo que mas podia aumentar sus aprensiones era la especie de favor de que gozaban los calvinistas franceses con el rey de Francia. Llamado el gobernador español por dos objetos tan distantes á la vez, deliberó en su consejo sobre cuál debia merecer la preferencia. Opinaron algunos, y entre ellos el maestre de campo general Chapino Vitelli, porque se trasladase á las provincias del Norte, donde la hostilidad se mostraba con tantos síntomas de encarnizamiento. Le hicieron ver lo difícil que seria reducirlos á la obediencia del rey si se les dejaba tiempo para organizar la guerra y aprovecharse hábilmente de las ventajas del pais, cortado por tantos canales donde eran fáciles las inundaciones. Mas el duque de Alba, dando sin duda mas importancia de la que en sí tenia á la invasion del conde Luis, y

preocupado sin duda con la próxima ruptura entre Francia y España, se decidió como punto preferente por la expugnacion de Mons, y envió con este objeto á su hijo don Federico con el maestre general del campo, mientras él se hallaba pronto á seguirlos despues de algunos dias. Asentó don Federico sus reales en el paraje que creyó mas oportuno, y echó á los enemigos del monasterio de la Espina, que, como punto fuerte, habian guarnecido con un crecido número de tropas. Mientras tanto se hallaba en marcha con direccion á Mons un nuevo cuerpo de franceses que enviaba Coligny á las órdenes del señor de Genlis, hermano de otro de este nombre que habia muerto en un campo de batalla. No queria el conde de Nassau que el de Genlis viniese solo, y sí que se reuniese con el príncipe de Orange, que se preparaba á entrar por los Paises-Bajos; mas, ambicioso el francés de la gloria de salvar por sí solo á Mons, pasó adelante sin aguardar al príncipe, y proporcionó á don Federico una victoria decisiva, en que murieron mil doscientos hombres franceses, habiendo perdido los españoles solo treinta. Quedaron de los enemigos seiscientos prisioneros, entre los que se contó el mismo general en jefe. De estos fueron muchos ahorcados en las plazas vecinas, y otros que andaban fugitivos por los campos cayeron en manos de los paisanos, que ejercieron con ellos todo género de crueldades.

Llegaba mientras tanto á las fronteras de Flandes el príncipe de Orange, ansioso de reparar el desaire sufrido anteriormente, alentado ademas con el buen semblante que en el Norte del pais sus asuntos presentaban. Venia á la cabeza de seis mil caballos y once mil infantes. Pasó el Mosa á principios de junio de 1572. Tomó de viva fuerza á Ruremunda y penetró por el Brabante, con intento de marchar al socorro de su hermano. Acometió en el camino á Lobayna, cuya plaza se libertó del saqueo por diez y seis mil escudos de oro. Entró en seguida de grado ó por fuerza en Malinas, Nivelles, Diest, Lichen,

Tirlemont, Dendermunda, Ondenarde y otros pueblos de menor importancia. Los que le abrieron sus puertas, se rescataron con dinero: los que se resistieron, fueron entregados al pillaje.

Se vieron de este modo los Paises-Bajos teatro de cinco ejércitos beligerantes. Por el Norte infestaba las costas y los pueblos marítimos el conde de Lumey con los sublevados holandeses: por la frontera de Francia habia invadido el conde de Nassau: por la de Alemania el conde de Berges en auxilio del príncipe de Orange: por la del Oriente este caudillo en persona con las tropas que llevamos indicadas, y en el medio, haciendo frente á todos el duque de Alba con sus españoles y demas tropas que servian bajo las banderas de la España.

No es difícil imaginarse los desórdenes y excesos de que el pais seria teatro en un conflicto de pueblos tan divididos en opiniones y creencias. Cada historiador debilita ó agrava los colores del cuadro, segun el espíritu de nacion ó de partido á que pertenece, pues una imparcialidad exacta es difícil y hasta imposible de encontrar en los que refieren acciones de los hombres. Se escribió mucho en su tiempo de las exacciones y crueldades cometidas por los del príncipe de Orange, del saqueo de las casas, del robo de los templos, de la profanacion de las imágenes, en fin, de la repeticion de cuantos excesos en este género se cometieron en tiempos anteriores. A excepcion de las profanaciones de los templos, no se distinguian menos los católicos en actos de crueldad y de barbarie, aunque algunos los quieren presentar como justos castigos y actos de permitidas represalias. La guerra va acompañada siempre de horrores que no pueden evitar los mismos jefes animados de otras miras, y muchas veces el que se presenta con pretensiones de libertador, suele ser un azote, no por lo que él mismo hace ó manda hacer, sino por lo que se vé precisado á permitir por lo duro de las circunstancias. Es probable que el príncipe de Orange no quisiese hacerse odioso en un pais cuyas

simpatías tanto le interesaban; pero escaso de dinero, con tropas extrañas sedientas de botin, no debe parecer extraño que diese en ocasiones rienda suelta á la codicia de la soldadesca.

Como era su objeto principal hacer levantar el sitio de Mons, donde estaba encerrado el conde de Nassau, no perdió tiempo en trasladarse á las inmediaciones de la plaza. Mas la tenia cercada en persona el duque de Alba, y habia elegido y fortificado con tanta maestría su campo, que le fué imposible al de Orange desposesionarle de él, operacion que debia preceder á su empresa de librar la plaza. La batalla á que llamó á su enemigo en campo raso, no fué aceptada por el general español, siempre circunspecto y determinado á no aventurarse inútilmente con fuerzas inferiores, cuando aguardaba del tiempo una victoria mas segura. No permitian sus circunstancias al de Orange gastar mucho tiempo ocioso, por las mismas razones que hemos indicado en su primera invasion de los Paises-Bajos. Una noticia vino á poner fin á la irresolucion en que se hallaba, y fué la de la matanza de los Hugonotes en Paris, de que hablaremos en adelante, ocurrida en 24 de agosto de 1572, y que destruia completamente sus ilusiones sobre la próxima ruptura entre el rey de Francia y el de España. Hizo este acontecimiento en los franceses que le acompañaban una tristísima impresion, y viéndolos en vísperas de amotinarse, determinó el príncipe levantar el campo, padeciendo muchas pérdidas en su retirada, pues el duque de Alba destacó un cuerpo de ejército que le siguió los alcances toda aquella noche, matándole mas de quinientos hombres, sin dejarle un momento de descanso en sus cuarteles, pues algunos de los enemigos llegaron hasta su misma tienda, y le hubiesen asesinado sin la alarma que dió el ladrido de sus perros. Continuó el príncipe su marcha penosa hasta Delft, en Holanda, mientras su hermano, el conde de Nassau, sin poder ya conservarse en Mons, entregaba la plaza al español, bajo las condicio-

nes de dejar salir la guarnicion, á cuyo frente se dirigió á Dilemburgo, en Alemania.

Entró el duque de Alba victorioso en Mons, y sus tropas recobraron con toda brevedad todos los pueblos y plazas de que se habia apoderado el príncipe de Orange. Si éste cometió excesos en su escursion por el Brabante, no fué menos el rigor con que abusaron de su victoria las tropas españolas. Hizo el duque de Alba castigos muy ejemplares en cuantos se suponian de la parcialidad de su enemigo. Malinas, que no habia querido admitir guarnicion española antes de ocuparla el príncipe de Orange, fué entregada á saqueo por espacio de tres dias. Excitó el rigor de estas represalias muchas nuevas murmuraciones contra la severidad del duque de Alba, y éste tuvo que justificarse por medio de un manifiesto que, como puede suponerse, no llevó la conviccion al ánimo de sus irreconciliables enemigos.

El príncipe de Orange, aunque fugitivo y sin ejército, encontró en las provincias septentrionales las mismas simpatías de que habia sido objeto tantos años. Estaba ya profundamente arraigado en ellas el odio al yugo español, el espíritu de propia independencia, y sobre todo un celo ardiente por el nuevo culto religioso. Fué desde entonces considerado el de Orange como el jefe civil y militar del pais, y reconocido como tal por sus estados reunidos en Dordrecht con este objeto. No ignoraban aquellas provincias que, reducidas ya á la obediencia del rey las del Mediodía, se dirigirian contra ellas las armas de los vencedores.

En efecto, mientras el duque de Alba se restituia á Bruselas, se encaminaba su hijo don Federico con una fuerte division á la provincia de Güeldres, apoderándose de la plaza de Zutphen que tambien entregó á saco. Por su parte penetraba el capitan Mondragon por la provincia de Zelanda con dos mil hombres, y haciendo con ellos una expedicion por mar, tomó toda la isla de Valckren, de que se habian apoderado los contrarios. Con igual

rapidez se dirigió don Federico desde Zutphen á Nardem, que saqueó é incendió, habiendo hecho pasar la mayor parte de sus habitantes á cuchillo. Mas no fué tan dichoso delante de los muros de Harlem, á cuya plaza, mandada por un jefe holandés llamado Riperda, puso sitio, habiéndose negado los habitantes á abrirle sus puertas, rechazando con desden el perdon con que los brindaba. Habian irritado de nuevo las violencias de los españoles el odio de las poblaciones, y los Mendigos marítimos continuaban sus hostilidades con mas ardor que nunca. Se defendian los de Harlem con notable vigor y obstinacion, y el sitio de esta plaza ocupa con razon una de las principales páginas en la historia de las guerras de Flandes, tan célebre bajo cuantos aspectos se la considere. La perseverancia en la defensa fué tan obstinada, y tantas las molestias sufridas por los españoles delante de sus muros, que se resolvió don Federico á levantar el sitio, comunicándoselo así á su padre; mas éste desde Bruselas se lo reprobó con los términos de la mas viva indignacion, amenazándole con que enfermo como se hallaba en cama, iria á ponerse en persona al frente de sus tropas para continuar el sitio. Algunos añaden que el duque, queriendo estimular mas el pundonor de su hijo, llegó hasta decirle, que si no tenia valor para concluir la empresa, mandaria llamar á su madre para que viniese á darle ejemplos de animosidad y de constancia. No era necesario tanto para que don Federico renovase con ardor el sitio; mas en igual grado creció la noble obstinacion de los de Harlem, resueltos á sepultarse, antes que rendirse, entre sus muros. En vez de templar el enojo de los sitiadores, le provocaban con estudio, haciéndoles burla y escarnio desde sus murallas. Como Harlem era el principal asiento de la rebelion, y se habian cometido allí mas que en parte ninguna profanaciones de los templos, colocaban sus defensores las imágenes de la Virgen y de los santos en sus muros, y celebraban farsas religiosas, con lo que ardian mas en coraje los españoles,

tan celosos contra tamaños desacatos. A estas burlas añadian los de Harlem la ofensa positiva de colgar muchos prisioneros de sus muros; y una vez que los sitiadores les lanzaron la cabeza de un jefe que marchaba con tropas en su auxilio, respondieron los de Harlem arrojando once al campo español, diciendo que las diez representaban la décima impuesta por el duque de Alba, y la undécima el interés de una deuda tanto tiempo diferida. Se dice que entre los defensores de la plaza se contaba un cuerpo de mujeres esforzadas, cuya capitana se llamaba Kenaba, que no solamente tomaban parte en todos los peligros, combatiendo personalmente, sino que trabajaban con notable ardor en el reparo de las fortificaciones.

Duraba ya mas de ocho meses el sitio de esta plaza célebre. Habiéndose concluido todos los recursos en municiones y víveres de los sitiados, y medio derruidos los muros por la artillería enemiga, que hizo contra ellos mas de diez mil disparos, cantidad enorme para aquellos tiempos. Viéndose ya en tanto aprieto los de Harlem, trataron de hacer una salida, y de perecer todos entre las filas españolas; mas fueron detenidos á las puertas por los llantos de las mujeres y de los niños, y la plaza rendida á discrecion, agotados ya todos los medios de defensa. Se concibe bien los rigores que ejercerian contra los vencidos, unos vencedores irritados con tan terrible resistencia. Fueron horribles los castigos que hizo ejecutar don Federico en los principales motores de la defensa, en los que habian tomado mas parte en la pasada rebelion, en los que se habian distinguido mas en el pillaje y profanacion de los templos. A mas de trece mil personas se hace ascender la pérdida de las dos partes. Fué muy grande la experimentada en el campo de los españoles, y la toma de esta plaza debilitó tanto las fuerzas de don Federico, que tuvo que levantar el sitio de la de Alcmar que habia emprendido.

Mientras por tierra se conseguian estos triunfos, al-

canzaron los Mendigos una victoria en el mar contra el conde Bossut, gobernador de Holanda, y adquirieron desde entonces una superioridad que no perdieron nunca durante toda aquella guerra.

Con los hechos de armas que acabamos de referir, terminó el gobierno del duque de Alba en los Paises-Bajos. El duque de Medinaceli, nombrado sucesor suyo, como ya hemos dicho, renunció el cargo, y en su lugar fué nombrado don Luis de Requesens, comendador de Castilla, de la Orden de Santiago, que se hallaba á la sazon en Barcelona. Partió éste en seguida para su destino, acompañado solo de dos compañías de caballería, y á últimos de 1573 llegó á Flandes, donde el duque de Alba le hizo entrega de su cargo, poniéndose en seguida en camino para España.

Produjo la salida del duque de Alba de Flandes diversas sensaciones, alegrándose unos de verse libres de lo que llamaban su azote, sintiéndolo otros por parecerles que esta misma severidad que distinguia su conducta, contribuia á fomentar el descontento y el odio con que era mirado el gobierno del rey en los Paises-Bajos. En cuanto al príncipe de Orange, debió sin duda complacerse de la ausencia de un hombre, cuya habilidad y pericia militar habian puesto hasta entonces un obstáculo invencible á sus empresas; porque el talento y capacidad del duque de Alba en cuanto dice relacion á asuntos de milicia, era tan reconocida entonces por amigos y enemigos, como es hoy célebre en todas las historias.

En cuanto al rey de España, aunque en su córte abundaban émulos del duque y censores de su conducta, le recibió con afabilidad, como satisfecho de sus procederes. No hay duda de que la conducta observada por el duque en los Paises-Bajos, habia sido aconsejada y hasta prescrita por Felipe. Por duro y rigoroso que fuese, lo era mucho mas el rey de España; y si impuso castigos tan severos en los Paises-Bajos, estaban en perfecta consonancia con lo que deseaba el amo á quien servia. No

podia éste, pues, quejarse de quien habia observado con tanta exactitud sus instrucciones, y por lo mismo le conservó, á lo menos en la apariencia, en todo el favor de que habia gozado en su córte durante tantos años. Mas con el tiempo, sea que estuviese en secreto descontento el rey de este servidor, ó por otras causas de importancia, recibió el duque de Alba órden de salir de la córte y retirarse á Uceda, una de sus muchas posesiones. Atribuyen algunos esta desgracia, á que habiendo su hijo don Federico concertado su casamiento con una dama de la córte, se desposó con otra por consejo de su padre. Mas cualquiera que haya sido la causa de este cambio en el ánimo del rey, no desplegó el duque menos entereza de alma en su destierro, que al frente de los ejércitos de España. Ya veremos con el tiempo salir de la jaula este leon, que en su vejez no habia perdido el fuego y la valentía de sus primeros años.

CAPITULO XL.

Asuntos de Francia.--Consecuencias de la segunda tregua con los calvinistas.--Estado de los partidos.--Vuelta de las animosidades.--Excitaciones á una nueva guerra.--Se declara.--Batalla de Farnac.--Muerte del príncipe de Condé.--Enrique de Navarra.--Batalla de Montoncourt.--Nueva tregua.--Paz de San German.--Verdaderos sentimientos de la córte.--Favor de los calvinistas.--Descontento de los católicos.--Se ajusta el matrimonio de Enrique de Bearne con Margarita de Valois.--Va la reina de Navarra, madre de Enrique de Bearne, á la córte.--Su muerte en París.--Entrada en la capital del nuevo rey de Navarra.--Se celebran sus bodas con Margarita de Valois en Nuestra Señora de París.--Fiestas con este motivo (1).

1568—1572.

VOLVAMOS ahora los ojos hácia Francia, que de todos los estados no sujetos al directo poder del rey de España-

---

(1) Autoridades. Los principales historiadores de Francia, como Mezerai, el padre Daniel, Anquetil, Lacretelle, Voltaire, Memorias y Correspondencias de Du Plessis-Mornay, de Thou, etc. Nos ha ser-

ña, era el que mas llamaba su atencion, y donde influia de un modo mas eficaz y activo su política. Nada de cuanto pasaba en Francia se escapaba de su vista vigilante: de todo le daban las noticias mas exactas sus embajadores, y sacaba Felipe II algun partido para el arreglo de su conducta con sus gobernantes y personas influyentes. Nada hay que admirar en esta atencion, en estos cuidados, en esta vigilancia, recordando que estaba encendida en Francia una guerra civil, en que se hallaban de un lado las doctrinas dominantes de la Iglesia católica, y en el campo opuesto las innovaciones introducidas por Calvino y demas sectarios, objeto de tanto odio y execracion á los ojos de Felipe. Vecinos á Francia se hallaban sus estados de Flandes, donde cundian las mismas opiniones, á las que los calvinistas de aquel reino daban pábulo. ¿Qué cosa podia haber de mas interés á los ojos del rey de España, que la extirpacion de esta heregía, que el exterminio, si no habia otro medio, de acabar con todos sus sectarios? Así le hemos visto aconsejar hasta ahora al gabinete de Francia las medidas mas severas y rigorosas contra estos enemigos de la fé católica; así en las conferencias de Bayona, aunque cubiertas con el velo del misterio, se trató de los medios de acabar de una vez con todos ellos, si otros expedientes no bastaban. Con los heresiarcas no comprendia Felipe II la posibilidad de paz ni tregua. Mas desgraciadamente para su política, la reina Catalina de Médicis no participaba de estos sentimientos tan ardientes, y aunque no se puede dudar de su catolicismo, no la desagradaba emplear el instrumento de los calvinistas, cuando encontraba en sus contrarios algun obstáculo á la preponderancia de que era tan celosa. En aquel pais y época de

vido particularmente de guia, *la Historia de la reforma, de la liga, y del reinado de Enrique IV*, por M. Capefigue, obra digna de tanto mas crédito cuanto que la mayor parte del texto se reduce á copias literales de toda clase de documentos de la época.

facciones y de intrigas, cuando se hallaban sobre la escena tantas pasiones é intereses encontrados, no se podia caminar tan en línea recta como lo deseaba el rey de España, acostumbrado á la obediencia ciega y pasiva de sus súbditos. Asi le desvelaban tanto los negocios de Francia y excitaban en alto grado su irritacion y su impaciencia. Era aquel un drama cuyo interés iba creciendo cada dia, sin que ningun hombre previsor pudiese calcular cuándo ni de qué modo llegaria á su completo desenlace.

Fué de tan poca duracion la tregua concluida en 1568, despues de la batalla de San Dionisio, como la anterior, y por las mismas causas. Habian influido en esta suspension de armas el cansancio y fatiga de la guerra por una parte, por la otra las intrigas de la reina Catalina, cuyo poderío solo se apoyaba en que no quedase demasiado preponderante ninguno de los dos partidos. Mas pasado algun tiempo de descanso, volvian á su vigor los resentimientos, las pasiones mútuas, los deseos de venganza, y la voz de los intereses que mútuamente se excluian. En aquellos tiempos de ferocidad, de intolerancia religiosa, no podian vivir en paz dos sectas de un caracter tan distinto. Si en los jefes se mezclaban con las doctrinas religiosas intereses de otra esfera, no sucedia lo mismo con las masas adictas á lo que les sugeria su creencia. Se renovaron los celos, las inquietudes, las acusaciones, los temores que á cada partido inspiraba la conducta de su antagonista. Eran los católicos los mas, y en sus intereses entraban por política ó fanatismo religioso los personajes mas influyentes, tanto propios como extraños. El rey no gobernaba todavía, mas habia sido educado con todos los sentimientos de intolerancia que animaba á las dos sectas religiosas. Aunque Catalina de Médicis no participaba de este celo ardiente de creencias, no podia menos de propender al triunfo de la religion católica que siempre habia profesado. Con ella estaban los príncipes de la casa de Lorena, representada por el

cardenal de este nombre, hermano del difunto duque de Guisa; con ella un gran número de principales de la córte que habian ya combatido contra las armas de los calvinistas. Se mantenia el pueblo de París en su antiguo fanatismo, en el horror que profesaba al culto nuevo, y estos sentimientos eran comunes á casi todos los católicos de la monarquía. Prevalecia entonces la opinion de que era lícito faltar á su palabra; no guardar ninguna fé ni juramento tratandose de los calvinistas, y que todos los medios eran buenos con tal que pudiesen conducir á su exterminio. Tal habia sido el parecer del duque de Alba en las conferencias de Bayona. De la misma manera se expresaba el rey de España, en sus comunicaciones con la córte de Francia, y en las cartas que dirigia a los principales personajes de aquel reino. Tal era el lenguaje del Papa Pio V, en las que sobre el particular escribia al mismo rey de España, al de Francia, al duque de Saboya, á los mismos príncipes de Italia. Ya desde entonces se echaban los fundamentos de la liga católica de que hablaremos en su debido tiempo, y aunque ahora no hizo tanto ruido, no dejó de ser una asociacion muy respetable. Estaba a su frente la misma reina Catalina, a quien sugeria su interés mostrarse enemiga declarada de los hugonotes. Se renovaron los rigores contra los sectarios. Se les obligó á someterse á un nuevo juramento de sumision ciega á los intereses del rey, de combatir siempre á su favor, de no tomar nunca las armas contra el trono. Se les obligó despues á renunciar a todos los cargos y empleos de que los habia revestido la corona, dandose á entender con esto que el calvinismo era una cualidad incompatible con la de funcionarios del estádo. Se llegó por fin á prohibir el ejercicio público del culto protestante, concediéndose solo la tolerancia á las creencias. Todo indicaba, pues, el plan resuelto de destruir para siempre el calvinismo.

Mas no se acaba asi con opiniones tan fuertemente arraigadas en las masas, con corporaciones que han lle-

gado á ser tan numerosas, que se han familiarizado con los peligros de la guerra, y que conservan todavía elementos para renovarla. Era, pues, la guerra inminente, y estálló de nuevo, aunque los calvinistas no se hallaban á la sazon en felices circunstancias. Los habia separado la paz, y aunque les infundia grandes temores la conducta de la córte; aunque estaban bien informados de sus pasos, no creian que las cosas llegasen á tal punto, que los pusiesen en el caso de tomar las armas. Corrieron á ellas todos los celosos calvinistas, desde los principales personajes hasta las clases mas ínfimas de la nueva iglesia. El príncipe de Condé, jefe del partido, no se descuidó en esta crisis peligrosa, y antes que le tomasen los caminos, se dirigió en compañía del almirante Coligny á la plaza fuerte de la Rochela, principal asiento de la nueva religion, y considerada desde entónces como su baluarte principal, como la base de sus operaciones militares.

Declarada y encendida de nuevo la guerra civil, se renovaron los furores y calamidades con que en las dos épocas anteriores se habian distinguido. ¡Guerra civil y guerra religiosa! En estas dos palabras están envueltos cuantos desastres pueden afligir á un pueblo que de tales pugnas es teatro. Volvieron los calvinistas á sus violencias de saquear templos católicos, de destruir y profanar las imágenes y objetos de un culto que acusaban de idolatría. Volvieron los católicos á ejercer las mismas represalias en sus conventículos, y á pasar por el fuego y el cuchillo los sectarios de una nueva religion, que designaban con el nombre de impiedad abominable. Para dar una idea del espíritu de intolerancia y fanatismo que á los dos partidos animaba, haremos ver que uno de los jefes calvinistas, llamado Jacobo Crousol, llevaba una bandera de tafetan verde, donde se veia una hidra, cuyas cabezas se hallaban todas con capelos de cardenal, ó mitras ó capuchas de fraile, que él exterminaba bajo la figura de Hércules. Apenas se daba cuartel de una y otra

parte. Era mas sombrío, mas solemne el aspecto que los calvinistas presentaban: mas licencioso el de los católicos; pero no eran menos crueles, menos sanguinarias sus venganzas.

Por todas partes se hacian preparativos para entrar en campaña y buscar los ázares de una lucha abierta. Podia auxilio la córte de Francia al rey de España. Los esperaban los calvinistas de Alemania. Se dió la primera batalla en las llanuras de Jarnac á principios de 1569. Mandaba el ejército del rey, su hermano el duque de Anjou, jóven de diez y ocho años, dotado de gran valor, aunque de ninguna experiencia en los combates. Se hallába al frente de las tropas calvinistas el príncipe de Condé, ya de tanta reputacion por sus campañas. Fué la batalla sangrienta; y el campo quedó por los católicos. Herido mortalmente en ella el príncipe de Condé, pereció á manos del vizconde de Montesquiu, capitan de la guardia, su enemigo personal, que le encontró tendido en el campo de batalla. La victoria que se declaró, pues, por las tropas del rey, no fué sin embargo decisiva, ni podia serlo, componiéndose los ejércitos de tan pocas fuerzas, y quedando vivo el cuerpo general que los alimentaba.

Quedaron los calvinistas por entonces sin jefe militar, pues aunque en cierto modo tambien lo era Coligny, no alcanzaba la reputacion del príncipe difunto. Fué sentida tan amargamente esta muerte por los suyos, como celebrada y tenida á castigo de Dios por los contrarios. Era el príncipe de Condé hombre activo, de brazo y de cabeza, hábil jefe de faccion, capitan inteligente, de gran valor y sangre fria en los combates, afable en su trato, extremadamente popular en su partido, dotado de toda la ambicion que no puede menos de distinguir á los hombres que se hallan en su caso, generoso y magnífico, muy querido de las personas del otro sexo, aunque la historia le representa pequeño, feo y hasta un poco contrahecho. Dejó sin duda su muerte un gran vacío; mas luego se vió ocupado el

lugar por un jóven apenas salido de la adolescencia. Era éste Enrique de Bearne, hijo de Antonio de Borbon, rey titular de Navarra, muerto en el cerco de Ruan cinco años antes. Habia nacido el jóven príncipe en París en 1553, y pasado luego al Bearne, donde fué educado por su madre, Juana de Albret, reina de Navarra. La historia dá muchos pormenores de la crianza de este príncipe, á quien acostumbraron desde su niñez á los alimentos mas comunes, á los ejercicios mas duros, y á todo género de privaciones. No ignoraba sin duda su madre las escenas de revueltas y tumultos á que estaba destinado. A la muerte del príncipe de Condé, presentó á su hijo en el campo calvinista, donde con grandes aclamaciones fué reconocido como jefe del partido, aunque no con asentimiento universal; pues el almirante Coligny, si bien cedia al impulso de la mayor parte, no podia menos de resentirse, de que un niño le viniese á usurpar el rango principal á que aspiraba. Hubo pues dos partidos en el campo calvinista; el del príncipe de Bearne, que tenia á su favor todos los jóvenes militares apasionados del príncipe de Condé, y el de Coligny, que á fuer de calvinista mas rancio se apoyaba en la masa popular y en los predicantes de Ginebra. La misma excision tuvo lugar en el campo católico. Era jefe de uno la misma reina Catalina, sostenida por su hijo favorito el duque de Anjou, cubierto con los laureles de Jarnac: dominaba en el otro el cardenal de Lorena, apoyado en el recuerdo del duque de Guisa, en las grandes esperanzas que daban sus dos hijos, que habian empezado ya la carrera de las armas. Continuaba siendo esta familia en extremo popular á los ojos de los parisienses, que los consideraban como principales campeones del catolicismo, mientras la reina Catalina excitaba sospechas y desconfianzas por su política artificiosa, que la hacia inclinarse alternativamente á entrambos bandos.

Mientras tanto se dió entre los dos ejércitos la segunda batalla en las llanuras de Montoncourt, mas reñida y

mas sangrienta que la primera, y donde la victoria se decidió de un modo mas decisivo á favor de los católicos. Fué este triunfo tan brillante, que excitó el mayor entusiasmo, y dió motivo á grandes regocijos y festejos, no solo en París, sino en las demas ciudades de Francia, que estaban á la devocion de los católicos. Igualmente fué celebrada la victoria en las córtes extranjeras amigas de la de Francia. Envió el rey de España una embajada extraordinaria con cartas de felicitacion para el rey, para la reina madre, para el duque de Anjou y para el jefe de la casa de Lorena. A todos exhortaba á que redoblasen sus esfuerzos y siguiesen con constancia el camino que les deparaba la fortuna; á no desperdiciar la favorable ocasion de acabar para siempre con los enemigos de la Iglesia. Mas ya no ofrecian las cosas el buen semblante de que se lisonjeaba el rey católico.

Volvió por tercera vez el cansancio y la fatiga de la guerra. Eran los choques demasiado violentos, para que pudiesen ser de larga dura. A pesar de haber sido tan desastrosa la batalla de Montoncourt, no estaban los calvinistas destruidos, ni aun desanimados. Resueltos á probar de nuevo los azares de la guerra, aumentaron los alistamientos, y esperaban á cada momento refuerzos de Alemania. No se mostró inferior á su alto puesto el jóven Enrique de Navarra, y á todos daba ejemplo de magnanimidad y constancia. Catalina de Médicis por otra parte veia muy remota la terminacion de una guerra provocada por el espíritu de intolerancia. Los socorros de España eran pocos y tardíos. A excepcion de un corto número de tropas, que envió el duque de Alba despues de la primera expulsion de los Paises-Bajos del príncipe de Orange, ningun auxilio habia enviado el rey católico. Se defendian los calvinistas en las plazas que les habian servido de refugio. Costaba el sitio de San Juan de Angelí mas gente de la que podia separar del grueso del ejército el partido católico, y los hombres de entendimiento comenzaban á ver, que la guerra estaba en el mismo estado que al prin-

cicio. Por otra parte inquietaba á la reina madre el crédito de que comenzaban á gozar los jóvenes príncipes de Guisa, y temió que en los campos de batalla llegasen al brillo y esplendor que habian hecho á su padre tan temible para ella. Se dió pues oidos á los hombres del partido medio, que deseaban el término de aquella guerra asoladora. No ponia la córte repugnancia al ajuste de una paz: los católicos la deseaban. Se entablaron pues las negociaciones, y á pesar de varios obstáculos y dificultades, se firmó una tregua precursora de la paz definitiva, y al fin se ajustó en 1570 en San German, á pesar de las murmuraciones violentas de los católicos ardientes y exaltados, á pesar de las manifestaciones en contrario de Felipe II, y á pesar de las reconvenciones y hasta acriminaciones del pontífice, que consideraba como un crímen todo pacto y estipulacion con los hereges. Catalina se mostró sorda á todas estas consideraciones y reconvenciones, y por esta vez se abrazaron los católicos y los calvinistas, aunque con poca sinceridad por ninguna de ambas partes. Quedaron estos con el libre ejercicio de su religion, y el goce de sus derechos civiles, con la posesion de algunas plazas fuertes que les sirviesen de seguridad, sin mas restricciones que la de no poder celebrar sínodos ó reuniones á diez leguas del radio de la capital, donde la religion dominante y exclusiva era la católica, como ya hemos visto.

Tan ventajosa fué la paz para los hugonotes (1) que

(1) Varias veces hemos empleado la palabra de *Hugonotes*, sinónima entonces de la de *Calvinistas*. La hacen unos derivar de la voz *Hugon*, que en algunas provincias de Francia se usaba para atemorizar a los niños, queriéndose dar así á entender el miedo y espanto que los calvinistas infundian. Pero lo mas probable es, que Hugonotes viene de la voz alemana *eidgenossen* (juramentado) aludiendo al juramento que hicieron en Ginebra y varios puntos de Suiza los nuevos sectarios, de unirse estrechamente contra sus antagonistas. En Saboya y demas paises vecinos se pronuncia esta voz *eiquots*, que tiene bastante analogía con la de *huguénot* ó hugonote, como en Francia los llamaban.

en vista de lo que sucedió despues, se la creyó un lazo armado para destruirlos mas á mansalva; pero de su sinceridad por parte de la córte, á lo menos del que no era una celada, hay documentos que presentan pruebas positivas. A no ser así, no se hubiese manifestado tan abiertamente el descontento de los católicos ardientes; no se hubiese mostrado tan quejoso y resentido el rey de España; no hubiese tronado tanto el Vaticano. Así como por esta parte hubo disgusto y descontento, se mostraron satisfechos y gozosos los príncipes protestantes de Alemania, que felicitaron por ello al rey de Francia.

A mas de este tratado público de la paz de San German, tuvo artículos secretos, por los que se comprometia Carlos IX á otorgar várias gracias y favores á los jefes protestantes, y sobre todo, á pagar cien mil escudos á los reitres (1) alemanes, á fin de activar su partida, que era tan deseada.

Descansó por un momento la Francia de la agitacion y tumultos que en ella causaba una guerra tan funesta. Se retiraron á sus castillos los calvinistas, despues de haber conquistado con tantos peligros y sangre su tolerancia religiosa. Volvió París á su tranquilidad, y la córte á los placeres y devaneos licenciosos, que eran su elemento. Los hombres previsores y de observacion no dejaban de columbrar á lo lejos la nueva tempestad que se iba poco á poco aglomerando; mas esto no impedia que la generalidad celebrase la pacificacion, que este acto fuese objeto en la capital, sobre todo, de fiestas y regocijos públicos, en que el monarca tomaba una parte muy activa.

¿Era sincero Carlos IX en estas manifestaciones? ¿Lo era asimismo Catalina? Posible es, y muy probable, que la pacificacion del reino fuese para los dos un motivo

(1) Otros, y en particular los historiadores españoles, dicen *raitres*. Las dos son voces corrompidas de las alemanas, *ritten* (andar á caballo), *ritter*, (ginete ó caballero.)

de satisfaccion y de alegría. Lo cierto es, que á los principales jefes calvinistas se les prodigaba todo género de agasajos y de obsequios; que Coligny, al venir á París, fué objeto para la córte de deferencias y respetos; que hubo embajadas muy cordiales de París á los diferentes príncipes luteranos de Alemania; que se enfriaron por entonces las relaciones con España, y que la córte manifestaba adherirse á un partido medio, que se habia formado, y no puede menos de formarse siempre que chocan intereses y principios extremos, que se excluyen mútuamente.

Sin meternos en interioridades, y contrayéndonos á los hechos, se puede asegurar que los dos partidos católico y protestante, por su índole, por sus intereses, por sus miras de política, eran dos cosas heterogéneas, inamalgamables. Era interés de los calvinistas separar á Cárlos IX de la córte de España, unirse con vínculos de alianza con la reina Isabel de Inglaterra, con los príncipes protestantes del imperio, y hacerle tender una mano protectora á los rebeldes de los Paises-Bajos. El almirante Coligny, sin duda demasiado poseido de la idea de favor que gozaba con el rey, y de su preponderancia en el Consejo, escribió una larga memoria sobre la necesidad de romper con España, declarándose altamente favorable á la emancipacion de los Paises-Bajos; mas fué una imprudencia de quien no conocia bastante las personas y las cosas. Informado del menor paso que se daba en París el rey de España, tenia mil medios de neutralizar cuanto favor podia gozar en la córte el almirante. Envió Felipe nuevas instrucciones á su embajador (don Francisco de Alava), y tomó disposiciones que provocaron una explicacion de la córte de Francia acerca de los proyectos hostiles que la suponian. La vigilancia del embajador español en París fué tal, que disgustada de ello la reina Catalina, pidió su remocion y la obtuvo; mas á pesar de las explicaciones mútuas por entrambas partes, las relaciones quedaron por el momento frias. El matri-

monio proyectado entre Cárlos IX y la infanta de España doña Isabel Clara Eugenia, no tuvo efecto, y el jóven rey se casó con una hija del emperador Maximiliano, por sugestiones del partido medio.

Se habia colocado la córte de Francia en una posicion que parecia falsa, y en efecto lo era. Por una parte no estaban los calvinistas bastante satisfechos, y Coligny se habia retirado á la Rochela, con el despecho de ver el poco efecto que habia producido su memoria. Por la otra vivia alarmado Felipe II con la idea de la posibilidad de que se declarase el rey de Francia favorable á los Paises-Bajos. Se hallaban, pues, los hugonotes recelosos; los católicos ardientes, indignados. Y como no era posible que la córte de Francia guardase un perfecto equilibrio entre ambas partes, sea por conviccion, sea por capricho, sea porque lo creyese necesario, ó tal vez por fingir mas, pareció inclinarse la balanza del lado de los calvinistas.

Ya habian sido antes éstos objeto de particulares atenciones, alterándose en su favor algunos artículos del tratado precedente. Se les permitió tener mas congregaciones religiosas que las estipuladas, y hasta en París mismo, aunque sin carácter público, para mas muestras de favor se envió á la Rochela al mariscal Corsé, encargado de entrar en conferencias con los principales jefes calvinistas, para reparar los agravios de que se quejaban; se invitó al almirante Coligny á que se trasladase á Blois, adonde se dirigia la córte; se habló de un armamento en favor de los Paises-Bajos, de ajustar un enlace entre el duque de Alenson (hermano del rey) con la reina de Inglaterra, y sobre todo de casar á Enrique, príncipe de Bearne, con Margarita de Valois, hermana del monarca.

Hubo un momento en que los calvinistas pudieron creerse árbitros de los destinos de la Francia. Expusieron altamente sus quejas los de la Rochela, en cuya compañía se hallaba á la sazon Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange, y enviaron una solemne embajada al



rey, que la recibió con muestras de favor y de agasajo. Renovó el rey Cárlos con este motivo sus instancias á Coligny para que viniese á Blois, y el almirante no dudó en ponerse en marcha, seguido de cuarenta caballeros mas adictos á su causa.

Se hizo al almirante en Blois un recibimiento cordial y amistoso, mezclado de respeto y reverencia. Desde su llegada fué admitido en el Consejo. Le dió el rey todas las muestras de la mas ciega deferencia: le colmó de favores á él y á los suyos: mandó que se persiguiese judicialmente á los que habian infringido los artículos de la paz de San German, procediendo á medidas violentas contra los hugonotes, y pareció adoptar las ideas que el almirante le habia sugerido en la memoria ya indicada. Se hablaba de próxima guerra contra el rey de España, y de una expedicion á los Paises Bajos en auxilio de los sublevados. Se dieron patentes de corso á los de la Rochela, permitiéndoles vender las presas en su puerto. Parecia la córte completamente decidida á favor de los calvinistas, y la reina madre se les mostraba aún mas afable y cariñosa que su hijo. Se retiró de Blois la familia de los Guisas, despechada del favor que iban adquiriendo sus rivales. Se presentaba Coligny como un hombre omnipotente. Recibió del Parlamento cartas registradas de seguridad contra toda persecucion de los Guisas por la muerte de su padre: sacó cartas de la córte para el duque de Saboya, pidiéndole que diese entrada en sus estados y protegiese á sus correligionarios; y para complemento de la buena voluntad del rey, se pagaron á los Reitres de Alemania cuatrocientos mil escudos de sueldos caidos, á fin de que regresasen á su patria.

Podian muy bien todas estas condescendencias y favores no ser mas que un lazo para acabar, para exterminar mas á mansalva al partido protestante; pero se destruye completamente esta opinion con el proyecto concebido y efectuado al fin de enlazar á Margarita, hermana de Cárlos IX, con el príncipe Enrique de Bearne. Parece

imposible y fuera de toda probabilidad que se llevasen tan adelante la ficcion, y por otra parte no hay que buscar en las acciones humanas causas extraordinarias cuando se pueden explicar de un modo muy sencillo. Natural era que el rey de Francia, cansado de los horrores de la guerra civil, buscase en el buen trato y concesiones hechas á los protestantes, los medios de sofocarla para siempre; ni tenia nada de extraño que Catalina de Médicis se mostrase inclinada al calvinismo, como un partido débil que necesitaba de su proteccion con preferencia á los católicos, que se sostenian á sí mismos.

Encontró este enlace, proyectado entre Catalina de Valois y el príncipe de Bearne, gravísimas dificultades. La princesa era católica, y su futuro esposo protestante. Se necesitaba una dispensa formal del Papa, que á la sazon lo era Pio V, y este pontífice, para quien semejante matrimonio era una atroz profanacion, se negó del modo mas duro y mas solemne á concederla. «Lo que nos atormenta incesantemente (tales son las palabras de su carta »al rey), es que se inste tanto en el matrimonio del »príncipe de Navarra con Margarita vuestra hermana, »por la vana esperanza de que contribuya á reducir al »príncipe á la religion católica. ¿No es mas de temer que »la princesa llegue á ser la pervertida? Se expone de este »modo mucho la salvacion de su alma; y aunque ella »persista en vivir católicamente, no tendrá paz ni reposo »unida con un marido herege.» Sabedor del proyecto el rey de España, trató por su parte de embarazarle, alegando que la princesa estaba prometida al rey don Sebastian de Portugal, en cuyo arreglo habia personalmente intervenido. De esta repugnancia que tenia el Papa y los príncipes católicos en consentir el enlace de Margarita con un calvinista, participaban Juana de Albret, madre del príncipe, y los principales ministros de la nueva secta, por principios y motivos asimismo religiosos. El mismo Coligny llevaba en secreto á mal el matrimonio por la importancia política que iba á adquirir el príncipe de

Bearne, considerado ya como jefe del partido protestante, tan en menoscabo de la autoridad del que se reputaba como su patriarca. Mas estaban demasiado empeñados el rey de Francia y su madre en realizar su plan, para que se arredrasen con semejantes repugnancias.

Por el pronto cedió la de Juana de Albret y sus ministros á las razones de conveniencia y utilidad que semejante matrimonio reportaba á su partido, y á invitacion de la córte se presentó en Blois con un acompañamiento numeroso. La recibieron el rey y su madre con todas las muestras de cariño y de respeto, y se dieron nuevos pasos á fin de que cuanto antes se verificase el matrimonio. Como persistiese el pontífice en su negativa, llegó Cárlos IX á decir á Juana de Albret: «Tia mia, yo os honro »mucho mas que al Papa, y amo mas á mi hermana que »le temo: no soy hugonote, pero tampoco tonto: así si »el Papa se hace demasiado bestia, yo mismo tomaré á »Margarita de la mano, y la haré casar en medio del »sermon en un templo calvinista (1).»

Con la traslacion de la córte a París, verificada de allí á poco, perdió mucho terreno el partido protestante. En Blois, ciudad pequeña, podia Coligny ejercer su influencia, sin grande inconveniente, sin chocar de cerca con la falanje de sus enemigos. En París, iba á ser testigo del favor que él y su partido disfrutaban con el rey, una inmensa poblacion que profesaba el odio mas ardiente al calvinismo. No habia sido el partido extremo católico espectador pasivo del ascendiente que habian tomado sus antagonistas. Se agitaban las masas: los principales jefes católicos daban pábulo a tan ardientes sentimientos. Atento á todo el rey de España, se mostraba naturalmente protector del catolicismo tan comprometido. En París se murmuraba altamente de los progresos que, á la sombra del favor real, iba haciendo el calvinismo en

(1) Si le Pape fait trop la beste, je prendrais Margot par la main, et la menerai épouser en plein presche.

todas partes. En las plazas, en los mercados, se hablaba de sus profanaciones, de los ultrajes que de ellos recibia el viejo culto; de los anuncios de la cólera del cielo, de los prodigios, de las señales evidentes de lo que estaba Dios cansado de sufrir mas tiempo el triunfo de los enemigos de su Iglesia. Era objeto de escándalo y horror la presencia en París de los malditos hugonotes: por todas partes se les señalaba con el dedo como hereges, como impíos. No ignoraban Coligny y los suyos estas disposiciones de los ánimos; mas confiados en la proteccion del rey, sin duda despreciaron un peligro cuya extension no conocian.

Poco tiempo despues de la llegada de la córte á París, murió Juana de Navarra, de enfermedad natural, segun los católicos; de veneno administrado por órden de la reina Catalina de Médicis, á lo que dijeron entonces los mas fogosos calvinistas. Ningun gran personaje muere, segun la opinion del vulgo, de muerte natural, si hay otros poderosos interesados en su fallecimiento. No fué excepcion de esta regla la reina de Navarra. Vieron los católicos en su muerte un castigo del cielo: los calvinistas una traicion y alevosía de la reina madre. Se abrió el cadaver por órden de la córte, y los médicos certificaron que la muerte habia sido producida por una calentura muy maligna. En el testamento de la difunta no se halló ningun indicio de que ésta hubiese concebido la menor sospecha. Coligny y los suyos, cualquiera que hubiese sido su sentir, se dieron en publico por satisfechos. De todos modos no alteró esta novedad las ideas de la córte con respecto al matrimonio, y Enrique de Bearne, que á la muerte de su madre tomó el título de rey de Navarra, se presentó en París seguido de mas de mil de los suyos á efectuarlo (1572).

La presencia de tantos hugonotes nuevos en la capital, dió nuevo alimento á la cólera del pueblo. «Los hugonotes, ¡los malditos hugonotes! decia el populacho por donde quiera que pasaban: ni se quitan el sombrero delante de las imágenes de Cristo y de los santos, ni se

arrodillan delante del Santísimo.» Y mientras se proferian estos gritos, mientras en la masa de la inmensa poblacion fermentaban tantos sentimientos de odio y de venganza, no pensaba la córte en otra cosa que en llevar cuanto antes á su término el proyectado enlace. No podemos menos de entrar en algunos pormenores de los artículos del contrato matrimonial, para que se juzgue mejor si esta union era un acto de buena fé por parte de la córte ó una verdadera asechanza, como se creyó despues, ó como tal vez se cree en el dia. «Daba el rey en »dote á su señora hermana trescientos mil escudos de »oro al sol, mediante cuya suma renunciaria á todos sus »derechos sucesivos, paternos y maternos en favor de su »hermano. Sin embargo, visto el apuro de los tiempos, »no se la podia dar esta suma en dinero contante: se sa»tisfaria en compras de rentas sobre la ciudad de París, »y de las que disfrutaria la referida dama. La reina ma»dre, por el singular amor que profesaba á su señora »hija, le daba doscientas mil libras tornesas. Los duques »de Anjou y de Alenson, le daban veinte y cinco mil »libras cada uno. Debia haber comunidad de bienes en»tre los esposos: en caso de muerte de uno de ellos, ten»dria, el que sobreviviese, el gobierno y la administra»cion de los bienes é hijos hasta que llegasen á mayor »edad, siendo esta para los varones de diez y ocho años, »y de quince para las hembras. Dotaria el señor príncipe »de Navarra á su esposa con cuarenta mil libras de ren»ta, para gozar de ellas durante su vida. Quedaba á la »voluntad de la reina de Navarra y del príncipe, su hijo, »dar en favor de este matrimonio las sortijas y joyas que »gustasen, y por el precio que les conviniese. Declararia »dicha reina, en favor de estas bodas, á su hijo por he»redero universal; porque de otro modo no se verifica»ria dicho enlace. El primer hijo nacido de dicho se»ñor príncipe y de la referida señora, seria declarado »heredero universal, y en caso de que el primero mu»riese sin hijos, lo seria el inmediato, y asi de hijo en

»hijo, haciéndose lo mismo en defecto de varones con las »hembras. La reina de Navarra daria á su hijo el usu»fructo y goce del condado de Armagnac, y le entrega»ria doce mil libras de renta que gozaba de viudedad so»bre diferentes bienes. El señor cardenal de Borbon, en »favor de dicho matrimonio y por el afecto que profesa»ba al príncipe su sobrino, confirmaria en su favor las »renuncias de las sucesiones paterna y materna hechas »antes por él en el del difunto rey de Navarra.»

El Papa Pio V, que se habia mostrado tan resueltamente opuesto á la concesion de la dispensa, no existia; mas su sucesor Gregorio XIII manifestaba adoptar los mismos sentimientos. El cardenal de Borbon, tio del príncipe, que debia dar la bendicion nupcial, se resistia á consumar la ceremonia sin el requisito del permiso del pontífice. Murmuraban los calvinistas de tantas dilaciones. En este conflicto apeló la córte á una superchería, que mencionaremos aquí para hacer conocer mejor el carácter de los tiempos. Se fingió una carta del embajador en Roma, quien hacia saber que el cardenal de Lorena le decia que por su habilidad y destreza habia obtenido al fin, de Su Santidad, el permiso para el matrimonio, y que con el próximo correo enviaria infaliblemente la dispensa, por lo cual podria pasarse á su celebracion sin ningun inconveniente. Aparentó el rey leer el pliego con gran satisfaccion, y lo mismo la reina madre, que fué la forjadora de la carta. No dudó el cardenal de la autenticidad del documento y se prestó á la voluntad del rey, quien dió las órdenes para que cuanto antes se llevase á efecto.

Se verificó el matrimonio el 18 de agosto de 1572, con toda ceremonia y una pompa extraordinaria. Acompañaron á los novios á la catedral de Nuestra Señora, donde se les habia de dar la bendicion nupcial, el rey, la reina, todos los príncipes de la sangre real, todos los grandes personajes de la córte, tanto católicos como calvinistas. Asistian el cuerpo municipal, las autoridades

militares y civiles, precedidos y seguidos de gentiles-hombres de palacio y de los arqueros de la guardia. Se observó que mientras los grandes personajes católicos se presentaron vestidos con el mayor lujo y magnificencia, llevaban los calvinistas los trajes mas sencillos, lo que excitó la cólera del pueblo, teniéndolo á desprecio de la ceremonia religiosa, y sobre todo del templo católico donde iba á celebrarse.

Se levantó delante de la puerta principal de la catedral un gran tablado, donde el cardenal de Borbon dió la bendicion nupcial al príncipe de Bearne y á Margarita de Valois, á presencia de la muchedumbre. Concluido el acto se separó el príncipe de la comitiva, mientras esta pasó al interior de la catedral á oir una misa solemne á que asistieron todos los católicos. Se quedaron los protestantes todos fuera paseándose en la plaza de la catedral, lanzando miradas de enojo y de desprecio sobre las efigies del atrio y demas adornos, que eran á sus ojos signos y emblemas de la idolatría. El pueblo que lo observaba se entregó á nuevos arrebatos de furor, y no cesaba de maldecir y escarnecer á los malditos hugonotes. No menciona la historia muchos ejemplos de un matrimonio celebrado de una manera tan extraordinaria. Si habia alguna duda de lo inamalgamables que eran, sobre todo entonces, los católicos y los calvinistas, debió de disiparla lo ocurrido durante aquella ceremonia.

Aquel dia hubo un gran banquete y funciones extraordinarias dadas por la córte: al siguiente las dió la municipalidad de no menos lujo, magnificencia y aparato. Pocos preveian que eran precursoras estas fiestas de una catástrofe espantosa.

CAPITULO XLI.

Continuacion del anterior.--Agitacion de los partidos.--Horrible plan del católico.--Asesinato de Coligny.--Matanzas en París la noche víspera de san Bartolomé.--Continúan en los dias sucesivos --Se imitan en los demás pueblos de Francia.--Las aprueba y sanciona el rey.--Nueva insurreccion de los calvinistas.---Sitios de Sancerre y de la Rochela.--Conversion del rey de Navarra y del príncipe de Condé al catolicismo.-Eleccion del duque de Anjou por rey de Polonia.-- Parte á tomar posesion de la corona.--Muerte de Carlos IX.--Su carácter. (1)

1572—1574.

Antes de pasar á los hechos, que son objeto de este capítulo, no estará de mas que volvamos la vista á los que llevamos mencionados. El favor que el partido calvinista disfrutaba hasta entonces en la córte, tenia mas de aparente que de sólido. Sin armarle un lazo como se creyó entonces, como se creyó despues, pudo muy bien Cárlos IX considerar su conducta como necesaria para la pacificacion del reino: pudo muy bien la reina madre creer, que la convenia por entonces apoyarse en los calvinistas, para dominar á los católicos. Mas de esta conducta aconsejada por la política, á la verdadera adhesion, á lo que se llama simpatía, hay una distancia enorme. Los calvinistas, que así se lo persuadieron, se mostraron demasiado crédulos, muy poco conocedores de las cosas y de los hombres. El primero en participar de este error fué el mismo Coligny, que presumió demasiado de su habilidad, y se creyó ya el árbitro de los destinos de la Francia.

Catalina de Médicis sin grandes principios, sin creencias muy sólidas, sin mas móvil en toda su conducta

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

que el ejercicio del poder, era una mujer demasiado astuta, para no tener fija siempre la vista en los dos campos. Conocia sin duda la importancia del calvinista; mas no se la ocultaban las fuerzas del católico. En lugar de pensar sériamente en hacer la guerra al rey de España, mantenia con él una correspondencia muy activa, y se disculpaba lo mejor que podia de los actos que eran objeto de acriminaciones por parte de Felipe. Atento éste á todo; en estrecha correspondencia con su embajador; en inteligencia con las personas mas influyentes del partido católico, pasaba por su protector, y por el enemigo mas encarnizado del contrario.

Coligny, que como ya hemos visto, se creia en la cumbre del favor y del poder, llevó su ceguedad hasta el punto de querer emancipar al rey de la reina madre, que era la que realmente gobernaba, como si estos lazos formados por la naturaleza, estrechados por el hábito y la misma necesidad, se pudiesen romper por medio de la intriga, y sobre todo, por quien tal vez era objeto de una secreta repugnancia. No fué dificil á Catalina conocer este juego del jefe de los calvinistas, motivo mas para separarse de ellos y acercarse al partido de los Guisas.

Mientras la córte permaneció en Blois, figuraba allí mucho el partido calvinista. Trasladada á París se absorbió casi en la inmensa mayoría católica exaltada, cuyo furor crecia á proporcion que se suponia en aumento el favor de que disfrutaban en la córte. Ya hemos visto, que la presencia de estos *malditos hugonotes*, hacia prorumpir al pueblo en expresiones de furor y de venganza. Es preciso conocer muy poco lo que son partidos en política, para no concebir las influencias secretas que daban pábulo á estos sentimientos de suyo ardientes y exclusivos. Los jefes católicos mas exaltados eran sumamente queridos de la muchedumbre, y el duque de Guisa, sobre todo, excitaba los mismos sentimientos de idolatría que su padre. Las noticias que circu-

laban en las plazas, en las calles, en todos los parajes públicos, del ascendiente que iba adquiriendo el hugonotismo en todas las provincias, estaban hábilmente calculadas para encender nuevos odios en la muchedumbre, para hacerles ver el peligro que el culto católico corria, si se toleraban por mas tiempo los enemigos de Dios y de sus santos.

Conocian muy bien algunos calvinistas previsores lo falso de su posicion, y se llenaban de temores al ver la espantosa minoría en que se hallaban; mas otros, fiados en su favor con el rey, despreciaban á sus enemigos, y respondian á los gritos de cólera de la muchedumbre con amenazas y bravatas. Hubo muchos de entre ellos que vendieron sus haciendas, con objeto de lucirlo en París, y presentarse con todo esplendor en las fiestas y solemnidades de la córte; tan ciegos estaban con su aparente prosperidad, y poseidos de su gran valer, por lo mismo que los halagaban. Era Coligny entre todos el mas alucinado, con su presidencia del Consejo, y con las muestras de deferencia y de respeto por parte del rey, que le llamaba padre.

Si toda esta deferencia, si la conducta observada mas de un año hacia por la córte con el partido calvinista, fué una trama, un plan concebido de antemano para adormecerle, para atraerle á París, donde se pudiese acabar con él mas fácilmente; si se quiso coronar esta obra de doblez con un matrimonio, que precisamente habia de llamar á la capital tantas personas influyentes, lo mas florido de la hugonotería, se puede decir que era un proyecto tan diabólico como astutamente ejecutado. Mas de que la trama no venia de tan lejos, y sobre todo, de que no entraba en ella el rey de España, depone su correspondencia de aquel tiempo; deponen sus temores, sus sospechas, sus quejas de la conducta de Cárlos y su madre. Y no olvidemos una circunstancia en corroboracion de lo que vamos indicando, á saber, que precisamente en estos tiempos, cuando se supone que la córte de Francia me-

ditaba tan grande alevosía, salia de este pais el conde Luis de Nassau á la cabeza de un cuerpo de franceses auxiliares, con el que se apoderó de la plaza de Mons, como lo hemos hecho ver á su debido tiempo. ¿Cómo pudieron llevar tan adelante la ficcion? ¿Cómo guardaron el rey Cárlos y su madre una reserva tan inexplicable con el rey de España? ¿No estaban con él en inteligencia desde las conferencias de Bayona, sobre la necesidad de acabar con la secta calvinista? A confiarle su secreto, ¿no se hubiesen libertado de las inquietudes, del embarazo, en que naturalmente les ponian sus reclamaciones?

Todo pues contribuyó á juzgar, que si en el favor dispensado al partido calvinista hubo su cálculo, y falta de sinceridad, no iba envuelto un plan de alevosía. Las cosas habian llegado á un punto tal, que sin necesidad de proyectos concebidos de antemano, era inevitable un conflicto entre partidos, entre opiniones, entre creencias que mútuamente se rechazaban y excluian. Por una parte el odio de la poblacion de París hácia los hugonotes, con tantos testimonios expresado; por otra la desconfianza que comenzaba á apoderarse de este partido, y las acusaciones que públicamente hacia de la perfidia y trato doble de la reina madre; aqui las intrigas de los jefes católicos, del embajador de España y del nuncio de Roma; allí la conviccion en que se hallaban los católicos ardientes, de que solo por el exterminio acabarian con los malditos hugonotes, todos fueron elementos del plan que se adoptó por fin, de recurrir á violentos medios, plan en que probablemente no fué impulsadora la córte, sino arrastrada por el movimiento popular que otras manos dirigian.

La casa de Lorena, siempre violenta, siempre encarnizada contra los calvinistas, sobre todo contra el almirante, acusado del asesinato del duque de Guisa delante de los muros de Orleans, era la que estaba á la cabeza de toda esta muchedumbre fanática, que no respiraba mas que sangre. Enrique, nuevo duque de Guisa, hijo del

asesinado, ídolo del pueblo, habia entrado en conferencias secretas con los principales cabezas de motin, con los católicos mas ardientes de la municipalidad, prometiéndoles su cooperacion en el vasto plan de venganza y de exterminio. El horizonte se cubria de nubes que presagiaban una tempestad horrible. Sin embargo, no disminuia el favor aparente que los calvinistas disfrutaban en la córte, y Coligny vivia tranquilo, halagándose siempre con la idea de llegar un dia á ser el solo privado, director y consejero del monarca.

El dia 18 de agosto de 1572 se habia celebrado el matrimonio entre Margarita de Valois y Enrique de Navarra. Aquel dia y el 19 se pasó en regocijos y en festejos. El 22, es decir, cuatro dias despues, al regresar Coligny de palacio á su casa, á eso de las dos de la tarde, se le asestó un tiro de arcabuz desde una ventana, que le hirió gravemente en un brazo, llevándole al mismo tiempo dos dedos de la mano. El asesino, llamado Maurevel, dependiente del duque de Guisa, se evadió en el acto, saliéndose por una puerta de París, donde tenia un caballo prevenido que le puso con rapidez al abrigo de todas las pesquisas.

Produjo aquel tiro en una calle pública y en la mitad del dia, la misma impresion que el estampido de una tremenda tempestad en el silencio de la noche mas profunda. Para los católicos fué una voz de alarma, un grito de próxima pelea: para los calvinistas un anuncio del profundo abismo que ante sus plantas se entreabria. ¡Ya estaba descorrido el velo de sus ilusiones! Ya los Guisas habian perpetrado su gran acto de venganza, pues para nadie era un misterio que el arcabuz habia sido disparado por la mano de los Guisas. Mientras tanto se trasportaba al almirante á su casa en brazos de sus servidores, y rodeado de un acompañamiento numeroso de sus correligionarios. Mostraba Coligny serenidad, mas prorumpiendo de cuando en cuando en exclamaciones contra sus enemigos, de quienes esperaba un pronto desagra-

vio; porque aquel anciano siempre crédulo, no sabia aún, en medio de aquel conflicto, cuán minado estaba el terreno que pisaba.

Recibió el rey la noticia del asesinato de Coligny con muestras de un grande enojo, y mandó hacer pesquisas para la aprehension del perpetrador y cómplices. Pasaba sin embargo á los ojos de la generalidad por sabedor con anticipacion del hecho, si no por su principal instigador: en cuanto á la reina madre, nadie dudaba de la connivencia. Los calvinistas la acusaban altamente, y sea que no creyesen inminente el peligro, sea que creyesen alejarle no presentándose como intimidados, echaban amenazas y se producian con su violencia acostumbrada. Envió el rey un recado á casa del almirante para informarse de su estado y manifestar el interés que le causaba. Los calvinistas, no satisfechos con este paso de atencion, exigieron que el rey le visitase, para dar asi á entender la consideracion que le merecia su persona; demostracion inútil si Cárlos IX estaba en el complot; inútil tambien si se urdia éste sin su conocimiento.

Accedió el rey á las pretensiones de los hugonotes, y acompañado de su madre, pasó á visitar al almirante la tarde de aquel mismo dia. Mostró el almirante agradecer mucho la visita, hablando al rey en términos muy respetuosos, mas profiriendo quejas sobre la alevosía de sus enemigos y lo mal que los capítulos del tratado de pacificacion estaban observados. Procuró el rey calmarle y sosegarle hablando en términos afables, prometiéndole pronta satisfaccion y rígida justicia. En los mismos términos le habló la reina madre, á pesar de que el almirante no disimuló lo poco satisfecho que estaba de su comportamiento. Ambos mostraron el mayor interés y deseo de su pronta cura, llevando su atencion hasta tocar y examinar la bala que habia causado sus heridas. «Gran fortuna es que haya salido afuera, señor »almirante, dijo con este motivo Catalina, porque he »oido que el difunto duque de Guisa hubiese curado

»de sus heridas á no quedar la suya dentro.» Crueles palabras en aquellos momentos, cuando la herida de Coligny se consideraba como un acto de venganza por aquel asesinato de que se le acusaba.

Mientras tanto crecia en París la agitacion, y aquel tumulto sordo que precede al estallido de una tempestad, anunciada ya en los aires. Continuaban los conciliábulos del duque de Guisa con los jefes de la municipalidad y los católicos; se pronunciaba sin ningun disfraz el nombre de Maurevel, asesino de Coligny, y se sabia que en su fuga habia sido recibido con entusiasmo en muchas poblaciones, donde se jactaba de su accion, considerada como heróica, como altamente meritoria. Los calvinistas, agrupados por la mayor parte en derredor de la casa de Coligny, se mostraban armados en ademan hostil, y no cesaban en sus amenazas de tomarse la venganza por su mano si el rey no se la hacia. Daba Cárlos IX todas las muestras de mirar este asunto con calor, y habiéndole enviado á decir el almirante que se notaban síntomas de cierta efervescencia, le envió un piquete de los arqueros de su guardia para el resguardo de su casa.

El 23 hubo un consejo privado y secreto en las Tullerías, convocado por la misma reina madre. Allí se trató sériamente de dar apoyo al golpe de mano que se meditaba. En la trama estaba el duque de Anjou, hermano del rey, y ademas de los Guisas, que pasaban por motores, los principales señores de la córte que se tenian por católicos mas exaltados. Estaba decidida la reina madre á proteger un movimiento popular que iba á ser la ruina de los calvinistas. El rey titubeaba todavía; mas su madre le hizo ver que siendo el golpe inevitable, quedaria nula y desairada su autoridad si los buenos católicos de París tomaban la venganza por su mano sin contar con el monarca; razon plausible, que le hizo impresion y promovió su asentimiento. Mas para los que entonces eran de opinion, y lo son todavía, de que era la misma córte la que concitaba las masas contra el partido calvi-

nista, no hubo tal vacilacion é incertidumbre; al contrario, fué el rey quien convocó el consejo á fin de organizar el movimiento.

Las medidas se tomaron en efecto. Al principio de la noche del 23 al 24, se avistó por última vez el duque de Guisa con sus asociados, y les avisó que lo preparasen todo para aquella noche misma. Se reunió la municipalidad, se distribuyeron armas, se asignaron los puestos, se dispusieron todos á consumar el plan de venganza que tanto tiempo hacia llevaban en sus corazones. En cuanto á los calvinistas, aunque estaban muy sobre sí, hasta el punto de pensar sériamente en salir de París como punto mal seguro, no advirtieron los movimientos de aquella noche, ó no les dieron la importancia que tenian; y cuando ya estaba para sonar la hora de sangre y de matanza, se retiraron tranquilos al cuartel ó barrio que les estaba asignado por alojamiento.

Fué la casa del almirante la primera acometida por el mismo duque de Guisa, el de Anjou y otros personajes acompañados de asesinos. Los príncipes se quedaron en el zaguan mientras subian los segundos precedidos por un tal Behem, muy partidario de los Guisas, casado con una hija bastarda del cardenal de Lorena. Los arqueros que guardaban la casa del almirante, fueron de tan poco auxilio, cuanto su jefe, católico exaltado, iba con los mismos asesinos. Cuando sonaba la gran campana, señal de dar principio á la matanza, estaba leyendo al almirante su capellan algunos pasajes de la Biblia. Al oir el ruido con que habia sido forzada la puerta de su casa, y el estruendo de los que subian la escalera, se armó de serenidad; se vistió aprisa, como mejor pudo, y se apoyó en una pared del aposento. Muy pronto dieron golpes los asesinos á la puerta de su habitacion, diciendo con voces descompasadas que la abriesen. El criado que lo hizo en efecto por mandato de Coligny, fué asesinado en el momento. Entonces se avanzó Behem pálido, desgreñado, y le dijo con voz ronca: «¿No eres tú Coligny?»

«El mismo soy, respondió el almirante, y tú, jóven, deberias tener mas respeto á las canas de un anciano; mas cualquiera que sea tu intencion, pocos son ya los dias de que me puede privar un asesino.» A estas palabras se echó Behem sobre él, y le despachó al momento, ayudado de sus compañeros. Mientras tanto el duque de Guisa, que se habia quedado abajo, daba voces diciendo: «¡Behem! ¿Has despachado?» «Sí», respondió el otro saliendo á la ventana. «Pues entonces, repuso el duque, arrójanos acá el cadáver, para que estos señores se convenzan de que es el muerto el almirante.» Asi lo ejecutó Behem, y el cadáver de Coligny cayó precipitado en el patio todo ensangrentado. Para reconocerle mejor le lavaron el rostro; y cuando á la luz de una linterna vieron que en efecto era Coligny, le dió una patada el conde de Angulema, bastardo de Enrique II, diciendo: «Asesino del duque de Guisa, la has pagado (1).»

Con el asesinato de Coligny se dió principio á la matanza de los hugonotes. Para disipar las tinieblas de la noche, se pusieron luces en todas las ventanas. Dió la señal la gran campana de la casa de la ciudad, é inmediatamente se vió la muchedumbre armada dirigiéndose al barrio de los calvinistas y á las demas casas de los personajes de esta secta, que todos conocian. La señal con

(1) No sabemos si Voltaire anduvo feliz en la alteracion que de este pasaje hizo en su poema (La Henriada). Supone que los asesinos de Coligny, sobrecogidos con su aspecto venerable, y sobre todo con sus palabras, se echaron á sus piés, sin atreverse á dar el golpe: que Behem (le llama Besme), que aguardaba en él patio, impaciente con la dilacion, subió apresurado, y al ver á los asesinos inmóviles, se precipitó sobre el almirante, acabándole en el acto. Mas quien aguardaba abajo era el duque de Guisa, y el que subió á perpetrar el asesinato el mismo Behem, ó sea Besme. Por supuesto el asombro ó inmovilidad de los asesinos, es una creacion del poeta; mas es imposible que en actos de esta especie no discrepen las narraciones sobre ciertas circunstancias. Lo sustancial del hecho es que Coligny, hallándose en su casa herido, fué asesinado por impulso del duque de Guisa, su enemigo mortal, que le consideraba como el asesino de su padre.

que los católicos se distinguian, era un pañuelo blanco atado en forma de cruz sobre el sombrero. Fueron los protestantes cogidos de sorpresa, asesinados unos en su cama, otros á medio vestir y levantándose, quiénes haciendo resistencia, quiénes cayendo desarmados como víctimas en un sacrificio, otros despavoridos corriendo por las calles sin saber á dónde, buscando refugio en los pórticos de las plazas, de las iglesias, en el mismo Louvre; por todas partes eran inmolados sin misericordia. Los gritos de la muchedumbre enfurecida, los quejidos y ayes de los moribundos, el estampido de los arcabuces, el sonido de las campanas que tocaban á rebato, no podian menos de imprimir terror y espanto en tan horrenda noche. Los principales personajes del partido católico, daban el ejemplo de ferocidad á la plebe fanática, sedienta de horrores y de sangre. El mariscal de Tavannes recorria las calles gritando: «Sangrad, sangrad: segun dicen los médicos, la sangría es tan saludable en agosto como en mayo.» Los Guisas, despues de despachado á Coligny, buscaban nuevas víctimas, y saciaban la saña que profesaban á los calvinistas.

No suspendió la mañana el furor de la matanza. Con la luz del dia se vieron, se buscaron mejor los que ocultaban las tinieblas. Todos los encontrados cayeron al hierro y fuego de los asesinos. Las calles, los muelles del rio, se iban llenando de cadáveres. Muchos de ellos fueron arrojados al Sena, cuyas aguas iban enrojecidas con la sangre: los que no perecieron en las calles, cayeron en sus casas: los que buscaron asilo en el palacio del Louvre, fueron fria y bárbaramente asesinados por los arqueros y alabarderos de la guardia. A la matanza siguió el robo y el saqueo. En la mañana, y en casi todo el dia 24, fué París teatro de confusion, del desórden mas horrible. Las mismas autoridades civiles que habian dado impulso al movimiento, temblaron al ver el carácter espantoso que iba ya tomando, y trataron de poner un freno á la ferocidad; mas no estaba todavía la muche-

dumbre saciada de matanza. Duraron los asesinatos y el robo todo el dia; los hubo hasta el siguiente. Solo el cansancio y la fatiga desarmaron los brazos de las turbas, sucediendo al ruido espantoso de la destruccion, el silencio del sepulcro.

Estuvo el rey en vela toda la noche en compañía de su madre y otros personajes, testigo silencioso y mudo, segun unos, de lo que pasaba; actor, segun otros, en aquella horrible escena, hasta el punto de hacer fuego con su arcabuz sobre los calvinistas desde uno de los balcones de palacio. Cualquiera de las cosas que haya sido, no hay duda de que tomó sobre sí la responsabilidad toda del acto, y se dió como el principal impulsador de la matanza. El dia 26 salió en público con su madre y una córte muy lucida, y paseó como en triunfo las calles y plazas sembradas de cadáveres. La muchedumbre acogió al rey con los arrebatos del mas férvido entusiasmo; jamás fué tan popular como aquel dia. Se manifestó el rey como satisfecho de la lealtad del pueblo que habia libertado á la nacion de sus implacables enemigos. Quiso ver el cadáver de Coligny que estaba colgado por un muslo de un poste en la plaza de Montfaucon, y le insultó con frases chocarreras. Las mismas damas de la córte examinaron con atencion los cadáveres desnudos, haciendo observaciones que no se creerian hoy; tanto difieren aquellos tiempos á los nuestros (1).

Tal fué la matanza de San Bartolomé, tan célebre en la historia, y en cuyo acontecimiento nos hemos extendido algo mas que de costumbre, para hacer ver el carácter de aquellos tiempos, en que el libertinaje iba unido á la supersticion, y el desenfreno del vicio á toda la ferocidad del fanatismo. Las jornadas de San Bartolomé

(1) A oui dire par les demoiselles de Catherine, «que les dames de la suite du roy consideroient toutes les parties du corps des gentils-hommes huguenots, et jugeoient par certains objets quelle etoit leur force au jeu d' amour.»—Memorias de Brantome.

son únicas en su clase. En las vísperas sicilianas fué un pueblo levantado en masa contra sus opresores extranjeros: aquí son franceses que degüellan á franceses por solo fanatismo religioso. La circunstancia de escoger la noche para consumar este acto de barbarie, dá al cuadro una tinta que le hace doblemente pavoroso (1).

Fué la matanza de San Bartolomé inmensamente popular en Francia, donde los católicos se hallaban en inmensa mayoría. Como una chispa eléctrica cundió la noticia por todos los ángulos del reino. La medida violenta tuvo eco en Meaux, en Orleans, en Senlis, en Ruan, en Tolosa, en Bayona, en otros puntos donde los católicos fanáticos imitaron la conducta de sus correligionarios de la capital. Se dijo que para esta efusion de sangre habian mediado órdenes del rey, mas no las necesita la muchedumbre cuando está ansiosa de violencias. Entre las dos religiones existia la mas encarnizada antipatía. No era el rey el motor de estas violencias, aunque despues de perpetradas se quiso dar este carácter.

En París se sancionaron del modo mas público y solemne estas matanzas. El mismo rey dijo en pleno parlamento, que se habian verificado de su órden en desagravio de la religion; palabras que fueron oidas con aplauso. La poblacion en masa de París estaba loca de entusiasmo por tan sangriento triunfo de la fé católica. Todo era fiestas de iglesia, sermones en accion de gracias, solemnes procesiones. Se celebraron juegos, se acuñaron medallas, y hasta se representaron dramas alusivos al asunto (2). La

(1) Es muy difícil leer la relacion de la matanza de San Bartolomé sin que ocurra el recuerdo de las que tuvieron lugar doscientos veinte años despues y en París mismo. Seria muy curioso un paralelo entre las jornadas de agosto de 1572, y las de setiembre de 1792.

(2) Fué el mas célebre de todos la tragedia intitulada: La muerte de Coligny, donde figuran como personajes, el Almirante, Montgomeri, el pueblo, el rey, el Consejo del rey, etc.

prensa dió á luz una muchedumbre de folletos, en que se ensalzaba la victoria de los católicos en todo género de estilos (1).

El rey de Navarra y el príncipe de Condé, no fueron comprendidos en la proscripcion segun convenio de antemano. Durante las matanzas se aseguraron sus personas, pero el rigor no pasó mas adelante. Sin embargo, no se les concedió la gracia de la vida sin condiciones duras, siendo una de ellas la de abjurar el calvinismo. Se les obligó, so pena de muerte, á dirigirse al Papa, suplicándole que les volviese á admitir en el seno de la Iglesia, y ademas al rey de Navarra á que expidiese un decreto prohibiendo el ejercicio del calvinismo en sus estados. Por todas partes se estableció la fórmula de adhesion á la antigua fé católica. El triunfo se cantaba por completo, y la ilusion pudo por un momento hacer creer que en Francia habia llegado el fin del calvinismo.

Dió el rey inmediatamente comunicacion de lo ocurrido en París á las potencias extranjeras con quienes estaba en relaciones; mas entre estas las habia católicas protestantes. No podia producir la matanza de San Bartolomé la misma impresion en Inglaterra, en los estados luteranos de Alemania, que en Roma y en España. Así fué muy diverso el estilo de estas piezas diplomáticas. Se dijo á los primeros que el choque habia sido uno de esos movimientos populares, que no está en mano de los gobiernos contener por la gran exaltacion de las pasiones de la muchedumbre; que los hugonotes habian entrado en un plan de conspiracion contra la autoridad del rey y las leyes del estado, proyecto que habian confesado al morir los principales jefes de la secta; que el rey, inmediatamente que tuvo lugar el asesinato del almirante, habia tomado todas las medidas para castigarle y

(1) Hay entre estos escritos uno de un título demasiado curioso para que no le mencionemos. Passio Domini nostri Gaspardi Coligñi, secundum Bartholomeum.



buscar al delincuente; mas que la cólera de sus amigos y correligionarios, habia hecho abortar estas medidas, por haber querido tomar la justicia por su mano; que á pesar de este suceso lamentable, no se alteraban los buenos sentimientos del rey hácia el partido calvinista, y se le dispensaria siempre proteccion segun los términos del tratado, etc. Mas lo sutil y artificioso de estas notas no podia encubrir lo que el acontecimiento tenia de cruel y espantoso, y en todos los estados protestantes no hubo mas que un grito unánime contra la alevosía del partido católico, excitada ó al menos consentida por la córte. La reina Isabel de Inglaterra manifestó quejas muy amargas, á que no pudo satisfacer toda la astucia y sutileza de la reina madre.

Con los estados católicos fué el lenguaje muy diverso. En sus comunicaciones se felicitaba el rey de una ocurrencia que habia purgado el pais de la heregía, dándose por promotor de un acto en que estaba marcada la mano de la divina Providencia, etc., etc.

De que la noticia de la matanza de San Bartolomé causó una impresion muy agradable en el ánimo del rey de España, dan testimonio las cartas de felicitacion que escribió sobre ello á Cárlos IX, á la reina Catalina de Médicis; y la embajada extraordinaria que con este motivo envió con instrucciones particulares al marqués de Ayamonte, encargado de esta mision para visitar al rey, á la reina, al duque de Guisa, al de Anjou, á los principales personajes que pasaban por promotores de los asesinatos. Cualquiera que comprenda el odio y el horror profesado por el rey de España á los hereges, concebirá tambien que veia la mano de la Providencia en una medida que se podia considerar como un castigo de sus crímenes. No olvidemos que tales eran los sentimientos dominantes en la Europa. Las sectas religiosas se odiaban, se rechazaban mútuamente, y sea por intereses de ambicion mundana, sea por puro fanatismo, ó por las dos cosas reunidas, ninguna se creia segura y dominante sin la destruccion de su con-

traria. Felipe II, que veia con tanto disgusto el favor de que en la córte de Francia gozaban los calvinistas tan estrechamente aliados con los rebeldes de Flandes, debió de regocijarse en alto grado con una novedad que sin duda iba á restablecer en aquellos paises su preponderancia.

Fué en Roma donde la noticia de las matanzas de San Bartolomé excitó mas entusiasmo. El cardenal de Lorena, que residia á la sazon en la ciudad eterna, gratificó con mil escudos al correo extraordinario que, ganando horas, le llevó las nuevas. Celebró y aplaudió solemnemente el pontífice la hazaña en pleno consistorio. Hubo con este motivo regocijos públicos, misas solemnes, pomposas procesiones, vistosos juegos de artificio. Se mostraron los franceses residentes en aquella capital arrebatados de alegría. Aún se vé en la capilla Sixtina un cuadro con que se consignaron á la memoria y edificacion de la posteridad tantos horrores.

Cambiaron las matanzas de San Bartolomé la política de Francia. Bajo la influencia de los calvinistas se pensaba en alianzas de familia con la reina Isabel de Inglaterra, en dar una mano protectora á los Paises-Bajos, en formar una especie de liga con los príncipes protestantes del imperio, en una ruptura con España, etc., etc. Tales eran, á lo menos, los planes de Coligny, en que se imaginaba entraria de buena fé Cárlos IX. Mas cualquiera que fuesen las verdaderas intenciones de la córte, la separó este acontecimiento de las del norte, y la volvió de nuevo á la influencia de la política de España. Sin embargo, no convenia á Catalina de Médicis romper con los estados de Alemania, estándose negociando entonces el nombramiento del duque de Anjou para el trono vacante de Polonia.

Mas los calvinistas no se hallaban todos en París cuando las matanzas. Habia recibido el calvinismo un golpe atroz, mas no estaba exterminado. Por mucho que sea el furor y la embriaguez de un partido dominan-

te al dictar medidas de rigor, jamás son tales que corten de una vez todas las cabezas de la hidra. Lo que hicieron aquellos asesinatos, fue marcar con mas distincion y con color de sangre la línea divisoria de ambos campos.

Adquirió el calvinismo nueva energía con tan tremendo golpe. Si se intimidaron algunos, trataron los mas de vender caras sus vidas y repeler la fuerza con la fuerza. Los últimos edictos del consejo, proscribian el calvinismo como culto público, mas le toleraban como opinion; y la córte, á quien no eran desconocidos los sentimientos de los disidentes, trató de sosegarlos, dando las órdenes mas estrictas á los gobernadores de provincia, á fin de que no se exasperasen. Mas los calvinistas no se pagaron de estas suaves medidas, y como gente escarmentada y tan vivamente resentida, trataron de hacerse fuertes en los puntos donde realmente dominaban. En el Languedoc, en los Cevennes, en el Vivares, en el Delfinado corrieron á las armas. Fortificaron y repararon las plazas de Sancerre, de Nimes, de Sousmieres y otras de importancia. En Normandía tambien hubo movimientos sérios. Los católicos volvieron asimismo á armarse, de modo que en vez de concluir con el calvinismo la matanza de San Bartolomé, no hizo mas que encender de nuevo los horrores de la guerra.

Era la Rochela el punto fuerte, el baluarte por excelencia, una especie de capital del partido calvinista. Allí se reunieron sus principales medios de defensa, y se prepararon para una obstinada resistencia. Pensó sériamente la córte de Francia en poner sitio formal á esta plaza fuerte, y nombró al duque de Anjou, al vencedor de Montoncourt y de Jarnac para el mando de la fuerza asediadora. Se hicieron aprestos de hombres, de artillería, de víveres y de municiones. Se alistaron extranjeros, y Catalina de Médicis imploró los auxilios de España y de Saboya para el triunfo de la santa causa. Hizo donativos al clero, y las municipalidades acudieron con su contingente. Para dar mas aparato á la empresa, se

exigió que el rey de Navarra y el príncipe de Condé acompañasen al duque de Anjou, sacrificio al que los dos se resignaron.

Fueron muy grandes los preparativos del sitio; pero mayor la resistencia de los rocheleses. Aquí y en Sancerre hicieron prodigios de valor los calvinistas, resueltos á sepultarse bajo los muros de la plaza. Comenzó á introducirse en el campo de los católicos el desaliento, y no era el duque de Anjou, el vencedor de Jarnac y Montoncourt en el campo del asedio. Continuaba éste con sucesos varios, cuando llegó al general en jefe la noticia de su exaltacion al trono de Polonia, vacante por la muerte de Segismundo Augusto, último príncipe de la raza de los Jajelones.

Ya antes de la matanza de San Bartolomé habian comenzado las negociaciones para la elevacion del duque de Anjou, y que la reina Catalina llevaba adelante con su sagacidad acostumbrada. Eran varios los aspirantes á esta dignidad, y entre ellos el archiduque Ernesto, hijo del emperador Maximiliano. Mas la reina madre se sirvió de agentes hábiles, que esparcieron el dinero, hicieron mil promesas, exageraron el poder y la grandeza de la córte de Francia, y sobre todo, supieron sacar partido de la fama militar del duque de Anjou, tan á propósito para ponerse al frente de los polacos en sus guerras con los moscovitas y los turcos. La noticia del acontecimiento de París atrasó mucho las negociaciones, habiendo sido acusado el duque de Anjou de haberse puesto á la cabeza de los asesinos. Mas nuevas sumas de dinero, nuevas promesas, nuevas concesiones allanaron estas dificultades, y el 7 de junio de 1573 fué elegido y proclamado Enrique de Valois monarca de Polonia.

Era la reina Catalina una persona de gran habilidad, de mucha astucia, nacida sin duda para tiempo de intrigas, de revueltas y de convulsiones. Ya la hemos visto en las crisis mas difíciles desenredarse de mil obstáculos, y salir airosa de entre muchas inquietudes. Los asesinatos

de París, que la libraron de ciertos cuidados, la crearon otros nuevos. Si los intereses de la religion la ligaban á la España, otros la hacian contemporizar con la Inglaterra, con los príncipes protestantes de Alemania. Mientras con el primero empleaba un lenguaje, hasta de jactancia, al darle comunicacion de lo ocurrido el dia de San Bartolomé, se excusaba del hecho, atribuyéndole á imprudencias de otros, dirigiéndose á los segundos. La Inglaterra podia dañar muchísimo á la Francia, protegiendo desembarcos, y enviando bajo de mano armas y municiones á los calvinistas que se habian alzado en Normandía. Tenian en su mano los príncipes de Alemania el lanzar contra Francia sus reitres y lansquenetes. (1) La Suiza tambien se mostraba indignada con la matanza de sus correligionarios. Fulminaban anatemas los púlpitos de Ginebra, y aunque ya Calvino no existia, estaba representado por el famoso Teodoro Beza y otros mas apóstoles de la doctrina. No fué pues poca la astucia y la fortuna de Catalina el haber conjurado todas estas tempestades, mientras aspiraba y trabajaba por tener el honor de ser madre de dos reyes.

Aceptó la corona de Polonia Enrique de Valois, y dejó el sitio de la Rochela, que tan poca gloria le proporcionaba. En su tránsito y estancia en París fué objeto de festejos y populares regocijos. Con repugnacia dejaba su pais, para trasladarse á uno agreste como la Polonia, y además tenia la inquietud de perder el derecho á la corona de Francia, en caso de morir sin hijos el rey Cárlos. Mas éste disipó sus temores declarándole su sucesor, en caso de verificarse la ocurrencia, como sucedió en efecto.

Seguia mientras tanto la resistencia de los de la Rochela y de Sancerre; ni los alzados en el Languedoc, en Vivarais, en Nimes, daban mas muestras de querer su-

(1) Soldados ó sirvientes del pais; de *land*, tierra y *knecht*, sirviente ó soldado.

jetarse al yugo con que los amenazaban los católicos. Se habia abatido algo en estos el fuego fanático que animaba á las turbas de Paris, como sucede á toda agitacion violenta que cede poco á poco á la mano de los tiempos. Entre los católicos ardientes y los calvinistas de igual temple, se habia creado un partido medio, ansioso por conciliar los dos extremos. Produjo este estado de cosas otra pacificacion, si no tan lata como la de 1570, derogatoria de las medidas severas que se habian tomado cuando el triunfo de Agosto. Por el nuevo decreto se mandaba sobreseer en toda causa que se hubiese instruido con motivo de dichos acontecimientos; se concedia el libre ejercicio de la religion reformada á las ciudades de la Rochela, Montauban y Nimes, y á los demás calvinistas del reino libertad absoluta de conciencia, la celebracion de los sacramentos á su manera, sin poder reunirse mas de diez, á excepcion de París y dos leguas en contorno, dándose además permiso á los calvinistas que quisiesen salir del reino, de vender sus bienes y de arreglar definitivamente sus negocios sin coaccion y sin violencias.

Era esta la tercera pacificacion entre el partido católico y protestante, que no fué ni mas sincera ni de mas duracion que las anteriores. Era imposible una amalgama de sectas; lo era mucho mas la de los intereses, de poder y de engrandecimiento, que se habian creado en sentidos tan opuestos. No quedaron contentos los católicos exaltados, y mucho menos los calvinistas, que todavía no habian dejado las armas de la mano. El tercer partido que se habia pronunciado en favor de la pacificacion, fué el primero que rompió los lazos de la buena inteligencia. Se unieron sus jefes con los principales calvinistas contra el partido de la córte, y su plan era nada menos que trastornar el órden de la sucesion de la corona, anulando la declaracion del rey á favor del rey de Polonia, sustituyendo á éste su hermano el duque de Alenson, ahora de Anjou, por la nueva dignidad de que aquel se hallaba

revestido. Adoptó este partido en parte los planes de Coligny, contrarios á los intereses de la España, y era su idea enlazar al mismo duque de Alenson con la reina de Inglaterra, dándole además el protectorado de los Paises-Bajos. Era pues la cabeza, al ménos nominal, de la conspiracion el duque de Anjou, y entraban en ella el rey de Navarra, el príncipe de Condé, el mariscal de Montmorency, el de Danville, el de Cosseins y otros principales. El principal blanco de sus tiros era la reina madre, cuya influencia en los consejos del rey trataban de destruir por siempre. Fué concebido y tramado este plan durante el viaje de la córte, cuando salió á despedir hasta la frontera al rey de Polonia, y se aplazó la ejecucion á su regreso, debiendo consistir ésta en apoderarse de la persona del rey y de su madre, y hacer firmar al primero los decretos que dejasen realizados sus designios. Era un plan muy parecido al famoso de la conspiracion de Amboise, y lo mismo que él fué descubierto. La córte que estaba en San German se trasladó precipitadamente á París, poniéndose bajo la proteccion de la capital, de cuya adhesion tenia tantas pruebas. Se procedió á la prision de los principales cómplices; de los mariscales ya dichos, á excepcion del de Danville, que estaba á la sazon mandando en Languedoc; se escribió á todos los gobernadores de provincia encargándoles la vigilancia, y por principal medida se adoptó la captura del duque de Anjou y del rey de Navarra, no habiendo alcanzado este rigor al príncipe de Condé, que previno el golpe por medio de la fuga.

Ocurrió durante estas nuevas turbulencias la muerte de Cárlos IX en lo mas florido de su juventud, habiendo estragado su constitucion ya débil de suyo con violentos ejercicios y todo género de excesos. Ya daba síntomas de su cercano fin, cuando la partida de su hermano, á quien la reina Catalina dió á entender que no seria su ausencia larga. Habia tenido esta hábil princesa la precaucion de asegurarse la regencia por una disposicion del príncipe

moribundo, quien dió esta última prueba de la ciega adhesion y deferencia que tuvo siempre hácia su madre.

Como todo personaje que vive en medio de revueltas y facciones, fué Cárlos IX muy diversamente juzgado por los católicos y los calvinistas. Se encarnizaron éstos contra su memoria, haciéndole pasar por un hombre atroz, por un Neron, por un tigre sediento de furores y venganzas. Aseguran que en su última enfermedad le salió la sangre por los poros, y que murió lleno de espanto y de terror, con las visiones sangrientas que le recordaban sus atrocidades. Los católicos sintieron muchísimo su muerte, y de ésto daban testimonio los sermones, los folletos, las elegías que con este motivo vieron la luz pública. Se puede suponer muy bien, que si Cárlos IX mereció el odio encarnizado de los unos, no fué digno de las alabanzas de los últimos. Fué un príncipe comun, educado en las ideas y principios de su siglo, violento en su carácter, extremado en sus diversiones y sus gustos, á quien no faltaba cierta capacidad y aquella instruccion que usaban los hombres de su clase. Por lo demás no tuvo nunca una firme voluntad en materias de gobierno, dejándose llevar en todo de los consejos é influencia de su madre. Hasta qué punto fué cruel y tomó parte activa en la matanza de San Bartolomé, no se sabe aún de un modo auténtico. Mas la historia nos dice que dos dias despues paseó las calles de París cubiertas de cadáveres, con aire de triunfo, como dándose por autor de tanto asesinato, y que insultó los restos ensangrentados de Coligny, á quien cuatro dias antes habia dado el título de padre.

CAPITULO XLII.

Asuntos de Inglaterra y de Escocia.--Resultados de la entrada de María Estuarda en el primero de estos reinos.--Escribe á la reina Isabel pidiendo su proteccion.--Embarazos de Isabel.--Responde evasivamente á la de Escocia.--Se niega á verla.--Trata de hacerse árbitra entre la reina María y sus súbditos.--Se resiste ésta.--Cede al fin.--Conferencias en Yorck.--Se trasladan á Westminster.--Es acusada la reina de Escocia por Murray.--Presenta éste documentos justificativos.--No responde María.--Confinamiento de ésta.--Negociaciones entre las dos reinas.--Tramas en el pais á favor de la de Escocia.--Son castigados los conspiradores.--Asesinato del regente Murray.--Le sucede el conde de Lenox.--Continúan las tramas en Inglaterra.--Suplicio del duque de Norfolk.—Muerte del conde de Lenox.--Le sucede el conde de Morton.--Guerra civil en Escocia.--Pacificacion (1).

1568—1574.

Hemos dejado á la reina de Escocia, María Estuarda (2), fugitiva de su pais despues de la derrota de Langside, buscando un asilo en el vecino reino de Inglaterra, en cuya frontera fué cortesmente, y con todas las distinciones debidas á su clase, recibida. Era seguramente grave y lleno de amarguras el infortunio de María; mas una princesa de su carácter, juventud, y familiaridad con las desgracias, podia tal vez consolarse con la idea de hallar en la reina de Inglaterra una amiga generosa, una protectora y hasta vengadora de los agravios y rigores que á sus estados la habian conducido. Verdad es que entre esta reina y ella habian mediado disgustos, rivalidades, hasta ofensas; mas en circunstancias tan extraordinarias, debió de imaginarse María que las antiguas animosidades cederian á mas dulces sentimientos. Con esta ilusion escribió la reina de Escocia á la de Inglaterra, comunicán-

---

(1) Hume, historia de Inglaterra; Robertson, historia de Escocia; Walter Scott, historia de Escocia.
(2) Cap. XXVI.

dole los motivos que la habian obligado á tomar asilo en su pais, reclamando de ella, como reina y como mujer, todo el interés y simpatía á que eran acreedoras sus no merecidas desventuras. Mas Isabel, mujer astuta, reina ambiciosa y precavida, que no perdia de vista ninguno de sus intereses, en lugar de responder al pronto, sometió á la deliberacion de su Consejo la contestacion que el caso requeria. Reclamaba la generosidad, que la reina de Inglaterra protegiese á una princesa desvalida, en sus estados refugiada. Exigia á lo menos la justicia, que no pudiendo darle auxilios, se le permitiese trasladarse al pais que mas le conviniese. Mas ofrecian ambos partidos muchísimas dificultades. Se enajenaria por el primero la reina Isabel el partido protestante en Escocia, con que habia estado siempre en armonía; por el segundo se daria medios á su reina, trasladada á Francia, de hacerse con fuerzas en este pais, y emprender con ellas una expedicion tan en contra de sus intereses. ¿Qué hacer, pues, con la reina de Escocia? Restaba un tercer expediente, á saber: el retenerla con astucia ó con violencia presa en el pais adonde se habia trasladado voluntariamente; medida odiosa, que violaba las leyes de la hospitalidad, como las de la naturaleza. Sin embargo, á ella se atuvo el Consejo, como á la mas útil, á lo menos no tan perjudicial como las otras, y la misma prefirió Isabel, como la mas en consonancia con sus intereses, con los sentimientos de rivalidad que á María Estuarda profesaba, y que los infortunios de ésta no habian extinguido. Mas como no le convenia indicar por de pronto esta resolucion, se decidió que se ganaria tiempo aguardando que María cometiese algun acto de imprudencia y diese algun pretexto plausible á la injusticia proyectada.

Respondió, pues, la reina de Inglaterra á la de Escocia, en términos corteses y hasta cariñosos, manifestando un vivo interés en todas sus desgracias. Mas en cuanto á la entrevista que ésta le pedia, no podia menos de hacerle presente, que acusada como estaba de com-

plicidad en el asesinato de su esposo, con quien la ligaban vínculos de tan estrecho parentesco, no le permitia su delicadeza recibirla mientras no hiciese pública su inocencia, de que no dudaba.

La reina de Escocia, sin sospechar ninguna intencion en Isabel, respondió sencillamente que estaba pronta á dar cuantos descargos fuesen necesarios para responder á una acusacion que tanto la ofendia y denigraba; y que seria un gran consuelo para ella manifestar á la reina de Inglaterra documentos que le harian triunfar de sus enemigos y calumniadores. No era sin duda la mente de María acudir á Isabel como juez en un proceso tan odioso; mas la reina de Inglaterra así fingió entenderlo, y regocijada con la perspectiva de las dilaciones que este negocio le ofrecia, designó á York como punto en que debian reunirse los comisionados de la reina de Escocia y los de sus acusadores. María, que vió el lazo que querian armarle, protestó contra semejante medida, declarando que á nadie concedia ella el derecho de ser juez entre ella y sus súbditos rebeldes. El regente de Escocia, por su parte, notificado á comparecer en York, como acusador de la reina, comprendió lo degradado y humillador de semejante posicion para el jefe de un estado independiente y libre, obligado á presentarse ante una reina extranjera y probar delitos de su propia hermana, ó pasar por un calumniador, que se habia valido de este medio para destronarla.

Pero halagaba demasiado á la reina Isabel la perspectiva de la preponderancia que en los asuntos de Escocia le iba á dar semejante tribunal, para que tan fácilmente renunciase á su proyecto. Como en su concepto le seria imposible á la reina de Escocia defenderse de una acusacion que en pruebas tan plausibles se apoyaba, insistió mas y mas en un proyecto que, abriendo campo á grandes dilaciones, la justificaria de cualquiera medida de rigor que tomase con una reina tan culpable. Se negó por lo mismo de nuevo á la entrevista que le pidió María por

segunda vez, y por temor de que hallándose ésta tan próxima á la frontera, se volviese tal vez á su pais, mandó internarla y conducirla á Bolton, donde su mansion tenia toda la apariencia, y mucho mas la realidad de un c utiverio.

Intimidada la reina de Escocia con esta medida de rigor; convencida de la inutilidad de pedir de nuevo una entrevista con la de Inglaterra; reflexionando por otra parte que su resistencia á ser oida en juicio equivaldria á una tácita confesion de su culpabilidad, moderó algun tanto la acrimonia de sus manifestaciones, y consintió por fin en mandar á York comisionados que la representasen. Por otra parte, el regente de Escocia, penetrado de lo que le iba en aparecer como calumniador de María, en caso de negarse á comparecer como se le tenia prevenido, se puso en camino para York, teniendo que resignarse á tan duro sacrificio.

Así dió en Inglaterra el espectáculo nuevo hasta entonces de un rey destronado y sus antiguos súbditos, presentados como partes contrarias ante el tribunal de un monarca extranjero que iba á absolver ó condenar, segun lo que constase del proceso. No se puede decir quién hacia allí un papel mas humillador; si María, si el regente.

Jamás la política de un monarca estuvo tan de acuerdo con sus sentimientos personales, como en esta circunstancia. Lo mismo que libraba de cuidados é inquietudes á la reina de Inglaterra, servia y adulaba extraordinariamente sus flaquezas de mujer, porque bajo cierto aspecto, jamás hubo mujer mas mujer que esta princesa. Los historiadores que tributan mas elogios á su gran capacidad en materias de gobierno, no tienen reparo en hacer mencion de sus caprichos, de sus veleidades, de su presuncion, tratándose de gracias y hermosura, de su ciega pasion por cuantos adornos y afeites pudiesen realzarla. Mas á pesar de tantas pretensiones y amor propio, no podia menos de sentir por la pública voz y fama la superioridad que en toda clase de atractivos le llevaba la

de Escocia. De aquí la doble rivalidad que la profesó toda su vida, siendo tal vez la de mujer mucho mayor que la de reina. Ahora las circunstancias la habian puesto en su poder, tenia en su mano los medios de perderla; al menos de humillarla. ¡Cuántas satisfacciones para su amor propio!

Se hallaba el regente de Escocia en una posicion sumamente delicada. Constituido en acusador de su propia hermana, obligado á probar su culpabilidad en un crímen de tan atroz naturaleza, no podia menos de conocer, prescindiendo de otros sentimientos, el grave riesgo que corria, cualquiera que fuese su conducta. Victorioso en sus cargos, se hacia para siempre el objeto de odio de María, blanco de sus venganzas y las de sus poderosas relaciones. Vencido en la lucha, pasaba por un calumniador, y concitaba contra sí todos los rigores de la reina de Inglaterra. De los designios secretos de ésta, acaso no dudaba. ¿Mas quién le salia garante de la buena fé de una mujer, cuya duplicidad le era tan notoria? A estas fluctuaciones dió mas alimento una intriga del duque de Norfolk, uno de los comisionados de Isabel, quien concibió el proyecto de enlazarse con María. No fué difícil á este personaje hacer entender á Murray lo preferible que era para él volver al favor de la reina de Escocia, á perderla para siempre en el concepto público.

Se mostró, pues, el regente de Escocia poco acalorado, poco enérgico en la exhibicion de los cargos contra la acusada. Eludiendo el gravísimo de complicidad en el asesinato de su esposo, se limitó á decir que el escándalo dado á la nacion casándose con su asesino, habia sido motivo suficiente para proceder á su destronamiento. Mas no era esto lo que queria Isabel, á quien no faltaron resortes para mover en otro sentido el ánimo del conde.

Impulsado éste en sentidos tan diversos, manifestó al fin que no procederia en aquel asunto sin saber: 1.º si los comisionados por la reina en York estaban autorizados para declarar culpable á María de Escocia por

una sentencia judicial: 2.° si darian pronto esta sentencia: 3.° si se tomarian medidas de coaccion á fin de impedir á la reina de Escocia el promover disturbios en el reino: 4.° si la reina Isabel, en caso de aprobar la conducta del partido protestante, estaba resuelta á protegerle.

Los comisionados, que no se hallaban en estado de responder á estas preguntas, las comunicaron á la reina. El duque de Norfolk hizo ver que eran muy graves por la responsabilidad que sobre el regente de Escocia y sus adherentes recaia. Mas Isabel, á quien tal vez no se ocultaban las intrigas y designios secretos del duque, y que veia por otra parte lo poco que el negocio adelantaba en el sentido que ella deseaba, mandó que las conferencias se trasladasen á Westminster, donde estando á la mira de todo, seria mas dueña de la persona del regente.

Hasta entonces se hallaba triunfante en este asunto el partido de María. Su matrimonio con Bothwell era un hecho público, y no podia ser objeto de indagaciones judiciales. De su complicidad en el asesinato de su esposo, Murray no la acusaba. Podia pues estar la reina de Escocia bastante satisfecha; mas la traslacion de las conferencias á Westminster despertó su suspicacia, y con gran repugnancia suya permitió hacer este viaje á sus comisionados. El disgusto se convirtió en furor cuando supo que Murray habia sido recibido por la reina con muestras de atencion y preferencia; que se habia concedido á su enemigo, á su acusador, una gracia que ella habia implorado en vano tanto tiempo. En el arrebato de su furor envió órden á sus comisionados, para que se abstuviesen de continuar las actuaciones en Westminster; mas cuando llegó la resolucion de María habian comenzado ya las nuevas conferencias.

Estaban ya cambiadas entonces las disposiciones y miras del regente. Le habia ganado á sus designios Isabel, haciéndole sentir que le tenia en su poder, y la gravísima responsabilidad del conde, á no probar la culpabilidad

de la reina de Escocia en el hecho de que se le acusaba. Penetrado el regente por un lado de su peligro pasando por calumiador, y separado por el otro de la intriga de Norfolk, de cuyos designios se concibió sospecha, se decidió á echar sus escrúpulos á un lado, y á entrar de lleno en el negocio. Manifestó pues á los comisionados, que si consideraciones de los vínculos de sangre que le unian con la reina de Escocia; que si respetos de miramiento y hasta de pudor, habian impedido hasta entonces, tanto á él como á los demás nobles escoceses que le acompañaban, hacer cargos de cierta naturaleza á su antigua soberana, ahora que se veian acusados por ella de rebeldes, y corrian riesgo de pasar plaza de calumniadores, manifestaba del modo mas solemne, que María Estuarda, no solo habia sido sabedora y consentidora en el asesinato de su esposo, sino que habia auxiliado en los medios de su perpetracion; que se habian cometido las infracciones mas escandalosas de las leyes para dejar impune este atentado: que la reina habia entrado con Bothwell en planes que comprometian la existencia del rey actual de Escocia, y que si alguno se atrevia á negar los hechos que exponia, se hallaba pronto á presentar de ellos las pruebas mas irrefragables.

A tan terrible acusacion nada respondieron por entonces los comisionados de María. La reina Isabel comenzaba á recoger el fruto de tantas intrigas y artificios. Cuando aguardaba con impaciencia el sesgo que tomaria el negocio por la reina de Escocia, se quedó sosprendida con el paso qne dieron sus comisionados, de proponer á ella misma el mediar en una negociacion entre ellos y el regente, á fin de llegar á una avenencia; mas Isabel les hizo ver, que habiendo sido tan pública la acusacion, no se podia rebatir satisfactoriamente sino de un modo público. En cuanto á la entrevista vuelta á solicitar por María Estuarda, dijo que entonces mas que nunca se oponia á ella su delicadeza.

Parecia que la obligacion del regente estaba ya cum-

plida y satisfecha. Habia ofrecido pruebas en confirmacion de los hechos de que acusaba en caso de que alguno los negase; y no habiéndose presentado nadie con esta pretension, era por demás el exhibirlas. Mas la reina de Inglaterra no estaba satisfecha hasta hacerse con estos documentos, y como no los pedian los comisionados de María, hizo ella que los suyos propios afectasen escandalizarse con las atrevidas acusaciones del regente. Murray entonces temiendo siempre el enojo de la reina, y en peligro de pasar por un calumniador, presentó los famosos documentos que consistian en resoluciones del Parlamento, relativas al nombramiento de regente, en declaraciones dadas por los complicados en el asesinato de Darnley, y sobre todo, en un cofrecillo de papeles que habian sido interceptados á la reina, y escritos casi todos de su letra.

Sometió Isabel estos documentos al exámen de su consejo privado. Se compararon los papeles del cofre en su letra y ortografía con las que usaba la reina de Escocia, y resultaron ser idénticos. Hallándose ya en posesion Isabel de documentos tan preciosos, comenzó á tratarla con menos miramiento, creyendo que le seria permitido ejercer cualquiera rigor con una mujer asesina de su esposo.

Convencida ya la reina de Escocia de la mala fé de su rival, irritada con tan duro tratamiento de parte de quien no era mas que una igual suya, se exhaló en quejas, en acriminaciones que en tan dura situacion le eran sin duda permitidas. No se abatió sin embargo, y conservó la dignidad á que estaba acostumbrada en anteriores infortunios. Creyéndola tal vez intimidada la reina de Inglaterra, le hizo proponer como condiciones de su libertad, que abdicase la corona á favor de su hijo, dándole á ella el protectorado del reino durante su menor edad; pero María declaró con indignacion, que consentiria primero que la hiciesen mil pedazos.

Parecia en cierto modo concluido el negocio que pro-

movia la conferencia de Westminster, y la reina mandó que no pasasen adelante. Despidió al regente y mas señores que le acompañaban, sin dar á entender que desaprobaba su conducta, mas sin muestras tampoco de que la elogiaba. Sin embargo, Murray partió contento, pues en medio de esta aparente frialdad, tenia pruebas en secreto de que Isabel le protegia.

Sin duda ha puesto la posteridad en los hechos, que tan sucintamente acabamos de narrar, el sello de la injusticia, de la opresion, del abuso mas odioso que se podia hacer del derecho de la fuerza contra una reina desgraciada que habia implorado el auxilio de otra de su clase. En el estado de independencia en que los reinos de Inglaterra y de Escocia se encontraban, ningun derecho tenia la reina del primer pais de intervenir en los negocios interiores del segundo. De las faltas, y si se quiere de los crímenes de María, no podia ser juez Isabel, y si ésta no tenia interés ó el poder de protegerla, era hasta una tiranía el abusar tan horriblemente de la hospitalidad que una fugitiva imploraba, trabajando con tanta energía y tan traidoramente, para envilecerla y deshonrarla. No se puede presentar pues con colores bastante negros una astucia, una duplicidad con aspecto de justicia y de delicadeza disfrazadas. Mas cuando se examinan de cerca las acciones de los hombres, preciso es tomar en cuenta las circunstancias que los rodean, los resultados que tendria una conducta diferente, y sobre todo, no perder de vista la época en que viven.

Rodeada de peligros ascendió Isabel al trono de Inglaterra, y si en su conducta mostró grande habilidad, toda la necesitaba para no naufragar en un mar tan borrascoso. Comenzó por declararse enemiga suya María Estuarda, reina propietaria de Escocia, reina consorte de Francia, unida con tantos vínculos al partido dominante de los Guisas, campeones del catolicismo. No es difícil concebir los justos temores que semejante enemistad debieron de producir en la reina de Inglaterra, objeto de

odio para los católicos de Francia, y no de aborrecimiento menos vivo para el rey de España. Por todos los reyes católicos estaba Isabel considerada como bastarda y reina usurpadora, siendo el Pontífice el que mas hostil se le mostraba. Habia sido fulminada contra esta princesa una bula de excomunion por Pio V, y fijada por oculta mano en las puertas del palacio del obispo de Londres, protestante. No hay que perder de vista que la Europa de entonces estaba dividida en dos vastos campos, donde si se combatia por intereses mundanos, era bajo un pendon en que estaba escrita una doctrina ó secta religiosa. Se aborrecian los católicos y los nuevos sectarios, que designaremos todos bajo la denominacion general de protestantes, con aquel encarnizamiento que excita casi al exterminio. Se consideraba como lícita toda infraccion de promesa ó juramento, con tal que redundase en utilidad de intereses religiosos. Si bajo este concepto existia una liga de hecho entre el Pontífice, el rey de España y los católicos de Francia, no era menos estrecha la que reinaba entre Isabel de Inglaterra, los príncipes luteranos del imperio, los alzados en los Paises-Bajos, los calvinistas de Francia y los de Escocia, que habian concluido por expeler á la reina de su territorio. Era María Estuarda en calidad de católica enemiga encarnizada de la inglesa. A pesar de la poca autoridad que habia ejercido siempre en sus estados, figuraba entre los primeros y mas acérrimos campeones de la comunion romana. Mientras recibia esta princesa por favor el permiso de oir una misa en su oratorio, tomaba por medio de sus delegados una parte activa en las conferencias de Bayona. Así se explica bajo el aspecto político el encono que la profesaba su rival, y que ofreciéndosele medio de deshacerse de un enemigo peligroso, le hubiese sugerido la razon de estado el proceder, sin atender á otras consideraciones, como lo requeria el interés de su propia conservacion, y el del gran partido á que estaba incorporada.

Gozaba entonces Inglaterra de una paz pro-

durante los años á que en este capítulo nos referimos, con excepcion de asuntos de la reina María Estuarda, ofrece escasos materiales á la historia. Florecia el pais bajo los auspicios de una administracion bien entendida; y las artes, el comercio y la navegacion, comenzaban ya á tomar el vuelo, que les hizo con el tiempo ocupar un puesto tan esclarecido. A todo prestaba atencion y un ojo vigilante aquella princesa sagaz, astuta, previsora y económica, tan absoluta y despótica como su padre, tan celosa de sus prerogativas como jefe supremo de su iglesia; pero atenta siempre á templar la severidad de su carácter con la afabilidad y las gracias seductoras tan propias de su sexo. Aunque protegia en secreto la causa de los sublevados de los Paises-Bajos, y los calvinistas de Francia, no estaba en guerra, ni con el rey de España ni con el de Francia, siendo de ambos temida y respetada. Si la *mujer* tenia caprichos y flaquezas que á veces la ponian en ridículo; si sus favoritos no eran siempre hombres de mérito, la reina sabia echar mano de ministros y consejeros hábiles, de negociadores entendidos, de hombres de tierra y mar que daban gran lustre al nombre de Inglaterra. Con gran tino y habilidad estaba trazada esta línea divisora. (1)

Los pequeños disturbios que agitaron algo la Inglaterra, provinieron todos del estado de efervescencia en que Escocia se encontraba, y de la particular situacion de la reina María, soberana sin estados, destronada en beneficio de un hijo menor de edad, prisionera en un pais y por órden de una reina de quien habia nacido y

(1) El carácter de la reina Isabel está desfigurado en casi todos los historiadores españoles, y aún en otras obras literarias de aquel tiempo. No han considerado en ella más que la bastarda de Enrique VIII, la fautora de hereges, la enemiga de Felipe II, la opresora de María Estuarda, sin descender á los otros pormenores que completan un retrato. Con el dictado de *loba* la designan muy frecuentemente. Denigrarla era una especie de deber, y á elogiarla ninguno se hubiese atrevido en aquel tiempo.

era en realidad independiente. Si en tan angustiosa situacion trató de proporcionarse la libertad que en vano reclamaba; si justamente resentida de la conducta de Isabel y de su hermano, escogitó medios de volver mal por mal y agravio por agravio, disculpable era por cierto, y solo á sus enemigos se podian imputar sus desaciertos. De su victoria en Lanside, que produjo la expatriacion de María, sacó Murray grandes ventajas consolidando un poder, que la evasion de esta reina del castillo de Lochleven habia puesto en tan grande compromiso. Su jornada á Inglaterra, en lugar de hacerle daño, consolidó su favor con la reina Isabel, quien le dió dinero, aunque en secreto, á su salida de Westminster. A su vuelta á Escocia encontró el pais tranquilo; pero pronto le suscitaron disturbios los partidarios de María, que levantaron el estandarte de la insurreccion y fueron al momento derrotados. Una intriga de amor ó de matrimonio, si se quiere, vino á complicar los negocios del regente, y causar á la reina Isabel inquietudes que pudieron ser muy sérias.

Hemos hablado de un proyecto de casamiento entre María de Escocia, cuando se hallaba ya en Inglaterra, y el duque de Norfolk, católico, uno de los nobles mas ricos y mas influyentes en el reino. De qué persona nació la idea no se sabe; mas fué muy gustada de ambas partes; de María, por darse un favorecedor, un protector; del duque, tal vez por ambicion, quizá por haberse prendado, como á tantos sucedia, de la belleza y atractivos de la reina. Quedó Norfolk muy resentido del regente de Escocia, por haberle faltado á la palabra de prescindir en las acusaciones contra María, de cuanto tuviese relacion con el asesinato de su esposo, palabra á que faltó Murray como hemos visto, por parecerle que de este modo se conciliaria la benevolencia de la reina inglesa. Sus amigos los condes de Northumberland y Westmoreland, católicos como él, trataron de vengarle, interceptando el paso del regente á su regreso á Escócia. Sabedor Mur-

ray de este designio, prometió á Norfolk favorecer en adelante sus designios de matrimonio con María, por cuyo medio conjuró la nube; mas restituido á Escocia con seguridad, eludió el cumplimiento de una palabra que comprometia su poder y perjudicaba sus intereses. Nolfork no desistió por esto de su proyecto, que tanto halagaba su amor propio. Varios personajes del pais, á quienes le comunicó, gustaron de la idea hasta por política. La reina Isabel permanecia soltera, y no daba indicios de querer casarse. Su heredera era la reina de Escocia sin que nadie pudiera disputárselo, y hasta entonces no tenia mas sucesion que el rey Jacobo. En caso de faltar éste, parecia preferible casar á María con un inglés, en lugar de llamar una familia extranjera á la corona. Se formó pues para llevar adelante este proyecto una especie de liga ó asociacion entre varios personajes ingleses y escoceses. Se le tuvo muy oculto de Isabel, que se disgustaba mortalmente hablándole de sucesor, y jamás habia querido designar á su heredero. Mas como llegase el secreto á traslucirse, el conde de Leicester, favorito de la reina, uno de los partícipes del plan, ó por temor de caer en su desgracia ó tal vez iniciado por órden de Isabel, con objeto de saber lo que pasaba, se lo descubrió todo y puso de patente la correspondencia. Irritada la reina desbarató el proyecto; intimó al de Norfolk que viniese á responder de su conducta ante el Consejo, y despues de presentado se le envió á la torre.

Con la prision de Norfolk no vino completamente á tierra el plan del deseado enlace. Le llevaron adelante, sobre todo, los condes de Northumberland y de Westmoreland, y no contentándose con esto, alzaron el estandarte de rebelion contra la reina Isabel, auxiliados de todos los agentes y principales partidarios de María. La reina de Inglaterra hizo trasladar inmediatamente á la de Escocia á Coventry, plaza fuerte, donde la tendria mas segura, y se preparó á hacer frente á los rebeldes. Fueron estos derrotados, y los dos condes apelaron á la fuga. El

de Westmoreland se refugió en los Paises-Bajos: cayó el de Northumberland en Escocia en manos del regente, y entregado á Inglaterra, fué encerrado en York, donde terminó sus dias algunos años despues en un suplicio.

Tenia la reina de Escocia á su favor todos los católicos de Inglaterra que entonces no eran pocos, siendo de notar que esta princesa en medio de su cautiverio, se consideró siempre como el alma de un partido separado del dominante en intereses, al mismo tiempo que en creencias. Que estaba con los principales enemigos de Isabel, á lo menos en inteligencia, es muy probable, y otra cosa no se podia ni debia suponer de sus justos agravios y resentimientos. Isabel no lo ignoraba, ni podia dejar de conocer que semejante cautiva la exponia á continuos embarazos. Permitirle salir libremente del pais, traia los mismos inconvenientes de que ya se ha hablado, y restablecerla en el trono era imposible. El único expediente que restaba era entregarla en Escocia en manos del regente, iniquidad que fué abrazada por Isabel, por no adoptar otro partido que le fuese muy funesto. Negoció pues con el regente la entrega de su cautiva, estableciendo por condiciones el que le conservaria la vida, dándole un trato correspondiente á su alta clase. Los embajadores de Francia y de España reclamaron contra un proceder tan contrario al derecho de gentes; mas para las naciones y para los gobiernos no hay otro derecho de gentes que su conveniencia, cuando pueden obrar impunemente. Sin embargo, los planes de Isabel en esta parte fueron frustrados por un accidente imprevisto y trágico, á saber, el asesinato del regente Murray, que tuvo lugar en 1570.

Jacobo, conde de Murray, hijo bastardo de Jacobo V, y hermano por lo mismo de la reina María, era un hombre de valor, de resolucion, de cierta capacidad en los negocios, ambicioso, como muestran serlo los que se mezclan en revueltas y en trastornos. Al principio se mostró favorable á los intereses de la reina en sus diferencias cor algunos súbditos rebeldes; mas las imprudencias de éste,

que hasta cierto punto no admitian disculpa, le hicieron ladearse hácia el partido opuesto. La ambicion del mando pudo mas en él que los vínculos de la sangre, y fué uno de los principales agentes del destronamiento de María. Por lo demas, era un hombre celoso por los intereses de la religion reformada, adicto de corazon á los intereses del partido. Su muerte fué una pérdida, y principio de nuevas convulsiones.

La faccion de la reina levantó altamente la cabeza, y comenzó una nueva lucha, abierta entre los que llevaban la bandera del hijo y los que defendian los intereses de la madre. Varias veces vinieron á las manos con alternativa de ventajas y derrotas, sin que ninguna tuviese probabilidad ni medios de quedar dueño absoluto del campo de batalla. El pais era teatro de males y desórdenes que cometian unos en nombre del rey, y otros invocando el de la reina. Mientras tanto no se habia nombrado sucesor á Murray, cuya plaza vacante excitaba la ambicion de muchos. La reina de Inglaterra salió al fin de la inaccion aparente que observaba en estos movimientos, y protegió altamente los derechos que alegaba para esta dignidad el conde Lenóx, padre de Darnley, y abuelo por lo mismo del rey niño. Residente á la sazon en Lóndres, se dirigió á Escocia con una fuerza de unos mil hombres con que la reina le auxiliaba. Fué su presencia un bien para el pais, y pronto se vió investido con el título y funciones de regente. Mas no calmó esto los ánimos ni apagó el fuego de la guerra civil, que adquiria cada dia nuevo pábulo. Los dos partidos vinieron varias veces á las manos, con vicisitudes varias; y llegó á tal punto la division y equilibrio de las fuerzas é importancia, que cada uno convocó y reunió por separado un Parlamento.

Llamaban mucho la atencion de la reina de Inglaterra estos disturbios, que probaban á lo menos la existencia de un partido numeroso á favor de María Estuarda; partido ramificado con el católico, que en su pais aspiraba á destronarla á ella misma en favor de su competidora.

Cada vez conocia mas los embarazos y peligros á que la exponia el cautiverio de ésta; pero cuanto mas dura habia sido con ella su conducta, mas habia que temer de su resentimiento, una vez que se viese libre y fuera de su poderio. Resolvió, pues, negociar con ella, aunque no fuese con mas ventajas que las de ganar tiempo, y con este objeto le hizo saber, por medio de sus comisionados para ello, personajes todos de importancia, que estaba pronta á restablecerla en su trono, con la condicion de que renunciase para siempre á sus derechos á la corona de Inglaterra, de que perdonase y volviese á su gracia á cuantos habian contribuido en Escocia á su destronamiento, y sobre todo de que se entregase á ella la persona de su hijo, dando rehenes del cumplimiento de lo estipulado. Las condiciones eran duras; mas no podia pasar por otro partido la reina de Escocia si queria salir de tan triste cautiverio. Los príncipes católicos que se interesaban en su suerte por espíritu de religion y de partido, no podian prestarle en aquellas circunstancias grande auxilio. El rey de España se hallaba todavía muy embarazado con los moriscos sublevados, y aprestaba por otra parte la expedicion contra los turcos. En el mismo negocio estaba ocupado el Padre Santo. En cuanto á Cárlos IX le daban demasiado que hacer sus planes con los calvinistas, para poder tenderle una mano protectora, y ademas no estaba lejos de negociar un tratado de alianza con la misma reina de Inglaterra. Dió oidos María, ó fingió darlos, á las proposiciones de Isabel, pues el odio era recíproco, la mala fé el móvil de todas las acciones de una y otra. No dieron, pues, ningun resultado las negociaciones. Mientras tanto el partido católico en Inglaterra, de quien era María el alma y secreta impulsadora, continuaba en sus tramas de subversion, y el duque recien salido de la torre seguia adelante con sus proyectos favoritos, y tomaba parte activa en todas estas tramas. Los planes eran vastos. Se trataba nada menos que del destronamiento de Isabel y del trastorno del protestan-

tismo. Se habia entrado en negociaciones con el duque de Alba, vencedor por entonces en Flandes de los príncipes de Nassau, prometiendo el general español desembarcar cerca de Lóndres seis mil hombres. La conspiracion estaba ya madura, y el alzamiento cerca de estallar, cuando fué descubierto por una persona no iniciada en el secreto, á quien se confió una suma de dinero para uno de los confidentes del duque que se hallaba en la frontera; mas sospechando por el peso que era oro en lugar de plata, como le habian dicho, lo puso inmediatamente en manos del Consejo privado, que ya tenia alguna sospecha del negocio. Se tomaron inmediatamente las medidas mas severas: los cogidos por de pronto confesaron de plano, y la trama se puso toda á descubierto. Los implicados fueron tratados todos con rigor, y el duque de Norfolk perdió la cabeza en un cadalso.

Rompió el descubrimiento de esta trama las negociaciones pendientes de la reina de Inglaterra con María, y se declaró la primera decididamente en favor del partido del rey en Escocia, contra las pretensiones y derechos de su madre. Perdió ésta mucho de su popularidad en el pais, por la parte que se le suponia en una trama que iba á atraer sobre la nacion las tropas españolas, y una persona tan odiada como el duque de Alba. Contribuyó á hacerla mas aborrecida y despopularizar completamente su partido, la noticia de las matanzas de San Bartolomé, que como objetos de horror y de execracion se presentaban á todos los católicos. El partido del rey volvió á tomar en Escocia la preponderancia con la declaracion de la reina de Inglaterra, y el conde de Morton, puesto á la cabeza de las tropas del regente, obtuvo grandes ventajas sobre sus antagonistas.

Isabel, verificada ya su abierta ruptura con María, volvió á su antiguo proyecto de entregarla á los escoceses, mas con condiciones muy diversas. Entonces estipulaba que se la tratase con toda consideracion y miramiento. Ahora exigia que se le formase causa por su

complicidad en el asesinato de su marido, y que se llevase á efecto inmediatamente la sentencia. Era imposible un proceder mas injusto; mas tal era el deseo en Isabel de deshacerse y vengarse de María. El regente de Escocia no pasó por tan duras condiciones, y la antigua reina de este pais continuó en su triste suerte de cautiva.

El regente, conde de Lenox, murió durante sus negociaciones de reconciliar los dos partidos. En su lugar fué nombrado el conde de Morton, bajo cuyo mando quedó en 1574 pacificada la Escocia, por medio del tratado de Perth, en virtud del cual se reconoció la religion reformada como la dominante del pais; se prestó por todos sumision á la autoridad del rey y á la del regente Morton, que en su nombre obraba; se declararon nulos todos los actos contra el rey despues de su coronacion; se pusieron en libertad todos los presos por asuntos políticos; se devolvieron todos los bienes confiscados, y se concedió indemnidad por todos los crímenes cometidos desde el 15 de junio de 1567.

CAPITULO XLIII.

Asuntos de los Paises-Bajos.--Toma Requesens el gobierno de los Paises-Bajos.--Su moderacion.--Continúan las operaciones militares.--Expedicion desgraciada de los españoles para socorrer á Middelburgo.--Cae esta plaza en poder del príncipe de Orange.--Tercera entrada del conde de Nassau en los Paises-Bajos.--Es derrotado su ejército por el español, mandado por Sancho de Avila.--Muere el conde en la refriega.--Su carácter.--Sedicion en el campo español por la falta de pagas.--Huye Sancho de Avila, y los amotinados nombran un nuevo general con el nombre de electo.--Marchan á Amberes, donde entran sin ninguna resistencia.--Siguen insurreccionados hasta que se satisfacen sus atrasos.--Sitio de la plaza de Leyden por los españoles.--Inundan los enemigos el pais de las inmediaciones, y los sitiadores se retiran con notable pérdida.--Nueva sedicion en el campo español.--Nuevo nombramiento de un electo.--Se van á Utrecht.--Se apaciguan.--Se apoderan los españoles de varias plazas de la Holanda.--Su gloriosa expedicion sobre la isla de Schowen, en Zelanda, y de que se apoderan.--Muerte de Vitelli.--Muerte de Requesens (1).

1574—1576.

El nombramiento de don Luis de Requesens para sucesor del duque de Alba en el gobierno de los Paises-Bajos, se puede considerar como un acto de prudencia, si atendemos al carácter de moderacion que distinguia al primero de estos personajes, y á lo mal que habia probado la severidad fastuosa y arrogante desplegada en aquella region por el segundo. No hay duda de que el rey estaba algo desengañado ya de su errada política en contener á aquellos súbditos en los límites de la obediencia solo por el rigor de los castigos, cuando nombró para gobernarlos una persona que sin duda conocia muy bien, pues nada se le ocultaba, tanto en hombres como en cosas, de cuanto tenia relacion con las artes del gobierno. Tal vez la eleccion de Requesens ó de un hombre se-

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XXVII, XXVIII, XXXVII, XXXVIII y XXXIX.

mejante, hubiera sido de gran utilidad cuando se echó mano del de Alba, ó mas bien se hubiese aquietado aquel pais no enviando ningun gobernador, dejando las riendas en las manos de la princesa Margarita; mas las circunstancias ya eran otras, y á los disgustos y turbulencias populares, violentas pero pasajeras, habia sucedido una guerra abierta, en que al estruendo del clarin y con bandera alzada, se habian declarado enemigos abiertos del rey los que eran antes súbditos, y hacian profesion, aunque no sincera, de lealtad y de obediencia. No podian ya retroceder los príncipes de Nassau ni otros muchos caudillos pronunciados; no podian tantos pueblos alzados, declarados enemigos tanto del rey como de la religion católica, comprometidos con tantos actos de ferocidad, de que habian sido alternativamente víctimas y actores, volver por artes de persuasion á la obediencia, ni entregarse á la merced de un señor que tan duro y vengativo se mostraba. No podia, pues, terminarse la guerra sino por la guerra misma, ni encomendarse la reduccion de Flandes á otros medios que el de la fuerza de las armas. Habian llegado las cosas á tal punto, que muchos de los que en un tiempo habian censurado la severidad del duque de Alba, dudaron de la utilidad de darle un sucesor de muy diverso temple; tan convencidos estaban de que habiéndose ya empezado un sistema de rigor, con este sistema se podia tan solo coronar la obra ya empezada. Mas dejando aparte estos problemas históricos, cuya solucion es tan equívoca y sirve de apoyo á sistemas tan diversos, pasaremos á la sucinta relacion de los sucesos mas notables de esta nueva época en la historia de los Paises-Bajos.

De la persona de don Luis de Requesens, se ha hecho ya mencion en varios pasajes de esta historia. Revestido de la dignidad de comendador mayor de Castilla, desempeñó diversos cargos militares mas por mar que en tierra. Acudió con sus galeras y tropas de refuerzo á las costas del reino de Granada, cuando estaba empeñada la guerra contra los moriscos, y se halló en

diferentes expediciones que tuvieron lugar durante esta contienda. Fué nombrado segundo de don Juan de Austria cuando se le dió á éste el mando de las fuerzas navales que aprestaba el rey para entrar en la liga con la república de Venecia y el pontífice, y como tal se halló en la famosa batalla de Lepanto y expediciones sucesivas, donde no fueron inútiles su pericia y sus consejos. Cuando le nombró el rey gobernador general de los Paises-Bajos, se hallaba mandando en Barcelona. Su capacidad y prudencia para cargos importantes, eran bien notorios en quella época. Mas el que se le confiaba ahora, exigia talentos no comunes, y una firmeza de alma de que carecia la suya.

Tomó don Luis de Requesens posesion de su nuevo cargo á principios de 1574, y desde entonces observó una conducta diferente en todo de su antecesor, mostrándose afable, circunspecto y moderado, tanto en sus actos como en sus palabras, con lo que se atrajo la aprobacion y la benevolencia de sus nuevos súbditos. Fué uno de sus primeros actos expedir decretos dirigidos á reprimir la licencia de la soldadesca de las guarniciones, de que tanto los pueblos murmuraban. Aumentó su popularidad mandando quitar de la plaza pública de Amberes la estátua del duque de Alba, espectáculo extremamente odioso á los ojos de sus habitantes. Tambien publicó de nuevo el perdon del rey, sin imitar la faustuosa ceremonia desplegada por su antecesor, pero dando mas pruebas y testimonio público de la parte que tomaba personalmente en aquel acto de clemencia. En medio de estas atenciones, no descuidó las que debia al estado de la guerra. Se hallaba entonces todo el Brabante y las provincias de la Flandes meridional bajo la obediencia de los españoles. Acababan de ser, como hemos visto en su lugar correspondiente, reducidas la mayor parte de las plazas rebeldes de Holanda, por las armas de don Federico de Toledo. Se hallaba estacionado en Delft, pueblo de la costa, el príncipe de Orange, despues de su segunda

invasion de los Paises-Bajos, de tan pocos felices resultados para él como la primera. Era el principal teatro de la guerra la provincia de Zelanda, compuesta de cuatro ó cinco islas situadas á la embocadura del Escalda, pues en el mar tenian supremacía los alzados con respecto á los súbditos del rey de España. Se hallaba á la sazon el coronel Mondragon sitiado en Middelburgo, capital de la isla de Valckren, que es la mayor de toda la provincia, y habia largo tiempo que se hallaba en el mayor aprieto, habiéndose apoderado los enemigos de los pueblos del contorno. Dió parte Mondragon á Requesens del estado en que se hallaba, y éste se puso en marcha con una armada aprestada en Amberes para su socorro. Dividió esta fuerza en dos trozos, que debian marchar á Middelburgo por los dos brazos del Escalda. Confió el mando de uno de ellos, que debia atacar por la izquierda, á Sancho de Avila, y el de la derecha al conde de Glimen, quien llevaba al capitan español Julian Romero por segundo. Sabedor el príncipe de Orange de esta maniobra, hizo que una fuerza de zelandeses saliese al encuentro de Sancho de Avila, mientras otro cuerpo mas considerable, mandado por el almirante Boissot, marchaba contra el otro de los españoles. No tuvo encuentro alguno Sancho de Avila con los que le venian de frente, y que solo trataban de observarle; mas se trabó un fuerte combate entre el almirante Boissot y el conde de Glimen, cuyas fuerzas eran superiores á las de su contrario. Queria éste replegarse sin trabar pelea; mas se vió obligado á mudar de parecer por los consejos y obstinacion que mostró en su opinion Julian Romero. Se declaró la victoria á favor de los zelandeses, superiores en el número de buques, y sobre todo en pericia naval, de que tenian dadas tantas pruebas. Murió Glimen en la refriega, y Julian Romero debió su salvacion á un esquife que le sacó como de entre las garras del enemigo. Fueron la mayor parte de las naves españolas incendiadas, las otras encalladas. A esta victoria se siguió la rendicion de Mid-

delburgo, única ciudad que en Zelanda estaba á disposicion del rey de España. Reducida la guarnicion á los últimos apuros, sin víveres, sin municiones, con los muros medio derribados, se vió obligado Mondragon á entrar en ajustes con los sitiadores. Estipuló con ellos, que si ponian á salvo en las costas de Flandes á su guarnicion, su artillería, equipajes, y las familias religiosas y clérigos con sus ornamentos sagrados, se comprometeria con Requesens para que les entregase la persona de Felipe Marnix, señor de Santa Aldegundis, en cuya libertad tenia gran interés el príncipe de Orange; y que en caso de que el gobernador general se negase á ello, el mismo Mondragon se constituiria prisionero en su lugar en manos de los enemigos. Era tal la opinion que se tenia de la probidad del capitan español, que los sitiadores creyeron su palabra, habiendo sido cumplida fielmente la capitulacion por ambas partes. Produjo la toma de Middelburgo al príncipe de Orange la cantidad de trescientos mil florines con que se redimieron del saqueo.

A pesar de esta ventaja de sus armas, se hallaba el príncipe muy ansioso por la favorable impresion que en su concepto debia de hacer en los Paises-Bajos la circunspeccion y prudencia que el nuevo gobernador manifestaba. Si le habia aliviado de un grave peso la ausencia del duque de Alba, cuya inflexibilidad y talentos militares le habian sido tan funestos, temia ahora que las diversas artes de su sucesor, amortiguasen el odio del pais hácia el yugo de los españoles. Redoblaron estos temores su grande actividad, y por medio de sus diversos emisarios, no dejó piedra por mover para tener despiertos estos sentimientos de aversion en que cifraba hasta su existencia. Hizo, pues, esparcir la voz de que no era mas que fingida la moderacion de Requesens, y que se trataba con palabras de indulgencia y de templanza adormecer el celo del pais y desarmarle, para castigar despues como ya se habia visto, cuando sujetado ya por la princesa Margarita, se habia enviado al duque de Alba á

ser instrumento de la ira y venganza del monarca. No dejaron de hacer efecto sus insinuaciones, ni se puede tampoco culpar de esta conducta á un hombre que, comprometido como lo estaba el príncipe, solo tenia que apelar á la buena fortuna de sus armas.

Hacia mientras tanto el conde de Nassau su tercera invasion en los Paises-Bajos, á la cabeza de siete mil infantes y cuatro mil caballos. Y habiéndose acuartelado en Güeldres, intentaba apoderarse de Nimega con objeto de recibir á su hermano el príncipe de Orange. Para impedir que esta reunion tuviese efecto, envió Requesens al encuentro del conde un cuerpo considerable al mando de Sancho de Avila, con órdenes de dirigirse á Maestricht, é impedirle que pasase el Mosa. Se quedaron Requesens y Chiapino Vitelli en Amberes, tanto por temor de una insurreccion en la ciudad como para observar desde allí los movimientos del príncipe de Orange, quien sabedor de la llegada de su hermano, tomaba disposiciones de ponerse en marcha para reunirse con sus tropas.

Se habian hecho nuevos alistamientos en el ejército español, y con algunas fuerzas que se sacaron de las guarniciones, se engrosó la division que mandaba Sancho de Avila. Desbarataron los movimientos del general español los planes del conde de Nassau, que eran apoderarse de Maestricht y otras plazas fuertes. Ya comenzaba á escasear en su ejército el dinero, no habiendo venido esta vez mas provisto de dicho recurso que las anteriores. Como sabia que le era superior en fuerzas Sancho de Avila, no se atrevió á pasar el Mosa, y redujo sus movimientos á reunirse cuanto mas antes con las tropas de su hermano. Mas le previno el español, y atravesando el rio junto á Grave, se encaminó hácia sus cuarteles presentándole batalla. No pudo menos de aceptarla el de Nassau, pues no le quedaba mas alternativa que la de retirarse; por lo que haciéndose fuerte junto al pueblo de Mooch, atrincheró su campo y esperó en esta posi-

cion á Sancho de Avila. Atacó la infantería ligera española las trincheras, y rechazó á las tropas alemanas que le salieron al encuentro. Se trabó en este mismo punto un combate sangriento, que se iba alimentando con nuevas tropas que de ambas partes acudian. Cedieron los enemigos el campo, y sea por rivalidades entre las diversas naciones de que se componia aquel ejército, ó por descontento en que los tenia la falta de pagas, ó por la verdadera inferioridad del número, se declaró una victoria decisiva por los españoles. Fué, pues, vencido, derrotado y disperso el ejército enemigo, con la pérdida de la artillería, trenes, bagajes, muchas banderas, habiendo quedado el suelo sembrado de cadáveres. Fueron muertos en la refriega de tres á cuatro mil hombres de infantería, quinientos caballos y los tres caudillos principales, Luis de Nassau, su hermano Enrique y Cristobal Palatino.

Fué la pérdida del conde de Nassau muy sensible para su partido. Capitan valiente y arrojado no carecia de pericia militar, aunque no estaba dotado de la prudencia y circunspeccion que tanto distinguian á su hermano el príncipe de Orange. En aquellas circunstancias y tiempos de revolucion, era hombre de mucha valía por su decision, por su arrojo y su constancia. Ademas de sus tres invasiones en los Paises-Bajos, habia servido en Francia en las guerras civiles contemporáneas de las que estamos describiendo. Se halló en la batalla de Montoncourt, y no solamente figuró en este gran teatro como soldado valiente, sino como negociador, hallándose estrechamente aliado por todos los vínculos de política y de religion con los reformadores de aquel reino.

Cogieron los vencedores abundantes frutos de aquella batalla en materia de botin y de despojos, y como se componia su ejército de naciones diferentes, cada una se adjudicó la victoria, declarándose los españoles por su jefe Sancho de Avila, los flamencos por Egidio, hijo del conde de Barlamout, y los italianos por el marqués de Monte. A estas disputas, que no tuvieron consecuen-

cias desagradables, fuera de las animosidades pasajeras que produce la rivalidad de las naciones, sucedió un acontecimiento de clase mas trascendental, pues los soldados prorumpieron en sedicion abierta contra sus jefes, pidiendo las pagas que se les debian por espacio de tres años, echándoles en cara que no hacian nada por proporcionarles la satisfaccion de sus atrasos; que los jefes recibian abundantemente el premio de sus servicios, sin que para el pobre soldado hubiese mas que los peligros, las heridas y la muerte; que pidiéndoles á ellos sus jefes la vida diariamente en los combates, no les era permitido gozar lo que para sustentar estas vidas era necesario. Llegaron estas voces hasta intimidar á Sancho de Avila, y sin fuerzas para contrastar la rebelion, abandonó los reales. Los soldados viéndose sin jefe, nombraron un capitan, á quien dieron el nombre de Electo, y repartiendo del mismo modo los demas cargos de la milicia, se dirigieron á Amberes sin hacer caso de algunos de entre ellos, que mas cuerdos y saliendo de su error, les aconsejaban mas prudencia.

No abandonó Requesens la plaza á pesar de la llegada de los amotinados; antes bien les salió al encuentro esperando calmar con su presencia la furia de sus ánimos; mas no hicieron caso de sus exhortaciones y amenazas, y llevando adelante su intento, entraron al son de caja y banderas desplegadas en Amberes, donde se alojaron sin ser molestados por los del castillo. Echaron de la plaza la guarnicion flamenca, y como á presencia del mismo Requesens, reiteraron el juramento de permanecer en actitud mientras no se les pagase hasta el último maravedí; comprometiéndose al mismo tiempo con un juramento muy solemne delante del Electo, á no cometer ningun desórden, ni despojar á nadie, mientras se mantuviesen en aquel estado de sedicion armada. Asi lo cumplieron, en efecto, y la ciudad atónita, contempló el espectáculo de una turba de soldados en abierta rebeldía contra las autoridades, y que obser-

vaba en su régimen interior las leyes de la mas exacta disciplina.

Para poner fin á un órden de cosas tan embarazoso y contrario á los intereses del rey, puso toda su diligencia Requesens en buscar los medios de satisfacer á la tropa amotinada, y habiendo contribuido para ello los ciudadanos mas ricos con cien mil florines, se vió él mismo precisado á vender sus alhajas y cuanto poseia de algun precio, pudiéndose conseguir asi allegar lo necesario para pagar los sueldos atrasados. Tal vez no hubiese llegado á tanto la insolencia de la soldadesca, bajo el gobierno militar del duque de Alba, cuya inflexible severidad era de todos tan temida. Mas de todos modos se ve por este rasgo, bastante frecuente en aquellos tiempos, con cuánta irregularidad y atraso se suministraban los sueldos de las tropas, y lo poco fuertes que eran los lazos de la disciplina. No será demás qne para hacer mejor conocer el genio de la época, añadamos que las tropas amotinadas volvieron al instante á su deber, y que viéndose con tanto dinero, pues eran muchas las pagas devengadas, hicieron cuantiosos donativos á las comunidades religiosas, sea por motivo de pura devocion, sea por espiar en parte su crímen de desobediencia y rebeldía.

Sosegadas las turbulencias de Amberes, se puso en marcha una fuerte columna á las órdenes del capitan español Francisco Valdés, con objeto de asediar á Leyden, una de las plazas mas importantes de los Paises-Bajos. Está situada en un valle no lejos del mar, y atravesada por uno de los brazos del Rhin que la divide en dos partes casi iguales. Se halla cortado el pais de las inmediaciones con un sinnúmero de canales y acéquias. Atento el príncipe de Orange á la conservacion de un punto tan importante, habia provisto abundantemente la plaza de víveres, poniendo de gobernador en ella á Juan Vanderoes, hombre de toda su confianza y de un gran mérito, no solamente como militar, sino como escritor conocido en la historia de aquel tiempo. Para impedir ó

retardar la llegada de los españoles, envió á su encuentro algunas compañías de aventureros ingleses que estaban á su sueldo; mas fueron estas tropas de muy poco auxilio, siendo tan inferiores en número á las españolas.

Llegaron, pues, estos sin oposicion, y no tratando de emprender un sitio formal de la plaza, la estrecharon fuertemente por medio de un bloqueo, en que la privaron de todas sus comunicaciones con los de afuera, contando con que el hambre haria desmayar el ánimo de sus moradores. Mas á la intimacion que les hizo Valdés de que se rindiesen á la clemencia del rey, respondieron casi en los mismos términos que los de Harlem, protestando que moririan todos en las ruinas de sus muros, antes que abrir las puertas á sus enemigos. Mas llegaron á ser tantos los estragos causados por el hambre, que varias veces el pueblo amotinado amenazó al gobernador y á la guarnicion, con que ellos mismos abririan las puertas á los sitiadores si no se venia con ellos á composicion, librándolos asi de tanta miseria como estaban padeciendo. Amenazaba por otra parte Valdés con un asalto si no se entregaban voluntariamente. Mas ni el asalto ni la entrega tuvieron lugar por una de aquellas medidas extraordinarias que solo ocurren en guerras nacionales, cuando los pueblos combaten desesperadamente por su independencia. Estaba Leyden, como hemos visto, privada de toda comunicacion con los de afuera, y estos no podian socorrerla hallándose fuertemente atrincherado el campo de los españoles. En este apuro tomaron la resolucion de soltar los diques y abrir las esclusas que en aquella region contienen el curso de los rios y hasta el ímpetu del mar, que amenaza tragarse sus orillas. Se inundó de este modo el territorio de Leyden, mas las aguas no llegaron por de pronto á tanta altura que permitiesen el paso á las embarcaciones, ni impidiesen á los españoles continuar el sitio, aunque quedaron expuestos á muchas incomodidades y trabajos. Por fin, á favor de un viento recio que sopló del Norte, se aumentó la inundacion, y todo pre-

sentó el espectáculo de un mar á las inmediaciones de la plaza. Se cubrieron las aguas de embarcaciones holandesas, que hicieron grave daño á los españoles. Mas establecidos estos en terreno algo elevado, todavía se obstinaban en continuar tan azaroso sitio, hasta que fueron estrechados á tal punto, que se vieron obligados á dejar los muros de Leyden, emprendiendo su marcha por el terreno que les pareció hallarse menos inundado. Fué la retirada para ellos sumamente desastrosa, perseguidos y acosados á cada momento por los holandeses que iban en sus barcas, sufriendo ademas los horrores del hambre, pues perdieron en su marcha precipitada su artillería, sus trenes y bagajes.

A esta retirada de los españoles sucedió otra sedicion militar del mismo carácter que la antecedente, agravada aquí por las acusaciones que se hicieron al capitan Francisco Valdés, diciendo que habia sido sobornado para no dar el asalto de la plaza, con cuyo botin contaban tanto los soldados. Tal vez fue diferido este mas dias de los que el mismo capitan habia prometido, mas es improbable que se hubiese vendido por dinero, aunque se presume que influyeron en esta dilacion los ruegos y lágrimas de una dama de la Haya, de quien el español se hallaba perdidamente enamorado. Llegó la sedicion de los soldados hasta prender al capitan y nombrar en su lugar un electo, pidiendo al mismo tiempo sus sueldos devengados, de que se les habia privado con no entrar á saco en Leyden, segun les tenian prometido. En seguida marcharon á Utrecht, de cuya plaza se apoderaron, permaneciendo en este estado de insubordinacion hasta que á ruegos del mismo Valdés fueron pagados por el gobernador general, con lo que se redujeron otra vez á la obediencia.

Resarció todas estas pérdidas el ejército español con otra expedicion, en que tomaron algunas plazas de las provincias de Holanda y Güeldres, que aunque no considerables, disminuyeron muchísimo el terreno de los

sublevados. Se reforzó por el mismo tiempo este ejército con la llegada del conde de Aníbal Altemps, que trajo de Alemania un tercio de cuatro mil infantes. Era este jefe un hombre muy perito y experimentado, antiguo en la milicia, que habia servido ya con distincion en tiempo de Cárlos V. y al mismo rey Felipe en las guerras de Africa y de Italia. Guarneció Requesens con estas tropas las plazas de Brabante, mientras con las otras emprendió una expedicion con que esperaba poner término á la guerra.

Era el principal asiento de la insurreccion la provincia de Zelanda, situada en la embocadura del Escalda, compuesta de islas divididas mas ó menos entre sí por varios brazos, que tanto se pueden considerar de mar como de rio. A estas islas, pues, se dirigió la expedicion del gobernador general; y como carecia de escuadra para invadirlas abiertamente por mar, adoptó el expediente de aprovecharse de los diferentes brazos que podian ofrecer paso á sus tropas donde el agua no estuviese muy profunda. La empresa era arriesgada, por la indispensable exploracion de los pasajes ó vados que fuesen transitables para las tropas, asi como de los sitios por donde pudiesen navegar las barcas. Se comisionó para la primera á Juan de Aranda, alférez español muy esforzado, y para la segunda á Rafael Barberino, italiano, y los dos, con auxilio de marineros y gente práctica de aquellos sitios, exploraron los altos y los bajos, tanteando las canales y su altura en las horas de marea baja, construyendo embarcaciones y barcos chatos para trasporte de las tropas y demas cosas necesarias.

Concluidos los preparativos se embarcó la expedicion en Amberes y descendió el Escalda. Estaba encomendado el mando de las tropas que debian obrar por mar á Sancho de Avila, y el de las de tierra á Cristóbal de Mondragon, dándose el del todo al maestre de campo general Vitelli. Ascendian los soldados á cuatro mil, y tomando el camino de Berg-op-zoom, pasaron á la isla de Thol-

ven, única en posesion entonces de los españoles. Se trasladaron desde aquí en barcos chatos á la de Philipelanda, inhabitada. Debian en seguida apoderarse de la de Dubelanda, ocupada por los enemigos y separada por un canal de la de Schowen, cuya capital es la plaza de Ziriczee, principal objeto de la empresa. Ofrecia el paso de Dubelanda muchísimas dificultades, pues ademas de hallarse fuertemente guarnecida, estaba separada de la Philipelanda por un estrecho de cuatro millas, formado por una reciente inundacion del mar que habia dejado varios escollos y desigualdades en el piso, sin ofrecer camino seguro ni á la gente que iba á pié ni á la que tratase de trasportarse en barcas. Pero no arredraron tantos peligros á los nuestros, pues mas de mil y setecientos hombres, soldados escogidos, entre los que se contaban muchos capitanes, se presentaron á arrostrar los riesgos de aquel paso. Eran los principales Isidro Pacheco, Gerónimo Serosque, Osorio de Ulloa, y Barberino y Aranda ya citados. A los riesgos del paso se añadieron las dificultades que puso el mismo príncipe de Orange, pues ademas de enviar algunos regimientos con que reforzó las guarniciones de Dubelanda y Ziriczee, hizo arrimar cuantas embarcaciones pudo á la costa, cerca del estrecho ya citado, para que con su artillería y demas armas arrojadizas, pudiesen impedir el paso. Tomó ademas la precaucion de introducir por los canales y estrechos, á favor de la plea mar, cuantos barcos pudo llenos de gente, á fin de que encallados á la baja, pudiesen hacer fuego á los españoles, embarazados naturalmente con este nuevo obstáculo. Pero ignorantes de este nuevo riesgo, ó despreciándole tal vez, se echaron por el agua los soldados cuando les avisaron que estaba cerca el tiempo de la marea baja. Desnudos de armas defensivas y vestidos solo con calzoncillos y zapatos, pusieron en las puntas de las picas cada uno dos saquillos, uno lleno de pólvora y otro de pan de municion y queso, llevando ademas de la espada alabardas, arcabuces, y otros palas y azadones.

Tenian que arrostrar tan animosos soldados: primero, el agua por donde transitaban llena de escollos y bajíos: segundo, los enemigos en las barcas, que por los dos lados les amenazaban con su artillería; tercero, la guarnicion de la isla que los aguardaba con trincheras formadas en la playa. Comenzó la marcha á media noche, conduciendo el primer escuadron, compuesto de españoles, Juan Osorio de Ulloa. Iba mandando el último Gabriel de Peralta, capitan perito y esforzado. En medio de los dos trozos iban los gastadores con cien arcabuceros, componiendo en todo el número de doscientos y cincuenta hombres. Se puede concebir fácilmente con cuántas dificultades caminaria esta columna por entre tantos bajíos y escollos, dándoles el agua por mas de la mitad del cuerpo; no pudiendo moverse mas que de dos en dos ó de tres en tres, con paso vacilante, con exposicion de resbalar y de caerse. Se dice que en el momento de emprender la marcha, se vieron en toda la atmósfera exhalaciones y fuegos á manera de relámpagos. Tal vez seria alguna aureola boreal, fenómeno no muy raro en aquellas latitudes. Mas cualquiera que hubiese sido el hecho, le tuvieron muchos por un fuego celestial enviado para alumbrar la march i de las tropas. Aprovechó esta circunstancia el capitan Osorio, que iba de vanguardia, para animar á los suyos, haciéndoles ver que aunque comprada con mil dificultades y peligros, obtendrian infaliblemente una victoria en que se les mostraba auxiliador el mismo cielo, pues enviaba aquellas antorchas para enseñarles el camino. Mas si estas luces fueron favorables á los nuestros, no dañaron sin duda á los contrarios, que los estaban aguardando en el camino. Por una parte les tiroteaban sus barcas, que se iban acercando á proporcion que crecia la marea, llegando algunos marineros prácticos de estos escollos y bajíos, hasta desembarcar y medirse de cerca con los españoles, sin que éstos viesen á los que les asestaban golpes á mansalva. Por otra parte les obstruian el camino las barcas que habian dejado encalladas

ex-profeso, y cuya gente les heria en todas direcciones, teniendo la ventaja de la altura en que se hallaban colocados. Pocas marchas se encuentran en los anales militares de mas peligros, y en que mas brillasen el arrojo y la audacia de un soldado. Se hallaba Requesens contemplando el espectáculo desde la playa, acompañado de un padre de la Compañía de Jesús, que dirigia oraciones por el buen logro de la empresa. Caminaban las tropas con la mayor prisa que podian en medio de tanta incertidumbre, peligros y ansiedades, no siendo pequeña la de ponerse á cubierto de la marea que crecia. Llegó ésta tan aprisa por la lentitud con que tenian que moverse, que el trozo de retaguardia se vió obligado á retroceder, desesperanzado ya de continuar su marcha sin riesgo inminente de ahogarse. La del medio, compuesta como hemos dicho de los gastadores y arcabuceros, se vió en el cruel conflicto de no poder seguir á la vanguardia ni tomar el ejemplo de los de la retaguardia; ¡tal era ya la altura á que les llegaba el agua! De los doscientos y cincuenta de que se componia, todos perecieron miserablemente menos nueve, llenando de espanto y de consternacion á los compañeros de su empresa, á los que los contemplaban desde la ribera, y aun causando lástima á los mismos enemigos que tal los hostigaban. Mientras tanto los de la vanguardia, que llevaban mucha delantera, redoblaron sus esfuerzos para vencer la fuerza de la marea, y al amanecer se vieron en el arenal de Dubelanda, donde las tropas de la guarnicion de la isla los aguardaban á pié enjuto y fuertemente atrincherados. No habia para los españoles mas salvacion que la victoria, teniendo enteramente obstruido el camino de la retirada. Sin detenerse el capitan Osorio en arengar á sus valientes, acometió el primero con espada en mano á los contrarios. Siguieron los suyos con entusiasmo tan valiente ejemplo, y llenos de coraje, aconsejados de su desesperacion, como hombres para quienes no habia mas alternativa que la muerte ó la victoria, arrollaron á los holandeses, quie-

nes viendo muerto á su gobernador Boissot, abandonaron sus trincheras, quedando los españoles dueños de la isla. Costó cara la ocupacion de la isla de Dubelanda á nuestras tropas. Entre los muertos de consideracion se cuenta el capitan Pacheco, quien viéndose mortalmente herido, exhortó á los soldados que trataban de auxiliarle á que le dejasen como cosa inútil y marchasen á tomar parte en la victoria que los aguardaba.

La simple relacion de este hecho de armas envuelve su mayor elogio. Cogieron los españoles el fruto de tanta osadía á la vista de tantos testigos de su triunfo; unos que llenaban el aire de aclamaciones, y otros que quedaron como atónitos al contemplar vencedores á los que daban ya por sepultados en los mares. Abandonaron las naves enemigas aquellos parajes, y se dirigieron hácia la isla de Escaldia para ponerla á cubierto del golpe de mano que la amenazaba, pues suponian que era el blanco principal de la expedicion que habia bajado el Escalda desde Amberes. Con esto facilitaron el paso á Requesens y á los otros jefes que se habian quedado en Philipelando, y se reunieron en Dubelanda con las tropas victoriosas. Fácil es concebir los sentimientos de gozo con que se vieron estas tropas reunidas, y las alabanzas y felicitaciones de que fueron objeto el capitan Osorio y los valientes que con tanta exposicion habian coronado aquella empresa.

Despues de haber hecho conducir los heridos á Amsterdam, continuaron los españoles su expedicion, y tuvieron que emprender su marcha por los mismos parajes de bajíos y de escollos que los habian traido hasta Dubelanda. Con iguales peligros y dificultades llegaron á la vista de Schowen, donde los enemigos habian acudido á ponerla en estado de defensa. Mas nada detuvo la marcha de los españoles. Antes de llegar á la plaza de Ziriczee, capital de la isla de Schowen, tenian que pasar por tres fuertes ocupados por el enemigo. No hizo el primero resistencia alguna: en la toma del segundo perdieron los

españoles sesenta hombres, y entre ellos al capitan Peralta. Mayor resistencia les aguardaba en el tercero, llamado Bomen, cuyos fosos á pleamar impedian la aproximacion á dicha fortaleza. Aprovecharon los españoles la bajada de la marea para embestir la plaza; mas habiendo hecho los de adentro una obstinada resistencia, tuvieron los españoles que retirarse de sus muros á la subida de la misma. Volvieron el dia siguiente, aprovechándose asimismo del reflujo. Se trabó un combate tan obstinado como el dia anterior, que duró cerca de cinco horas, confiando los de adentro en que la vuelta de la marea haria retroceder de nuevo á los españoles, y obstinándose de nuevo éstos por no sufrir por segunda vez este desaire. Por fin se decidió la victoria á favor de los nuestros, y redoblando el furor de su ataque, entraron victoriosos en la plaza.

Pasaron de este punto al sitio de Ziriczee, fin y término de la expedicion. En vano el príncipe de Orange intentó entrarse en el puerto con sus navíos. Los españoles se lo impidieron cerrando el puerto con fuertísimas cadenas de hierro, quedando así libres y desembarazados para continuar el sitio que pusieron á la plazá. Se defendieron la guarnicion y habitantes con notable obstinacion, y el asedio no fué negocio de muy poco tiempo. Mas al fin, despues de destruidas las murallas y reducidos al mayor apuro los valientes defensores, se apoderaron los españoles de Ziriczee, donde el despojo fué muy corto y no proporcionado á la gloria que adquirieron.

Figura mucho esta expedicion de Zelanda en una guerra tan célebre por su duracion como por las hazañas militares á que dió motivo. En ella adquirieron los españoles grande nombradía como soldados valientes y esforzados; y prescindiendo aquí de la causa política que sustentaban, no se les puede defraudar de los elogios que merecen como militares. Aquellos hombres que hacia poco estaban en abierta rebelion contra la autoridad legí-

tima, se expusieron ahora á los mayores peligros, y corrieron como á una muerte cierta á la voz de los mismos jefes que entonces desoian. Otras sediciones se siguieron, como se verá mas adelante: otros peligros de igual cuantía arrostraron denodados; prueba de lo distinto que es el hombre de sí mismo en varias ocasiones, y lo fácilmente que cede, tanto á la llama pasajera del entusiasmo, tratándose de cosas grandes, como á la de sus pasiones mezquinas en las mas bajas y pequeñas.

Fué seguida esta gloriosa expedicion de la muerte de dos grandes personajes que en ella figuraron, siendo la primera la de Chapino Vitelli, maestre de campo general, italiano de nacion, capitan de esfuerzo y de experiencia, muy entendido en la milicia, que habia servido con distincion en varias guerras. La eleccion que de él hizo el duque de Alba para su maestre de campo general, es una prueba de su mérito eminente. Mostró en las campañas de Flandes, tanto á las órdenes de este general como de su sucesor don Luis de Requesens, que era muy digno de su cargo. Igualaba su pericia militar á su valor; era hombre tanto de mano como de consejo. Despues de tomar disposiciones para un dia de batalla, combatia con el arrojo de un soldado. Varias veces se presentó herido en las batallas para dar ejemplo, y se puede decir que á este arrojo, que á este poco cuidado por la conservacion de su salud, se puede achacar su muerte, hallándose ya en la edad madura de cincuenta y seis años.

Sintió muchísimo su pérdida don Luis de Requesens, y mandó que fuese sepultado en Amberes con toda la pompa y solemnidad debida á su clase y á su mérito. Mas se hallaba ya como herido de muerte el gobernador general al dar estas disposiciones; pues á los pocos dias de llegar á Bruselas de vuelta de la expedicion, falleció á impulsos de una enfermedad que hacia tiempo le aquejaba.

Fué sin duda don Luis de Requesens hombre de mérito por sus servicios y antecedentes de su larga carrera,

consagrada al servicio del Estado. Su nombramiento para el gobierno de los Paises-Bajos, por un rey como el de España, manifiesta que era hombre de valer y de servicios. Su conducta en este cargo, digna de alabanza bajo cierto aspecto, abrió campo á la censura de los que atribuyeron á la suavidad de su carácter los desmanes de las tropas y hasta de los mismos pueblos, á quienes se les permitió la satisfaccion de sus agravios. Es probable que bajo la autoridad del duque de Alba, no se hubiesen atrevido las primeras á prorumpir en abierta sedicion, ni los segundos á mostrarse tan exigentes y orgullosos; mas tampoco figura en sus hechos militares en los Paises-Bajos una cosa tan expuesta y arrojada, como la expedicion de la provincia de Zelanda. Es muy cierto que don Luis de Requesens se sentia abrumado bajo el peso de un gobierno de tanta responsabilidad como el que se le habia encomendado, y que murió con la ansiedad de un hombre cercado de gravísimos cuidados, no siendo el menor el que le causaban su apuros pecuniarios.

CAPITULO XLIV.

Continuacion del anterior.-Estado del pais á la muerte de don Luis de Requesens.-Conferencias en Breda.-Toma el Consejo de Estado las riendas del gobierno.—Nueva sedicion de las tropas españolas.—Se apoderan los sublevados de Alost.—Medidas de represion por el Consejo de Estado.—Tumulto en Bruselas.—Deponen al gobernador y arrestan á muchos individuos del Consejo.--Se disuelve éste.--Queda el gobierno en manos de los diputados de la provincia.--Confederacion de Gante.--Se traslada á Bruselas.--Decretos contra las tropas españolas.--Adhesion del príncipe de Orange á la confederacion.--Se apoderan los españoles sublevados de Maestricht.--Asalto de Amberes por la guarnicion española del castillo mandada por Sancho de Avila.—Toma y saqueo de la plaza.--Acriminaciones mútuas.--Llegada á los Paises-Bajos del nuevo gobernador general don Juan de Austria. (1)

1576.

A la muerte de don Luis de Requesens ofrecian los asuntos de los Paises-Bajos un aspecto mas favorable á los intereses de España, que cuando dejó su gobierno el duque de Alba. Además de que no estaban ya los ánimos tan irritados contra la dominacion del rey, como en tiempo de su antecesor, se habia agrandado el territorio del pais sujeto á su obediencia. Verdad es que se habia perdido la plaza fuerte de Middelburgo; mas la toma tan gloriosa de la de Ziriczee habia compensado aquella desventaja. Con la muerte de Luis de Nassau habia desaparecido uno de los enemigos mas activos y temibles de Felipe II, y la inquietud de otra nueva invasion de las tropas alemanas. Permanecia el príncipe de Orange inactivo, á lo menos en la parte militar, hallándose sin fuerzas para recobrar las plazas que le acababan de tomar los españoles. Estaba reducida la insurreccion á la provincia de Zelanda y las costas de las provincias seten-

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

trionales del pais, que se mantenian firmes á favor de la superioridad de su marina. Causa admiracion que el rey de España, dueño á la sazon de tantas galeras, no hubiese enviado á las costas de Flandes una escuadra para cooperar con sus ejércitos de tierra, y mucho mas, que los gobernadores del pais, que tenian á su disposicion tantos puertos de importancia, no se aplicasen á construcciones navales para contrarestar las fuerzas de los zelandeses y holandeses. Algunos ensayos se habian hecho, mas fueron en pequeña escala, y no los suficientes para sofocar en los mares la insurreccion, que parecia ya tan próxima á su fin en tierra. Mas la insurreccion estaba viva como nunca en todas partes, y la muerte de Requesens hizo, como veremos, descorrer el velo que cubria los verdaderos sentimientos de la generalidad de aquellos habitantes.

En medio del tumulto de la guerra no habian dejado de darse pasos para poner fin á un órden de cosas que inquietaba á los príncipes católicos, y cuya duracion se atribuia en parte á lo inflexible de la política de España. Ya en 1568 habia enviado el emperador Maximiliano una embajada solemne á Madrid, á cargo de su hermano el archiduque Cárlos, para hacer ver al rey los males que producia en Flandes el demasiado rigor desplegado por el duque de Alba, y aconsejarle en nombre de la humanidad y los intereses mismos de la religion, que se empleasen medios mas suaves en la sujecion de aquellos habitantes. Mas Felipe II habia llevado muy á mal que se mezclase en sus negocios propios un extraño, aunque estuviese revestido con el título de emperador; y si bien procuró expresarse con templanza en la respuesta, dió á entender á Maximiliano que á él solo incumbia escogitar los medios que le pareciesen mas propios para la mejor administracion de sus estados. No insistió el emperador en vista de tan redonda negativa, mas andando el tiempo, por los años 1575, volvió á suscitarse en su ánimo y el de muchos principales católicos el deseo de termi-

nar por medio de una avenencia los disturbios de los Paises-Bajos. Por esta vez no se mostró tan inflexible el rey de España, y dió oidos á las proposiciones que en este sentido se le hicieron. Se reunieron pues con el objeto de entrar en ajustes sobre paz varios comisionados por parte del emperador, del rey católico y de los estados disidentes en la ciudad de Breda; mas fueron las conferencias infructuosas. Ni el de España ni los estados separados de su obediencia, querian un arreglo que no podia menos de estar sujeto á condiciones duras para cada una de ambas partes. No podia ceder nada el rey católico en materia de religion y libertad de conciencia; y estos dos puntos eran tan importantes para los estados, que les era imposible sacrificarlos á consideraciones de ninguna clase. Así pedia cada una de las partes lo que sabia que la otra no habia de conceder, creciendo las exigencias en proporcion de lo que se conocia la fuerza de la repugnancia. Las conferencias de Breda se terminaron pues sin resolver nada, quedando cada uno con la conviccion, que el asunto no tenia otro arreglo que lo que decidiese la fuerza de las armas.

Habia nombrado Requesens á la hora de su muerte por gobernador interino de Flandes al conde Barlemont, quedando el mando militar á cargo del conde de Mansfeld. Mas habiendo espirado sin poder firmar el documento, se declaró por nulo. Faltando la persona del gobernador y no estando nombrado ninguno por el rey, tomó, por las constituciones del pais, el Consejo de Estado las riendas del gobierno. Dudó el rey de España si dejaria á esta corporacion continuar en su cargo, ó si mandaria al pais un nuevo gobernante. Designaba la opinion pública á don Juan de Austria para esta dignidad, y aun no faltó quien aconsejase al rey no desperdiciase esta ocasion de enviar á su hermano á un pais, donde las circunstancias todas reclamaban la presencia de un príncipe ya tan famoso por sus hazañas militares; y que además no podria menos de ser muy grato á los flamencos

por la memoria de su padre. Habia además otra razon de conveniencia, á saber, que habiéndose proyectado una expedicion á ruegos y por influencia del Pontífice, con objeto de librar á María Estuarda, reina de Escocia, prisionera entonces en Inglaterra, podria don Juan de Austria emprenderla desde Flandes mismo, haciéndose así la travesía mas corta, sin causar sospechas de antemano. Así se lo hizo ver el Papa al rey de España; mas aunque éste pareció gustar de sus razones, juzgó que el Senado de Flandes, como compuesto de hombres del mismo pais, mirarian con mas interés la direccion de unos negocios que les tocaban tan de cerca, y así se decidió á dejar por entonces al Consejo de Estado á la cabeza de los Paises-Bajos.

No brilló en esta determinacion la prudencia tan habitual del rey de España. No era en un pais teatro de revueltas donde podia convenir el gobierno de muchas cabezas, expuestas siempre á la division y á la discordia. Contaba el Consejo de Estado con personas muy adictas á los intereses del rey, como el conde de Arescot, el de Mansfeld y el presidente Viglio; mas no faltaban otros que miraban de muy mal ojo la presencia en el pais de las tropas españolas. Por una parte se desdeñaban los grandes de estar sujetos á personas de su misma clase; por la otra era objeto de descontento para las tropas, el no tener á su frente un gobernador general, de cuya sola autoridad estuviesen dependientes. Se aprovechó hábilmente de esta circunstancia el príncipe de Orange, para atizar el fuego de la discordia en una corporacion donde tenia secretos partidarios, y hacer que todas sus providencias se resintiesen de divergencia de los ánimos. Por sugestion de los que deseaban ver al pais libre de tropas extranjeras, se adoptó la medida de hacer salir á los alemanes mandados por el conde de Altemps, quien se mostró quejoso de la providencia, achacándola abiertamente á intrigas del gobernador de Amberes, Campiñy, hermano del cardenal Granvella, su enemigo

del furor del pueblo, les envió un refuerzo de gente y municiones.

Amortiguó un poco este fuego de la guerra civil la noticia de la pronta llegada á Flandes de don Juan de Austria, á quien el rey se habia decidido por fin á encargar este gobierno. Por otra parte, como cada uno de los dos partidos temia que le echasen la culpa de ser el agresor, se andaban algo remisos en las hostilidades. Los dos trataron igualmente de ganarse el ánimo del nuevo gobernador, imputando al contrario los males que eran fruto de estas disensiones. Escribieron los del Senado al al rey, que en vano trataban ellos de que se conservase buen afecto á los españoles, cuando era general el odio contra ellos: que no habia artesano ni labrador que no comprase un arcabuz ó se hiciese con un arma de otra especie para hostilizarlos: que no servia de freno para la muchedumbre la tropa de las guarniciones: que los mismos españoles atizaban estos odios propasándose á violencias producidas en parte por la falta de pagas, que el Senado no podia satisfacer por la de caudales: que hasta entonces habian ido entreteniendo las esperanzas del pais con la idea y esperanza que llegase pronto don Juan de Austria, por lo que era de gran necesidad de que apresurase su partida. Así lo dispuso el rey, mandando á su hermano que se pusiese cuanto mas antes en camino para Flandes, mas no llegó tan pronto como las necesidades de Flandes requerian.

Aprovechó hábilmente este tiempo el príncipe de Orange, induciendo á los gobernadores de las provincias para que se declarasen contra el rey en nombre de su libertad é independencia. Algunos llegaron hasta asegurar que el mismo conde de Arescot, tan adicto á la causa del monarca, llegó á entrar en comunicaciones é inteligencia con el príncipe, y que se trató de fortificar esta union con el enlace de sus hijos respectivos. Crecia de punto el odio á los españoles, que no contentos con la ocupacion de Alost, se habian apoderado del castillo de

Liquerque, muy cerca de Bruselas. Se trató en el Senado de refrenar esta insolencia, tomando armas contra los soldados sediciosos, y como algunos de los individuos de esta corporacion manifestasen que esto seria muy desagradable al rey de España, y que se debian tentar todos los medios de miramiento y consideracion hasta que llegase el dinero con que satisfacer sus pagas, fueron tenidos de los otros por traidores. Se sublevó con esto de nuevo el pueblo de Bruselas; y habiendo corrido á las armas, hicieron llevar á la cárcel á los senadores que habian disentido de los votos de la mayoría; depusieron al gobernador y nombraron en su lugar á Gillermo Horn, con el mando absoluto militar, jóven muy contrario á la causa de los españoles. Su primera operacion fué enviar un regimiento al palacio del Senado, con órden de sacar violentamente de su seno á los condes de Mansfeld y Barlamont, al presidente Viglio y otros designados con el nombre de *hispanienses*, á quienes pusieron arrestados en sus casas para que no trastornasen con sus consejos la tranquilidad y reposo del estado.

El Senado quedó con esto disuelto y sin autoridad, y la direccion de los negocios en manos de los diputados de los estados, contrarios todos de los españoles. Dieron luego un decreto de que saliesen de Flandes todos los de esta nacion, y en seguida convocaron á los diputados de todas las provincias para conferenciar sobre los medios de asegurar el órden y la tranquilidad de los estados. Bien sabian que estas reuniones eran contra la expresa voluntad del rey, mas no titubearon en llevar adelante una resolucion en que tenia tanta parte el odio á su gobierno. Acudieron las provincias de Haynaut, Artois y Flandes á Gante, donde ajustaron una especie de confederacion que con el tiempo iba á echar tantas raices en los Paises-Bajos. Se trasladó esta reunion á Bruselas, á donde acudieron diputados por otras mas provincias. Se concretaron entonces todas las manifestaciones y medidas de la confederacion, á la expulsion de los españoles y demas

tropas extranjeras, y aunque no hablaban de sustraerse á la autoridad del rey, sabido era que obraban contra sus principios políticos. Se dirigió la confederacion á Francia, á Inglaterra y á varios estados de Alemania, pidiéndoles proteccion en su demanda, que tenian por tan justa y razonable. Igual manifestacion hicieron al príncipe de Orange, pidiéndole se juntase con ellos y acudiese con algunas fuerzas á Gante, en cuya fortaleza tenian guarnicion los españoles. No deseaba otra cosa aquel personaje, y asi envió al momento un número considerable de tropas que se posesionaron de dicha fortaleza. A las provincias ya dichas se reunieron las de Holanda y Zelanda, sin ser obstáculo ninguno el que estas dos últimas fuesen el asiento principal de las nuevas sectas religiosas. Para concebir una idea de lo popular que era la medida de la expulsion de las tropas españolas, bastará indicar que muchos prelados y eclesiásticos de elevada clase acudieron á Gante, y manifestaron los mismos deseos de que saliesen de Flandes todas las tropas extranjeras.

Se podia considerar esta confederacion en hostilidad abierta contra el rey de España. Como tal la tomaron las tropas españolas, que miraban aquel pais como suyo por derecho de conquista. Se declaró una abierta enemistad entre los soldados de uno y otro bando, pues la confederacion alistó tropas en apoyo de sus pretensiones. Fué recibido en Bruselas con muestras de grande regocijo el jóven conde de Egmont, hijo del que habia sido ajusticiado pocos años antes, y revestido de un mando importante, á pesar de sus pocos años y falta de experiencia.

Ya habian comenzado las hostilidades entre las dos facciones. En el primer encuentro fueron derrotados los confederados mandados por el conde de Glimien; mas esto, en lugar de abatir su ánimo, los inflamó de nuevo con los estímulos de la venganza. Corrieron los españoles victoriosos, á las órdenes del capitan español Alonso Vargas, á Maestricht, de donde hacia poco que habia

sido expelida su guarnicion por las tropas de los confederados. Para volver á recobrar la plaza se valieron de la estratagema de llevar delante de sus columnas todas las mujeres y niños que pudieron recoger de los contornos, con lo cual los habitantes se abstuvieron de hacer fuego por no hacer víctimas á gente indefensa y que les tocaban tan de cerca. Tal vez será esta especie una de las invenciones de la fantasía de los historiadores. Mas como quiera que sea, los españoles entraron á viva fuerza en Maestricht, cuyo pueblo saquearon por derecho de conquista.

Se declaraba la suerte de las armas por los españoles, mas no seguian menos en su pronunciamiento los confederados. Temiendo por la suerte de la ciudad de Amberes, en cuyo castillo mandaba Sancho de Avila, enviaron allá las tropas de que podian disponer, contándose entre ellas el tercio de Egmont y las alemanas mandadas por el conde de Overtei. Reunidas éstas con las de la plaza, que mandaba el conde de Champiñy, compusieron una guarnicion muy respetable. Pero dominados por el castillo, construido como hemos dicho, mas con objeto de hostilizar á la ciudad que de defenderse contra enemigos exteriores, era preciso que tratasen de apoderarse de esta fortaleza ó que se pusiesen al menos á cubierto de sus tiros. Todas las disposiciones de su gobernador se dirigieron á este objeto. Mas no estaba mientras tanto ocioso Sancho de Avila, capitan antiguo, y que sabia cuánto le importaba el ser agresor en esta lucha. Acudieron á su llamamiento todas las tropas españolas que se hallaban en los pueblos inmediatos, capitaneadas, entre otros jefes, por Francisco Valdés, Julian Romero y Antonio de Olivera. Tambien se presentó en el castillo el capitan Vargas, que acababa de hacer la conquista de Maestricht, y hasta los mismos sediciosos de Alost acudieron con su electo, queriendo sin duda mostrarse agradecidos por los socorros que les habia enviado Sancho de Avila, y dando á entender que en semejantes conflictos todos eran españoles.

Reunido asi un cuerpo de cinco á seis mil hombres, encendidos todos contra los confederados, no perdió un momento Sancho de Avila en tomar la ofensiva contra los de Amberes; y habiendo inflamado á sus tropas con una corta arenga, en que se hacia pomposa descripcion de las riquezas de aquel pueblo, bajaron denodadas á dar un asalto que tanto excitaba su codicia. Fué terrible el ímpetu con que embistieron; y las obras que habia mandado construir el gobernador para defensa de la ciudad, quedaron allanadas en el acto. Entraron los españoles, arrollando cuantas tropas se les ponian por delante. Fué el tercio mandado por el conde de Egmont el primero que les hizo frente, y como compuesto de soldados bisoños, al punto desbaratado, quedando su jefe prisionero. No ofrecieron mas séria resistencia las demas tropas de la plaza, entre las que se introdujo el desaliento y el desórden. Mas animosos se mostraron una gran parte de los habitantes de la ciudad, llevados por la desesperacion al considerar que iban á ser despojados de sus bienes, haciéndose fuertes desde el palacio llamado de la Curia, donde hicieron una obstinada resistencia. Acudieron los españoles al expediente de poner fuego á este edificio, que se incendió con ochenta casas de las inmediaciones, y con esto se dió fin á toda resistencia.

Dueños de Amberes los españoles, procedieron, como era de aguardar, al saqueo de aquella rica poblacion, emporio del comercio de los Paises-Bajos. El botin fué inmenso. Se redimieron muchos habitantes del despojo por sumas muy cuantiosas; mas algunos fueron víctimas de las pugnas que se suscitaban entre los mismos vencedores disputándose las presas. Los desórdenes y crueldades á que dan márgen conflictos tan terribles, son fáciles de imaginarse. Perecieron mas de seis mil personas en Amberes, tres mil pasadas á cuchillo, mil y quinientas que murieron entre las ruinas de los edificios, y otros tantos ahogados en el rio. Se dice que no murieron mas que veinte y cinco de los españoles; mas en estas eva-

luaciones se cometen siempre muchísimas inexactitudes.

Causó profunda impresion en el pais la noticia de la toma y saco de una ciudad tan populosa, tan comerciante y tan rica como Amberes, considerada bajo estos tres aspectos como una de las primeras de los Paises-Bajos. Se valuó el botin en mas de dos millones de florines. Se dice que los soldados se enriquecieron tanto, que hicieron de oro macizo las empuñaduras de sus dagas, y hasta petos y morriones, á los que dieron un color oscuro á fin de ocultar el metal precioso de que estaban construidos. Es natural que hubiese exageracion en estas noticias, como en el número de los muertos y otras atrocidades ejercidas por los españoles. Mas no hay duda que este saqueo acrecentó el odio que se tenia á los de su nacion, y que sin hacer desmayar á los confederados, los animó á pensar en nuevos medios de mas séria resistencia.

Enviaron comisionados á España quejándose de la atrocidad reciente cometida por los españoles, y que habia sido precedida de tantas sediciones, de tantas violencias, de tantos atropellos de sus habitantes. Protestando siempre de su fidelidad á la causa del rey, de su adhesion y obediencia á su suprema autoridad, le decian los confederados que no habia que aguardar tranquilidad para el pais mientras en él subsistiesen soldados tan atrevidos é indisciplinados. Por otra parte, sabedores los españoles del mensaje, representaron tambien con energía al rey quejándose de los flamencos, haciéndole ver que el odio que les profesaban no era mas que un pretexto para sustraerse á su suprema autoridad: que los confederados, en son de mostrarse celosos por la tranquilidad del pais, no eran mas que rebeldes encubiertos que en secreto trabajaban para concitar los ánimos contra el rey: que el pais seria pronto teatro de una completa insurreccion si no se acudia al remedio con fuerzas respetables: que los del castillo de Amberes se veian amenazados por los de la ciudad, que habian construido ya obras para hostilizarlos: que la toma de

la ciudad no habia sido mas que una medida de justa represalia y de castigo; con todo lo demas que podia ponerles en buen lugar con el rey, cuyo modo de pensar sin duda conocian.

Durante este conflicto y exasperacion mútua de los ánimos, hizo su entrada en los estados de Flandes don Juan de Austria.

CAPITULO XLV.

Continuacion del anterior.--Llegada de don Juan de Austria á los Paises-Bajos.--Dificultades de los estados para entregarle las riendas del gobierno.--Le imponen condiciones.--Las acepta don Juan.--Edicto perpétuo.--Salen de los Paises-Bajos los españoles y demas tropas extranjeras.--Magnífica entrada de don Juan en Bruselas.--Mútuas desconfianzas y recelos.--Sale don Juan de Bruselas y se apodera del castillo de Namur.--Se declara nueva guerra.--Llaman los estados al príncipe de Orange.--Vuelven las tropas españolas á los Paises-Bajos, capitaneadas por el príncipe Alejandro de Parma.--Celos é intrigas contra el príncipe de Orange.--Llaman los estados al archiduque Matías para gobernarlos.--Su entrada en Bruselas, donde le entregan las riendas del gobierno (1).

1576—1577.

Fue prudente la determinacion de enviar á don Juan de Austria á Flandes, mas tardía. Si se hubiese adoptado inmediatamente que falleció don Luis de Requesens, se hubiesen evitado los conflictos debidos á la administracion de un cuerpo de muchas cabezas, como el Consejo de Estado de los Paises-Bajos. No era necesaria mucha prevision para conocer que en la confusion y hasta anarquía que trabajaba aquel pais, se necesitaba la mano firme de un jefe solo á quien se encomendase la direccion de los negocios. Fué, pues, una falta de Felipe II el haber diferido tanto el envío de un supremo gobernante. Pero este monarca tenia su atencion repartida en demasiados puntos á la vez, para no padecer algun des-

---

(1) Las mismas autoridades que en los anteriores.

cuido, y estaba demasiado lejos de los mas interesantes, para que pudiese tener una idea exacta de su estado. Por otra parte, examinada bien la situacion de los Paises-Bajos, se puede decir que ningun medio ni sistema podia conducir á su completa pacificacion y á consolidar en él la autoridad del rey, tal como éste la entendia. Habia producido malos resultados el de rigor empleado por el duque de Alba. No los tuvo mucho mas felices la suavidad y templanza de su sucesor; y la administracion que siguió despues, se condujo de un modo que no se sabia si era amiga ó estaba declarada en rebelion contra el mismo soberano que acataba. Los hombres previsores no podian, en la altura á que habian llegado los negocios, concebir grandes esperanzas de la administracion de don Juan de Austria; mas siempre era para ellos una garantía de acierto la grande nombradía que por su nacimiento y hechos gloriosos alcanzaba.

Tomó la posta don Juan de Austria, segun la órden expresa de su hermano; mas cuando llegó á los Paises-Bajos, ya habia ocurrido la catástrofe de Amberes y manifestádose en abierta hostilidad el Consejo de Estado y las tropas españolas. Desde Luxemburgo despachó cartas al Senado, enviándole la órden ó comision en virtud de la cual le nombraba el rey gobernador de los Paises-Bajos, pidiéndoles al mismo tiempo la direccion de los negocios civiles y el mando militar de todas las fuerzas del Estado. No se mostró muy pronto el Consejo de Estado del pais á cumplir los deseos del nuevo gobernante. En el estado de desconfianza y hasta de hostilidad en que se hallaban contra el rey, necesitaban garantías y poner sus condiciones para la admision de don Juan de Austria. Sin duda influian mucho en esta desconfianza los consejos del príncipe de Orange. Mas prescindiendo de este resorte poderoso, hubiese sido grandísima imprudencia en los estados entregarse ciegamente al representante de su antiguo soberano. Asi, despues de varias deliberaciones, contestaron á don Juan que estaban prontos á recibirle

como su gobernador, despues que hubiese él reconocido las actas de la confederacion de Gante, comprometiéndose al mismo tiempo á hacer salir del pais á las tropas españolas; medida importante y la principal que habian decretado los confederados.

Recibió el mensaje don Juan de Austria sin mostrarse ofendido por este desaire á la suprema autoridad que el rey le habia confiado. Exigia la respuesta algun detenimiento y reflexion, y el príncipe lo consultó con sus dos secretarios mas íntimos, Octavio Gonzaga y Juan Escobedo, cuyo nombre figura mucho en la historia que escribimos. Opinó el primero porque don Juan se negase á las condiciones que el Senado le imponia, alegando que esta corporacion ocultaba bajo la apariencia de obediencia al rey, los sentimientos de una oculta rebeldía: que su peticion de que se expeliesen las tropas extranjeras, no tenia mas objeto que el de sacudir completamente el yugo español, valiéndose para eso de las nacionales: que todo era artificio del príncipe de Orange, de quien eran aliados y hechuras la mayor parte de los senadores: que el deshacerse de los españoles y demas tropas extranjeras, era presentarse en el pais completamente desarmado y á la discrecion de los rebeldes: que era muy desdoroso á la persona y carácter de don Juan comenzar su gobierno sometiéndose á condiciones impuestas por sus subordinados; y que si queria ser indulgente y perdonar, era preciso reprimir y vencer antes.

Diversos fueron los sentimientos que mostró Escobedo. Dijo que tambien le era doloroso que don Juan pasase por la dura condicion de despedir las tropas españolas; mas que esta medida era popular, hasta el punto de ser apoyada por los votos de todas las clases del estado: que seria incurrir en la animadversion general obstinarse en conservar unas tropas que, cualesquiera que hubiesen sido los motivos, ya habian ejercido en varios puntos todo género de excesos y violencias: que el saco de Amberes, sobre todo, habia excitado una indignacion

universal, sin que nadie pudiese disculpar tal atentado: que obstinarse en esta medida, seria adoptar el plan de severidad desplegada por el duque de Alba, y seguida de tan funestos resultados: que los españoles, sobre todo, no eran necesarios en el pais, pues sin ellos habia gobernado la princesa Margarita, siendo siempre cosa de lamentar el que no se hubiese seguido su parecer de que no se mandasen á Flandes semejantes tropas.

Se inclinó don Juan de Austria á este último consejo, tal vez por parecerle el mas saludable, tal vez por espíritu de moderacion y de indulgencia, tal vez porque el retener las tropas extranjeras no le expusiese á murmuraciones en la córte de Madrid, no habiendo recibido del rey instruccion ninguna sobre la materia. Por otra parte, nada tenian de chocante para él las determinaciones de la confederacion, en que quedaba salva la autoridad del rey y la adhesion á la fé católica, pues la conclusion de todo lo determinado era la cláusula siguiente: «Nosotros los »infrascritos, delegados de los estados, á quienes tam»bien representamos, hemos prometido y prometemos »mantener perpétuamente estos conciertos para la con»servacion de nuestra sacrosanta fé y de la religion apos»tólica romana: para el entero cumplimiento de esta pa»cificacion de Gante: para la expulsion de los españoles »y todos sus aliados; salva siempre la obediencia debida »á la magestad real.» No queriendo el de Austria partir de ligero, á pesar de esta manifestacion, sometió al exámen de personas doctas todos los capítulos concertados en la liga; y habiéndole manifestado que podian admitirse, por no contener nada contrario ni á la religion ni al rey, los remitió á España, donde fueron aprobados por su hermano. Con este beneplácito, y saliendo por garantes los embajadores del emperador Rodulfo, del obispo de Lieja y del duque de Cleves, se ajustó en enero de 1577 la pacificacion con el nombre de edicto perpétuo, en Marc-la-famine, ciudad de Luxemburgo, por el cual se comprometió don Juan de Austria á disponer la

salida de los españoles, y los estados á guardar obediencia al rey y mantener la religion católica.

Se publicó solemnemente este edicto en todas las ciudades principales de los Paises-Bajos, y don Juan de Austria fue aclamado por su gobernador, con demostraciones de regocijo, acompañadas de gran pompa y aparato. Antes de internarse mas en el pais se detuvo en Lovaina don Juan, y desde allí se ocupó activamente en disponer la salida de los españoles, para quienes fué esta disposicion objeto de las murmuraciones mas violentas. Se quejaron de la ingratitud con que eran pagados sus servicios, los grandes peligros á que se habian expuesto en servicio del rey, y la sangre que habian vertido en aquel suelo donde tanto se les despreciaba. Decian que era tratarlos con la mayor ignominia sacrificarlos al resentimiento y envidia de sus émulos; que en cuantas partes se presentasen se les daria én rostro con una expulsion que llevaba el carácter de la infamia; que si algunos años antes habian salido del pais, habia tenido esta medida el pretexto honroso de emplearlos en las guerras de Africa y de Italia; mas que ahora se veian expelidos del teatro de sus hazañas para servir de befa á los flamencos, y fomentar los proyectos de insurreccion que abrigaban contra el rey de España. En cuantas guarniciones habia tropas de España y demas paises extranjeros, se oian estas quejas; mas en ninguna parte con tanta vehemencia como en la ciudad de Amberes, donde acababan de ser los españoles tan preponderantes. Llegó el descontento á rayar eń sedicion, hasta el punto de creer necesario don Juan de Austria enviar allá su secretario Escobedo, á fin de calmar la efervescencia de los ánimos. Se condujo éste con tino y con prudencia, diciendo á los descontentos que nada tenia aquella medida de injuriosa, y sí solo era promovida por la fuerza de las circunstancias: que ni el rey ni don Juan de Austria desconocian el mérito de sus servicios, hallándose siempre prontos á premiarlos; mas que en el conflicto, en el choque de pasiones era preci-

so hacer algo en beneficio de la tranquilidad de aquel pais, que al gobernador general le estaba encomendada: que quedaba siempre en el mayor lustre la gloria que habian adquirido en Flandes, donde la victoria habia siempre coronado sus empresas; que los flamencos eran los primeros á dar testimonio de la bizarría de los soldados españoles en todos los encuentros: que si en algo habian deslustrado estos laureles por las frecuentes sediciones á que se habian entregado, era la ocasion mas oportuna de merecer el perdon del rey, sometiéndose á sus órdenes. Con estas y otras palabras supo amansar la furia de los ánimos, y los españoles, ó por sentimiento de fidelidad al rey, ó por ver que ya no tenian mas remedio, entregaron los castillos y demas plazas fuertes de que se habian apoderado. Ademas los calmó mucho un edicto favorable que se expidió á su favor, alabando su comportamiento militar, y dando grandes elogios á su bizarría en los combates.

Se reunieron todos los españoles en Maestricht, donde se hizo el cange de los prisioneros que se habian cogido mútuamente, contándose entre otros, por parte de los flamencos, el conde de Egmont, y por la de los españoles la mujer del capitan Mondragon, que fué entregada á su marido. Para sufragar los gastos de la salida de estas tropas y satisfacer las pagas atrasadas, prometieron los estados aprontar la suma de seiscientos mil florines, pagada la mitad al contado, y la otra con letras de cambio sobre Génova. Pero no habiendo podido satisfacer por el pronto mas que cien mil, adelantó don Juan de Austria los otros doscientos mil por via de empréstito.

Se verificó por fin en abril de 1577 el movimiento de las tropas españolas, italianas y burgoñonas y otros mas paises extranjeros. Se dió el mando de todas estas tropas al conde de Mansfeld á fin de evitar las rivalidades que se comenzaban á suscitar entre los capitanes españoles, Vargas, Romero, Avila y Valdés, pues cada uno se creia con derecho de ser el jefe de toda esta co-

umna. Marchaban las tropas tristes y pesarosas al dejar un pais donde habian residido cerca de diez años, habiéndose algunos casado en él y echado raices con otras conexiones. Aumentaba este pesar el sentimiento de verse expulsados del teatro de sus glorias, no excitando poco su indignacion el contemplar en los pueblos del tránsito las demostraciones de alegría por verse libres de la presencia de estos extranjeros. Asi salieron del pais, y atravesando la Lorena, la Borgoña y la Saboya, llegaron á Italia, donde fueron distribuidos en cantones diferentes.

No se presentó don Juan de Austria á revistar de las tropas, como estas lo solicitaban antes de emprender la marcha. Sin duda quiso dar esta muestra mas de su sincera adhesion al tratado que acababa de firmar, quitando toda sospecha á que pudiese dar orígen este paso aventurado. Despues de verificada la salida, hizo su entrada pública en Bruselas con todo aparato y magnificencia, acompañado del legado del Papa y los diputados de todas las provincias. En la ciudad fué recibido con las manifestaciones del mas vivo regocijo, y todos los homenajes de respeto á que era acreedor un príncipe jóven, coronado por tierra y mar con tantos laureles; que ademas de verse revestido de tan grande autoridad, reunia la circunstancia de ser hijo de un soberano tan popular y querido en Flandes como Cárlos V. Se manifestó don Juan sensible á estas demostraciones de alegría y de respeto, acogiendo á todos con afabilidad, mostrándose benigno y propenso á trabajar por todos los medios posibles para hacer feliz al pais, y restituirle totalmente el órden y tranquilidad de que por tantos años habia carecido.

Parecia sincero el lenguaje de don Juan: con igual carácter se manifestaban el amor y la popularidad de que fué desde un principio objeto para los flamencos. Jóven, afable, bien apuesto en su persona, de carácter franco, de maneras insinuantes, se hallaba con todos los medios

de cautivarse las voluntades de sus gobernados. Mas duraron muy poco las mútuas simpatías. Eran demasiado profundas las llagas que las luchas pasadas, que la actual desconfianza habian hecho en los ánimos de la generalidad para que se curasen con simples apariencias. Comenzó en medio mismo de los regocijos y felicitaciones públicas, á levantarse una sorda tempestad, que iba á estallar del modo mas violento. Acusaban los hombres previsores de imprudencia á don Juan de Austria, de haberse echado sin tropas y como sin defensa en brazos de un pueblo de sentimientos equívocos, y que cualquiera que fuese el amor que le manifestaban, nadie podia dudar de sus verdaderos sentimientos relativos á la dominacion del rey de España. Estaba el pais en su generalidad emancipado de hecho de aquel monarca, que tenia para ellos todo el carácter de extranjero, y no habia mas medios de contenerle en la obediencia que los de la fuerza, dado caso que fuesen suficientes. Se hallaba don Juan aislado, sin castillos, sin plazas fuertes á su devocion, sin tropas seguras en quienes podia fiarse en caso de alguna desagradable contingencia. Esparcian por su parte los grandes del pais, enemigos de los españoles, rumores siniestros sobre el carácter y persona de don Juan, y sobre la mision de que estaba revestido. Decian que las tropas extranjeras permanecian muy próximas á la frontera, esparcidas en diversos puntos, prontas á entrar en el pais cuando fuese necesario; que parte de ellas habian ido á continuar sus servicios contra los calvinistas de Francia, aliados naturales de los Paises-Bajos; que eran los mismos los enemigos de unos y otros. Añadian que don Juan, antes de salir de España, habia prestado en manos del rey un juramento muy contrario al de observar las capitulaciones de Gante, y que como mas antiguo debia de serle mas obligatorio; que aquellas apariencias de afabilidad no eran mas que un velo con que se cubrian siniestras intenciones: que habian andado muy poco cautos los estados entregándole las riendas del gobierno, sin

pedir mas condiciones que la expulsion de las tropas extranjeras, cuando deberian exigir la restitucion de los fueros y privilegios del pais, de que habian sido tan injustamente despojados.

No era el menos activo propalador de estas voces, en descrédito de don Juan de Austria, el príncipe de Orange, tan propenso siempre á hostilizar al rey, pues de otro modo no podia obrar en el sentido de sus intereses. Sus compromisos, sus circunstancias, el nuevo culto que profesaba, aun prescindiendo de los estímulos de la ambicion, todo le obligaba á continuar la guerra, á destruir para siempre la autoridad del rey en los Paises-Bajos. De todos los gobernadores enviados de España debia de ser enemigo encarnizado. No podia ser excepcion de esta regla don Juan de Austria. Por mas que el espíritu de partido de los historiadores aféc ó ensalce la conducta de cada uno de los dos partidos que estaban tan en pugna, es un hecho que la guerra autorizaba, por decirlo asi, todos los medios de hostilidad de que uno y otro se valian. Debió de ser un grande pesar para el de Orange la presencia de don Juan en los Paises-Bajos. Que hiciese todo lo posible porque los estados no le entregasen las riendas del pais parece muy natural; otra cosa, seria en él descuido grave. Tal vez propuso á los estados el que exigiesen por condicion que don Juan firmase las actas de la liga de Gante, esperando que el austriaco rehusase recibir la ley antes de darla. De todos modos, cuando le vió de hecho gobernador de Flandes, natural era que tratase de desvirtuarle, de deprimir su autoridad, de hacerle objeto de desconfianza y de sospecha. Por lo pronto no quiso tener con él la mas pequeña relacion política, ni obrar de modo que se creyese reconocer su autoridad; y cuando se le envió un mensaje de Bruselas para que las provincias de Holanda y Zelanda que reconocian su autoridad, se adhiriesen al edicto perpétuo, que unia á las demas, se negó á ello, alegando que siendo dichas dos provincias de distinta religion, no

podian convenir con las demas en el juramento de conservar la católica romana.

Produjeron estas artes y maquinaciones el efecto deseado. Vino poco á poco á menos el crédito de don Juan, hasta convertirse en odio lo que habia sido antes popularidad y confianza ciega en su persona. Corrieron por el pais copias de cartas de don Juan de Austria al rey de España, interceptadas en Francia, en que pedia dinero y auxilio de gente, pues de otro modo no podia conservar su autoridad en el pais, tan en pugna con las autoridades del rey de España. Dieron estos documentos nuevas armas á sus acusadores. Insistieron en que no se debia dar crédito alguno al juramento del edicto perpétuo, habiendo tantos casos en que se dispensan por bulas pontificias, aquellos que parecen contrarios á la autoridad de los reyes y al bien de la Iglesia.

Llegaron estos rumores á oidos de don Juan, quien no podia menos de advertir el cambio de los ánimos. Tambien recibió avisos anónimos de que estaba en Bruselas su persona amenazada por mas de un asesino. Sea que esto fuese cierto, sea que lo creyese así don Juan, ó que le sirviese de pretexto para sus planes ulteriores, tomó la resolucion de salirse de Bruselas con pretexto de recibir á la princesa Margarita de Valois, que iba á tomar las aguas de Spá, pero con el objeto verdadero de hacerse con un punto fuerte, desde donde pudiese emprender la guerra contra los estados si llegaba el caso. Pasó á Malinas, donde arregló algunas disensiones sobre pagas de tropas alemanas, y no dándose por seguro en esta plaza, se trasladó á Namur, en cuyo castillo habia puesto ya sus miras. Estando un dia de caza y á vista de esta fortaleza, la alabó muchísimo como hombre que hasta entonces no habia hecho alto en su gran mérito, y esto dió motivo á que los hijos del gobernador de la provincia que le acompañaban le brindásen para que entrase á verla si gustaba. No se hizo de rogar don Juan, y luego que se vió dentro de la fortaleza, se declaró dueño de ella

en virtud de autoridad del rey, guarneciéndola con tropas de su devocion, declarando al mismo tiempo que era el primer dia de su gobierno real y verdadero en Flandes.

Se dividirán siempre los historiadores sobre el verdadero carácter de este paso tan violento. Le atribuiran unos á la enemistad de que era objeto don Juan de Austria, á los peligros graves que le amenazaban, á las traiciones que le designaban como víctima, mientras los contrarios sostendrán que todo esto no fué mas que un sueño, una invencion, un pretexto para arrojar la máscara y declararse opresor del pais, el que antes se consideraba como el primero de sus magistrados. No hay duda de que una conducta tan extraña dá lugar á diversas conjeturas. Si don Juan obró por precaucion en derecho de su legítima defensa, por ejercer dignamente una autoridad que se hallaba despreciada, preciso es confesar que habia cometido una grandísima imprudencia al entregarse desarmado en brazos de sus enemigos. Si no habia tales temores, si fué en él un rasgo de astucia y mala fé, no puede presentarse esta conducta con otro carácter que el de muy mezquina. De todos modos, fué la violenta ocupacion del castillo de Namur principio de una nueva guerra. Escribió don Juan de Austria desde el castillo de Namur á los estados de Bruselas, manifestándoles que su extraña resolucion de abandonar la capital, habia sido motivada por las asechanzas de que se veia blanco su persona, enviándoles al mismo tiempo copia de las cartas en que se le daba parte de las tramas de los conspiradores que atentaban á su vida. Al mismo tiempo les decia que desde aquel momento iba á ser gobernador de los Paises-Bajos, con el decoro y la dignidad que convenia á su persona, no queriendo ser mas tiempo víctima de consideraciones y del carácter indulgente que hasta entonces habia desplegado. Hicieron estas cartas diversas impresiones, alegrándose los unos de que don Juan les diera pretexto de una guerra en que sin duda llevarian lo mejor, hallándose como i[illegible] mas otros



tomaron de ello pesadumbre, porque no se les acusase de ser los autores de esta nueva lucha. Contestaron los estados á don Juan, manifestándole las graves consecuencias que iba á producir aquel paso tan extraordinario de su parte, rogándole que se restituyese cuanto antes á Bruselas, donde seguramente no corrian riesgo ni su autoridad ni su persona; mas se mantuvo el de Austria firme en su resolucion, y le dijo que permaneceria en Namur, mientras no echasen de Bruselas á todos los traidores y á los que atentaban contra su persona; mientras no cortasen sus comunicaciones con el príncipe de Orange, ó no le obligasen á firmar las estipulaciones ajustadas por las demas provincias en el edicto perpétuo que se habia promulgado.

Mientras tanto intentaba don Juan de Austria apoderarse del castillo de Amberes, como lo habia hecho de la fortaleza de Namur. Mas habiéndose descubierto el plan, echaron del castillo á todos los de su parcialidad, y desde entonces quedó esta fortaleza bajo la inmediata autoridad de los estados.

Crecieron con esto la animosidad y las acriminaciones que se hacian mútuamente don Juan de Austria y los estados. Se acusaba al primero de buscar pretextos para hostilizar al pais, para repetir en él las escenas de crueldad que habia promovido el duque de Alba, inventando conspiraciones y tramas contra su persona, imaginarias todas, mientras don Juan de Austria se quejaba ágriamente de la ingratitud con que se pagaban sus servicios hechos al pais, y de lo expuesto que estaba su persona, en medio de tantos como atentaban á su vida.

De qué parte se hallaban la sinceridad y la falsía, es un punto histórico de difícil averiguacion. Es probable que ninguna de ambas partes procediese de buena fé, y que generalmente se deseaba un nuevo conflicto entre el pais y la autoridad del rey de España. La parte que tuvo éste en el paso dado por don Juan, tampoco se sabe á punto fijo; mas el gobernador le dió noticia de las

ocurrencias por medio del secretario Escobedo, á quien envió á toda prisa, á fin de recibir sus instrucciones. Por aquel tiempo el nuncio del Pontífice que habia llegado á los Paises-Bajos, con objeto de activar la expedicion de don Juan de Austria á Inglaterra, al ver que el estado de las cosas diferiria su marcha, trató de calmar la animosidad de unos y otros, y á este fin trabajó en Bruselas, porque se sometiesen de nuevo á la autoridad. Mas los estados, aunque recibieron al nuncio con todas las muestras de consideracion y de respeto, estuvieron tan lejos de acceder á sus amonestaciones, que enviaron una embajada al príncipe de Orange, invistiéndole con el carácter y autoridad de conservador del pais ó de Ruvarte, resucitando así una magistratura, que de muy antiguo existia en los Paises-Bajos, y que estaba en desuso hacia mas de siglo y medio.

Ofendió nuevamente á don Juan este paso tan hostil de los estados. Mientras tanto le respondió el rey de España diciéndole, que atendiese antes de todo á la defensa de la autoridad real y de la religion católica, y que los estados expeliesen al príncipe de Orange, ó le obligasen á conformarse con los términos y estipulaciones del edicto perpétuo. Así se lo comunicó don Juan á los estados; mas éstos respondieron con la negativa.

Estaba la guerra declarada de hecho al rey de España. A la cabeza de los estados católicos se hallaba el príncipe de Orange, pretestante, enemigo irreconciliable del monarca. Casi todas las provincias seguian sus banderas, y en los sentimientos de la insurreccion entraron las personas mas influyentes del pais, incluso los eclesiásticos: unos por espíritu de independencia; otros por verdadera adhesion á los intereses del príncipe; otros por parecerles que era mas fuerte su parcialidad; algunos por no creer de buena fé á don Juan de Austria en esta circunstancia. Habia parecido en efecto su paso de apoderarse del castillo de Namur, tan extraño y poco motivado, que se le atribuyó á un pretexto de nuevas hostilidades, y plan

de sujetar al pais por la fuerza de las armas extranjeras.

Las probabilidades del resultado de la lid estaban por entonces contra don Juan de Austria. Todas las provincias reconocian la autoridad de los estados, á escepcion de las de Namur y Luxemburgo, que seguian las banderas del austriaco. A solos cuatro mil ascendian las tropas que pudo allegar éste, formadas de alemanes que habian quedado en el pais, y de españoles y borgoñeses que se hallaban sirviendo en Francia á la sazon, mientras se componia de quince mil el ejército de los estados, es decir, del príncipe de Orange.

Sea por aumentar mas su popularidad, ó por que teniendo fija su atencion en las provincias de Holanda y Zelanda, tratase de debilitar el resto del pais, mandó el príncipe de Orange que se demoliese la parte del castillo de Amberes que miraba y amenazaba á la ciudad, y ninguna providencia podia ser mas popular en auqellas circunstancias. Fué aquella destruccion obra de un instante; pues en ella se ocuparon indistintamente todas las clases de los ciudadanos, hombres, mujeres, niños, hasta las damas mas principales concurrieron entusiasmadas á un derribo en que cifraba la ciudad su libertad é independencia. Pero lo que mas contribuyó á excitar el regocijo popular, fué la vista de la estatua del duque de Alba, que encontraron casualmente en una habitacion privada del castillo. Difícil es describir el ardor y el entusiasmo con que fué sacada de aquella oscuridad, golpeada, pisoteada, arrastrada por las calles, como si quisiesen desahogar en la figura de quien era imágen, todo el odio que en Flandes se le profesaba. Asi como la estatua habia sido construida con cañones cogidos por el duque en el campo de batalla, del mismo modo se la fundió ahora, convirtiéndola en los mismos objetos de destruccion, de que se iban á servir los flamencos contra sus contrarios. El mismo ejemplo de la demolicion del interior del castillo de Amberes, fué seguido en las plazas de Utrecht, Gante, Lila y Valenciennes.

Mientras de una y otra parte se hacian preparativos de guerra, fermentaban en Bruselas rivalidades y odios contra el príncipe de Orange. O porque se arrepintiesen de estar bajo la autoridad de un hombre que les era tan superior en habilidad y en genio, ó porque creyesen que se habian hecho demasiado odiosos al rey de España obedeciendo á un hombre tan enemigo de su persona como de su fé, trataron los estados de darse un nuevo gobernante. Opinaban unos por la reina de Inglaterra: pretendian otros que se llamase al duque de Anjou, hermano del rey de Francia: se inclinaban otros al archiduque Matías, hermano del emperador Rodulfo. Fué desechada la opinion que queria á la reina de Inglaterra, por ser ésta una persona extraña que no podia residir en Flandes; tampoco se quiso al duque de Anjou, por sus conexiones y su carácter, que pasaba por ligero; la pluralidad, pues, se decidió por el archiduque, y con este fin le enviaron embajadores secretos para ofrecerle en nombre de los estados el gobierno de los Paises-Bajos. Accedió el príncipe á la invitacion, y con todo secreto dejó la córte de su hermano. Se mostró éste ofendido é indignado con la conducta del príncipe; mas algunos le suponen instruido de la negociacion, y que afectó este disgusto para no parecer que trabajaba para incluir á los Paises-Bajos en las posesiones de la casa de Austria en Alemania. En esta connivencia creyó á lo menos don Juan de Austria, y así se lo escribió á Alejandro Farnesio, que se hallaba entonces en camino para los Paises-Bajos. Parece esto lo mas verosímil, pues otra cosa, hubiese sido en el archiduque un acto de desobediencia, ó por mejor decir de rebeldía.

Llegó Matías á Bruselas, donde fué recibido con magnificencia y toda clase de festejos. Los estados le revistieron con una autoridad que no merecia el nombre de suprema por las muchas condiciones que se le impusieron, llegando á treinta y uno los artículos del tratado presentado por los del pais y firmado por entrambas

partes. Para poner mas coto á este mando del jóven archiduque, pues no pasaba entonces de veinte años, le nombraron por teniente ó vicario al príncipe de Orange, que era en realidad el que mandaba.

CAPITULO XLVI.

Continuacion del anterior.--Preparativos de una guerra.--Vuelta á Flandes de las tropas españolas é italianas, mandadas por Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.--Batalla de Gemblours ganada por don Juan.--Toma de algunas plazas por los estados.--De otras por las tropas españolas.--Se apodera Alejandro de las de Diest y Sichen.--Sujeta la provincia de Limburgo.--Toma de Amsterdam por el príncipe de Orange.--Se refuerzan ambos campos.--Va don Juan en busca de los enemigos.--No aceptan la batalla.--Crecen los apuros de los españoles.--Enfermedad y muerte de don Juan de Austria.--Su carácter (1).

1577—1578.

¿Qué relaciones existian á la sazon entre los estados del pais y el rey católico? Hallándose en pugna abierta con el gobernador designado como tal por el monarca, se los pudiera considerar separados para siempre de la España. Por otra parte manifestaban reconocer la autoridad del rey, y protestaban que no habian llamado un nuevo gobernante sino como interino y hasta que se dignase nombrar otro; exigiendo siempre por condicion de su obediencia, que saliese de su territorio don Juan de Austria. ¿Qué significaba, pues, una declaracion tan desmentida por los hechos? A ser sincera, ¿qué necesitaban los estados llamar á un archiduque y traerlo clandestinamente sin conocimiento de su hermano? El problema solo ofrecia ya una solucion, y esta era muy clara. Para Felipe II no habia mas medio, si queria volver á ser soberano del pais, que la fuerza de las armas. Asi se comprendia de una y otra parte, allegando cada una las

(1) Las mismas autoridades.

fuerzas de que podia disponer para la próxima campaña. Acudieron los estados á sus alistamientos en Inglaterra y Alemania. Pedia tropas con toda prisa á su hermano don Juan de Austria.

Mientras pasamos á referir de un modo sucinto las operaciones de esta nueva guerra, diremos, para dar una idea mas exacta del estado del pais, que el nombramiento del archiduque no fué tan popular como sus autores esperaban. Para los adictos á la nueva secta religiosa ó encarnizados enemigos de toda dominacion extranjera, fué un pobre expediente recurrir á un príncipe católico tan estrechamente unido por vínculos de sangre y de familia con el rey de España. Por otra parte, para los que se mantenian fieles á la fé católica y sabian que el príncipe de Orange era el alma, ó por lo menos el principal agente en la direccion de los negocios, era repugnante la obediencia que se les hacia prestar á un jefe protestante. Causó muchos disturbios y encontró muchas resistencias la aceptacion de la nueva ley política, pues tal nombre podia darse al tratado que acababa de ser firmado por el archiduque. Sobre todo los jesuitas se negaron absolutamente á adherirse al nuevo órden de cosas, y este ejemplo fué imitado por algunas otras corporaciones regulares. Pero el poder de los gobernantes se mostró mas fuerte que la resistencia, y por medio de castigos, destierros ú otras penalidades, se restableció la tranquilidad en estas provincias disidentes.

Eran entonces muy pocas las fuerzas con que contaba don Juan de Austria, cuya autoridad se extendia á solo dos provincias. Mas no se descuidó el rey en aumentárselas. Recibieron todas las tropas españolas que se hallaban en Italia, órdenes de ponerse en marcha para los Paises-Bajos; disposicion que fué recibida por ellas con grandísimo entusiasmo, creyéndose ya vueltas á la gracia del rey, y deseosas de vengarse de las injusticias y hasta las afrentas que suponian haber recibido de aquellos habitantes. Se movieron estas tropas prontamente con di-

reccion á su destino; y lo que hacia el refuerzo de un valor inestimable, era que se hallaba á su cabeza el príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, ya conocido por sus proezas militares, compañero de don Juan de Austria en la famosa batalla de Lepanto.

La presentacion de este nuevo personaje en una escena donde iba á adquirir una fama tan esclarecida como gobernante, y sobre todo como capitan, merece que consagremos algunas líneas á sus antecedentes y principios, aunque no sea la primera vez que escribimos su nombre en esta historia. Era Alejandro Farnesio hijo de Octavio Farnesio, duque de Parma, nieto del Papa Paulo III (Alejandro Farnesio), quien con el auxilio y favor de Cárlos V, habia erigido aquel pais en un estado independiente y soberano. Se casó Octavio Farnesio con Margarita de Austria, hija natural de Cárlos V, viuda entonces de Alejandro de Médicis, duque de Florencia, y de este matrimonio fué fruto, en 1546, el príncipe de quien nos ocupamos. Pasó en Italia los años de su infancia, y siendo todavía niño acompañó á su madre á los Paises-Bajos. Se dice que no tenia mas que once cuando se halló en la famosa accion de San Quintin; mas no es probable que el rey de España permitiera que expusiese su persona en tan corta edad á los peligros de aquella lucha memorable, y es mas natural que le tuviese cerca de su persona, que no asistió, como se sabe, á la batalla. Al regreso de Felipe II á España, se lo trajo consigo para cuidar de su educacion, y segun sienten algunos y es probable, para que le sirviese de rehenes de la fidelidad y buen comportamiento de su madre Margarita, nombrada gobernadora de los Paises Bajos. Se educó, pues, Alejandro Farnesio en la córte de España, saliendo muy diestro en todos los ejercicios que constituian la mayor parte de la enseñanza de los altos caballeros de su clase. En otra parte hicimos ver que tuvo por compañeros en este aprendizaje á don Juan de Austria y al desgraciado príncipe don Cárlos, y que cursaron

juntos en la universidad de Alcalá, donde no es probable que hiciesen grandes progresos en clase de estudiantes. Asi se mantuvo en España el príncipe Alejandro, hasta la edad de diez y nueve años, que se le ajustó su matrimonio con María de Portugal, hija primogénita del infante don Duarte ó don Eduardo, hermano de don Juan III. Partió la princesa por mar á los Paises-Bajos, donde se celebraron los desposorios con toda solemnidad, á presencia de la princesa Margarita, muy satisfecha de este enlace, sobre todo porque le creia un rasgo de favor del rey de España.

Enviudó pronto el príncipe Alejandro, aunque tuvo hijos de su matrimonio, como haremos ver mas adelante. Pasó despues á Italia, donde se mantuvo en compañía de su padre Octavio, hasta que habiendo sabido la famosa liga que se ajustaba contra el turco, quiso tomar parte en el armamento marítimo que contra aquella potencia se aprestaba. Entró, pues, de voluntario en la escuadra española, y se halló en la batalla de Lepanto, donde se distinguió su grande bizarría, tomando el navío donde iba Mustafá-Bajá, teniente de la escuadra enemiga, y haciendo otras proezas que le valieron la estimacion general, y los elogios que en público y en sus cartas al rey hizo de su persona don Juan de Austria. Siguió dando muestras de su valor é inteligencia en el resto de aquella campaña memorable, y desde entonces adquirió fama de valiente soldado y de jefe distinguido. Restituido á Italia, recibió la órden del rey para ponerse al frente de las tropas que mandaba á don Juan de Austria de refuerzo. No podia hacer Felipe II una eleccion mas acertada, y esto prueba que aunque este monarca miraba con grandes celos y suma desconfianza el poder y autoridad con que á sus delegados revestia, conocia los hombres y hacia justicia al mérito. Se habló entonces, y parece que fué la primera intencion del rey, enviar al hijo juntamente con la madre, encargando á ésta por segunda vez el mando de los Paises-Bajos. Mas no tuvo por entonces efecto la dis-

posicion, y el príncipe partió solo, tomando el camino por la Saboya, la Borgoña y la Lorena, precediéndole las tropas, que marchaban á jornadas regulares.

Fué recibido Alejandro Farnesio por don Juan con todas las demostraciones de alegría, como hombre que conocia su mérito y la grande utilidad que iba á sacar de sus servicios. No podia llegar un refuerzo mas á tiempo en la grave situacion en que se hallaba don Juan de Austria. Los confederados, es decir, las provincias disidentes, hacian sus preparativos para tomar cuanto antes la ofensiva. Verdad es que habian ya cometido la imprudencia que se puede achacar á timidez, no cayendo sobre don Juan cuando éste se hallaba con tan pocas fuerzas. Mas tal vez creyeron que intimidado el austriaco con el decreto que le lanzaba del pais, y viéndose tan desamparado, abandonaria el territorio de Flandes, evitando asi nuevos conflictos. Mas cuando le vieron reforzado y con firme resolucion de hacer la guerra, debieron de pensar muy sériamente en que á la guerra solo se iba á encomendar la decision de su contienda.

Se mostró la fortuna en un principio mas favorable á los estados que á los españoles. Fluctuaban varias plazas que estaban á la devocion de estos últimos: se entregaban otras de grado ó con muy poca resistencia á los primeros. Lo fué el coronel Fugier, gobernador de Berghen, por sus mismos soldados á los enemigos, quienes se hicieron de este modo dueños de la plaza. Se presentó delante de la de Breda el conde de Holack, y del mismo modo cayó en manos de los enemigos. Se defendió esta plaza con valor, mandándola el coronel Fronsberg, jefe del tercio de los alemanes. Mas hallándose en grande apuro de dinero por sediciones de la tropa, envió secretamente á don Juan de Austria un mensajero pidiéndole socorro. Habiendo caido éste en manos de los enemigos, lo detuvieron algunos dias que podria tardar de ida y vuelta, y entonces fingiendo la letra, enviaron otro á la plaza con una carta fingida, mandando á Fronsberg que se

entregase. Mientras tanto se apoderaron los sediciosos del gobernador, y habiendo entregado la plaza al enemigo, salió la guarnicion precisamente cuando ya se avistaba desde lejos un socorro que le enviaba don Juan de Austria. No fué igualmente dichoso el conde de Holack delante de los muros de Ruremunda, de donde fué repelido por Egidio de Barlamont, á la cabeza de sus tropas, que se mostraron fieles á la causa de los españoles. Don Juan de Austria no hacia por su parte presa alguna importante sobre el enemigo; mas no era menor la actividad con que organizaba sus tropas, ayudándole mucho en esto el príncipe de Parma, que ya se preparaba á coger los laureles que alcanzó con tanta abundancia en los Paises-Bajos.

Mientras se hacian estos preparativos de guerra, y habian comenzado de una y otra parte las hostilidades, se hablaba de arreglos amistosos y de paces. Ofreció la reina de Inglaterra su mediacion; mas es probable que no hubiese buena fé en todas estas proposiciones que parecian tan benévolas. No querian los estados darse el aire de agresores, y buscaban aparentemente negativas para hacer ver que se los obligaba á defenderse. Es probable que don Juan de Austria queria la guerra como el único medio de sujetar y tener á raya un pais del modo que lo entendia su hermano. En cuanto á la reina de Inglaterra, es claro que propendia á fomentar la insurreccion de los estados por la enemistad que casi abiertamente profesaba al rey de España. Así, despues de la ruptura de las negociaciones, envió algunas tropas y dinero á los insurgentes, aunque no de un modo oficial, para no romper con Felipe II abiertamente. Y si bien no se puede llamar esta guerra religiosa, pues en las provincias disidentes se profesaba generalmente la fé católica, obraban por la mayor parte bajo la influencia de los protestantes, entre los que estaba alistado abiertamente el príncipe de Orange.

Se acercaba el momento de una gran batalla: hicieron los disidentes muestra general de sus tropas; y la ...

operacion practicó don Juan de Austria. Era éste inferior en número, pero contaba con tropas mas aguerridas y experimentadas. A diez y ocho mil ascendian la fuerza de su ejército; á veinte y siete mil el de los contrarios. Se dice que el papa Gregorio XIII expidió una bula muy solemne á favor de los españoles, en que les daba una plena absolucion de todos sus pecados, con tal que se mostrasen fieles á sus obligaciones, y que leido este documento al frente de banderas, causó en las tropas un grandísimo entusiasmo. Experimentaba, sin embargo, algunas deserciones el campo de don Juan, y esto le dió mas prisa para salir en busca de los enemigos. Se movieron estos al mismo tiempo al encuentro de los españoles. Llevaba la vanguardia Manuel Montigny y Guillermo de Hez con sus tercios, precedidos de caballería y arcabuceros, flanqueados por ambas partes por dragones. Mandaban el cuerpo del ejército el conde de Bossut, el señor de Campigny, con dos tercios alemanes y valones, tres regimientos de franceses, y trece de escoceses é ingleses. La retaguardia, compuesta en gran parte de caballería, estaba á cargo del conde de Egmont con sus flamencos. Al frente del ejército marchaban gastadores, y en el centro iban colocados los equipajes y la artillería. Era general de este ejército el conde de Coigny, capitan antiguo, que habia servido á Cárlos V, distinguiéndose mucho en la batalla de San Quintin; mandando en segundo los auxiliares que se habian enviado á Francia. No se hallaba en el ejército el archiduque, y lo que es mas extraño, ni el príncipe de Orange, que tan vivo interés debia tener en el buen éxito de la batalla.

Mandaba en persona el español don Juan de Austria, que habia salido de Namur al mismo tiempo que sus enemigos. Envió delante á Antonio Olivera y Fernando Acosta con infantería y caballería, para descubrir el pais y despejarlo de enemigos: dejó en las márgenes del Mosa un cuerpo considerable á las órdenes de Cárlos Mansfeld para que sirviese de reserva. Al frente del cuerpo prin-

cipal se colocó él mismo, teniendo á su lado al príncipe Alejandro. Iban en la vanguardia los arcabuceros, bien flanqueados por la caballería, y á cierta distancia cuerpos de infantería con lanzas, seguidos de algunos caballos ligeros. Se componia el centro de dos escuadrones de arcabuceros y piqueros españoles y alemanes, y la retaguardia de otro tercio de valones. Mandaba la vanguardia Octavio Gonzaga, y la retaguardia el conde Mansfeld, maestre de campo general. En el estandarte de don Juan se veia una cruz con la inscripcion siguiente: «Con esta señal vencí á los turcos: con esta venceré á los hereges.»

A la vista ya del enemigo, y enterado don Juan de Austria por Oliveira de sus designios y del órden con que caminaban, destacó á Gonzaga y Mondragon con seiscientos caballos y mil infantes, para que con toda precaucion los atacasen por la retaguardia. Mientras tanto marchaba el enemigo por un camino hondo y fangoso, que le obligaba á dar algun rodeo para pisar un terreno mas cómodo y mas seco. Con esto se desordenó algun tanto, lo que percibido por Alejandro Farnesio, trató de aprovechar la ocasion atacándolos de repente, antes que saliesen de aquella especie de embarazo. Acometió, pues, con un trozo escogido de caballería, seguido de algunos capitanes españoles, entre ellos Bernardino de Mendoza, Fernando de Toledo, Martin Mondragon, que quisieron tener parte en aquel lance. Tuvo la embestida el mejor éxito. Se desordenó la columna enemiga, y murieron muchos sin poder siquiera defenderse, embarazados con el mal terreno. Otros, que huyeron precipitadamente, arrollaron en su fuga á su propia infantería que iba á retaguardia, dejándola á merced de nuestra caballería, que las atacó en seguida. Introducido asi el desórden en el ejército de los estados, se signió una derrota general, siendo completa la victoria de los españoles. Fué muy poca la pérdida de éstos: á diez mil ascendió entre muertos, heridos y prisioneros la de los contrarios. Perdieron treinta y cuatro banderas, toda su artillería y equipaje, y entre

los prisioneros hubo muchas personas de distincion, siendo una de ellas la del mismo general en jefe.

Pasó el ejército roto y dispersado á la plaza de Gemblours, que se hallaba á las inmediaciones y que dió su nombre á la batalla. Mas la evacuaron por la mayor parte, no atreviéndose á esperar á nuestras tropas. Trataron de capitular con don Juan los que quedaron, y al fin tuvieron que rendirse á discrecion; ¡tan pocos eran, y sin ningun medio de hacer resistencia, aquellos restos del ejército enemigo! Fué de mucha importancia para don Juan la toma de una plaza en que los estados habian hecho grandes acopios de víveres, municiones, y todo género de pertrechos militares.

Celebró solemnemente don Juan de Austria la victoria de Gemblours, que tantos triunfos ulteriores prometia. Formado su ejército fuera de las puertas de la plaza, á todos dió las gracias en nombre del rey, nombrando en alta voz los que mas se habian distinguido. En cuanto al príncipe Alejandro, afectó el de Austria reprenderle por su temeridad, dándole á entender que el valor era mas propio del soldado que del general; y como el de Parma le respondiese que no se podia ser general sin el valor que caracteriza al buen soldado, le abrazó don Juan de Austria y le aclamó á la vista de todo el ejército como un valiente y esforzado capitan, á cuyo arrojo se habia debido principalmente la victoria. Asi comenzó la gran reputacion que en las guerras de Flandes alcanzó el príncipe de Parma.

Causó la derrota de Gemblours la mayor consternacion y espanto en los estados. Antes de saberse la noticia, trataba el príncipe de Orange de acudir en persona con el archiduque al refuerzo de su ejército; mas cerciorado de la ocurrencia, salió de Bruselas con el mismo Matias, con el Senado y los principales de la córte, y tomó la direccion de Amberes, no creyéndose seguros en Bruselas, donde quedó una guarnicion por si se acercaba el de Austria.

¿Cómo no lo hizo el general español en alas de una

victoria tan brillante? ¿No debio de esperar que cayese en sus manos una ciudad sobrecogida del miedo, y abandonada de los jefes principales? Si en su campo empezaron á notarse síntomas de sedicion tan frecuente por la falta d e pagas, ¿no era este un motivo mas para excitar su ardor con el aliciente del saco de la plaza? Parecia, pues, muy natural esta conducta; mas cualquiera que hubiese sido el real motivo, es un hecho que don Juan se quedó en inaccion con el cuerpo del ejército, y destacó varios trozos mandados por jefes escogidos, para que se apoderasen de ciertas plazas menos importantes. Se entregó Lobayna sin ninguna resistencia. Lo mismo hicieron Judoyne y Tirlemont, siguiéndolas Arescot, aunque esta última no tan fácilmente. Tambien se rindió la plaza de Bovines; mas no abrió sus puertas sin haber hecho una fuerte resistencia. Era el plan tomar igualmente á Vilvorde y á Malinas, mas se desistió de esta empresa por entonces.

Encargó don Juan de Austria al príncipe Farnesio el sitio de la plaza de Diest, de la propiedad del príncipe de Orange. Mas Alejandro, por no dejarse á las espaldas la de Sichen, comenzó por ésta sus operaciones. Envió con este objeto á Lanzaloto Barlamont con el tercio de alemanes; pero como hizo la plaza mas resistencia de la que se creia, tuvo el príncipe que ir en persona á dirigir el sitio. Despues de haberla batido en brecha ordenó el asalto, que fué emprendido por tropas alemanas, lorenesas y españolas, asignando á cada nacion un puesto, á fin de que los animase mas el espíritu de emulacion, combatiendo unos á presencia de otros. Ordenó al mismo tiempo, que algunas compañías se corriesen á la parte opuesta, á fin de que simulasen por allí un ataque, despues de empeñado ya el asalto. Acometieron con intrepidez las tropas de España, y no fueron repelidas con menor ardimiento y coraje por los defensores; mas habiendo oido que se atacaba la plaza por el otro lado, comenzaron á ceder el terreno y á desordenarse. Unos

se rindieron, se retiraron otros al castillo; otros que se escaparon de la plaza, cayeron en manos de la caballería, que con este objeto habia colocado en las orillas del rio el príncipe de Parma. Fué entregada la ciudad á saco; pasados á cuchillo los habitantes que se resistieron; perdonados los que se entregaron.

En seguida se trató de la expugnacion del castillo, bien fortificado y separado de la plaza por medio de un trincheron ó foso que era preciso cegar para llegar á sus murallas. Consiguió lo primero prontamente el príncipe, habiendo hecho reunir cuantas palas, azadones y picos fueron necesarios para abrir un camino de zapa y cegar la trinchera, dando él mismo ejemplo, y trabajando con un azadon al frente de las tropas. Hicieron los del castillo poca resistencia. Pidieron á Farnesio les perdonase las vidas; mas les fué negado, pues pertenecian á los prisioneros cogidos en Gemblours, á quienes se les dió libertad con la condicion de que no volverian á tomar las armas contra el rey de España. Fueron colgados los principales jefes y oficiales, y los demas, en número de ciento sesenta, pasados á cuchillo.

Tomada la plaza de Sichen, pasó el príncipe Alejandro á la de Diest, principal objeto de la empresa. Se la intimó la rendicion, y los de adentro vacilaron algo, esperando refuerzos del príncipe de Orange: mas viendo que éstos no venian, y aterrados con el ejemplar de los de Sichen, abrieron sus puertas sin hacer ninguna resistencia. Los trató el príncipe de Parma con benignidad, no tocando á sus haciendas, dando libertad á la guarnicion, sin dejarles mas armas que la espada. Pero al desfilar delante de Alejandro, reparando éste en su buena presencia y disposicion, les ofreció servicio con el rey, lo que aceptaron al momento. Nada habia mas comun entonces que este paso de tropas, del servicio de un príncipe al de su enemigo. De igual grado y con iguales condiciones abrió la plaza de Leyva sus puertas al príncipe de Parma.

En seguida envió el don Juan de Austria á Cárlos Mansfeld á poner sitio á la plaza de Nivelles. Mas habiendo ésta hecho grande resistencia, se trasladó al sitio el general español con Alejandro. Se convinieron por fin los habitantes en rendirse, mas querian por condicion el que no entrasen en ella los franceses, nacion con quien habian estado en guerra muchas veces. Antes de la entrega de la plaza estalló otra sedicion en el campo de don Juan por los alemanes, que pedian algunos meses de pagas atrasadas. Escribieron los amotinados al general, pidiendo que se les satisficiesen, ó que de lo contrario que les diesen el saco de la plaza. Sin dar ninguna respuesta don Juan, mandó separar las compañías mas alborotadas con pretexto de una expedicion que les ofrecia gran despojo. Cuando estuvieron ya algo lejos del campo, las hizo rodear por las otras tropas, que las despojaron de sus armas. Se procedió despues al castigo de los delincuentes. Fueron ocho los sorteados para morir en el suplicio. Se redujo este número á cuatro, despues á dos, y al fin fué uno solo quien espió con su sangre el crímen de los otros.

Sosegada la sedicion se entregó Nivelles á las tropas españolas, sin sufrir saqueo ni las demás calamidades de esta clase. Salió la guarnicion sin armas, y se mandó que se depositasen estas en la plaza de la municipalidad, á fin de repartirlas á los franceses por via de despojo. Al apoderarse de ellas, se siguió una especie de tumulto, queriendo arrancárselas mútuamente unos á otros, lo que ocasionó muchas heridas con algunas muertes.

Poco despues pidieron los franceses licencia á don Juan para salir de su servicio. Se atribuyó esta determinacion á varias causas, siendo la mas probable, que deseaban reunirse con el duque de Anjou, teniendo noticia de la próxima expedicion á los Paises-Bajos. Así tuvo don Juan que combatir poco despues con los mismos que acababan de militar en sus banderas; mas por el pronto no sintió su despedida, y antes les dió gustoso su licen-

cia; tan difíciles de gobernar eran estas tropas, propensas á la indisciplina, y sedientas á todas horas de pillaje.

Despues de la toma de Nivelles se entregaron sin resistencia á las armas españolas varios pueblos poco considerables de la provincia de Haynaut; mas la plaza de Phelipeville sufrió un sitio. Era esta fortaleza de nueva construccion, y estaba situada en una llanura sin punto alguno que la dominase. Para concluir mas pronto el sitio, acudió don Juan al recurso de la mina, y sin esperar que pasasen adelante los preparativos del ataque, se rindió Phelipeville con muy buenas condiciones, sin que se tocase á las haciendas, y mucho menos á las vidas. Las tropas de la guarnicion que quisieron pasar al servicio de España, recibieron tres meses de paga. A los otros se les dió la libertad, con la condicion de no tomar las armas contra el rey durante aquella guerra.

Progresaba como se vé la causa de don Juan con la ocupacion de tantos puntos, aunque de poca importancia los mas de ellos. Mas nada se operaba en grande. Si se destacaban del grueso del ejército varios trozos que se emplearon en sitios, no habia apariencias de otra nueva batalla, ni que don Juan penetrase de una vez en el Bravante. Por mas que el espíritu de partido desfigure los hechos, á los resultados definitivos hay que acudir para penetrarse de su grave importancia. No se puede dar mucha á estas varias ventajas por parte de don Juan, cuando no se atrevia á caer sobre Bruselas, sobre todo, hallándose esta capital abandonada por sus gobernantes. Los mismos enemigos zaherian á las tropas del rey, por dirigir sus armas á pueblos de poca consideracion, á plazas de un órden subalterno.

Sin duda pensaba don Juan de Austria en empresas de mayor cuantía. Mas decaia visiblemente su salud, que no habia sido buena desde su presentacion en los Paises-Bajos. Habiéndose agravado su enfermedad, se vió al fin obligado á retirarse á Namur con objeto de curarse; mas por fortuna suya y la de las armas del rey, tenia en el

príncipe de Parma un hombre de capacidad y esfuerzo que pódia muy bien suplir sus veces. Á éste dió, pues, la comision de apoderarse de la provincia de Limburgo, que aunque pequeña en extension, era importante por su localidad, hallándose en la frontera de Alemania, por donde recibian refuerzos los estados. Se encargó Alejandro, gozoso de esta empresa, pues queria disipar el ruido de que las tropas españolas no se empleaban mas que en pequeñeces. Se encaminó, pues, con sus tropas á la ciudad de Limburgo, capital de la provincia, plaza fuerte sobre una eminencia, y situada de manera que podia recibir socorro sin impedírselo sus sitiadores. Marchaba en la vanguardia de Alejandro el capitan Niño, con algunas compañías de arcabuceros, siguiéndole Camilo del Monte con caballería. Iba detrás la infantería, mandada por el príncipe en persona. Recorrió éste los alrededores de la plaza, y eligió una eminencia que la dominaba, para construir sus baterías. Entre ésta y Limburgo mediaba un valle, donde mandó abrir trincheras; y como el terreno era en extremo pedregoso, suplió lo que no podia cavar la hazada, con faginas y cestones. Antes de pasar sériamente á las hostilidades, intimó Alejandro la rendicion, prometiendo las condiciones mas favorables si le abrian sus puertas, volviendo á la obediencia de su soberano. No dieron los habitantes respuesta formal, y despues de una hora de deliberacion, dijeron al mensajero que volviese al dia siguiente, que entonces responderian de un modo decisivo. Cuando regresó el mensajero cumplido el plazo, pidieron de término otro dia; mas indignado el general español de que tratasen de entretenerle, aguardando sin duda algun refuerzo, mandó disparar su artillería y acercarse al mismo tiempo sus tropas á la plaza. Hicieron su efecto los cañones de Farnesio: cuando los habitantes vieron derribada una porcion considerable de sus muros, tuvieron miedo y trataron de rendirse. Para aplacar mas el ánimo del sitiador, se presentaron en lo alto de las murallas las mujeres y los ni-

ños. Les dió Farnesio solamente una hora para resolverse, y antes de cumplirse el término se abrieron las puertas de la plaza. No recibieron los habitantes daño alguno, y se respetaron las haciendas lo mismo que las vidas. La guarnicion, en número de mil hombres, pasó al servicio del rey de España; mas el gobernador, que era aleman, tomó pasaporte para su pais, despechado por el poco valor desplegado por los soldados y los habitantes. Se condujeron en efecto éstos blandamente, pues el asalto ofrecia aún muchísimas dificultades, y la plaza tenia fortificaciones interiores con suficiente artillería y víveres para prolongar el sitio. Así lo reconoció Alejandro luego que se vió dentro, doble motivo para que se regocijase de un triunfo que tan poco habia costado.

Con la caida de Limburgo se atemorizaron las demas plazas de la provincia de este nombre. No sucedió lo mismo con Dalem, que dió apariencias de no querer sufrir la suerte de las otras. Destacó Alejandro á Camilo del Monte para que le pusiese sitio, dándole para ello algunas compañías de infantería, pues la plaza parecia de poquísima importancia. Cedió pronto ésta á las armas españolas; mas no el fuerte contiguo á la plaza, que estaba guarnecido por tropas holandesas, todas á devocion del príncipe de Orange. Despues de una fuerte resistencia, fué tomado por asalto, y esto produjo la matanza y el pillaje que van siempre en seguida de estos lances.

Produjo sensacion en Amberes la ocupacion de esta provincia de Limburgo. Mas el príncipe de Orange, atento siempre á las cosas de Holanda y demas provincias del Norte, donde tenia puestas sus miras ulteriores, resarció en parte estas perdidas con la toma de la plaza de Amsterdam, donde habia hecho anteriormente algunas tentativas sin provecho. Por esta vez la estrechó tan de cerca, que tuvo que rendirse con buenas condiciones, habiendo sido respetadas las personas y las vidas. Hizo el príncipe de Orange de Amsterdam el principal asiento de su dominacion y futuro poderío, guarneciéndola con

tropas enteramente suyas, é introduciendo en ella ministros protestantes que le aseguraron de las disposiciones pacíficas de sus vecinos.

Se volvió á hablar nuevamente de convenios y de paces. Volvieron á Madrid mensajeros que se habian mandado por una y otra parte, produciendo quejas y pidiendo desagravios, mas con el objeto principal de sondear el ánimo del rey de España. Parecia, segun las relaciones de estos, que Felipe se hallaba entonces en las disposiciones mas pacíficas, que tenia la mejor voluntad de perdonar la disidencia de los estados, con tal que reconociesen de lleno su autoridad y se adhiriesen con sinceridad á la religion católica; que retiraria del pais, puesto que era objeto de sus repugnancias, á su hermano don Juan de Austria, dejándoles en su lugar al príncipe de Parma, etc., etc. Las cosas manifestaban el color mas apacible; pero por ninguna de ambas partes habia buena fé ni deseo sincero de entrar en ajustes amistosos. Desconfiaba el rey de los estados, y por su carácter y experiencia no concebia él que pudiese ejercer jamás su autoridad en los Paises-Bajos sin el terror debido á la fuerza de las armas. Si sospechaba el rey de España de los estados, no sospechaban éstos menos de las intenciones del monarca. Habian sido ya demasiado grandes los agravios de una y otra parte, y se hallaban en demasiada contradiccion los intereses, para que volviese á reinar entre ellos una buena inteligencia. No queria convenio alguno el príncipe de Orange, resuelto ya á ejercer el poder de soberano, puesto que tantos riesgos é inconvenientes tenia para él la condicion de súbdito. Que estos sentimientos pacíficos estaban asimismo lejos del corazon de don Juan de Austria, lo prueba muy bien su salida precipitada de Bruselas y su ocupacion del castillo de Namur, sin haberse especificado bien qué agravios habia recibido su autoridad por parte de los estados, sin haberse alegado otra cosa que asechanzas contra su persona por algunos individuos. Si pasamos al modo de pensar en

esta parte de Alejandro, le hallaremos con humos aún mas belicosos que los de su tio y el mismo príncipe de Orange, pero manifestados con mas franqueza, como un jóven á quien adulaba la gloria de las armas. Cuando se le instó á que influyese en el ánimo de don Juan de Austria para que admitiese las treguas propuestas por el de Orange, se negó á ello redondamente, diciendo que jamás aconsejaria semejante ajuste; y al oir que el rey de España tenia intencion de dejarle por gobernador, declaró que no aceptaria jamás el gobierno de Flandes, si la concordia habia de ser con las condiciones que se habian concertado antes con don Juan de Austria. Véase lo que en carta particular decia á su padre Octavio: «Seria esto arrojarme en las manos de estos hombres »como en prisiones, y obligarme á una vida cautiva, »ociosa y sin gloria, y por lo menos, para mi condicion, »sumamente desgraciada; porque yo siento en mí cierta »violencia natural que me arrastra á merecer la inmorta»lidad de la fama con la gloria de las armas, y confio en »el favor divino que este empleo ha de labrar en mí algo »que exceda á la comun esfera. Y digo esto con mas »libertad, porque aun al mismo rey juzgo le conviniese »el atemperarse á la inclinacion de cada uno de los suyos »en las ocupaciones que les encarga.»

No necesita esta carta comentarios. Ofrecian los disturbios de Flandes un cebo á la ambicion, un teatro de hazañas y proezas militares, en que los unos labraban su fortuna y otros alcanzaban la fama de grandes capitanes. Lo que deseaba cada uno de los dos partidos, era que recayese sobre el otro la odiosidad de la agresion, y darse el aire de atacado y ofendido.

Por aquel tiempo llegaron al campo de don Juan algunos personajes de España, entre ellos Pedro de Toledo, hijo de don García, virey de Sicilia; don Lope de Figueroa, maestre de campo de uno de los tercios españoles, que traia consigo las guarniciones veteranas de Italia; don Alfonso de Leyva, hijo de don Sancho, virey

de Navarra, con una escogida compañía de nobles españoles, en que era su hermano don Sancho de Leyva teniente, y alférez don Diego Hurtado de Mendoza, tio por parte de madre del mismo don Alfonso. Habia vuelto poco antes Gabriel Serveloni, muy querido de don Juan de Austria, famoso por su larga experiencia en el servicio, y no menos ejemplar en las artes de la disciplina, capitaneando un tercio de dos mil italianos, levantado en el estado de Milan por disposicion de don Juan de Austria. Pero lo que mas agradó al ejército, fué la vuelta del presidente Viglio desde España, trayendo consignados para el austriaco trescientos mil escudos de oro cada mes, para mantener treinta mil infantes y seis mil caballos, manifestando de parte del rey que era todo lo que podia y queria dar para aquella guerra, sin que se pensase que enviaria mas sumas. Se mandó al príncipe de Parma que recibiese doce mil escudos de oro cada año por su sueldo, y dos mil para su comitiva y soldados de su escolta. Confirmó el rey en el puesto de general de caballería á Antonio de Gonzaga, con sueldo de quinientos escudos de oro cada mes. Señaló á Cristóbal de Mondragon y á Francisco Verdugo, maestres de campo españoles, ochocientos escudos al primero, quinientos al segundo, y trescientos á Antonio Olivera, comisario general de la caballería. Envió de donativo al conde Cárlos de Mansfeld, diez y seis mil escudos de oro, é hizo algunos otros presentes á los capitanes que mas se habian distinguido. Entramos en estos pormenores para hacer ver las cuantiosas sumas, á lo menos para aquel tiempo, que gastaba el rey de España en la guerra de los Paises-Bajos. Y no hay que olvidar que otras mas considerables expendia á la sazon en Francia, donde era el alma, cómo hemos hecho ya ver y diremos en seguida, de una faccion considerable y poderosa que servia á sus designios.

Supo por aquel mismo tiempo don Juan de Austria, que se estaban haciendo en Italia nuevas levas para los Paises-Bajos, y que habian sido nombrados por el go-

bernador de Milan para maestres de campo de esta gente, Alfonso, conde de Somaya, milanés; Vicente Carrasa, prior de Hungría, napolitano; Pirro Malvezi, bolonés, y Estéban Mutini, romano; todos igualmente distinguidos por su nacimiento, como por su pericia en el arte de la guerra. Ofendió mucho á don Juan de Austria que los ministros del rey se metiesen á elegir los cabos de su ejército, por lo que escribió á España que para nada necesitaba las tropas de Italia, pues ya tenia designados jefes antiguos y experimentados para que trajesen de Alemania algunos regimientos, parte de los cuales habian ya llegado; y que no bastando la suma recibida para mantener las tropas que se le iban allegando, mal podria hacerlo con las que se alistaban en Italia.

Se deshicieron en efecto, dichas levas; mas nada sobraba para alentar al campo real y reforzarle suficientemente contra los preparativos que hacian sus contrarios. Por todas partes llegaban noticias que se habia formado un ejército en Alemania por disposicion de los estados, y que habiendo pasado el Mosa, se habia acuartelado cerca de Nimega: que el duque de Anjou estaba en marcha para Mons con sus tropas francesas, y que habia tomado ya el camino de Nimega Juan Casimiro con las suyas, que eran numerosas. Trató el austriaco de salirles al encuentro antes que se reuniesen todos, para poderlos batir mas fácilmente; mas por los descuidos y dilaciones, muchas veces necesarias, se verificó esta union del ejército de los estados con las tropas auxiliares en Malinas, primero que don Juan pudiese recoger las tropas de las guarniciones y pasar revista al todo de su ejército. Trató sin embargo de buscar el ejército contrario, y para esto llamó á consejo de guerra á los principales capitanes. Causó admiracion el que mostrándose casi todos ellos inclinados al proyecto de don Juan, difiriese de opinion el de Parma, tan conocido por la impetuosidad natural que le arrastraba á los peligros. Manifestó por lo mismo Alejandro los motivos en que se funda-

ba su dictámen tan inesperado, y eran, que el enemigo, poderoso por su número, por el sitio y la comodidad de recibir socorro, seguro en sus cuarteles, suficientemente atrincherado, y puesto á cubierto por las selvas vecinas en que se apoyaba, era dueño de aceptar ó rehusar batalla: que en este último caso no tendrian ellos ningun modo de sacarle á la pelea, y que seria por lo mismo inútil hacer ostentacion del ejército despues de haber llegado con tanta molestia, dejando las plazas, con tan poca guarnicion, expuestas á la invasion de los franceses: que si el no aceptar la batalla se podia considerar como una confesion tácita de su inferioridad, se podia tambien presentar bajo el aspecto contrario, el desaire de los que habian salido á buscarlos y se habian vuelto sin lograr su objeto: que en caso de no aceptar la batalla, molestarian á las tropas reales en su retirada; y en el salir al campo, todas las probabilidades estaban de la parte de los enemigos: que si éstos llevaban lo peor, aún les quedaban mas tropas auxiliares para resarcir la pérdida, en lugar de que hallándose en el camino todas las fuerzas del rey, quedaria destinado el ejército á padecer una derrota; y que si éstas perdian la batalla, aun siendo éste vencido, quedaria tan debilitado que apenas podria hacer frente á los franceses cuando se le presentasen.

Parecia especioso y fundado este dictámen de Alejandro; mas á excepcion de Serveloni, no fué aprobado por ninguno. Consideraba el maestre de campo general conde de Mansfeld, que seria sumamente decoroso á las armas del rey atacar á los rebeldes en sus propias madrigueras, añadiendo otros capitanes lo útil que seria aprovechar el entusiasmo en que se hallaban entonces las tropas reales, y cuyo ardor se redoblaria al ver que se tomaba la ofensiva. Tambien contaban con las desavenencias de algunos cabos principales del ejército contrario, y recordaban que se habia ganado en parte la batalla de Gemblours, por semillas de discordia que en su campo germinaban.

Adoptada esta resolucion, se enviaron á los capitanes de caballería Mucio Pagani y Amador de la Abadía, para que fuesen á reconocer los cuarteles enemigos y sitio mas á propósito para la batalla. Volvieron diciendo que habian sentado sus reales no lejos de Malinas; que estaban cubiertos por la espalda con la aldea de Rimenant, con selvas y bosques por entrambos flancos, y con una trinchera de frente que tocaba á los dos lados; que delante de la trinchera se hallaba un campo espacioso de batalla, pero que para atacar la aldea no habia mas camino que uno estrecho cerca del bosque de la mano derecha, y solo capaz de seis ó siete hombres de frente. Con estas noticias se movió el austriaco, habiendo mandado antes algun refuerzo á las plazas fronterizas de Francia. A los dos dias se presentó en la llanura que estaba en frente de la trinchera de los enemigos; y al fin de llamarlos á la pelea, dispuso para ello la batalla, disponiendo sus tropas, que se componian de doce mil infantes y cinco mil caballos. Pidió á don Juan el príncipe Alejandro que se le permitiera ir delante de los maestres de campo, en la primera fila del escuadron de los españoles, á quienes tocaba dar principio á la batalla; dando á entender que si habia aconsejado antes no moverse, como tocaba á un prudente capitan, queria dar ahora ejemplo de valor como un soldado. Se resistió don Juan á complacerle, haciéndole ver el mucho riesgo que correria; mas hubo de condescender, pareciéndole por otra parte que ganaria mucha venta a un escuadron en que fuese su persona.

Estaba en tren de pelea el ejército español, mas se hizo sordo el enemigo al obstinado llamamiento que por tres horas le hicieron las cajas, los clarines y trompetas de los nuestros. Empeñado don Juan en sacarle al campo, mandó á Alfonso de Leyva, que se hallaba entonces al frente de un escuadron ligero, que se dirigiese con su gente á la entrada del bosque con objeto de atraer á los enemigos, mas sin internarse mucho ni empeñar batalla, mandando al mismo tiempo al marqués del Monte

con tres compañías, para que le cubriese las espaldas. Envió asimismo el general enemigo al coronel inglés Norris al encuentro de Leyva, sin mas objeto que el de escaramucear, ordenándole no se alejasen de los reales. Desempeñaron los dos capitanes mútuamente su comision; mas percibiendo el conde de Egmont que el inglés perdia mucha gente, marchó en su auxilio, lo que hizo avanzarse por su lado al marqués del Monte que se hallaba á retaguardia de Alfonso Leyva. Otros dos refuerzos recibieron estas tropas de vanguardia: por parte del ejército de los estados, el coronel inglés Roberto Stuart, y por la del ejército real Fernando de Toledo, con el escuadron de caballería que mandaba. Juzgando el austriaco que todo el ejército enemigo saldria de sus reales, y que se empezaria el combate que tanto deseaba, se acercó mas hácia ellos para recibirlos con mayor ventaja. Entonces el príncipe de Parma se apeó del caballo, y cogiendo una pica se colocó, segun lo habia solicitado, entre los alféreces de primera fila, debiendo pelear así como simple soldado delante de los maestres de campo.

Mas el enemigo no hizo movimiento alguno fuera de sus reales. La vanguardia de los españoles, alentada en el calor de la refriega con el terreno que ganaba, creyendo que seria seguida del grueso del ejército, continuó su marcha, llegando hasta los mismos reales enemigos. No aguardaron éstos el choque, y se retiraron sobre la aldea que estaba á sus espaldas. Tampoco se hicieron firmes en esta posicion, y despues de incendiar algunas de las casas, emprendieron su retirada, pero sin desordenarse. Continuó el alcance la vanguardia del ejército español, y cuando se creian ya seguros de la victoria, percibieron, aunque ya muy tarde, que los verdaderos reales enemigos no eran los que acababan de tomar, sino los que vieron á su frente en un campo cerca de Malinas, defendidos por la derecha al abrigo del rio de Mer, y por la izquierda por una selva ó bosque inaccesible. Ya habia concebido sospechas el príncipe de Parma que la re-

tirada de los enemigos era fingida, con objeto de atraer á los nuestros á terreno mas desventajoso, puesto que en los primeros reales no habian hecho defensa sus cañones como que no tenian en ellos ninguna batería. Asi lo hizo presente á don Juan de Austria, quien concibió la misma idea, lamentándose aunque tarde de su fatal error, en esperar en aquel sitio la batalla. Mientras tanto la vanguardia española, separada del cuerpo del ejército, se vió en la mas dura situacion, teniendo que combatir sola en un campo raso delante de los reales enemigos, que le hacian grandes estragos con su artillería. Combatieron, sin embargo, con el mayor denuedo sin querer volver pié atrás, enviando mensajeros á don Juan de Austria para que sin pérdida de tiempo les enviase algun socorro. Dudó don Juan si accederia á sus ruegos, temiendo enflaquecer mucho el grueso de su ejército; mas tuvo que ceder á lo duro de las circunstancias, por salvar de una cierta ruina á los que, si habian obrado con imprudencia, peleaban al menos con un arrojo y valentía, que lavaban su gran falta. Marchó Alejandro en su socorro, seguido de Gonzaga con su caballería, mandando á éste que entretuviese al enemigo, auxiliando la retirada de la infantería, á la que indicó ciertos senderos estrechos y quebrados que, ocupados una vez, la ponian al abrigo de ser ya perseguida. Cumplió Gonzaga la órden con exactitud; la infantería española pudo, al abrigo de este refuerzo, batirse en retirada y dejar el campo llano, tomando los senderos indicados. Tambien efectuó la suya Gonzaga, despues de ver en salvo los infantes; y aunque se podia temer que el enemigo siguiese á los que abandonaban el campo de batalla, cesó con este movimiento la refriega, recogiéndose la vanguardia española al grueso del ejército, que tambien emprendió la retirada.

Tal fué el resultado del encuentro que tanto deseaba don Juan de Austria. No se concibe cómo dejó de seguir el movimiento de su vanguardia, cuando se apoderó ésta del campamento enemigo, y puesto que se le rehusa-

ba la batalla delante de los reales fingidos, no fué á buscarla al frente de los verdaderos. Tal vez estaria el segundo campo mejor fortificado que el primero, ó demasiado avanzada ya la hora para empeñar sériamente una refriega. Tampoco aparece claro cómo los enemigos no siguieron el alcance sobre los que se retiraban, y no en grande órden como puede suponerse. Mas volvemos á indicar que se debe desconfiar mucho de estas relaciones de batallas, que cada uno describe sobre informes donde domina tantas veces el error, y muchas veces el espíritu de pasion ó de partido. En rigor ninguno de los dos ejércitos se pudo considerar como vencedor en este encuentro: no el enemigo, que permaneció en sus reales, ni mucho menos el austriaco, que se retiró sin haber salido con su intento. Fué casi igual la pérdida por entrambas partes, siendo algo mayor el número de muertos y prisioneros de los españoles. De que combatieron estos con mucho arrojo, depone su mismo avance hasta los reales, y el haber continuado peleando sin volver pié atrás, separados del grueso del ejército, y puestos á las baterías enemigas. Se citan entre los nombres que mas se distiguieron, el del capitan Perrotto, Annibal, Gonzaga, Flaminio Delfino, Juan Manrique, Lepido de Romanis, Laurencio Tuchi, Nicolás Cesis, que alternativamente desempeñaron las funciones de capitanes y soldados.

Dió parte don Juan de esta accion, en que no le cupo tanta gloria como en la anterior de Gemblours, pero donde lucieron igualmente la pericia y el valor del príncipe Alejandro, tanto por haber disuadido el movimiento emprendido por el general español, como por su prontitud en reparar las faltas cometidas.

Se aumentó con la refriega que acabamos de describir, la fuerza moral de los estados. Crecia el número de sus partidarios, y cada vez se engrosaban mas sus fuerzas. Disminuia en la misma proporcion el poder de don Juan, y á tal punto vacilaban algunas plazas que estaban á su devocion, que tanto por temor de traicio-

nes, como por reforzar su ejército, hizo retirar de ellas las tropas que las guarnecian. Escribió en este conflicto al rey de España, pidiéndole tropas y dinero, mas respondió el monarca que no podia enviarle ni uno ni otro, y que tratase de ajustar las paces del mejor modo que pudiese. Los estados, que tambien deseaban avenencias, se aprovecharon del buen viento que entonces les soplaba. Exigieron de don Juan tres condiciones: primera que se conservase por su gobernador el archiduque: segunda que entrasen en el arreglo el duque de Anjou y el príncipe Juan Casimiro: tercera que don Juan de Austria les volviese la provincia de Limburgo, recientemente conquistada.

Amarga fué para don Juan esta exigencia de los estados, pues envolvia la separacion de su persona. Consultó en este conflicto con el príncipe Alejandro, y este hombre, á quien hemos visto últimamente tan belicoso, con tanta repugnancia á recibir la ley de los estados, aconsejó á don Juan que cediese á la necesidad sin obstinarse en luchar con obstáculos insuperables. Le hizo ver el aumento que recibian los recursos de los enemigos, mientras los suyos iban disminuyendo sin esperanzas de reparar las faltas, pues ya no podia contar con recibir mas fuerzas, ni con robustecer la fidelidad de los que le iban abandonando poco á poco. Hicieron fuerza á don Juan de Austria estas razones, mas no le decidieron á entrar en un convenio que tanto ofendia á su amor propio. Trató, pues, de reforzarse en cuanto sus medios alcanzasen, contando mucho con que el espíritu de discordia se apoderase al fin del campo enemigo, compuesto de elementos tan heterogéneos. Otra vez escribió al rey de España en peticion de fuerzas y dinero, quejándose ágriamente del abandono en que se le tenia, que en lugar de enviarle los recursos de que necesitaba se le pagaba con buenas palabras, como si tuviera la habilidad de convertirlas en dinero; que en España no hacian mas que dar aliento á los rebeldes, cuyas proposiciones de

paz y de obediencia no eran mas que fingidas, hallándose resueltos en secreto á sacudir para siempre la autoridad del rey católico, etc.

No desconfió don Juan de hacerse al fin con medios de continuar la guerra. Para llevar adelante su determinacion, encargó á Serveloni la construccion de un nuevo fuerte, no lejos de Namur, bien auxiliado por la naturaleza, y que le sirviese de depósito de víveres y demas materiales de guerra, y al mismo tiempo de base de sus operaciones. Se aplicó á la obra Serveloni con toda actividad; mas antes de estar perfectamente concluida, cayó enfermo de mucha gravedad, y á poco tiempo se vió en el mismo estado don Juan de Austria, cuya salud acabó de destruirse, cuando mas ocupado estaba en sus proyectos militares.

Se hizo trasladar don Juan de Austria al fuerte, á pesar del estado imperfecto en que se hallaba. Allí cayó en cama, donde duró poco tiempo su existencia. Agravándose mas y mas su enfermedad, entregó en 21 de setiembre de 1578 el mando al príncipe de Parma, nombrándole gobernador de Flandes y capitan general de las tropas, mientras confirmaba la providencia ó determinaba otra cosa el rey de España. Dudó Alejandro si aceptaria un cargo tan espinoso en aquellas circunstancias, exponiéndose además á la nota de ambicioso, y sobre todo, al desaire que le podia dar el rey, revistiendo á otro de este cargo. Mas segun se explicó en sus cartas á su padre el duque Octavio, se decidió por fin á tomar tan grave peso sobre sus hombros, por sola la consideracion del estado lastimoso en que las cosas del rey se hallaban á la sazon en Flandes, pareciéndole que seria cobardía y hasta traicion á los intereses del monarca no admitir un puesto que no le ofrecia mas que disgustos y peligros.

Ya no daba esperanzas de vida don Juan de Austria. A muy pocos dias de haber entregado el mando al de Farnesio, recibió los sacramentos en su tienda; pues

tal nombre merecia el aposento que le dispusieron en el fuerte. A poco tiempo despues le sobrevino un terrible y furioso delirio, en que no hablaba mas que de campamentos, de guerra, de batallas, de asaltos, indicio claro de lo que pasaba en su alma, cuando bajo el peso de su enfermedad quedó postrado. A este estado de delirio siguió un desmayo de que no volvió, habiendo espirado el 28 del mismo mes de setiembre, á los 33 años no cumplidos de su edad.

Fué la muerte de don Juan de Austria un acontecimiento de suma importancia en Europa, tanto por el cargo que desempeñaba, como por lo famoso y esclarecido de su nombre. De las particulares de su nacimiento, educacion y reconocimiento por Felipe II, hemos ya hablado en su debido tiempo. (1)

No puede menos de elogiarse la conducta que tuvo el rey de España con don Juan, y lo dispuesto que estuvo siempre á colocarle en puestos, donde lucieron su capacidad y servicios distinguidos. Adoptó el pensamiento de Cárlos V, de que siguiese don Juan la carrera de la Iglesia; mas hubo de ceder á la fuerte inclinacion que mostraba su hermano á la de las armas. Comenzó brillantemente esta carrera, como hemos visto, sujetando los moriscos de Granada, y poniendo término á una guerra tan desoladora. Se vió en un teatro mas brillante, mandando en jefe el armamento de la liga contra el turco, y puso un sello á su gran nombre militar con la gloriosa victoria de Lepanto. En su campaña sucesiva no fué tan afortunado ni podia menos de descender, cuando tanto habia subido; pues en la historia de los hombres eminentes hay siempre un punto culminante que tiene que esceder á los otros en altura. Es cierto que el rey quedó descontento de la conducta de don Juan en Tunez, y que agravaron este disgusto y afectaron su suspicacia, los rumores que llegaron á sus oidos de que don Juan

(1) Capítulo XXIV.

intentaba hacerse rey con dicho título. Fué sin embargo bien recibido á su regreso en la córte del monarca; mas Felipe II no accedió á las pretensiones de don Juan, de obtener los honores y consideracion de infante ó príncipe de España. Remiso anduvo en nombrarle gobernador de Flandes, cuando la opinion le designaba para este puesto á la muerte de don Luis de Requesens, y es muy probable que en el ánimo del monarca se renovasen las sospechas de que don Juan trataba de hacerse independiente. Le mandó á Flandes sin ejército; aprobó sin dificultad los artículos de la confederacion de la liga de Gante, por los que debian salir del pais las tropas españolas. Es posible que obrase así por dejar mas aislado á don Juan; pero mas probable que fuese por contemporizar entonces con la voluntad de los estados. En cuanto á la conducta de don Juan en Flandes no fué muy digna de elogio, por el carácter de duplicidad con que á los hombres imparciales se presenta. A poco tiempo de firmar la liga de Gante, se puso en hostilidad con los estados, encastillándose en Namur, y llamando en su auxilio á las tropas que acababan de salir de Flandes. Si le dieron motivo ó no los estados para semejante agresion, parece problemático para los hombres de buena fé. Mas todo se explica con la suposicion de que por ninguna de las dos partes habia sinceridad ni deseo de concordia. La campaña de don Juan en los Paises-Bajos no puede compararse en brillo con las anteriores, pudiendo decirse que con motivo de su enfermedad ó por otras causas, se vió un poco eclipsado su nombre por el del príncipe Alejandro. Causa estrañeza que habiéndose quejado don Juan de las levas que se hacian en Italia de tropas del pais graduándolas de inútiles, insistiese despues tanto con el rey para que se le enviasen nuevas fuerzas. Mas todo se explica con el aspecto vario que presentaba aquella guerra, y con las animosidades á que el espíritu de ambicion y el deseo de ganar favor en la córte, daban origen. En cuanto al rey, crecieron sin duda sus sospe-

chas contra don Juan, despues de su presentacion en los Paises-Bajos, dando pronto oido á los rumores de que su hermano trataba en secreto de casarse con la reina Isabel de Inglaterra, siendo uno de los capítulos la libertad de conciencia á los habitantes de los Paises-Bajos. La muerte del secretario Juan de Escobedo, de que hablaremos en su lugar, confirma estas sospechas, ó por mejor decir, el enojo del rey con tal motivo. Causó una grave pesadumbre á don Juan la muerte de su secretario, y algunos la designan como la causa principal de su muerte tan temprana.

Que en virtud de la muerte de Escobedo se haya llegado á suponer que en el fallecimiento del príncipe intervino la agencia de un veneno, no puede parecer extraño, supuesta la gran facilidad de atribuir á causas de esta especie la muerte de los príncipes; mas son especies que solo como rumores pueden tener lugar en una historia.

Fué muy sentida la muerte de don Juan en el ejército, donde era muy querido, tanto por los jefes como por las tropas. Todos los historiadores convienen en decir que era afable, generoso, muy gentil y apuesto en su persona, espléndido en todas las ceremonias de aparato, tan humano con los amigos como valiente y esforzado en los campos de batalla. Se suscitaron disputas en el campo entre los españoles, los flamencos y los alemanes, sobre quiénes habian de llevar el féretro cuando se trató de sus exequias. Pretendian la preferencia los alemanes por ser don Juan nacido en su pais: los españoles porque era súbdito del rey de España, y los flamencos por el sitio de su fallecimiento. Mas decidió la contienda el príncipe Alejandro, disponiendo que fuese sacado el cuerpo de la tienda por la gente de su casa y familia, y que le entregasen á los maestres de campo de la tropa cuyos cuarteles estuviesen mas cerca de su tienda, y que asi fuese pasando de unos á otros, segun las distancias, al alojamiento. De esta manera fué conducido con toda solemnidad y pompa el cadáver, vestido de sus armas, con

corona en la cabeza, hasta Namur, marchando en escuadrones la caballería y la infantería. Iba el féretro en hombros de los maestres de campo y capitanes de la nacion, cuyas tropas le seguian segun el órden con que se iban relevando durante el camino, como ya hemos dicho. Llevaban los cordones el conde de Mansfeld, maestre de campo general, Octavio Gonzaga, general de la caballería, Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y Juan Croy, conde de Reulx. Cerraba la marcha el príncipe Farnesio, rodeado de los jefes y oficiales mas distinguidos del ejército. Asi llegó la pompa fúnebre hasta la ciudad ya dicha, donde fué el cadáver recibido por los magistrados y llevado á la iglesia principal, en la que se celebraron los funerales con la solemnidad que á tan alto personaje se debia.

Para concluir con todo lo concerniente á don Juan de Austria, diremos que pidió antes de morir al rey tres gracias: primera que mirase por la persona de un hermano suyo, hijo de Bárbara Blomberg; prueba de que nunca habia llegado á sus oidos de que no era esta su madre verdadera: segunda de que favoreciese á las personas de su servidumbre: tercera de que fuesen depositados sus restos junto los de su padre Cárlos V. Causó estrañeza que entre estas peticiones no hubiese ninguna relativa á dos hijas naturales suyas, llamadas Ana y Juana, habidas una en Nápoles de una dama de Sorrento, y otra en Madrid de Juana de Mendoza. Tal vez no quiso disgustar al rey con esta declaracion, ó quizás lo habia hecho antes de caer enfermo. Murió la una de prelada de las monjas benitas de Burgos: se casó la otra con el príncipe de Botero en el reino de Sicilia.

Accedió el rey á la peticion relativa á la traslacion de su cadáver. Mas para evitar los inconvenientes y los gastos de su conduccion de un modo público, luego que se redujo el cuerpo á esqueleto, se separaron los huesos por sus coyunturas y se les colocó asi en una especie de arca ó de maleta, y de este modo fué conducido privada-

uente á España, donde por medio de alambres se volvieron á juntar los trozos separados. Despues se rellenó de lana y se le revistió con un traje magnífico y el baston en la mano, poniéndole de cuerpo presente á los ojos de la córte y del público, que tributó homenaje de respeto y de dolor á los restos del capitan esclarecido. En esta disposicion y con toda solemnidad y pompa, fué depositado en el panteon destinado en el monasterio del Escorial á los infantes y demas individuos de la casa real, que no son ni reyes, ni reinas que han dado sucesion á la corona. En aquel sitio permanecen sus restos en el dia.

Dudó el rey de España si confirmaria ó no el nombramiento que don Juan de Austria hizo al morir de Alejandro de Parma para gobernador de los Paises-Bajos. Hubo muchas dificultades, y no faltaron intrigas para que recayese el nombramiento en otro; mas el rey, sin tener en cuenta los motivos que le alegaban para alejar al príncipe de Flandes, le revistió al fin con el cargo de supremo gobernante: eleccion que, como veremos despues, fué la mas feliz y acertada de cuantas se habian hecho hasta entonces para aquel gobierno.

CAPITULO XLVII.

Asuntos interiores de España.—Muerte de la reina doña Isabel de Valois.—Pasa el rey á cuartas nupcias con doña Ana de Austria.—Venida de la nueva reina á España.—Viajes del rey á Córdoba y Sevilla.—Muerte del Cardenal Espinosa.—Nacimiento del príncipe don Fernando.--Id. de don Cárlos.--Id. de don Diego Felix.--Muerte de la princesa doña Juana.--Progresos de la obra del Escorial.--Formacion del archivo de Simancas.--Publicacion de la Biblia Regia en Flandes.--Muerte del Arzobispo don Bartolomé de Carranza.--Entrevista del rey en Guadalupe con el de Portugal, don Sebastian.--Nacimiento del príncipe don Felipe.

1568.—1578.

Si el monarca que dá el título á esta obra no hubiese sido mas que rey de España, pocas páginas llenaria en

la historia, que se alimenta por la mayor parte de guerras, de revoluciones, de trastornos, de cuantas vicisitudes se presentan con el carácter de violentas en la vida humana. Mientras eran en efecto teatro de convulsiones y revueltas, Francia, los Paises-Bajos, Inglaterra y Escocia; mientras tantas batallas se daban casi á un mismo tiempo, ya en tierra ya en el seno de los mares, gozaba España de una tranquilidad no interrumpida, sin que se pudiese decir que la debiese al despliegue de la fuerza armada, ni á ninguno de otros medios de coaccion con que á falta de los morales se asegura el órden público y la obediencia de los pueblos. Se habian sofocado en los campos de Villalar los últimos alientos de libertad é independencia con que las comunidades de Castilla manifestaron al principio repugnancia declarada, y en seguida oposicion abierta á las arbitrariedades del monarca. Amoldados poco á poco los hombres á la sumision y á la obediencia, entusiasmados tal vez con la grandeza y poderío de sus reyes, veian en el trono una emanacion de la suprema voluntad de Dios, y en el gobierno absoluto la mas legítima de las autoridades. Tenian, pues, las instituciones un apoyo natural en la opinion, en los principios de los pueblos por ella gobernados, y no se podia considerar como yugo lo que no estaba en pugna con ninguna voluntad, lo que en nada chocaba con ninguna inteligencia. No podemos menos de suponer que tendria excepciones esta regla general; mas eran tan pocas, que apenas pueden entrar en cuenta cuando se examina la situacion política de una nacion como la España. Respetaban, pues, los españoles el trono de su rey, y para considerarle como un delegado, como un órgano de Dios, no necesitaban ninguna clase de violencia. La misma deferencia mostraban á las autoridades subalternas que de la primera emanaban; y si de la parte civil pasamos á la religiosa, veremos aún mas ciega la sumision, porque era mas elevado el orígen de los sentimientos. Todas las instituciones religiosas, todas las asociaciones

que tenian por objeto fomentar el culto, todos los conventos establecidos para hacer mas abundante el pasto de los fieles, eran objeto de respeto y de veneracion para los españoles de todas clases con muy pocas excepciones. Si algunos se permitian sátiras y censuras sobre el particular, recaian á todo mas sobre algunos individuos, nunca sobre los establecimientos en general, pues los censores serian tenidos por reos de blasfemia. Hasta el mismo tribunal de la fé, cuyo nombre horroriza hoy á los hombres de alguna ilustracion, era entonces, al mismo tiempo que objeto de un gran temor, venerado como un santo establecimiento por los que de sentimientos religiosos se preciaban. No habia á la sazon en España los que se llama escépticos, ni mucho menos incrédulos ó ateos. Los dos principios favoritos de Felipe II, unidad de gobierno y unidad de culto, eran los dos principales artículos de la fé política y religiosa de los españoles. Estaba el pais cerrado á las nuevas sectas religiosas, objeto de tanto horror para los pueblos como para el rey, y aunque no habian dejado de penetrar por algunas partes la heregía, era demasiado el celo y vigilancia de los argos de la inquisicion, para que el inclinado á las nuevas doctrinas no las sepultase en su pecho, sin atreverse á que fuesen objetos de la observacion agena. Los descuidados en esta parte pagaban muy cara su imprudencia, sin ser objetos de la compasion de nadie, pues á los actos de fé donde se espiaban estas aberraciones religiosas, acudia el pueblo, acudian todas las clases del estado, desde la mas baja á la mas alta, como á un espectáculo de edificacion que redundaba en pró y en gloria de la religion católica. De estos sentimientos participaba, como hemos indicado, todo el mundo. Ninguno de los principios ó sentimientos que agitaban á tantos pueblos de la Europa, podia tener lugar ni ejercer accion alguna en nuestra España. Era pues su tranquilidad por lo general obra de las ideas y de las creencias, sin que se pueda negar en ciertos casos la influencia de las coacciones.

Un pueblo que vive de esta suerte suministra pocos objetos de curiosidad, y no está calculado para ocupar en gran manera la musa de la historia. Asi hemos consagrado pocas páginas á lo que pasaba en España, al paso que nos hemos estendido mas tratándose de algunas estranjeras. Para no dejar incompleto el cuadro que nos hemos trazado, volveremos los ojos á nuestra propia casa, y bosquejaremos compendiosamente algunos hechos que tienen relacion principal con la persona del monarca.

Dejamos la narracion de los asuntos domésticos de España en la muerte del príncipe don Cárlos, acaecida en 24 de julio de 1568. Se verificó pocos meses despues la de la reina doña Isabel de Valois, á la flor de sus años, pues no habia cumplido aún los veinte y tres. No es estraño que los que atribuyeron el primero de estos acontecimientos á celos del rey por las relaciones amorosas de don Cárlos con la reina, viesen en el segundo el golpe de la misma mano. A esto dió tambien lugar la extraña enfermedad de la princesa, ocurrida en el quinto mes de su tercer embarazo, pues segun relaciones, padecia desfallecimientos y desmayos, pesadez, y al fin una hinchazon en todo el cuerpo que la postró en cama. Se le declaró una calentura maligna, que pareció mortal á sus facultativos. El 1.° de octubre recibió los sacramentos: agravándose la enfermedad, pidió el 3 que la vistiesen el hábito de San Francisco, y al fin del mismo dia espiró rodeada de su confesor, del cardenal Espinosa y otros prelados que la auxiliaban en sus últimos momentos.

Dos dias antes de morir le hizo una visita el rey, y la moribunda le manifestó su pesar de no dejarle un hijo varon, cuya vista le mitigaria el dolor de su fallecimiento; que era mucha su afliccion de dejar sus hijas huérfanas en tan corta edad, mas que la consolaba la idea de que supliria su falta un padre tierno y cariñoso. Le recomendó al mismo tiempo hiciese mercedes á sus criados extranjeros, y que conservase siempre buena amistad

con su madre y hermano, como el mejor medio de defender la fé católica; que por lo demas tenia gran confianza en los méritos de la pasion de Cristo, para ir donde *pudiese rogar por la larga vida, estado y contentamiento de S. M.* (1).

La contestó el rey en términos generales, que aún esperaba que Dios la volviese á su estado de salud; mas en el caso de no ser así, cumpliria con sus deseos por los muchos respetos á que la estaba obligado, y que descansase enteramente en su buena voluntad, que le induciria á mirar con ojos de gratitud todo cuanto fuese concerniente á su memoria.

Amortajada con el hábito de San Francisco, fué sepultada la reina el dia siguiente en el convento de las Descalzas Reales de Madrid, de que acababa de ser fundadora la princesa doña Juana, y á este acto asistieron los prelados y magnates de la córte, con todos los principales oficiales de su casa y servidumbre, siendo testigos de la depositacion del cadáver el obispo de Cuenca, que celebró la misa, el cardenal Espinosa, el nuncio de Su Santidad, el embajador de Francia, el de Portugal, el duque de Medina de Rioseco, el marqués de Aguilar, el conde de Alba de Aliste, el de Chinchon, don Fadrique Enriquez de Rivera, presidente de órdenes, mayordomo del rey, Luis Quijada, presidente de Indias, don Antonio de la Cueva y don Juan de Velasco, mayordomos de la reina. Poco despues se le hicieron las exequias con toda solemnidad, tanto en la córte como en toda España.

Fué celebrada la reina doña Isabel de Valois, llamada de la Paz, por su grande hermosura y las gracias que adornaban toda su persona. Sus supuestos amores con el príncipe don Cárlos, y las sospechas á que dió lugar su muerte tan temprana, contribuyeron á hacer de ella un personaje de novelas y de dramas. Mas estos campos

(1) Palabras de Cabrera, libro VIII, capítulo VII.

de ficcion están vedados á la historia, cuya divisa es la verdad desnuda, no admitiendo nunca como tal lo que puede, á todo mas, tener visos de probable. Dejó doña Isabel dos hijas, la una llamada doña Clara Eugenia, nacida en 1564, y la otra doña Catalina Eugenia, que vino al mundo en octubre de 1567.

Viudo el rey de España por tercera vez, no tardó mucho en pensar en cuartas nupcias, siendo de notar que aún no habia dado fin el año de 1568 cuando se le propuso el casamiento con doña Ana de Austria, hija del emperador Maximiliano y de María, hermana del monarca. Estaba la princesa prometida al rey de Francia, Cárlos IX, y una hermana suya que tenia el nombre de Isabel, al rey don Sebastian de Portugal. Con la muerte de la reina de España, cambió la emperatriz de resolucion, y concibió vivos deseos de que la princesa doña Ana se casase con su tio. Escribió con este objeto á Madrid á la princesa doña Juana y á otros personajes, á fin de que hablasen sobre el asunto al rey, pues se queria que éste diese los primeros pasos. Estaba contra este proyecto, el del casamiento de don Felipe con Margarita de Valois, hermana menor de la difunta. Ofrecia este enlace la ventaja de asegurarse mas y mas la amistad del rey de Francia, al que se suponia vacilante y hasta resuelto á declarar la guerra al rey de España. Mas á favor del matrimonio con doña Ana, mediaba la razon poderosa de hacerse con la alianza del emperador, quien se comprometeria á impedir que de Alemania se enviasen socorros en auxilio de los rebeldes de los Paises-Bajos.

Por aquel mismo año de 1568 se presentaron en Madrid dos grandes personajes extranjeros; uno el archiduque Cárlos, hermano del emperador, portador del manifiesto ó sea advertencias que hacia el jefe del imperio al rey de España sobre su política en los Paises-Bajos, y de que hicimos ya mencion en su lugar correspondiente. Fué el segundo el cardenal de Lorena, que venia á dar al rey el pésame por el fallecimiento de la reina, y

al mismo tiempo á tratar del nuevo enlace de Felipe II con Margarita de Valois, hermana menor de la difunta. Fueron recibidas estas dos personas con el agasajo y distincion que requeria su alta clase; y aunque al rey no le fué agradable el mensaje del emperador, se manifestó sumamente afable y complaciente con su primo. El proyecto del duque de Lorena le agradaba mucho por miras de política. Pero debieron de hacerle mas fuerza los deseos é insinuaciones de la emperatriz sobre el matrimonio de doña Ana, y se decidió al fin á pedirla por esposa, habiéndose determinado al mismo tiempo que su hermana Isabel, destinada al rey de Portugal, se desposase con el rey de Francia, y que se casase con el monarca portugués la princesa Margarita.

A la princesa doña Ana se habia dirigido ya el príncipe don Cárlos solicitándola por esposa cuando se hallaban en mas vigor sus desavenencias con su padre, habiendo sido este paso un motivo mas de resentimiento contra el hijo. Era, pues, destino de Felipe II ser en cierto modo su rival, y todo por una combinacion singular de circunstancias que no se podian prever por ninguna de ambas partes.

Se negó al principio el Papa Pio V á conceder su dispensa para este matrimonio, pues el rey era tio de su futura esposa. Mas al fin hubo de ceder en obsequio de los grandes servicios que iba el rey á hacer á la cristiandad, tomando una parte tan activa en la liga contra el turco. En enero de 1570 se ajustaron en Madrid los contratos matrimoniales, hallándose presentes, entre otros personajes, Fray Bernardo de Fresneda, obispo de Cuenca, confesor del rey; Ruy Gomez de Silva, príncipe de Evoli; el duque de Feria, todos del Consejo de Estado, y el doctor Martin Velasco de Velasco, del de la Cámara de Castilla. Representaba al emperador Adan de Dyech-Tristayn, y al rey don Felipe el cardenal don Diego de Espinosa, presidente del Consejo de Castilla. Se estipuló ante todos estos personajes el casamiento del

rey de España con su sobrina doña Ana, hija del emperador de Alemania. Se le asignaron por dote cien mil escudos de oro de á cuarenta placas, moneda de Flandes, pagados en Amberes ó Medina del Campo, cuyo valor se debia asegurar sobre villas y lugares, sus rentas y jurisdiccion. En caso de morir sin hijos, dispondria del tercio de esta suma, y ademas el rey le debia dar cincuenta mil escudos en joyas para que los legase á quien quisiese. Le consignaria ademas renta estable para el sustento de su casa, con el número y clase de criados que señalase el rey conforme á su grandeza. En caso de que la reina le sobreviviese, se le deberian dar, no pasando á segundas nupcias, cuarenta mil ducados anuales, con lo demas de su dote y arras, y ademas las villas donde residiese, con jurisdiccion y provision de los oficios de ellas en naturales de estos reinos, y en caso de salir de España pudiese llevar sus criados, equipaje y muebles. Debia renunciar la reina ante notario, la herencia y cuanto por derecho de su padre y madre le perteneciese. Debia ser conducida con la decencia y decoro correspondientes á su clase, hasta Génova, á expensas de su padre, reservando el resto del viaje á la eleccion del emperador y el rey de España. Ajustados que fueron los contratos, se desposó á nombre y con poder del rey, don Luis Figueroa con la infanta doña Ana, y desde el momento se trató de conducir la reina para España. No tuvo efecto la primera intencion del rey de que se dirigiese á Italia y en seguida á París, para hacer despues su entrada en España por Roncesvalles, que era el mismo camino tomado anteriormente por la difunta reina. No fiándose entonces mucho el rey de las intenciones de la córte de Francia, resolvió que la nueva reina se dirigiese á los Paises-Bajos, tomando despues el camino por mar con direccion á España. Asi se hizo en efecto, y la nueva reina se presentó en Flandes con una brillante y numerosa comitiva. El duque de Alba, deseoso de dejar el gobierno de los Paises-Bajos, solicitó acompañarla

hasta España, aprovechando este pretexto honroso de abandonar un pais que aborrecia. Mas el rey, aunque habia ya designado nombrarle sucesor, no accedió á sus instancias, y le mandó que en lugar del padre, la sirviese su hijo don Fernando.

Antes de verificar el rey su cuarto matrimonio, hizo un viaje á Córdoba, en cuya ciudad se detuvo algunos dias, muy obsequiado por sus habitantes. Visitó y admiró mucho la fábrica de su catedral, antes gran mezquita de los monarcas mahometanos de aquella capital y reino. Tambien visitó los sepulcros y se hizo enseñar los restos del rey Fernando IV y de su hijo don Alfonso, que murió en el sitio de Algeciras, habiéndose quitado la gorra todo el tiempo que permanecieron abiertas las cajas en que están depositados. En seguida se trasladó á Sevilla, tanto por la invitacion que para ello le hizo esta ciudad, como por ponerse mas cerca del reino de Granada, donde estaba en todo su fuego la guerra contra los moriscos. Festejaron al rey los sevillanos con todo género de regocijos y magnificencia. Hizo el rey su entrada por el mismo rio, en donde se presentó rodeado de toda pompa, mientras las orillas tremolaban mil banderas y disparaban fuegos de artificio. Con músicas y acompañamiento muy lucido, se presentó delante de la puerta del Arenal, que halló cerrada; y como le dijese el Asistente de la ciudad que no se le abriria hasta que jurase la observancia de sus privilegios, y que era una formalidad usada de muy antiguo con todos los reyes que visitaban á Sevilla, accedió gustoso el rey, diciendo que todo se lo merecia una ciudad magnífica, cuyos habitantes mostraban tanta lealtad á su persona, y le daban tan favorable bienvenida. Abierta la puerta, acompañado de todas las autoridades civiles y eclesiásticas y de un gentío inmenso que le victoreaba, pasó á la catedral, á cuya puerta le aguardaba el arzobispo, vestido de pontifical, y todo su cabildo. Despues de cantado un solemne *Te-Deum* y orado el rey puesto de rodillas, como lo tenia de cos-

tumbre, pasó al Alcázar, seguido de la misma comitiva.

Pocos dias se detuvo el rey en Sevilla, á pesar de lo que le agradaba la ciudad, la hermosura del pais y lo puro y benigno de su cielo. Recibió allí todo género de agasajos, que tan geniales son á sus moradores, y el ayuntamiento le adelantó por via de empréstito seiscientos mil escudos para gastos de su matrimonio. Igualmente complacido quedó de las ciudades de Ubeda y de Jaen, donde tambien se detuvo á su regreso.

Se embarcó la reina doña Ana en los Paises-Bajos, por setiembre de 1570, y desembarcó en Santander á principios del siguiente mes de octubre. La estaban aguardando allí don Gaspar de Zúñiga, arzobispo de Sevilla, y don Francisco de Zúñiga, hermano suyo, duque de Bejar. Envió el rey á felicitarla al conde de Lerma, y en compañía de estos personajes y don Fernando de Toledo, que la venia acompañando desde los Paises-Bajos, hizo su entrada pública y triunfal en Búrgos, donde fué obsequiada con grandes festejos por sus autoridades y vecinos. Fué recibida en Santo-Venia por sus hermanos los archiduques Rodulfo, Ernesto, Alberto y Wenceslao, y con ellos llegó á Segovia, donde la aguardaba el rey con su hermana doña Juana. Hizo su entrada debajo de palio, con el mayor aparato, solemnidad y pompa, preparados de antemano por la ciudad, pues allí era donde se debian celebrar las bodas. El 12 de noviembre recibieron la bendicion nupcial de mano del arzobispo de Toledo, siendo el rey entonces de cuarenta y tres años y medio de edad, y la nueva reina de veinte y uno. Fueron padrinos el archiduque Rodulfo y la princesa doña Juana. Tres dias despues se velaron los reyes en la catedral, celebrando misa de pontifical el cardenal de Espinosa. Para dar una idea de la solemnidad con que se celebró este enlace, indicaremos que asistieron á la misa de velacion el arzobispo de Sevilla, el arzobispo de Rosano, nuncio de Su Santidad; el obispo de Segovia y el arzobispo de

Armagh en Irlanda; don Iñigo Fernandez de Velasco, condestable de Castilla; don Luis Enriquez de Cabrera, almirante de id.; su hijo don Luis, conde de Melgar; don Iñigo Lopez de Mendoza, duque del Infantado; don Francisco Lopez Pacheco de Cabrera, marqués duque de Escalona; don Lope de Figueroa, duque de Feria; su hijo don Lorenzo, marqués de Villalba; don Pedro Giron, duque de Osuna; don Manrique de Lara, duque de Nájera; Ruy Gomez de Silva, príncipe de Evoli y duque de Pastrana; don Antonio de Toledo, prior de Leon; don Fernando de Toledo, prior de Castilla; don Luis Manriquez, marqués de Aguilar, cazador mayor; don Francisco de Sandoval, marqués de Denia; don Francisco Ruiz de Castro, marqués de Sarriá, mayordomo mayor de la princesa doña Juana; don Pedro de Zúñiga y Avellaneda, conde de Miranda; don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Mondejar; don Diego Lopez de Guzman, conde de Alba de Aliste; Vespasiano Gonzaga, príncipe de Savionella; don Pedro Fernandez de Cabrera, conde de Chinchon; don Enrique de Guzman, conde de Olivares, su contador mayor y presidente del tribunal de cuentas; don Lorenzo de Mendoza, conde de la Coruña; don Pedro de Castro, conde de Andrade; don Francisco de los Cobos, conde de Rida; don Antonio de Zúñiga, marqués de Ayamonte; don Gerónimo de Benavides, marqués de Fromesta; don Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Zahara; don Juan de Saavedra, conde de Castellar; don Francisco de Rojas, marqués de Poza; don Luis Sarmiento, conde de Salinas; don Francisco de Rojas, conde de Lerma; don Francisco de Zúñiga, conde de Valalcasar; don Fernando de Silva, conde de Cifuentes, alférez mayor de Castilla; don Pedro Lopez de Ayala, conde de Fuensalida; don Juan de Mendoza, conde de Orgaz; don Gabriel de la Cueva y de Velasco, conde de Ciruela; el conde Ferrante Gonzaga, marqués de Castellon, italiano; el de la misma nacion, conde Alfonso de la Sumaria; el conde Buisi-

guerra de Arcos, y el conde Ludovico de Arcos, ambos alemanes, y el conde de Tribulcio.

El 26 de noviembre hizo la reina su entrada pública en Madrid, cuyo corregidor, á la cabeza del ayuntamiento, salió á recibirla á las puertas, y le hizo una arenga de bien venida, al fin la cual le besaron la mano todos los municipales. Lo mismo hizo el cardenal Espinosa con el Consejo real y alcaldes de córte y los demas tribunales, habiendo comenzado por el de la Contaduría mayor de cuentas. Estaba la reina acompañada de todos los grandes títulos y principales caballeros de la córte, y con toda este aparato pasó debajo de arcos triunfales por las calles de Madrid hasta el alcázar, seguida de la inmensa muchedumbre que la victoreaba.

El 4 de diciembre de 1571, dió á luz la reina un niño, que fué bautizado con el nombre de Fernando en la iglesia de San Gil, el 16 del mismo. Fueron padrinos el príncipe Wenceslao y la princesa doña Juana. Precedian el acompañamiento los maceros y mayordomos de la reina y de la princesa, y cuatro reyes de armas. Seguian el duque de Gandía y el prior don Antonio de Toledo, el conde de Alba de Aliste, el marqués de Aguilar y el de Mondejar. Llevaba el duque del Infantado el capillo, el conde de Benavente la vela, el duque de Osuna el mazapan, el de Nájera el salero, el de Sesa un aguamanil y toalla, el de Medina de Rioseco una palangana y otra toalla, y el de Bejar el niño envuelto en mantilla de terciopelo verde. A su derecha iba el nuncio de Su Santidad, á la izquierda el embajador del emperador, y delante los de Francia, Portugal y Venecia. Seguia despues la princesa doña Juana con el padrino á su izquierda, con el marqués de Andrade, mayordomo mayor de la reina, y el conde de Lemos que lo era suyo. Cerraban el acompañamiento las señoras de la córte, las damas de la reina y de la princesa, sin *galanes* (1). Aguarda-

(1) Espresion de Cabrera en su vida de Felipe II.

ban á la puerta del templo el cardenal Espinosa con cuatro obispos vestidos de pontifical, y detrás los Consejos por órden de su presidencia. Se colocó la pila bautismal en medio de la capilla mayor, debajo de un dosel. Concluida la ceremonia volvió la comitiva á palacio, y la reina recibió el parabien de los embajadores y demas personajes de la corte.

Al año siguiente de 1572, fué jurado este príncipe por heredero de los reinos con toda pompa y solemnidad, en cuyos pormenores no entramos por ser una mera repeticion de lo que llevamos dicho. Fué lo único notable en este acto, que el príncipe estuvo dormido durante la ceremonia, y que solo despertó cuando el órgano preludió el *Te-Deum*. Tuvieron algunos esta circunstancia á mal agüero, y en efecto tardó poco en morir este príncipe, que no llegó á dos años de edad.

En agosto de 1573 nació en Madrid el hijo segundo del nuevo matrimonio del rey, y fué bautizado con el nombre de Cárlos, siendo padrinos el archiduque Alberto y la princesa doña Juana.

Murió este príncipe en Madrid en 1575, año en que la reina dió á luz el hijo tercero, quien recibió el nombre de Diego Félix, siendo padrinos el archiduque Alberto y la infanta doña Clara Eugenia.

Fué un acontecimiento de alguna novedad en el año 1572 la muerte del cardenal don Diego de Espinosa, inquisidor general, presidente del Consejo de Castilla, atribuida á palabras desabridas que le dijo el rey, despachando con él sobre asuntos de los Paises-Bajos. Era un hombre que gozaba gran poder y privanza, con reputacion de mucha prudencia, instruccion y grandes dotes de gobierno. Es probable que la suma autoridad á que habia llegado, causaron descontento en el ánimo del rey, arrepentido de fiar tantos negocios á su cargo; y esto apareció con toda claridad, porque deliberándose sobre la eleccion de sucesor, y encareciéndose mucho las prendas que debian adornar á quien iba á ejercer tan grandes



cargos; respondió el rey que no serian tan grandes como los que acababa de desempeñar el cardenal, pues se hallaba resuelto á dirigir algunos de estos negocios por sí mismo; palabras que descubren el carácter de un rey tan suspicaz, desconfiado y hasta celoso del poder y autoridad con que revestia á sus mas fieles servidores. Recayó la eleccion en don Pedro Covarrubias, varon distinguido por su gran piedad y la instruccion que hizo célebre su nombre. No gozó éste de la autoridad del cardenal, ni aun la ambicionaba, pues con gran repugnancia suya abandonó la diócesis, y sobre todo la vasta biblioteca de su propiedad, donde pasaba tantas horas de su vida.

En el año de 1573 ocurrió la muerte de la princesa doña Juana, hallándose ésta en San Lorenzo, y fué enterrada con gran pompa en el convento de las Descalsas Reales de Madrid, de que era fundadora. Ocupa esta señora un lugar muy distinguido en la historia de estos reinos. Se celebró mucho en su tiempo su hermosura, y no con menos encomio en sagacidad é ingenio. Ya la hemos visto gobernadora de estos reinos, de cuyo cargo la revistió su hermano don Felipe cuando pasó á Inglaterra á celebrar su matrimonio con la reina María. Cuando éste ascendió al trono, la confirmó en su poder, en prueba de la satisfaccion que le causaba su conducta. Obró en efecto la princesa con circunspeccion y cordura en el ejercicio de tan grande autoridad, conformándose en todo con las instrucciones que la dió su hermano por escrito, y que tambien dejamos mencionadas. Al regreso de don Felipe á España permaneció en su córte, donde fué tratada con toda distincion, como se merecia por sus prendas enminentes. La consideraba mucho el rey, y sintió muchísimo su muerte. En el invierno del mismo año pasó al Escorial á celebrar la Octava de Navidad, como lo tenia de costumbre. Crecia aquella suntuosa fábrica en razon de la actividad y celo, que en su construccion el monarca desplegaba. Ya tenia habitaciones para los monjes de la comunidad, para el mismo rey cuando

iba á visitarla, y los oficios se celebraban en la iglesia que aun hoy se llama vieja, no estando todavía acabado el magnífico templo con que fué sustituida. La grandeza de las artes, lo rico y precioso de los vasos y ornamentos, todo se derramaba con profusion sobre aquella obra, que despues de los negocios del gobierno, era la cosa principal que absorvia la atencion del rey de España. Allí estaban sus distracciones y sus pasatiempos. Los historiadores españoles se hacen, lo que se dice, lenguas de su gran piedad, de la devocion con que asistia á los oficios divinos, del respeto y veneracion que á los monjes profesaba, del entusiasmo con que celebraba la construccion de un nuevo adorno, la ereccion de una nueva capilla, la colocacion de una nueva reliquia, de la humildad y devocion con que el dia de Pascua de 1572 besó en compañía de los archiduques la mano del sacerdote que decia la misa nueva, y hasta de las advertencias que hacia en el coro sobre faltas que en el canto cometian algunos religiosos. Todo es muy posible y muy probable. De estos sentimientos dá testimonios la misma construccion del monasterio, donde tantos tesoros fueron consumidos, á cuya construccion contribuian las provincias de España, muchas extranjeras, y hasta las de América con sus piedras, sus mármoles, sus maderas y otras producciones necesarias á la obra; donde el pintor, el arquitecto, el estatuario, el iluminador, derramaban todos los productos del genio cada uno en sus distintos ramos. El mismo celo mostrado en los adelantos de la obra, en adornarla con cuantas riquezas y lujo podian convenir á un edificio de esta clase, lo manifestó el rey en recojer por todas partes cuantas reliquias pudo, para formar la vasta coleccion que aun hoy dia se conserva. Por todos los paises del orbe cristiano se dispersaron sus gentes en busca de estos restos, encangándoles muy particularmente se hiciesen con documentos que atestiguasen su autenticidad, y no fueron escasas las sumas empleadas por el rey en este acopio. Para dar al edificio la importancia de tan cos-

tosa construccion, mandó que se considerase como el sepulcro de los reyes de España, comenzando por traer á él los restos de su padre, sacados del monasterio de San Yuste, y los de su madre, que hizo venir de la catedral de Granada, donde estaban sepultados.

Aunque reservamos en esta obra un lugar para el análisis de las ciencias y literatura de España en aquella época, mencionaremor aquí dos hechos por la influencia directa que en ellos tuvo el rey como emanados de su órden. Fué el primero la formacion de un archivo en Simancas, donde se recojiesen todos los papeles pertenecientes á estos reinos. Estaban algunos reunidos en esta antigua fortaleza antes que el rey tomase esta disposicion, mas se hallaban confundidos sin orden, sin método, sin catálogo, y colocados además en parajes húmedos, donde se iban destruyendo poco á poco. Por otra parte, no era éste el solo depósito donde se encontraban manuscritos del Estado. Dió el rey comision á Diego de Ayala para que examinase los papeles, los distribuyese por clases y por fechas, y los colocase en el sitio mas conveniente para su custodia y conservacion, y le confirió el título de archivero con el sueldo de cien mil maravedis salario, conservando además treinta y cinco mil que ya tenia sobre un asiento de contino en la casa de Castilla. Le señaló además un oficial que le sirviese de ayudante. Desempeño Ayala el cometido del monarca á toda su satisfaccion; examinó y colocó por clases los papeles que se hallaban en los desvanes de aquella fortaleza; recojió los infinitos que estaban esparcidos en varias ciudades de Castilla, y con todos ellos formó el archivo de Simancas, que se conserva hoy dia enriquecido, como puede suponerse, con los papeles que debieron de producirse en poco menos de tres siglos. Mas esta idea se debe á Felipe II, quien además ordenó la construccion de nuevas salas y cajones lujosos para contener los papeles, y en cuya obra llegó á entender el mismo Juan de Herrera por mandado del monarca.

En el segundo hecho que vamos á exponer, brilló igualmente su celo, y aun mas su real munificencia. Habia enriquecido el famoso cardenal Cisneros al orbe literario con la publicacion de la Biblia Poliglota, trabajada en su famosa universidad de Alcalá, y que por esta circunstancia tomo el nombre de Biblia Complutense. Escaseaban ya los ejemplares de una obra tan magnífica, y con este motivo propuso Plantino, impresor famoso en Flandes, al rey la reimpresion de la Biblia Complutense, ofeciéndole emplear en ella carácteres mas limpios y mucho mas hermosos, segun la muestra que de ellos remitia. Acedió el rey á la proposicion, y para inspeccionar el trabajo, puso los ojos en Benito Arias Montano, uno de sus capellanes, hombre muy instruido, muy versado en letras humanas y sagradas, y que segun sus biógrafos, entre antiguas y modernas, poseia trece lenguas. Tuvo Arias Montano conferencias sobre el particular con los hombres mas eminentes de la universidad de Alcalá, y despues de haber oido su dictámen y anotado sus indicaciones, partió para los Paises-Pajos con cartas de recomendacion del rey para su gobernador general, que lo era á la sazon el duque de Alba. Fué Montano muy bien recibido de este personaje, quien se valió de sus consejos para la espurgacion de algunos libros, y la prohibicion de otros en que se ocupaba entonces, queriendo coronar de este modo sus victorias sobre los herejes de los Paises-Bajos. Por su órden se reunió una junta de los teólogos que pasaban por mas sabios y mas versados en la Sagrada Escritura, para que asociados á Montano, procediesen de consuno á llevar adelante la empresa importante que se le habia confiado. Comparando entre sí los diversos ejemplares, que tanto de España como de otros puntos de Europa se habian reunido, corrigiendo algunos pasajes que estaban oscuros, y haciendo expurgaciones de algunos errores que se habian introducido, se reprodujo con el auxilio del arte de Plantino la obra admirable de Alcalá, no solo con

mejores y mas limpios carácteres, sino corregida, aumentada con alteraciones en el órden de los libros, y notablemente enriquecida. Se imprimió la Biblia en ocho tomos. Contienen los cuatro primeros los libros del viejo Testamento en la lengua original hebrea con la version Vulgata Latina, y la griega de los setenta intérpretres con su version Latina. Y como en la Biblia Complutense no se habia impreso la paráfrasis Caldea mas que en los cinco libros de la ley, se acordó se prosiguiese este trabajo en todos los demas del viejo Testamento. Contiene el quinto tomo el nuevo Testamento en griego con la version vulgata, y en siriaco con la traduccion latina, cuyo último trabajo no se habia hecho en la Biblia Complutense. Los tres últimos tomos recibieron el nombre de Aparato. Contiene el primero todo el viejo Testamento en hebreo con la interpretacion latina interlineal de Santes Pagnino, doctísimo dominicano, aun mas reducida al rigor de la letra hebrea en muchas partes por el mismo doctor Arias Montano, y tambien el nuevo Testamento en griego con version interlineal, palabra por palabra, obra del mismo. Contiene el segundo tomo del Aparato gramáticas y vocabularios de las lenguas hebrea, caldea, siriaca y griega. Contiene el tercero varios tratados para la inteligencia de las escrituras por el mismo doctor, quien eu este ramo era emminentísimo. Se entra en estos pormenores para hacer ver, que la Biblia Regia fué la produccion mas perfecta de su clase, no solo por la grandeza del asunto, sino por la estension que habia sabido dársele, añadiéndose á esto en la parte material, la hermosura del papel, lo acabado de los caractéres y otros ornamentos de lujo que hicieron de esta obra el primer monumento de la excelencia de las prensas de Plantino. No se perdonó por órden del rey gasto alguno para que saliese la Biblia digna de su nombre. Con la misma liberalidad recompensó las tareas del doctor Arias Montano, quien aumentó notablemente con ellas la gran celebridad de que ya gozaba entonces. Se envió la Biblia á todos los príncipes y repú-

blicas católicas, quienes la aprobaron y aplaudieron. Fué tanto del agrado del Pontífice, que envió su bendicion apostólica á cuantos con sus luces, industria ú obra de manos contribuyeron á su publicacion, y recibió con suma afabilidad y muestras de benevolencia al mismo Arias Montano, quien en nombre del rey le presentó un ejemplar impreso en vitela, pronunciándole una oracion latina en el acto de entregarla.

Los archiduques Rodolfo y Ernesto volvieron á Alemania en el año 1571, habiéndose embarcado en Barcelona con don Juan de Austria, cuando pasó éste á tomar el mando de la escuadra de la liga contra el turco. Tres años despues ascendió el primero de estos príncipes al trono imperial, por la muerte de su padre Maximiliano II, príncipe dotado de buenas cualidades y de cierta tolerancia religiosa que le hacia mirar con aversion los procederes de su primo en los Paises-Bajos. El nuevo emperador no alcanzó tan buena fama como el padre, aunque no carecia de instruccion y de inteligencia, y sobre todo, en artes de mecánica, manifestó poca disposicion y menos capacidad en materias de gobierno.

Por los años de 1576 falleció en Roma el famoso Fray don Bartolomé Carranza, arzobispo de Toledo, preso en España por órden de la inquisicion en 1557. Habia sido este prelado, como ya hemos dicho, muy favorito de Cárlos V y de su hijo, quien le llevó consigo á Inglaterra, donde trabajó mucho en el asunto del restablecimiento del catolicismo en aquel pais y en la persecucion de los herejes. Fueron recompensados sus servicios con su promocion al arzobispado de Toledo, vacante por la muerte del cardenal Silício. Mas no le valió todo el favor de que gozaba contra los tiros de sus enemigos, quienes le denunciaron á la inquisicion, en virtud de cuyas providencias fué arrestado. Es innecesario entrar en los pormenores de un proceso que fué muy ruidoso, y unos de los mas célebres en los anales del Santo Oficio consignados. Despues de varias actuaciones en España,

y donde nada fué probado contra el arzobispo, se evocó su causa á Roma; por un breve de Pio V expedido en setiembre de 1566, el arzobispo fué trasladado por aquel mismo tiempo á dicha capital, donde se siguieron con lentitud los trámites de su proceso, sin que se sacase nada en limpio contra varias obras del prelado, donde algunos quisieron hallar proposiciones heréticas ó que sabian á heregía. Era Carranza un eclesiástico de escelentes costumbres, de un vasto saber para aquel tiempo, y de una suavidad de carácter que le conciliaban el amor y el respeto hasta de sus mismos enemigos. Mientras permaneció preso en España, fué tratado con todo el decoro correspondiente á su alta clase. En Roma fué respetado, y recibió todas las atenciones que el Pontífice podia tener con un hombre que se hallaba en su categoría. Por último se pronunció la sentencia, reducida á que adjurase diez y seis proposiciones, que ni habia pronunciado Carranza, ni aparecian claramente en sus escritos, mas que se deducian solamente de algunos pasajes arbitrariamente interpretados. Sin embargo, se sometió Carranza, y en su virtud fué absuelto. Mas cuatro dias despues falleció el prelado, dejando fama de un eclesiástico ejemplar, y muy poco merecedor de la prision en que permeneció los diez y ocho últimos años de su vida.

Tuvo lugar en este mismo año, 1576, un viaje que hizo el rey á Guadalupe, con motivo de tener allí una entrevista con su sobrino el rey don Sebastian de Portugal, ocupado entonces con el proyecto de expecicion al Africa. Pero de ésto hablaremos con mas estension al dar cuenta de aquella campaña.

En 1578 dió la reina á luz el hijo cuarto y último, llamado Felipe, el tercero de este nombre que figura en el catálogo de nuestros reyes.

A los referidos se reducen los principales hechos públicos (1) de alguna importancia, ocurridos durante los diez

(1) Los relativos á las Córtes y todos los ramos de administracion interior tendrán lugar en los apéndices ó artículos suplementarios con que se dará término á la obra.

años á que dice relacion este capítulo. Uno tuvo lugar en el curso de 1578, mas digno de llamar la atencion que ninguno de los otros, á saber, la muerte de Juan Escobedo, secretario de don Juan de Austria, ejecutada por órden del rey mismo. Mas como este acontecimiento fué principio de un drama, que no llegó á su desenlace hasta despues de muchos años, le reservaremos para otro capítulo, en que todos los hechos se encadenen. Por ahora volveremos á salir de España, pasando á Francia, donde con el advenimiento de un nuevo rey, estaban en fermentacion nuevos elementos de discordia y de desorden.

FIN DEL TOMO II.

INDICE DE ESTE TOMO.

Págs.

